

Domingo Alberto Rangel

Los andinos en el poder




ELPERRO
yLARANA

50
vadell
hermanos
EDITORES

ensayo



LOS ANDINOS EN EL PODER


EL PERRO
y LARANA

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2023.

1.ª edición, Hermanos Vadell, 1974.

1.ª edición, Talleres Gráficos Universitarios, 1964.

© **Domingo Alberto Rangel**

© **Fundación Editorial El perro y la rana**

Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte,

Piso 21, El Silencio

Caracas -Venezuela 1010

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Edición y corrección:

Alejandro Moreno

Diagramación:

Sonia Velásquez

Diseño de portada:

Delia González

Imagen de portada:

Batalla de La Victoria, Tito Salas (1903)

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-5385-7

DC: DC2023001553

Domingo Alberto Rangel

LOS ANDINOS

EN EL PODER

Balance de la historia
contemporánea 1899-1945

ÍNDICE

**Prólogo. Elogio a Domingo Alberto Rangel
en su centenario / 9**

Primera jornada

El ascenso hacia el poder / 37

I. La tierra de las vegas risueñas / 39

II. *Pater familias* y pioneros / 67

III. El demonio de la política / 93

IV. Los caudillos semiletrados / 117

V. De derrota en derrota hasta el Capitolio / 145

Segunda jornada

El bonapartismo castrista / 171

VI. “Tiempo al tiempo, general” / 173

VII. El caudillo se asusta del cuero / 203

VIII. “La hidra del caudillismo” / 227

IX. “La planta insolente” / 259

X. Nace un ejército / 291

Tercera jornada

La siesta gomecista / 327

XI. “Los de allá” / 327

XII. “El potrero” / 355

XIII. “Venezuela huele a oro...” / 393

XIV. “La generación predestinada” / 407

XV. El Táchira desciende / 471

XVI. Primera instancia para el gomecismo / 505

Epílogo

El 18 de octubre / 549

Elogio a Domingo Alberto Rangel en su centenario

Solo la disciplina y constancia en el manejo cotidiano de la palabra puede dar el dominio para construir un texto limpio o enhebrar una buena alocución. El escritor y el orador deben estar atentos a cada palabra, tanto de las llamadas cultas como de las vulgares o sanchopancescas, para transmitir las ideas al entendimiento de quien lee o escucha; de otra forma no se puede ensamblar un párrafo o hilar un discurso. Y Domingo Alberto Rangel fue artífice de la palabra escrita y hablada, principalmente, al redactar para la “gente común”; así como afamado tribuno en sus años de militancia política, sobre todo, cuando disputaba la tribuna con otros admirables oradores, cuando lucían el dominio de la retórica y el mensaje a los militantes políticos que buscaban orientaciones en la plaza pública.

Rezongaba cuando le referían lo académico y las academias; en cambio, se regodeaba redactando los

artículos de prensa en lenguaje habitual, comprensible para quienes le echaban un ojo a las dos o tres cuartillas diarias que publicaban periódicos de la capital y reproducían los de provincia; no obstante, sabía elevar el entramado lingüístico cuando escribía textos sobre historia o economía, que eran los temas que más consumían su tiempo:

Los periódicos, especialmente *Últimas Noticias*, me enseñaron más que las escuelas y las universidades lo que es leer y escribir (...) Siempre hubo autores consagrados que escribían para la gente ilustrada, pero pocos para quienes llaman “las masas”, y para ellos escribo todos los días.

... me dijo en una entrevista en 1997 –que citaré sin otra advertencia que las comillas–. Ciertamente, Domingo Alberto hizo de la palabra escrita una herramienta para llevar sus ideas al pueblo común y activar el nervio social sobre hechos y situaciones que creía impostergable para la república.

Los académicos dicen que escribo majaderías porque no pongo comillas, ni cito textualmente, ni digo quien dijo eso mismo antes que yo, como si eso fuera el agua bautismal para convertir lo dicho en una verdad irrefutable, pero eso es para ellos que buscan premios (y los premian). Esas cosas las hice de estudiante y los profesores me obligaban a escribir como ellos escribían, citando, poniendo comillas y esas cosas.

Domingo Alberto Rangel sufría la angustia de escribir. Escribía desde joven para decirle al país sus desvelos por los rumbos que andaba Venezuela, ya cautiva de la vorágine fiscal petrolera, convertida en factoría reexportadora de capital y laboratorio para el consumo de alimentos, bebidas y mercancías foráneas, instaladas en el gusto de los venezolanos a través de técnicas de publicidad y mercadeo que habían convertido a Venezuela en neocolonia, emparejada a la *american way of life*.

En 1939, mientras estudiaba bachillerato, publicó su primer artículo: “El problema de la educación”, en el periódico *Fragua*; cuatro años después era colaborador semanal en el periódico *Atalaya* y a comienzos de 1941 el diario *Panorama*, de Maracaibo, publicó su primer artículo y en él estuvo escribiendo durante 61 años. En Caracas, siendo militante de Acción Democrática, mientras terminaba sus estudios de Derecho escribía la columna “Documento Humano” para el periódico *El País*, en el cual ganó fama de ser implacable con sus adversarios políticos, a quienes atacaba fieramente.

En 1946 fue elegido diputado por Mérida, pero las peripecias políticas lo llevaron por diferentes escenarios. En 1947 se encontraba en Francia y al año siguiente en Caracas, desempeñando de nuevo la diputación por su estado, pero el golpe contra Rómulo

Gallegos lo llevó a su primer exilio en Bogotá, donde fue designado jefe de redacción de la revista *América* y nombrado asesor de prensa del expresidente Eduardo Santos, al tiempo que ejercía como profesor adjunto de Teoría Económica en la Universidad Nacional de Colombia, en Bogotá. En 1949 comenzó a escribir en los periódicos *El Tiempo* y *El Liberal* con el pseudónimo de “Domingo Ángel”. De allí viajó a Bolivia como consejero del presidente Hernán Siles Suazo, en la Junta de Planificación y Desarrollo; también desempeñó la cátedra de Política Mundial Contemporánea en la Escuela de Estudios Internacionales, del Ministerio de Relaciones Exteriores, en La Paz. A su regreso clandestino a Venezuela fue detenido y sometido a prisión durante cuatro años. Expulsado a Costa Rica, fue columnista del diario *La República* y un nuevo periplo lo retornó a Bolivia, a Colombia y de nuevo a Costa Rica; finalmente, regresó a Venezuela cuando cayó la dictadura de Marco Pérez Jiménez.

Desde entonces repartió el tiempo entre la lucha política, las columnas que publicaba en el periódico *La Esfera*, las aulas de la Universidad Central de Venezuela y la redacción de ensayos especializados, como *Formación y desarrollo del capitalismo contemporáneo en Venezuela, ensayo de interpretación política* que fue su trabajo de ascenso a profesor asociado. Hasta entonces había publicado varios libros importantes,

entre ellos: *Una teoría para la revolución democrática, Venezuela: país ocupado* e *Historia económica de Venezuela*. Siendo preso político en el cuartel San Carlos, entre mayo y junio de 1964, escribió un extraordinario libro: *Los andinos en el poder. Balance de una hegemonía 1899-1945*, que se cuenta entre los mejores ensayos sobre el proceso histórico venezolano del siglo XIX y siglo XX, enfocando la reflexión sobre la presencia de los tachirenses en la Casa Amarilla y en Miraflores en la administración del país, desde el gobierno y el poder, pero lo hizo como antes no lo hicieron plumarios metidos a historiadores, políticos, intelectuales y aventureros de la tinta y el papel.

De su pluma salieron después *La revolución de las fantasías*, *El proceso del capitalismo contemporáneo en Venezuela* y dos tomos de *Capital y desarrollo*, imprescindibles para comprender la transición de Venezuela de la economía agropecuaria a la petrolera. En ellos vuelca sus análisis de *La Venezuela agraria*, *El rey petróleo* y *La oligarquía del dinero*. Otros títulos posteriores incluyen: *Gómez, el amo del poder*, uno de los trabajos de mayor profundidad en el análisis del tiempo-espacio-circunstancias que produjeron el “fenómeno telúrico” Juan Vicente Gómez.

Los andinos en el poder es un estudio heterogéneo pero accesible por las técnicas descriptivas de Domingo Alberto Rangel, en las cuales plantea

aspectos ignorados o despreciados por escritores relacionados con los caracteres de los tachirenses y otros andinos. Domingo Alberto escribió sobre el desarrollo de la región tachirense, los Andes y Venezuela durante el fin del siglo xix, proyectándola hasta mediados del siglo xx; analizó los valores regionales de la familia, del trabajo y el apego a la tierra; el compromiso con la palabra dada, el respeto a lo religioso, el ahorro en todos los sentidos y el amor por la patria chica; hasta hundir sus análisis y aflorar las definiciones del ser tachirense, las reales y las simbólicas, para desbrozar el grano de la paja y asomar razón y comprensión de los extraordinarios cambios ocurridos en el poder político en Venezuela con la llegada de los andinos al gobierno y al poder.

Domingo Alberto Rangel nació en Tovar el 17 de mayo de 1923. Hijo del abogado José Ramón Rangel Molina y de Leticia Bougoin –de descendencia francesa–, tuvo en su abuela, Ramona de Rangel, la principal y temprana fuente de conocimiento de lo que había sido aquella población encajada en el camino que unía a Pamplona, Cúcuta, San Cristóbal y Mérida. También tuvo información de su padre y de viejos tovarreños, como el boticario Pedro María Gil, que sabía de todo lo que le preguntaran; al igual que de un viejo coronel Paredes Pulgar y un antiguo arriero de mulas apellidado González; de ellos escuchó hablar

de las guerras, de los viajeros, de las antiguas formas familiares, de tradiciones y de la economía que se producía en las aldeas y se mostraba en el mercado los días domingo.

Tovar producía café en cantidades abundantes, que enviaba a Europa y Estados Unidos por el puerto de Maracaibo; a Colombia iba el cacao con el que hacían el mejor chocolate que se conocía en la frontera en ese tiempo:

Antes de que el petróleo contagiara la economía nacional, la riqueza de cualquier persona tenía su origen principalmente en la agricultura y todo el mundo trabajaba la tierra. En el Tovar que recuerdo no había miserables como se ven ahora en cualquier ciudad porque en todas partes se trabajaba; había problemas de malos caminos, de enfermedades y escasa educación, pero no de vagancia, ni como se verá después con pedigüeños por todas partes.

Tovar y La Grita eran las principales poblaciones entre Táchira y Mérida. Ni Bailadores, ni Zea, ni Santa Cruz de Mora, le hacían sombra como pueblo nodal en las faldas de la cordillera. Era centro de comercio y de oficinas gubernamentales; por sus caminos y calles pasaban viajeros, delegados del gobierno estatal, agentes bancarios, puntas de ganado y las interminables caravanas de mulas cargadas de café que llegaban al sur de lago, sobre todo, cuando era verano, porque durante el invierno era poca la carga que salía. Las

tierras llanas de La Tendida, de El Vigía y hasta más allá, en caño Zancudo, por donde se llegaba a puerto Palmarito, eran temidas por el mosquito transmisor de la malaria, que la gente común llamaba fiebre amarilla:

Ese mosquito cubría pantanales de aguas estancadas en los ríos. La gente andaba preparada con concha de quinina para hacer guarapos cuando había algún asomo de fiebre porque era casi el único remedio para ese mal, pero en ocasiones resultaba contraproducente porque había quienes creían que, tomando más cantidad de quinina, tenían mejor protección y no era así. La quinina puede dañar los riñones, produce taquicardia, sangramientos; por eso la corteza de quinina era otro gran negocio.

Por algunos ríos navegables del norte del Táchira se hacía el tráfico comercial de mercancías que llegaban desde Europa y Estados Unidos a Maracaibo y puerto Encontrados, y se desplazaban por tramos del río Escalante, el Chama y algunos caños. Los vendedores bajaban de las canoas, balsas y piraguas en los apostaderos fluviales con gruesos bultos de productos a realizar las ventas de herramientas diversas, artículos de cocina, porcelanas, instrumentos para la agricultura, materiales de herrería, aceites embotellados, lencería, perfumes, ropa para hombres y mujeres; purgantes, alimentos y dulcería enlatada; medicinas primarias en frascos y papeletas; pesos y balanzas para pulperías; enlatados y variedad de artículos transportados en sus embarcaciones.

Los arados, trapiches, molinos de café, máquinas desbadoras de café y otros equipos pesados eran entregados después que los agentes vendedores acordaban la venta, que se iniciaba con la demostración del funcionamiento por el agente vendedor a quienes llegaban hasta las haciendas o hatos, acompañados de algún baquiano conocido de los amos o capataces, ante quienes pasaban horas mostrando las ventajas de la máquina para extraer miel del panal o la desconchadora de café; la que limpiaba y suavizaba cueros de res, los alambiques para fabricar licores, el tejedor de hilos para hacer costales, la máquina de coser, las desgranadoras de maíz, la sierra para cortar madera y otras de uso en la vida rural. El comprador firmaba un contrato que era enviado a la Casa del representante autorizado –localizada en puertos o ciudades importantes– en el cual quedaban establecidos el valor, fiador garante del pago, garantía de servicio, cantidad de cuotas, instalación de la máquina y entrenamiento para operar el equipo.

Así, imperceptiblemente, se fueron introduciendo modalidades y novedades del sistema capitalista en remotas poblaciones. Sin saberlo, fueron puente entre un tiempo con rémoras medievales, caracterizado por la utilería de manufactura artesanal; y otro tiempo nuevo, dominado por el hierro, el acero y el aluminio. Y así, con nuevo instrumental, aquellos

pobladores andinos fueron cambiando sus *medios de vida* y labrándose *modos de vida* diferentes, definidos por *la forma y el cómo* producían los bienes, diferente en todo caso:

Mire, en aquel tiempo Tovar era una población alargada, de dos o tres calles; bueno, como casi todas las que se fundaron en las crestas de la cordillera, con desfiladeros a lado y lado, pero aun así la gente tenía sus labrantíos. En Tovar paraban los viajeros a hospedarse, a comer y dejar descansar las mulas mientras compraban ropas, alpargatas, sombreros, chimó y miche; y cuando llovía, esperaban que pasara la lluvia para evitar los crecidos riachuelos o los caminos desbarrancados, y casi siempre esperaban a otros viajeros para no pasar solos las neblinosas montañas del páramo de La Negra, donde se escondían asaltantes. Muchas veces los vendedores de mercancías regresaban sin bestias y sin plata porque los robaban en las montañas del camino a Pregonero o a La Grita.

En las últimas décadas del siglo XIX, Tovar era como una prolongación del Táchira en Mérida. Tovar se relacionaba más con La Grita que con Mérida, aunque por caminos montañosos y difíciles; un poco más allá estaba San Juan de Colón y de ahí a Cúcuta era un salto. De modo que la relación con Mérida era político-administrativa, pero en lo social y económico Tovar se articulaba más con las poblaciones del norte del Táchira. Ese sistema de vínculos naturales con nexos familiares, de amistad, de vecindarios, de negocios y producción, influyó profundamente en Domingo Alberto Rangel, y así se fue a San Cristóbal, con once

años de edad, a estudiar en una escuela anexa al Liceo Simón Bolívar; y aunque de allí lo llevaron a Pamplona a continuar estudios en un afamado colegio, regresó a terminarlos en Tovar. Luego fue a cursar bachillerato en el Liceo Baralt, en Maracaibo, y ese peregrinaje llenó sus ojos y su juicio con matices referenciales de lo andino-tachireense, que en su trabajo de escritor le sirvió para algunos libros, pero también para confrontar en cualquier escenario los moldes de las formas tachirenses, porque los conoció de cerca y de lejos, se adecuó a sus maneras y las valoró como gente honesta, virtuosa y ajustada al arquetipo social que imaginaba en sus propósitos de político.

En el estudio de *Los andinos en el poder*, Domingo Alberto Rangel reivindicó los pobladores tachirenses y merideños que domeñaron la fértil pero ruda naturaleza de las montañas, dispuestos a extraer café y riqueza, mientras las camarillas de liberales y conservadores regaban con la sangre del pueblo los suelos de los llanos occidentales y poblaciones centrales, engañando con falsas frases y repetidas promesas, escritas por cualquier plumario en hojas sueltas y en periódicos pagados para servir al engaño y la traición.

Con fraudulentas proclamas sobre las aspiraciones populares se incendiaron cementseras, haciendas, plantaciones, y en los caminos quedaron los huesos y el pellejo del pueblo burlado con los gritos de “¡libertad

e igualdad!”, “¡justicia y libertad!”. Gamonales y caudillos los llevaban a los campos de batalla y, al intuir la derrota, resolvían de un plumazo pérfido cancelar toda diferencia con un pacto.

Pero eso no ocurrió en las tierras del Táchira, virtualmente desconocida por los jefes políticos liberales y conservadores, a quienes si algo interesaba de los andinos eran los impuestos fiscales que remitían a la capital para ser escamoteados en provecho personal. Los narradores del siglo XIX y XX se referían al Táchira como tierra de gentes incivilizadas, de donde no había salido ninguno de los brillantes héroes guerreros de la independencia, ni en sus espacios hubo grandes batallas, ni a sus montañas llegó la crudeza de la Guerra Federal ni las otras campañas destructoras. Llaneros y centrales temían a las montañas donde la caballería poca o ninguna opción tenía para librar matanzas a lanza y machete. No fueron guerreros pero sí patriotas; sus pobladores afincaron los contrafuertes para defender la patria allá en la frontera donde comienza, hundieron los pies y cultivaron en las vegas y páramos, y enviaron talegas repletas de monedas en pago de tributos a la Hacienda nacional.

Esos valores que Domingo Alberto Rangel vio en los tachirenses y andinos de su niñez y adolescencia le permitieron adentrarse en la psicología del andino y escribir, en dos meses, entre mayo y junio de 1964,

el extraordinario ensayo al que nos referimos. Preso y sin fuentes de tinta y papel, que las impedía el rigor de un “régimen democrático”, escribió de memoria, con la piel henchida por el sol y el aire, las evocaciones y un cúmulo de recuerdos tatuados en su cerebro; entonces no necesitaba fuentes de libros o papeles porque las tenía en sus ojos, en los recuerdos y en sus vivencias. Por esa razón, *Los andinos en el poder* no podía escribirlo un investigador, aunque dispusiera de sólidas fuentes documentales pero con los datos fríos. Era necesario haber sentido alguna vez el ardor del sol tachireense, el frío de sus páramos y el calor fraternal de la gente; conocer el rigor de la educación familiar, el trato respetuoso que los jóvenes le rinden a los adultos con el “usted” antes que el “tú”, propicio a la relación llana y confianzuda, muy común en el resto del país. No bastaba con ser sociólogo, antropólogo o historiador para escribir un ensayo de tan honda reflexión como *Los andinos en el poder*; se requería sentir toda la compleja inmensidad de la región y sus caracteres formativos, innatos y particulares que había sentido desde muy joven Domingo Alberto Rangel.

No encontraron los colonizadores gran población indígena encomendada ni esclavizados. El aparato represivo español no intervino, como en otras partes, por carecer de grandes unidades productivas cuyas rentas llamaran la atención de los sabuesos coloniales.

De modo que el tiempo en el Táchira transcurrió entre amaneceres laboriosos y oraciones a la hora del Angelus, cada quien en su pañuelo de tierra sin grandes riquezas que obligaran a defenderlas. Así avanzó aquella sociedad desde la fundación de San Cristóbal, en 1561, hasta los días posteriores a la independencia, cuando su panorama económico fue cambiado por el plante del cafeto y los caminos se alargaron al puerto de Maracaibo y al mundo exterior a través de las rutas ultramarinas.

Esas notas históricas las tenía Domingo Alberto Rangel inscritas en los murales de su memoria y dibujados los recuerdos del tachirense y otros andinos, porque había visto y recorrido aquellas tierras, pero también porque había estudiado la historia de la región enlazada con la historia de los “reinosos”, como solía llamar a los colombianos fronterizos:

El Táchira fue, durante la colonia, una simple posada. Los primeros españoles que recorrieron sus vegas y se extasiaron en sus colores venían de Pamplona, fundada por los soldados de Jiménez de Quesada (...) Buscaban la región de las Sierras Nevadas donde debían abundar los indios y los metales (...) Los orientaba el lucro tintineante del oro y el sudor de los siervos que se cuaja en riquezas

... escribió en las primeras páginas de *Los andinos en el poder*. En ese pasado buscaba señas y reseñas de los orígenes de poblaciones tachirenses y la primacía

de San Cristóbal, entre ellas; y junto con esos datos, la carga genética cultural, transmitida en *unidades físicas y funcionales de herencia*, en el ADN heredado, para decirlo de manera directa.

El crecimiento del Táchira –dice Domingo Alberto en el libro que vamos estudiando–, es quizá uno de los episodios más espectaculares de esa segunda mitad del siglo XIX, en que parece que el tiempo se detiene en Venezuela (...) Cuando Simón Bolívar repecha las cuevas tachirenses en 1813, aquella región no tenía rango administrativo ni relieve económico (...) En 1860, incendiada Venezuela en las llamaradas de la Federación, ya luce el Táchira su título de provincia. Pocos años después, la población tachirense igualará a la de Mérida (...) Y al declinar el siglo XIX, el Táchira disputa a Trujillo la condición de zona más poblada en la cordillera andina (...) En los años finales del siglo XIX, el Táchira proporciona al país más de la mitad de las divisas negociadas en nuestras grandes plazas comerciales.

Ya en 1855, cuando el general Carlos Luis Castelli remitió al presidente José Tadeo Monagas el informe relacionado con la petición de las municipalidades del sur de la provincia de Mérida, para erigirse en provincia autónoma, decía:

San Cristóbal posee en el día una población que excede de veinticuatro mil almas: exporta anualmente hacia el extranjero más de cincuenta mil quintales de café: consume cuatro mil reses: importa con igual fin hasta doscientos cincuenta mil pesos en mercancía de ultramar: produce para las rentas provinciales de diez y seis a diez y ocho mil pesos; también anuales: labra una

agricultura de frutos menores que da lo necesario para su consumo interior, y deja un sobrante calculado en más de treinta mil pesos, que extrae para dentro y fuera de los lindes provinciales.

De modo que ese espectacular crecimiento se debió al trabajo reverenciado por los andinos, de modo especial por los tachirenses, como valor sacro. Los pobladores de aquella región tenían, junto con la familia, la religión, el burro, la mula y el perro, los paños de tierra que amanecían cubiertos por cordones de neblina, en espera de la mano que la fertilizara con la chícora y el grano. Uno aquí y otro allá, cada quien en su parcela, pero cuando apremiaban las dificultades las familias se unían para la siembra, la cosecha, las enfermedades, las fiestas patronales o en la primera comunión y bautizos. Esas maneras de ser en las que participaban los párvulos se reproducían en el tiempo, iban acompañadas por el gran respeto y solidaridad entre una y otra. Eran tradiciones vinculadas a las bendiciones de la tierra y cuando el cafeto desbordó los espacios de la hacienda La Yegüera, de don Gervasio Rubio, y Venezuela comenzaba la vida republicana en 1830, el café apareció en las Memorias de la Secretaría de Hacienda como primer producto de exportación: 60.181 sacos de 60 kilos exportó ese año para ingresar el equivalente a 3.374.850,00 bolívares; en 1850 fueron 291.088 sacos que aportaron lo correspondiente a 13.304.376,00 bolívares; en 1880 se

exportaron 560.521 sacos por valor de 30.268.167,00 bolívares; y en 1900, aún con la crisis del mercado internacional, Venezuela exportó 641.718 sacos de 60 kilos, que tributaron 30.802.499,00 bolívares. Era la riqueza cafetalera desarrollada en Venezuela que se exportaba por la ruta de Cúcuta, buscando el puerto de Maracaibo para ser enviada a Estados Unidos y Europa. Otros estados del país, en oriente y en el centro, también contribuían en esta actividad, pero el Táchira generaba más de la mitad en los aportes a la Hacienda Pública nacional.

Braceros colombianos, curtidos en el trabajo, llegaban al Táchira durante las temporadas de recogida del grano y la bonanza económica abrió las puertas a comerciantes alemanes, italianos y corsos, quienes establecieron Casas comerciales, sucursales de casas matrices localizadas en Maracaibo y relacionadas con capitales y establecimientos de Hamburgo, Bremen y Lübeck, que terminaron conformando una especie de *hinterland* en los espacios comprendidos entre San Cristóbal-Cúcuta-Maracaibo y ciudades de los Andes venezolanos, cuya ventana al mundo era el puerto de Maracaibo. Junto con estos comercios, las principales ciudades del Táchira vieron aparecer otros negocios y profesionales libres: abogados, albañiles, agrimensores, alfareros, artesanos, carpinteros, curtidores, dentistas, ebanistas, farmacéutas, fotógrafos, fundidores,

herrereros, ingenieros, jurisperitos, latoneros, médicos, panaderos, polvoristas, plateros, relojeros, sastres, tejeros, talabarteros, zapateros; y otros de servicios como arrieros, caleteros, mandaderos, bañadores de caballos, amoladores, etc.

Las décadas de los años setenta y ochenta fueron de fijación de las empresas que cada quien había iniciado una o dos décadas antes. El vigoroso desarrollo comercial desató lo que la prensa regional dio en llamar “la fiebre del café”, aunque también se producían y exportaban otros rubros como: cacao, cueros de res, cueros de chivo y venado, quina, papelón, dividive y maderas diversas. En ese mismo sentido se debe valorar la fundación, en 1872, del Mercado Público Cubierto de San Cristóbal, destinado al intercambio mercantil de productos agrícolas; y la primera industria petrolera venezolana en la Alquitrana, la Compañía Nacional Minera Petrolia, del Táchira, cuyas operaciones comenzaron en 1883; de igual modo el Gran Ferrocarril del Táchira.

Aquella región, que desbordaba cada día su desarrollo cafetalero, incorporó otro rubro de primera necesidad. Los potreros de La Sabana –hoy La Concordia– fueron convertidos en pastizales de ceiba para engordar ganado flaco, llevado desde Periquera (Guasdalito), en difíciles jornadas por fangosos caminos hasta cubrir más de doscientos veinte kilómetros. A Cúcuta y

poblaciones andinas llegaban puntas de reses gordas o los excedentes de carne fresca y salada; y el cuero, huesos y sebo iban al mercado extranjero.

Italianos, corsos, franceses y alemanes se situaron en el Táchira. El Banco de Venezuela fijó una agencia en San Cristóbal y hubo oficinas delegadas de consulados de Estados Unidos y Francia en la capital del Táchira. Rubio rivalizaba con San Cristóbal en el comercio y nombres y apellidos extranjeros se mezclaban con los del centro y occidente del país. La villa fundada por Juan Maldonado y Ordóñez era un emporio de riqueza montada sobre los bultos de café y el ganado, que salían por caminos de tierra y empedrados hacia San José de Cúcuta hasta puerto Los Cachos, y seguían por el río Zulia a puerto Encontrados, donde los barcos de paleta los llevaban hasta los muelles del puerto de Maracaibo.

Esa riqueza provinciana, originada por el trabajo de peones andinos y nortesantandereanos, fue posible por las fértiles tierras y el clima adecuado para la siembra del cafeto, la iniciativa de barineses, maracuchos y centranos, que llegaron hasta la villa tachirense huyendo de la Guerra Federal y, además, por la demanda que en Europa tenía el café. A tierras tachirenses llegaron, casi por oleadas, gentes procedentes del Zulia, Trujillo, Mérida, Barinas y otros estados llaneros. Interminable resulta la cantidad de oficios

que allí se desarrollaron, desde arrieros y herreros a músicos y médicos; de comerciantes y topógrafos a talabarteros y pirotécnicos; de plateros y tipógrafos a educadores y carpinteros. Aquella tierra era destino para profesionales, jornaleros, artistas, peones, religiosos, negociantes y emigrantes, que buscaban paz y seguridad para hacer fortuna.

No era aquella villa, ni sus aldeas con aspiraciones de ser ciudades, espacios poblados por holgazanes o bárbaros. Poblaciones como Santa Ana fueron fundadas al ritmo de los cultivos del café y aparecieron boticas, panaderías, periódicos, alfarerías, barberías, panaderías, dentisterías, ingenios para moler trigo, hoteles, galleras junto con alamedas, clubes, bandas de músicos, billares, salones sociales, casas de fotografía, institutos de educación para niños, escuelas para niñas, sastrerías; y todo un mundo de negocios que no daba espacio a la pereza, al pesimismo ni a la delincuencia.

Aquella *bull*a de riqueza producida por lo que llamaron *fiebre del café* se extendió, poco a poco, hacia los llanos del sur, cuyos caminos iban a Barinas, Guanare, Periquera, San Fernando; hacia el norte a Tovar, Mérida, Trujillo, Maracaibo; y a Cúcuta, Pamplona y Bucaramanga. Y de aquellos lugares llegaron gentes con algún capital a invertir dinero y aumentar sus caudales, mientras el resto del país se

desangraba en guerras que las camarillas de liberales y conservadores habían convertido en negocio.

Los nombres de Delicias, Rubio, Bramón, Santa Ana, llegaban hasta los puertos de Nueva York, Londres, Bremen, Hamburgo, Róterdam, Amberes, impresos en los contratos, en hojas sueltas y en periodiquitos que informaban de las guerritas locales, las lluvias, las condiciones de los caminos y las pestes que incidían en las cosechas y en los volúmenes de exportación de café. Don Gervasio Rubio había comenzado el cultivo del cafeto en su hacienda La Yegüera, en tierra que después llevó su nombre. Cuando finalizaba el siglo XVIII, las matas del oloroso grano, que de verde se tornan en rojas cerezas para anunciar el tiempo de cogerlo de la mata, procesarlo hasta que quede despojado de su roja concha, se contaban en los páramos y colinas por cien miles y tenían protección del Estado.

Entonces ya no era el Táchira tierra de bárbaros, sino de gente trabajadora y próspera, que comprendió su papel en el desarrollo del país, en la importancia que tenía la región, en la paz y el trabajo productivo, y en las contribuciones tributarias que enviaban a la Hacienda nacional que malgastaban las camarillas políticas.

Mientras en el Táchira la confianza colma todos los espíritus y cada hombre puede lisonjearse de un pequeño éxito económico, en el resto de Venezuela vive una población aplastada, timorata,

víctima de las enfermedades y del pesimismo. Es el legado de cuarenta años de guerras civiles caudillescas en las que mueren los hombres más valientes sin saber por qué y al conuquero se le recluta para que vaya a sucumbir bajo las patas del caballo en que caracolea el general Pérez o el coronel Martínez. Cuarenta años en que el Partido Liberal estuvo robando cochinos y coleccionando gallinas. Cuarenta años de farsa miserable, con sus caudillos traidores y sus doctores semiletrados, que roban y desangran a la República en nombre de un programa liberal que son ellos los primeros en desconocer...

Esta es la gran confrontación que Domingo Alberto Rangel planteó a los “historiadores” que también escribieron de memoria, pero sin tener las vivencias sobre el Táchira y los demás pueblos andinos; a los escritores que se conformaron con menudear líneas de informes de los delegados nacionales que iban en expediciones por aquellas tierras y regresaban con costales llenos de plata, saqueada a los artesanos, granjeros, dueños de haciendas, cosecheros, jornaleros, productores dueños de bodegas, y a cuanto propietario podía tener algún bien. A Caracas regresaban por vía marítima con cajones, maletas y jaulas llenas de plata, animales de corral, piezas de cuero, y un sinfín de objetos e instrumentos despojados a sus dueños en nombre de la ley, de la autoridad y del Gobierno nacional.

De modo que la Revolución Liberal Restauradora, encabezada por el general Cipriano Castro, no fue casual ni accidental; fue la respuesta inevitable de los tachirenses al trato oprobioso que daba el Gobierno

nacional, que ignoraba la región en su acción administrativa. No había escuelas, faltaban caminos y puentes, medios de transporte, hospitales, policía de caminos, pero estaban presentes el abuso de los comisionados del gran estado Los Andes, así como disposiciones de los delegados nacionales, que llegaban a tomar todo como botín de guerra. Si faltaba algo, en Caracas las camarillas políticas dilapidaban los aportes fiscales y otras riquezas enviados por aquella región a cambio de nada, mientras se dedicaban a destrozarse vidas en el negocio de la guerra.

Cuando Cipriano Castro cruzó el río Táchira el 23 de mayo de 1899, contaba con cuarenta años y tenía el gobierno a mil kilómetros; el poder estaba un poco más allá, pero ese corto camino era más escabroso. También tenía a un país ansioso de alguien que liquidara los cuarenta años de caudillismo estafador, del “fiero caudillaje” al que enfrentó don Cipriano en la batalla de La Victoria entre el 12 de octubre y 2 de noviembre de 1902, calificada por él mismo como “la más reñida de las guerras civiles”, que llevó al frente de combate a unos veinte mil hombres en lo que fue la última revolución, la última guerra civil.

Este largo calvario, inevitable respuesta de los andinos para conquistar el poder, es lo que Domingo Alberto Rangel reconstruyó en el libro que ahora se

vuelve a publicar. Al cumplir veinticinco años de la primera edición escribió en *El Mundo*:

Hace veinticinco años por estos días [enero de 1965] aparecía un libro que no iba a caer en el olvido. Lo había escrito yo en el Cuartel San Carlos donde estábamos reclusos los dirigentes de la izquierda insurrecta. Poniendo de lado vanidades tendríamos que decir algo ineludible de ese libro. “Los andinos en el poder” cambió de manera radical la visión que los venezolanos tenían de la hegemonía tachirensis. En el país se suponía que los caudillos procedentes de la frontera colombiana (...) habían sido unos bárbaros casi asiáticos. La idea que difundieron los historiadores o los políticos sostenía o sugería que los dominadores de Venezuela, desde 1899, eran como aquellos salvajes que desde el fondo del Asia se echaron sobre las cultas ciudades del imperio romano, que aquellos caciques eran como los que antes de 1899 habían conquistado a Caracas desde la periferia rural del país...

Esta nueva edición de *Los andinos en el poder* es bienvenida por varias razones. Desde hace bastante tiempo las librerías no disponen de un solo ejemplar y Domingo Alberto, por ser antiacadémico y antisistema, fue mal recomendado por los rígidos eruditos que exigen el rigor de la fuente escrita para todo, por lo cual no faltó quien descalificara este sólido ensayo, cuya validez está precisamente en que ha soportado el tiempo como pocos trabajos sobre el tema abordado. Por la cohesión y fortaleza de la tesis sostenida en *Los andinos en el poder*, se puede confiar en este trabajo como análisis válido del proceso desarrollado

en el Táchira y gran parte de la región andina, hasta el estallido de las fuerzas que los llevaron a la toma del gobierno y del poder. Aquella Venezuela dormida en el letargo de la renta fiscal petrolera tiene fuentes históricas, estadísticas, geográficas, políticas y económicas nacionales, pero los estudiantes del campo de las ciencias sociales carecen de estudios que traten el tema andino-tachireño y los valores que sirvieron de soporte al desarrollo de la región, y Domingo Alberto Rangel penetró en ese campo con este libro singular.

En el centenario del nacimiento de Domingo Alberto Rangel y a los sesenta años de la primera edición de *Los andinos en el poder*, celebramos esta coedición de la Fundación Editorial El perro y la rana y Vadell Hermanos Editores, C. A., al cumplirse también su quincuagésimo aniversario de fundación.

MANUEL E. CARRERO MURILLO

A mi padre el doctor José Ramón Rangel quien, en nuestra casa de Tovar, formó este Libro cuando me adentró en la historia del Táchira y de Mérida.

A Consuelo mi mujer, que como casi todos los tachirenses, tiene su sangre repartida entre Venezuela y Colombia.

Primera jornada
El ascenso hacia el poder

I. LA TIERRA DE LAS VEGAS RISUEÑAS

En el páramo del Zumbador desfallecen los Andes. La tierra crispada que en Mérida tiene muelas de hielo para peinar las nubes y en La Grita se puebla de torreones feudales castigados por el viento, siente el cansancio y se abre en anchos valles. Es la caída del esfuerzo geológico, el súbito desplome de una cordillera cuyos bíceps de piedra vibran como los de un artesano en su fragua. El Táchira es la tierra de los valles extendidos como los dedos de una mano que quisiese recibir, trémula, la piedad de la vida. Los cerros se alejan hasta perderse en el horizonte. Los picachos que en Mérida casi caen sobre el hombre, se reducen en el Táchira a pequeños conos inalcanzables. Es una geografía de dilatadas vegas por las cuales corren los ríos sin chaqueta de fuerza. Los cerros son apenas los pliegues que separan los valles. El tachirense tiene espacio para mirar y tierras para caminar. No es su heredad esa dura pared inmovilizada

de gris que hace del merideño un ser atemorizado y supersticioso. En el Táchira, sobre la fatiga de los Andes rendidos, la naturaleza ofrece las gamas más variadas del verde que son como las tentaciones del hombre. A orillas de los ríos se tiende la colcha de los pastizales, encendidos por el calor de un sol que no tiene prisiones de nubes para soltarse por el mundo. En el Táchira, el paisaje tiende a la acción. Sus tierras invitan a la aventura de la semilla que se siembra o de la bestia que se domestica. Sus valles no consienten soñadores ensimismados ni admiten timoratos acomplejados por la inseguridad frente al medio. Son valles de labriegos para el arado, símbolo y síntesis de una tierra abierta.

En el Táchira se juntan, como si encontrasen ombligo, tres zonas de indiscutible importancia. En su costado occidental desembocan las tierras de los valles de Cúcuta, suerte de caracol geográfico por donde respiran los Andes colombianos, cargados de piedra y de nubes. Cúcuta es el único pasadizo que puede vincular las grandes altiplanicies colombianas —Bogotá, Tunja— con la costa del Lago de Maracaibo. El río Táchira es el punto de sutura que restaña la herida que sufren los Andes en la serie de valles comprendidos entre Pamplona y La Grita. Su costurón de aguas negras, enfurecidas por el castigo de las rocas, vincula a San Cristóbal con la región colombiana de Santander. Esa geografía de corredores abiertos al tránsito convierte

al Táchira en prolongación de Santander y a Cúcuta en una caja de resonancias para el esfuerzo venezolano. Pero hacia el sur del Táchira, otro pasadizo anuda aventuras y vincula destinos. Los últimos valles tachirenses, los que corren a lo largo del Uribante y del Torbes se ensanchan, como boca de clarinete y de repente se transforman en llanura. La transición de los Andes a los llanos es tan lenta que no se sabe cuándo se abandona una región para penetrar en la otra. Descolgarse desde San Cristóbal hasta las llanuras de Barinas es como bajar por una escalera de suave declive donde no hay abruptas caídas ni penosos sobresaltos. Y en el norte, el Táchira cae hacia la cuenca del Lago de Maracaibo a través de unas cadenas de cerros que parecen mansos leones echados. No hay murallones que congelen el aliento. La cordillera va bajando lentamente y su última estribación se confunde con la llanura en la fraternidad horizontal del encuentro.

Llegar al Táchira nunca fue una empresa arriesgada. Por cualquiera de los portillos geográficos que perforan sus montañas era fácil penetrar hasta sus valles. Para subir hasta la ciudad de Mérida siempre fue indispensable cabalgar sobre nubes, repechando cordilleras de aguas congeladas y mirando abismos de vertiginosa atracción. A San Cristóbal se ha llegado, en todo momento, por anchos caminos de tentadora perspectiva. Colombianos, maracuchos y llaneros encontraron allí, frente a las vegas

de fresco verdor, el crisol para fundir y transformar sus anhelos. Si era tan expeditivo pasar de Cúcuta a San Cristóbal, trasponiendo los cerros agazapados que separan los valles de las dos ciudades, para un llanero de Barinas salvar la distancia hacia la tierra del Táchira no exigió preparativos ni riesgos mortales. Y el maracucho que abandonaba la piragua en Encontrados podía educar su vista con las tonalidades del verde del Táchira en pocos días de viaje. Solo para los andinos de Mérida y de Trujillo estuvo vedado, en otros tiempos, el acceso al Táchira. El páramo del Batallón, formidable paredón de frailejones y tempestades es como un ceñudo centinela que siempre ha dificultado las relaciones entre Mérida y el Táchira. Caminos serpenteantes, asomados a insondables barrancos, fueron un problema de seguridad para el viajero que se arriesgase a trasponer las tierras que separan a Mérida de San Cristóbal. Historias de bandidos y cuentos de desbarrancados abrieron un paréntesis de inmovilidad en las fronteras de los dos estados. El mal de páramo, con su desfallecimiento mortal, detenía a los intrépidos. El camino hacia el Táchira estuvo abierto, durante siglos, a los soldados y a los burócratas que necesitaban recorrerlo por imperioso mandato de su misión.

El Táchira fue, durante la colonia, una simple posada. Los primeros españoles que recorrieron sus vegas y se extasiaron en sus colores venían de Pamplona, fundada

por los soldados de Gonzalo Jiménez de Quesada. Pero no les interesaba la tierra tendida en anchos valles que se ofrecía a su mirada. Buscaban la región de las Sierras Nevadas donde debían abundar los indios y los metales. No eran ellos agricultores que podían emocionarse ante el espectáculo de la buena tierra. Los orientaba el lucro tintineante del oro y el sudor de los siervos que se cuaja en riquezas. El Táchira tenía pocos indios para subyugar y en sus ríos de aguas ocres —ese Torbes que hincha de barro sus venas cordilleranas— no fulgía el brillo de las pepitas codiciadas. Siguieron adelante, tragando distancias hasta que el pezón blanquísimo de la Sierra Nevada les hizo presentir la maternidad del hallazgo. Allí establecieron sus tiendas y apareció Santiago de los Caballeros de Mérida. En nombre del rey y con espada, cruz y cuerda fundaron la ciudad. Cuadricular las manzanas, establecer las aparatosas autoridades que exigía el centralismo español y repartir tierras e indios fueron sus primeras actividades. Pero surgía un problema que probablemente hizo que Juan Rodríguez Suárez se rascara su espesa barba de conquistador. Pamplona y Santa Fe de Bogotá, las ciudades de donde partieron sus hombres, estaban muy lejos. Para recibir los pliegos de instrucciones y anudar el intercambio militar y burocrático en que se resolvía la colonización española, era necesario trasponer cordilleras, atravesar valles y cruzar ríos en una tierra íngrime e inhóspita.

La colonia necesitaba, entre Mérida y Pamplona, una especie de mesón y estafeta que permitiera descansar y reponerse de la fatiga. Así apareció San Cristóbal, mitad posada, mitad fuerte, para el reposo de los mensajeros coloniales. No es por azar que la ciudad fue fundada en medio de un valle extendido donde el pasto crece silvestre y las aguas se desenroscan como barba poblada.

Durante todo el período colonial la misión de San Cristóbal consistió en darle albergue a los funcionarios y soldados del Rey. Una pesebrera para los caballos, una mesa para los comensales, un cuarto para pasar la noche era todo lo que el régimen colonial exigía de la ciudad. Detrás de las cuatro o cinco casas de la flamante urbe, se desenrollaba el lienzo de los potreros y más allá las pocas huertas que alimentaban la cocina. Las otras ciudades que surgen en la larga travesía colonial tienen el mismo sello. Son fondas para el descanso en la jornada entre Pamplona, adelantada de Bogotá y Mérida, último eslabón en la cadena administrativa del Nuevo Reino de Granada. Pequeños islotes de casas y potreros, perdidos en la feracidad de los valles realengos. Esta peculiar situación marcará en la sociedad tachirense unos rasgos que llegan hasta nuestros días. El Táchira se diferencia profundamente de Mérida y de Trujillo, y hasta donde es lícito hacer otras comparaciones, de las demás comarcas venezolanas. En el Táchira no aparece la sociedad colonial tal como la

hemos conocido en casi todos los países de la América Latina. Esa es su singularidad que, siglos más tarde, explicará la aventura de los compañeros de Cipriano Castro.

La sociedad colonial española en América tiene como núcleo fundamental a esas ciudades que son mitad fortaleza y mitad convento. Los conquistadores avecindados en ellas proceden a ocupar las tierras circundantes, hasta donde llegue a la vista y a sojuzgar a los indios. Es la matriz del latifundio que transporta a América las instituciones económicas de la España batalladora. La extensión de las heredades que se adjudican los conquistadores y el grado de explotación de los indios —y más tarde de los negros— estarán siempre determinados por el tipo de cultivos que se implanten y por las necesidades del tráfico mercantil. Sobre esa pirámide social —de señores, vasallos, siervos y esclavos— descansará la voraz burocracia española con sus oidores, sus tenientes de justicia y sus regidores. El latifundio es más extenso y agobiante en aquellas zonas donde los españoles encuentran facilidades para las grandes plantaciones coloniales. El cacao, el añil, el algodón y el tabaco son sinónimos de la más cruda injusticia social. Esos cultivos exigen abundante mano de obra y tienen mercado propicio en la Europa mercantilista de los siglos XVII y XVIII. Abarcar las más grandes franjas de tierra y subyugar el mayor número de hombres es la manera de adelantar las explotaciones a la luz de las

técnicas imperantes en aquella época. La dureza y jerarquización del régimen español varían en razón directa de las riquezas y de las explotaciones que aparezcan en una determinada región. Es la acumulación primitiva, magistralmente descrita por los clásicos del socialismo.

El Táchira escapará, en mayor medida que Mérida y Trujillo, a los tormentos de la servidumbre y de la esclavitud durante el largo período colonial. No necesita allí el conquistador engullir tierras y sojuzgar indios. Para atender las exigencias del tránsito, única función que cumple el Táchira, resultan suficientes las escasas tierras que rodean las ciudades. Esa misión económica puede cumplirla, holgadamente, la pequeña propiedad. Los pocos españoles avecindados en San Cristóbal producen los alimentos y el pienso que requieren los viajeros y sus cabalgaduras. No hay interés económico en realizar aquellas expediciones punitivas con que los conquistadores avasallaban a los indios para reducirlos. El tipo de cultivos, huertas y potreros, no consume grandes cantidades de mano de obra. Esa circunstancia exceptúa a la economía tachirense del imperativo de la esclavización en masa que fue la respuesta del feudalismo español en América a los reclamos del monocultivo de exportación. El híbrido feudal y mercantilista que implantaron los españoles en América —cultivos latifundistas y economía de exportación para el mercado mundial— absorbió y esclavizó ingentes proporciones

de trabajadores, creando una sociedad jerarquizada y opresiva. En el Táchira no aparecen esas necesidades pues no se produce para exportar. Casi sin siervos y sin esclavos, el peninsular domiciliado en sus tierras logra los productos que la menguada economía local demanda de sus factores de producción.

Las sociedades tienen el tipo de gobierno que surge de sus fuerzas productivas y de sus relaciones de producción. En las comarcas más opulentas de la América tropical, las fuerzas productivas se desarrollaron rápidamente y engendraron unas relaciones de producción signadas por la opresión de la mano de obra. La América Latina fue, hacia el siglo XVIII, una de las regiones más ricas del planeta. En las plantaciones españolas del Caribe imperaba la técnica de producción más avanzada hasta entonces existente pero sus relaciones de producción repetían, con cruenta dureza, el espectáculo de los pueblos primitivos, azotados por la esclavitud. Sobre esa infraestructura económica tenía que reposar un Estado absolutista cuya única misión consistía en garantizarle a los explotadores el disfrute de su “hazaña” rapaz. El aparato administrativo de cabildos, tenientes de justicia, gobernadores y milicias aplastaba a la sociedad, sembrando y cosechando el miedo. La sociedad colonial creció castrada. El respeto supersticioso, la inhibición, y la cobardía fueron sus características espirituales.

El Estado opresivo las incubó y sostuvo durante siglos hasta grabarlas en el alma de las poblaciones.

En el Táchira no hay aparato burocrático digno de ese nombre durante toda la travesía colonial. Comparada con Mérida, que tiene obispo, universidad y una legión de burócratas voraces, San Cristóbal es una ciudad libre. El funcionario del Rey, el curita de almas y media docena de burócratas forman la nómina administrativa en los remotos tiempos de la ciudad. No hay allí el miedo de los explotadores a perder sus privilegios ni el rencor de los explotados ante las iniquidades en que conjugan su vida. Frente a las multitudes indígenas o africanas, el peninsular siempre andará en guardia, con la mano puesta en los torniquetes de la persecución. Su Estado será una fortaleza llena de aspilleras para vigilar la conducta de semejante rebaño productivo. La reglamentación de la vida social, los tabúes multiplicados hasta la obsesión, las supercherías, todo será el engranaje de la roturación de las conciencias. Pero donde no hay grandes masas de indios enfeudados o de africanos esclavizados, la colonia no necesitará llevar a los extremos de lo cruento su aparato represivo. Así ocurrió en el Táchira cuya sociedad patriarcal, de amaneceres laboriosos y de oraciones a la hora del Ángelus, pudo desenvolverse en la colonia con relativo desenfado. Cada quien, en su pañuelo de tierras, sin grandes riquezas que defender ni muchas

ambiciones que agujonearan el ánimo, fue el signo bajo el cual avanzó aquella sociedad. Los valles de la mano extendida que son los Andes en el Táchira no vieron el rosario de las gotas de sangre ni el grito de las mazmorras. Así atravesaron el período colonial.

La Independencia modificará el cuadro económico del Táchira. Con la desaparición del coloniaje concluye el monopolio comercial que forzaba a la América española a sostener relaciones solo con la península. Esa circunstancia va a introducir profundos cambios en el ritmo del crecimiento económico y de la actividad política de las distintas regiones venezolanas. El destino del Táchira —fonda para viajeros y burócratas— sufrirá violentas alteraciones. Hasta 1810, el Táchira será una región cautiva de la burocracia civil y clerical de Mérida, cuyos memoriales y oficios pasan por San Cristóbal camino del Nuevo Reino. La Independencia abre a los tachirenses la posibilidad de vincularse a Maracaibo y, a través del océano, con un mundo ultramarino del cual apenas tienen noticias hasta entonces los orgullosos godos de Mérida. Sus valles anchos, avenidas desiertas hasta la declaración de independencia, tientan a los pobladores de las regiones aledañas. Los pasadizos del río Táchira y de las tierras del norte y del sur se convierten en gargantas por donde pasa el aliento humano de los recién llegados. Los colombianos de Cúcuta, en cuyas tierras se ha efectuado un maravilloso congreso al cual

concurrieron las eminencias más altas de la República, contemplan con agrado esos valles tachirenses menos calurosos que el suyo, llenos de zancudos en los atardeceres. Los llaneros y zulianos tienden su mirada hacia el cerro, como ellos llaman a la cordillera, donde hay climas y suelos más propicios al esfuerzo. La migración va a caer sobre el Táchira, cuando terminen las guerras de independencia, como una serpiente de numerosos anillos. En los valles, hasta ayer solitarios, hervirá el crisol de los pueblos fundidos por el abrazo del trabajo y de la esperanza común.

El milagro de la migración que puebla las vegas íngrimas de la colonia será el triunfo de una humilde planta que llega al Táchira allá por 1798, doce años antes de La Independencia. Es la planta que luce la piel blanca de sus flores y los labios rojos de sus frutos bajo el alero vegetal de los guamos y bucares. El arbusto de las vertientes, alineado en filas extensas como los soldados y protegido del sol por la nave vegetal de los árboles. El café llega al Táchira en las postrimerías de la colonia. Y con él llega también una nueva perspectiva que va a cuajar en realidades las esperanzas que abre la supresión del monopolio español. El café es un producto de exportación que encuentra mejores augurios que el cacao, rey indisputado de la economía venezolana hasta entonces. Y el Táchira será el hogar de la nueva planta. Las condiciones que auspician en el

Táchira el papel de albergue del café son perfectamente claras para quien juzgue la historia con una teoría social. El café, como el cacao, exige una dosis elevada de mano de obra. La población venezolana que en otras regiones hubiera podido cultivar en grande escala el café ya estaba comprometida en el cacao. El Centro y el Oriente de la República no tenían sobrantes de población para transferirlos a un cultivo intenso del café. Los llanos estaban disolviéndose bajo el agua regia de las guerras perpetuas. Solo en los Andes podía encontrar el café alguna posibilidad.

Existía un problema que vedaba a los tachirenses el cultivo del café. La mano de obra era todavía escasa al concluir las guerras de independencia. En los valles de la región apenas unos puntitos y unos penachos de humo alteraban la verdosa continuidad de la tierra. El clima resultaba propicio para el café, como ninguno en Venezuela. Los suelos eran suficientes y, al alargarse suavemente hasta trepar al murallón lejano de las cordilleras, proporcionaban el medio ideal para el cafeto. Pero faltaban los brazos. Los caudillos con sus ambiciones y las oligarquías llaneras con sus despropósitos, resolvieron el problema. Por los portillos que comunican al Táchira con los llanos fluyó hacia San Cristóbal una fuerte corriente migratoria que se hizo intensísima a partir de 1830. Ese año marca el comienzo del cultivo en gran escala del café. Dieciséis

años después, el Táchira será declarado provincia. Ya ha alcanzado en jerarquía a Mérida, de la cual dependió durante un largo período de siglos. El milagro ha despuntado en los valles. El quieto ritmo de la colonia, en la región que era apenas una posada, se quebrantará para siempre. Las relaciones entre las tres comarcas andinas van a romperse. Y sus resultados se escribirán en la futura historia de Venezuela.

El crecimiento del Táchira es quizás uno de los episodios más espectaculares de esa segunda mitad del siglo XIX en que parece que el tiempo se detiene en Venezuela. Algunos datos valen más para precisarlo, que el mejor alegato. Cuando Simón Bolívar repecha las cuestas tachirenses en 1813, aquella región no tenía rango administrativo ni relieve económico. Unas cuantas casas, parches en la soledad de los valles, y unos pastizales y bosques de inútil virginidad es lo que contempla el futuro Libertador. En 1860, incendiada Venezuela en las llamaradas de la Federación ya luce el Táchira su título de provincia. Pocos años después, la población tachirense igualará a la de Mérida, vieja e historiada provincia con anales que se remontan a los tiempos de Carlos V. Y al declinar el siglo XIX, el Táchira disputa a Trujillo la condición de zona más poblada en la cordillera andina. Es un proceso vertiginoso aun medido con los raseros de nuestra época. Porque no solo aumenta la población. Con ella se eleva

la riqueza que surge de las vegas tachirenses. Al concluir las guerras de Independencia, el Táchira apenas aporta unos quintales de café que no revisten el menor relieve en las estadísticas venezolanas de exportación. En los años finales del siglo XIX, el Táchira proporciona al país más de la mitad de las divisas negociadas en nuestras grandes plazas comerciales.

En los valles tachirenses se cumple, dentro de la aparente inmovilidad de nuestro siglo XIX, el primer gran ensayo de colonización que registra la República. No son tachirenses los hombres que ocupan los valles y desbravan las laderas para sembrar el café. En su gran mayoría, el ejército de los pobladores proviene de los Llanos. El café y el ganado, los dos renglones que hacen posible la colonización, constituyen la obra de los barineses aventados hasta la cordillera por las candelas de la guerra civil. Aquella oligarquía barinesa, arrojada por las lenguas de fuego que consumieron sus palacios y caserones, emprende el camino del Táchira. Con ella trepan los cerros los peones que ya no tuvieron ganados para apacentar y vender en los grandes mercados consumidores. Ni tabaco o añil para plantar en las vegas de los hinchados ríos llaneros. Años más tarde, esos hombres serán los propulsores del progreso de Rubio —poniendo las semillas del cafeto en las estribaciones del valle— o los comerciantes que darán a San Cristóbal el aspecto de un pueblo con pretensiones de ciudad.

El Táchira es hijo de Barinas. La tenacidad del llanero, su imaginación y su valentía encontrarán en sus vegas el propicio escenario que el paludismo y las guerras civiles le vedaron en su propia tierra. Colectividades enteras del Táchira no serán otra cosa que colonias de barineses ansiosos de desquitarse, con un trabajo emprendedor, del infortunio soportado en su propio terruño.

Al Táchira llegan también, en una continua inmigración, los colombianos del Norte de Santander. El colombiano es un colonizador nato. Pocos agricultores tan aptos como él para medirse con las tareas más rudas de la tierra. Paciente e ingenioso, el colombiano sabe extraerle al suelo sus mejores frutos y eludir las peores dificultades. Pero el colombiano trae al Táchira, cuando emigra en masa a mediados del siglo XIX, ese espíritu comercial que ha sido el destino inevitable de Cúcuta. Ciudad de frontera, ubicada en el cruce de una maraña de valles, con abras que le permiten mirar hacia el río Magdalena y hacia el Lago de Maracaibo, Cúcuta ha sido una especie de corredor polaco en la historia de las relaciones entre Colombia y Venezuela. Sus calles son el cruce obligado de los que buscan algo, el lugar de cita de los mercaderes, la encrucijada de los aventureros y la atalaya de los ambiciosos. Allí creció una clase de comerciantes muy parecidos a los de Maracaibo por su genio rápido y su codicia honda. Cuando el Táchira dejó de ser la mano vacía de los valles sin gentes,

el instinto comercial de los cucuteños “venteó” rápidamente el negocio. Y en largas caravanas trasponen la frontera para hacerse vecinos de Rubio, Táriba o San Cristóbal.

Dentro del Táchira que prospera los inmigrantes van definiendo su ubicación. El llanero será el agricultor y el traficante de ganados. A ratos sembrará café en las márgenes del Torbes o engordará “orejanos” en las vegas de Santa Ana. El colombiano hará oficio de agricultor, pero será, por encima de todo, el gran animador del comercio. El torrente inmigratorio que fluye libremente a las tierras tachirenses permitirá que la producción pueda expandirse sin traba a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. No hay límites a la producción que provengan de la escasez de mano de obra. Cuando falten los jornaleros para las haciendas de café que siguen implantándose —mancha vercosa en el regazo de las laderas— bastará con buscarlos en Cúcuta o en Pedraza. Esa inmigración en masa cumple el papel de agente dinámico de la producción. En dos sentidos obra sobre el Táchira la llegada fácil de los inmigrantes. En primer lugar, abriendo la posibilidad física de extender los cultivos del café y de otros frutos o de ensanchar las actividades ganaderas. En segundo lugar, y esto es más importante, mantenía estable la tasa de salarios. Es un factor de singular proyección que contribuirá, más que ninguno, a sostener el ritmo del crecimiento.

Permítaseme insistir en el papel del salario en el desarrollo del Táchira a partir de 1850. Los valles del Táchira empezaron a poblarse y a ganar importancia porque el café los puso en contacto con un mundo consumidor situado más allá de los mares. El nivel de los precios del café lo fijaban, obviamente, los países de Europa, entonces principales consumidores del grano. La cantidad que produjese Venezuela no alteraba el curso de las cotizaciones en el mercado internacional pues nunca aportamos más del diez por ciento de la cosecha negociada a través de los mares. En la segunda mitad del siglo XIX, los precios del café oscilaron frecuentemente en oleadas alternas de prosperidad y depresión. Para los productores de los países atrasados, era indispensable frenar los salarios para defender la tasa de ganancias del agricultor. Esa condición solo podía conseguirse si la mano de obra excedía las posibilidades de empleo. Una especie de ejército industrial de reserva era el resorte que estabilizaba el nivel de los salarios y garantizaba el margen de utilidades para los hacendados del café. El tachirense que sembraba café siempre dispuso de una fuerza de trabajo sobrantera que le otorgó ventaja en el mercado de mano de obra. Los caminos de Cúcuta y del llano proveían a las haciendas que iban apareciendo, en la expansión del café, del contingente de trabajadores cuyo esfuerzo pintó de plantaciones a los valles y a las laderas. Si no

hubiese mediado ese factor, la caficultura tachirense habría sido imposible pues el otro recurso del capitalismo para mantener estables los salarios, la tecnificación de los cultivos, resultaba inaccesible para el empresario de un país subdesarrollado en aquella época. El café no incorporó, hasta el siglo XX, algunas de las conquistas técnicas que han elevado el rendimiento de la mano de obra. Su cultivo y beneficio en el siglo XIX fue siempre extensivo, es decir, basado en el rendimiento primario de los factores de producción.

Todo desarrollo económico más o menos acelerado —y el del Táchira lo fue a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX— exige poderosas fuentes de financiamiento. Detrás del pionero que abre las tierras al cultivo, de la carreta que las recorre y del ganado que las puebla tiene que levantarse la figura del financiero que proporcione los recursos para la subsistencia de la población y la satisfacción de las necesidades de capital. Mientras los cafetales lleguen a la edad de fructificar y el ganado engorde, la existencia humana se traduce en un gasto que alguien debe solventar. La adquisición de herramientas e instrumentos de trabajo, la versión propiamente dicha, significa un gasto que se sustrae del consumo corriente. En la jerga de los economistas se dice que no hay desarrollo sin la existencia previa de un excedente que soporte el peso de esas nuevas actividades. El Táchira no tenía los recursos indispensables para

sufragar los compromisos del desarrollo económico. A diferencia de Mérida y de Trujillo, regiones de hinchada opulencia en los años postreros de la colonia, el Táchira carecía de fuentes autónomas de financiamiento. El dinero hubiera constituido para los tachirenses un valladar insuperable en el tránsito hacia el desarrollo si no aparecen en su camino los comerciantes de Maracaibo.

El maracucho financió la expansión tachirense durante todo el siglo XIX. Maracaibo era ya, a mediados de ese siglo, un puerto de activísima vida. Suerte de Bremen del trópico, allí convergían los productos de una extensa zona en busca de garganta para salir a los mares. Alejado de Venezuela, la Venezuela de las guerras civiles perpetuas, el puerto de Maracaibo no sufrió paréntesis en su proceso de acumulación de dinero. Un comercio audaz y conocedor de las técnicas mercantiles del capitalismo —la letra de cambio, la sociedad anónima, etc.— fue convirtiendo a Maracaibo en una plaza de firme superioridad financiera en la Venezuela del siglo XIX. Durante mucho tiempo, esa ciudad superó a Caracas en influencia mercantil y en dinamismo creador. El dinero de los maracuchos fluyó hacia el Táchira, en el préstamo a corto plazo que habilitó plantaciones. El comerciante de Maracaibo ofrecía sus anticipos para que los colonos del hacha, labradores de café en las faldas de los Andes, tuviesen sustentación y confianza. La economía occidental tendió a unificarse

bajo la égida de los financistas del Zulia. Maracaibo dictaba, con sus créditos, la norma de expansión de la economía agrícola. El ciclo comenzaba cuando las casas comerciales de la capital zuliana establecían el volumen de préstamos y concluía cierto tiempo después al llegar al puerto de Maracaibo las piraguas cargadas de café. Entre el dinero que emigraba al Táchira y el café que desembarcaba emergían los dos polos del circuito. La tasa de interés vigente en Maracaibo, el volumen de los billetes emitidos por sus bancos, la cotización del oro en su mercado y el curso de la libra esterlina fueron para los labradores y mercaderes de los Andes la estrella de Belén para sus actividades económicas. Esos fenómenos determinaban el auge o declinación del desarrollo tachirenses. Porque de ellos dependía la generosidad o prudencia de los créditos y el valor del dinero. Aún en 1930, los hacendados del Táchira utilizaban la cotización del oro como guía para sus operaciones. La baja del oro era un buen augurio que lanzaba flotas de codicia en el mar de las especulaciones.

Esa economía tachirenses, que repecha en el siglo XIX la cuesta del desarrollo, es un milagro del mercantilismo. Cuando raya la aurora del siglo XX el Táchira tendrá el más alto ingreso por habitante y será teatro de las energías más expansivas que pudiera albergar la tierra venezolana. Todo fue el producto de la combinación de felices circunstancias que van a impartir al

Táchira un sello acusado entre todas las regiones del país y al tachirense una idiosincrasia inconfundible. La tierra suave, de vertientes y valles que brinda morada propicia a los hombres. Su ubicación en un costado de la patria, hasta donde no llega la barbarie insaciable de los caudillos ganosos de presa y de botín. La cercanía a una Cúcuta hinchada de ambición y a un Maracaibo fenicio donde una burguesía mercantil explora mercados y vislumbra oportunidades, con vocación de “hinterland”, como las ciudades hanseáticas que en los comienzos de la era moderna labraban caminos para su penetración. Esas fuerzas encuentran en el Táchira un medio fácil, de hombres ansiosos de horizontes para germinar en el hallazgo del desarrollo.

Pero las condiciones naturales de suelo y clima, de ubicación y vecindad, nada habrían valido si el sistema económico en que el Táchira insertó su vida no hubiese sido superior al que prevalecía en el resto de Venezuela. El Táchira inicia su crecimiento vertiginoso, traspuesta la primera cincuentena del siglo XIX, sin el estigma del latifundio y de la burocracia, militarista o clerical, que aridece el esfuerzo en otras latitudes del país. La colonización se hace en el Táchira bajo el imperio de la mediana y pequeña propiedad rural, que utilizan con pleno provecho al hombre y a la tierra. El hacendado tachirense encabeza, muchas veces blandiendo el hacha para desbravar los bosques, la producción de café.

Y pone en el esfuerzo una meticulosidad aguerrida y un esmero implacable. El peón que lo acompaña no es el conuquero bestializado por el latifundio que en el centro o en los llanos se encierra en la miseria de su pañuelo de maíz. El salario, como sistema para el pago de la mano de obra, permite obtener una plusvalía más alta y otorga a la renta de la tierra mayor movilidad que bajo la lápida del orden semifeudal en que se engolfa el resto de Venezuela. Es una economía donde el suelo se cultiva con alguna responsabilidad y los frutos se benefician conforme a los sistemas técnicos más avanzados que el planeta conoce, para el café, en aquella crepuscular época del siglo XIX. No hay intermediarios entre el hacendado y la tierra y el ausentismo, con su secuela de males, no despunta en el panorama social. La función del empresario corresponde al dueño de la tierra y el peón puede lograr un rendimiento superior al del conuquero porque el rasero monetario estimula el esfuerzo. Fue una economía mercantil con fuertes signos capitalistas.

Al culminar el siglo XIX el Táchira ha creado ya lo que en Europa fueron aquellas zonas en las cuales despuntó un capitalismo mercantil. Es en Venezuela el equivalente de las repúblicas italianas del Renacimiento que mucho tiempo antes de la Revolución Industrial aclimataron las primeras instituciones del capitalismo. El centro comercial de ese circuito es la ciudad

de Maracaibo que, a semejanza de Génova, aporta el dinero amasado en el tráfico mercantil. Allí se acumula el oro que proviene de las transacciones internacionales. Y del interior, franqueando ríos y valles, fluyen los cargamentos de café que renuevan en el capitalismo maracaibero la acumulación líquida. Es un sistema infinitamente más ágil y expansivo que el de otras regiones venezolanas, empotrado en el feudalismo. La acumulación líquida que realizan los comerciantes de Maracaibo se trastada al Táchira y regresa expandida en el aumento de la producción cafetera. El auge del excedente económico en el Táchira engruesa a su turno los intereses de los banqueros y comerciantes de Maracaibo y sustenta nuevas aventuras de siembra y ensanchamiento de la agricultura. Los ferrocarriles y la navegación por el Lago forman la espina dorsal del sistema que brinda, con suficiente certeza, una armazón sólida. Es un sistema flexible que sabe acoger y desarrollar los estímulos externos. Las alzas de los precios del café ocasionan el auge inmediato de la producción a través de la cual crece el ingreso regional. La producción por habitante se eleva, medida en unidades físicas y en valores monetarios y la economía va encontrando, en ese proceso, un estímulo de cambio y transformación.

La gran debilidad de ese sistema radica en su carácter periférico frente a la economía capitalista de Europa y de los Estados Unidos. No hay fuerzas autónomas de

crecimiento, generadas en el ámbito del circuito que formaban los Andes y el Zulia. En definitiva, son los continentes del capitalismo avanzado los que establecen el nivel de la acumulación y el ritmo de la actividad de las zonas productoras de café y de su inmediata fuente de financiamiento. El alza o la baja de los precios del café, la expansión o contracción de su demanda, significaban a la postre el avance o el estancamiento momentáneo de esa economía. Pero eran fenómenos que se engendraban en Europa y Norteamérica sin que las regiones occidentales de Venezuela, implicadas por ellos, pudieran influir para acelerarlos o retrasarlos. Cuando caen los precios en Europa, el comercio de Maracaibo pierde sus veneros de financiamiento, restringe sus créditos, eleva la tasa de interés y sobreviene un paréntesis en el desarrollo. En esos casos la economía pierde oro, se valorizan las monedas extranjeras hasta que la contracción de las actividades comerciales restablece las paridades. El desarrollo vuelve a iniciarse en el momento en que la baja de salarios en las haciendas de café y el estímulo del tipo de cambio inyecta bríos a las exportaciones. Se restituyen los niveles de la acumulación en el Táchira y en Maracaibo y vuelven a crecer las aguas de la economía. La eficiencia marginal del capital, como lo habría dicho Keynes, torna de nuevo a ser propicia. Ese viacrucis de expansión y estancamiento, con tendencia creciente, es la modalidad

de desarrollo de las economías mercantiles ligadas al gran capitalismo europeo o norteamericano en las postrimerías del siglo XIX.

Para superar las debilidades inherentes al sistema, la burguesía agraria y mercantil implicada en todo el esfuerzo económico del café y del dinero, necesitaba conquistar el poder político y darle al país la política que en Argentina o en Brasil se trazaron sus clases dominantes cuando el crecimiento les impuso un papel activo. A fines del siglo XIX estaba planteada una alternativa en nuestra Venezuela. O el Táchira y el Zulia, hermanos dentro de un circuito con características propias dentro del país, asaltaban el poder para modelar la evolución de la economía conforme a pautas de mercantilismo con pujos capitalistas. O el latifundio del centro y de los llanos mantenía sus privilegios políticos, aplastando el empuje de tachirenses y zulianos. La solución de ese dilema determinará hasta que llegue el petróleo, el destino de Venezuela. El siglo XX amanecía para Venezuela con barruntos de tormenta. La contradicción entre capitalismo mercantil en el Táchira y feudalismo más o menos genuino en el resto del país solo podía liquidarse mediante una guerra. Cipriano Castro no sería, en el fondo, más que el instrumento de fuerzas sociales en las cuales él mismo no alcanzaba a medir todo su poderío o a comprender su imperativa influencia. El drama y sus criaturas estaban

maduros en 1899. Sangre y polvo serán los signos de la historia cuando, por las grietas del tiempo, se filtren las luces matinales del siglo XX.

II. *PATER FAMILIAS* Y PIONEROS

La gran célula, migratoria y creadora, de la sociedad tachirenses fue la familia. Las emigraciones que llegan al estado vienen en núcleos familiares. Son como una repetición de los tiempos bíblicos cuando los azotes del hambre y de la peste hacían circular por el Medio Oriente a los padres y a su nutrida prole. Familias bari-nesas —Pulidos, Zerpas, Febres Corderos— acamparán en las abras montañosas, espantadas por el fuego de los federales. Grupos compactos de graves caballeros con su cauda de señoritas y de mozalbetes van recorriendo la geografía tachirenses hasta que tiran el ancla en algún lugar propicio. Los colombianos —Villamizar, Lamus, Moros— llegan también en tropel familiar, atraídos por el cebo de la prosperidad. Y con ellos, las familias menos ilustres, pero más enérgicas de aquellas peonadas que la guerra avienta porque en su vorágine ciega el plomo y el fuego no distingue a sus víctimas. De Barinas

huye el oligarca, en pos de la seguridad para su arcén de morocotas. Poco tiempo después, el conuquero del llano tiene que emprender también la marcha para salvar su cochina o su gallo de la inacabable voracidad del Gran Partido Liberal.

La pequeña y mediana propiedad, establecida en las tierras baldías de las faldas y valles aún vírgenes de las últimas décadas del siglo XIX, permitirá el mantenimiento y consolidación de esos grupos familiares. La emigración al Táchira no es una diáspora en la cual la familia proveniente de los llanos o de Colombia se dispersa en busca de una suerte dispareja. El grupo familiar encuentra tierra suficiente para establecerse en común. Se trabaja sobre la misma heredad, desbastando el bosque y poniendo las primeras semillas de café. Los años giran a lo largo del siglo XIX sin que la familia se disgregue. El sistema de producción, caracterizado por la difundida propiedad rural, garantiza una perdurable cohesión. El vínculo de la sangre se funda directamente en el usufructo ininterrumpido de la tierra. Es la producción, con las relaciones sociales que ella engendra, la gran causal de intangibilidad de los núcleos familiares en el Táchira de los tiempos que siguen a la Guerra Federal. El hombre y los suyos, amalgamados en la casa rural, pueden ser el eje de todo el desarrollo social e impartir a la sociedad un sello inconfundible.

En las sociedades de capitalismo mercantil, y el Táchira era una de ellas, la familia es la unidad económica. No es por casualidad que el desarrollo europeo de los siglos que preceden al capitalismo industrial es la obra de un puñado de familias. Desde los banqueros hanseáticos hasta los artesanos de la Alemania del Rin, los protagonistas de las más audaces empresas son entonces los cabecillas de determinadas familias. La historia es casi asunto de familia. Porque la producción, dispersa en millares de pequeñas unidades, coincide con el ámbito de las familias. Para atender las necesidades sociales basta el esfuerzo del padre y de sus hijos. Será la Revolución Industrial, con su escala de producción más vasta, la que modifique el cuadro cuyo epicentro es la familia. En el Táchira del siglo pasado la economía del café surge y prospera en torno de esas agrupaciones familiares. Para el desmonte y la instalación de las plantaciones, en la escala requerida por un capitalismo mercantil, resulta ideal el trabajo familiar. Sus ventajas son abrumadoras. Garantiza la unidad de trabajo por los fuertes vínculos de solidaridad que siempre se tienden entre quienes pertenecen a un mismo tronco sanguíneo. Así se estimulan los rendimientos hasta crear una emulación permanente que hace de la agricultura un arte de paulatina perfección. El desarrollo no es solo compatible con la integridad del grupo familiar como célula productiva, sino que tiene

en ella su agente más eficaz. Estabilidad y progreso van consiguiéndose dentro del cuadro de la organización económica. No hay, mientras el capitalismo mercantil no resulte afectado por fuerzas disolventes, contradicciones insuperables entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. La relación familiar encaja perfectamente en el ámbito y el ritmo de las fuerzas productivas.

Este cuadro de unidades familiares asentadas sobre la pequeña y mediana propiedad contrasta notablemente con el de la Venezuela del latifundio central o llanero. En el centro de la República, la familia campesina vive en precario sobre tierras ajenas de las cuales la arroja a menudo la voracidad de los latifundistas. El conuco, símbolo de las relaciones de producción semifeudal, elimina la autonomía de la familia campesina. Su jefe, el conuquero, es un ser acechado constantemente por el desalojo. No dirige él la producción, sino que la adapta, con mecánica pasividad, a los intereses o cargas que le echa encima el terrateniente. No existe acumulación en ninguno de los sentidos de la palabra. El conuquero —y el grueso de las familias del centro vivían en esa condición— realiza una absoluta economía de subsistencia. En tales condiciones no puede haber reproducción biológica o económica. Los hijos del conuquero, si llegan a adultos, tienen que emigrar. Y sus recursos son siempre los mismos, sin expandirse o contraerse,

como si los atornillaran a un invariable lecho de miseria. Quien lea las novelas y relatos venezolanos del siglo pasado encontrará siempre en el conuquero a un ser solitario, con su mujer y su cochina por todo acompañamiento. La familia se traslada al cementerio —las tres o cuatro cruces sembradas detrás de la cocina— o se marcha detrás del caudillo nómada o de la agricultura trashumante que el latifundio impone a Venezuela. Es la desintegración del núcleo familiar. Nuestro feudalismo mina o destruye la familia aventándola en todas las direcciones. Y dejando solitario, como perro, al conuquero del maíz o de las caraotas.

La familia campesina del Táchira es numerosa y coherente. Aún en los tiempos recientes era todo un espectáculo ver la llegada a los pueblos del Táchira, en los días de fiesta religiosa, de un campesino seguido por un rosario de hijos que se alineaban con cierta uniformidad militar detrás de su progenitor. La pequeña propiedad sostenía esa fecundidad tan bien lograda. La tierra es propia y rinde una renta que se comparte con el comerciante. La extensión de las plantaciones, en la medida en que la familia va creciendo, abre el margen de colocación para los nuevos brazos. En cierto modo, el crecimiento de la producción cafetera en el Táchira —Mérida y Trujillo siguen la misma pauta— estará ligado a la prolijidad de las familias. La capacidad reproductiva de los padres anticipará el salto en

las superficies sembradas. Una cosecha de hijos será el augurio, veinte años después, de una copiosa cosecha de café. La agricultura, así organizada, admite cualquier dosis de mano de obra que se vuelque sobre ella. Si las labores agrícolas se tornan difíciles, el sistema del asalariado aportará los suplementos de trabajo que demande la tierra. Con los hijos y algunos asalariados en los críticos tiempos de cosecha, la unidad familiar cumplirá su cometido. En todo ese encrespamiento del desarrollo, hecho a ritmos veloces, la familia va salvando su fisonomía y su cohesión. Coincide, sin sobresaltos, con la unidad de explotación y puede reproducirse biológica y económicamente, sin que haya excesos de recursos sobre necesidades. El lejano mercado internacional, de tendencia creciente a largo plazo en aquella época, recogerá cuantas cantidades produzcan las faldas del Táchira.

Pero el desarrollo, al franquear cierta etapa, genera desprendimientos del primitivo núcleo familiar. Las hembras, al casarse, emigran a establecerse en otros parajes. Sus maridos son el eje de una nueva familia que simboliza una unidad productiva. Hay en las zonas rurales de los países donde ese tipo de capitalismo mercantil hace su aparición una especie de dote subrepticia en los matrimonios. El marido no aporta, como en la Europa de otros tiempos, una dote en metálico, sino tierra para labrar y casa para habitar.

Una condición tácita, tan fuerte como los preceptos del Código Civil, de todo contrato de matrimonio es que el cónyuge asegure un pañuelo de tierra propia para establecer la explotación que mantenga la cohesión y el consumo familiar. Es así como la familia tachirense va desprendiéndose, en el proceso de la colonización, hasta reproducirse en múltiples unidades de explotación. Los caseríos de las vertientes, escenario propicio al cultivo del café, no son otra cosa que la suma de los desprendimientos sucesivos, realizados por conducto de esos matrimonios que se convienen como si fuesen alianzas de poder. Una primitiva familia de emigrantes barineses o colombianos será el germen de un poblado. Delicias, La Fundación, San Simón y tantos otros pueblecillos cafeteros son la resultante de ese vuelo del polen familiar que va cundiendo de hombres el regazo suave de las cordilleras tachirenses. Dueños y asalariados se repartirán las funciones económicas. En general prevalece el sistema de la cooperación familiar con retribución de dinero, pero en ciertas épocas en que la demanda de mano de obra es más fuerte los jóvenes se conciertan para servir como jornaleros en las fincas vecinas. Se gana, en ese ajetreo un ingreso cierto. La pequeña y mediana propiedad se reproduce como las células migratorias y aldeas y villorrios son la yuxtaposición de los desprendimientos sobre el primitivo núcleo poblador. Ayudando a sus padres en el

marco de la heredad familiar o contratándose como asalariados en determinadas épocas, los mocetones de la montaña hacen su contribución al desarrollo regional. Las generaciones van amontonándose sobre un panorama donde el cafeto y los rebaños vencen, sin retardo, la resistencia del matorral.

El Táchira tiene, en esos decenios, una organización social de incommovible solidez jerárquica. A la cabeza del núcleo familiar, que tarde o temprano se convierte en caserío o en villorrio, se coloca el *pater familias* un poco a la manera en que lo conocieron aquellos labriegos del Lacio cuando al amanecer del mundo romano hizo rodar sus gritos por la península italiana. El *pater familias* dirige el proceso de la producción social. Él determina la retribución en metálico —porque el Táchira no conoció “las fichas” con que se pagaba en otras regiones al jornalero— que ha de acordarse al esfuerzo de cada labrador. Sus hijos son los asalariados de la pequeña unidad de producción que gira en torno al cayado de ese pastor de hombres que es el *pater familias*. El reparto se hace en forma autoritaria como siempre ocurrió dentro del capitalismo mercantil. El *pater familias* establece un primitivo fondo de salarios y otro fondo, no menos primitivo de acumulación. Cuando el alza de los precios es una tentación, se demarcan nuevas zonas, dentro del bosque, para penetrarlas con el ajedrez de los cafetos. Ha crecido el rústico fondo

de acumulación. Una proporción importante del trabajo se dedica entonces a desmontar y sembrar, y más tarde a cuidar la plantación hasta su edad adulta. Si los precios internacionales achican el producto, el fondo de acumulación para nuevas plantaciones se reduce y la porción del salario crece en la esfera del reparto. El nivel de los salarios está vinculado a las oscilaciones de la cotización internacional del café. Siempre habrá la posibilidad de acudir a trabajadores temporeros cuya presencia en las fincas contribuirá a hacer fácil el descenso del salario que se paga a los hijos del *pater familias*. Uno de los problemas complicados a que se enfrentan estos rudimentarios directores de empresas que son los *pater familias* es la consecución de monedas de cinco y dos bolívares —frecuentemente escasas— para la cancelación del salario semanal que, a título de retribución ha de dársele al hijo o al jornalero ocasional. La faja ancha, de compartimientos bien definidos que lleva al campesino del Táchira es una especie de cofre flexible para guardar los fuertes y las pesetas de plata. Más de una faja hizo tintinear, al abrirse, la catarata de monedas que se albergaba en sus delgadas paredes de cuero.

El *pater familias* del Táchira campesino es, como su antecesor romano, el centro y el eje de la vida social. La justicia y lo que pudiéramos llamar la administración son dos asuntos que le conciernen como privilegio

intransmisible. En la aldea tachireNSE, aún en el pueblo, es el jefe de familia más antiguo quien cumple las funciones de orientar los negocios colectivos y de impartir aquella tosca justicia que inmortalizó Cervantes en las famosas instrucciones a Sancho para el gobierno de la ínsula Barataria. Esas funciones pertenecen por derecho de señorío, al terrateniente en otras regiones de Venezuela. En el Táchira de la segunda mitad del siglo XIX, las ejerce el más viejo de los pequeños o medianos propietarios de un lugar. Hay una cierta solidaridad consciente que se traduce en respeto, no exento de superstición, hacia ese señor de cabellos ya encanecidos que regula justicia y administración un poco a la manera de los patriarcas israelitas. Los pleitos de linderos, el uso de las aguas, el mantenimiento de los caminos y el ingenuo culto a las imágenes de los caminos, se sustanciarán y orientarán conforme a las pautas de esa providencia en pantalones que es el jefe más antiguo de familia. Las riñas y las desavenencias serán otro capítulo de su infusa autoridad. El Código Civil y el Código Penal, con sus tribunales de doctores en la ciudad, solo intervendrán cuando el caso revista la gravedad de una trasgresión mayor. Es un sistema salomónico de dirimir conflictos y arbitrarle fórmulas al orden público —entendido en el sentido del Derecho Administrativo— que funciona porque la infraestructura económica,

montada sobre la pequeña propiedad, permite tan peculiar fisonomía política.

El Estado es, como en la exclamación del rey francés, el *pater familias*. En el fondo, esa preeminencia es el resorte a través del cual los conflictos de clase, siempre latentes en tal tipo de sociedad, se reglamentan y sustancian. Hay en la sociedad tachirense de fines del siglo pasado dos Estados perfectamente diferenciados. El Estado nacional, llamémoslo así, que se expresa en el presidente que despacha desde San Cristóbal y en la red de tribunales, policías y tropas desplegados en la región. Pero junto a ese Estado, autoritario como ninguno, se alza el más modesto del *pater familias* que se basa en una suerte de Derecho Consuetudinario, de mayor relieve frecuentemente que las leyes escritas por el Congreso de la República. Mientras en la Venezuela semifeudal, el terrateniente tiene sus derechos por aplastamiento, casi por conquista obtenida sobre el conuquero y el peón, en el Táchira finisecular, el *pater familias* no tiene otro título que su vejez, su rectitud o su bondad. Sus peones son sus hijos o los jornaleros que contrata ocasionalmente. No hay en el ejercicio de su autoridad una primacía económica embrutecedora. Claro que en última instancia son las contradicciones de clase, inevitables en cualquier especie de sociedad donde haya un reparto desigual de los bienes, las que mantienen esa institución estatal del *pater familias*

que juzga y administra. Pero el vínculo de obediencia es menos brutal, más incoercible que en la sociedad feudal del latifundio. En las aldeas tachirenses de fines de siglo no había matrimonio que se concertara sin escuchar la opinión de este régulo en alpargatas, ni arreglo de linderos que culminase sin su consentimiento, ni riña de medianoche cuyo juzgamiento no correspondiera, si no mediaba un muerto, a su vara de magistrado rural. Una disciplina medio supersticiosa trama y sostiene a la sociedad rural tachirense. Como el hombre no emigra —el barinés o el colombiano se fijan a la tierra y de allí no se marchan— el orden patriarcal puede perseverar dentro del más enérgico proceso de crecimiento económico.

El gran auge del café y del ganado —no se olvide que el Táchira es a principios de siglo la región venezolana con más alto consumo de carne por habitante— aparejan una demanda sostenida de mano de obra. El núcleo familiar, aun desprendiéndose a través de las hembras casadas o de los hijos emancipados, no alcanza a cubrir por sí mismo el volumen de trabajo requerido por la sociedad rural. Aparecen en las aldeas tachirenses a fines de siglo ciertos hombres “escoteros”, que no llevan impedimenta de mujer e hijo. Vienen a aprovechar las ocasiones de empleo temporero que brinda el café. Muchos de ellos arraigan, después de reiterados ensayos, a determinada aldea. Dentro del orden establecido

no les queda más remedio que incorporarse a algunas de las familias campesinas allí existentes. Por mero derecho de afinidad —podemos denominarlo así— se asimilan y se identifican. Empiezan como trabajadores temporeros —en la época de cosecha— y terminan por hacerse miembros de aquella sociedad patriarcal. Esa incorporación paulatina recuerda mucho aquella institución de los agnados con que Roma resolvió el problema de la mano de obras sin comprometer la estructura de su sistema familiar. El agnado fue haciendo permeable el orden de las familias romana e introduciendo en él una identidad económica que enriqueció la primitiva trama, inspirada en la sangre. Ese peón temporero del Táchira —en Mérida y Trujillo también hará acto de presencia— llega a ser una ficha del clan familiar. Y participa en esa suerte de democracia larvada que son las deliberaciones de los miembros de la familia en torno de sus problemas económicos o domésticos. El *pater familias* le consulta y, si es sobresaliente trabajador, confirma sus derechos por la vía que hoy nos resulta tan trillada en las películas mexicanas, casándose con la hija de su anfitrión. El emigrante que llega a una aldea tachirense en esos postreros años del siglo XIX sabe que no será un paria sino un copartícipe en la común empresa de trabajar y reproducirse. La pequeña propiedad sabe arbitrar así sus contradicciones. La sociedad mercantil se detiene en los umbrales del

capitalismo. Si el salariado hubiese aparecido, con plena expresión, el Táchira habría penetrado en una etapa genuinamente capitalista. La mezcla de salariado y de relaciones un poco paternas es lo que confiere a su economía, pese a ser la más avanzada de la Venezuela de esos tiempos, un rasgo predominantemente mercantil.

Pero es una sociedad mercantil, con instituciones un poco calcadas en la usanza romana, de características muy peculiares que explican su alto grado de desarrollo económico. En el tachirense de las aldeas —y su congénere de la ciudad tendrá el mismo espíritu— hay una propensión al ahorro mucho más acentuada que entre los otros venezolanos. Ese ánimo que los ingleses llaman “*thrift*” en su lengua concisa y enérgica. El espíritu de ahorro que hizo famosa en Inglaterra a la era victoriana, se manifiesta con silvestre redundancia en ese Táchira de colonos que ve aproximarse la llegada del siglo XX. La profusión de morocotas acumuladas, hasta por gentes modestas, es un testimonio de aquella vocación ahorrativa. Pero el tachirense, contra lo que estipula una de las consejas más extendidas en Venezuela, no atesoró el dinero para mirarlo con deleitosa avaricia. Esas morocotas se tradujeron en plantaciones de café y en rudimentarias máquinas de beneficio que otorgaron a su agricultura un sello avanzado entre todas las del país. Hay una diferencia —que Werner Sombart señaló agudamente— entre avaricia y ahorro. La avaricia es

propia de las economías estancadas, sin horizontes ni seguridad. Los sistemas en descomposición se resuelven en derroche irresponsable o en avaricia cerrada. El hombre de fortuna se encierra con su oro y sus valores a devorarlos con la imaginación. Es el matrimonio del ser humano con el dinero en lecho de onanismo espiritual. El ahorro es cosa totalmente distinta. Es la previsión del artesano que guarda para mejorar sus herramientas y la del capitalista que acumula, con implacable disciplina, para controlar las fuerzas del hombre y de la naturaleza. El tachirense de fines del siglo XIX es un ahorrador —“*a thrifty man*” como diría un inglés— empedernido que convierte sus monedas en cafetales, en vacas de ordeño o en novillos de ceba. El proceso de la reproducción ampliada del capital encontró en esa vocación por el ahorro uno de sus mecanismos de más acabada exactitud. La diferencia entre el Táchira despoblado e insignificante de 1830 y el Táchira pujante que tenía más novillos de engorde y más hectáreas de café que todo el resto de Venezuela, es la obra de esas ahorrativas generaciones que con pasión capitalista atesoran para invertir. El ganado enflaquecido de Apure y Barinas se transforma en gordo rebaño que va al matadero de Cúcuta o se reparte en las múltiples pesas de la región tachirense. Y la semilla de café será pronto arbusto bajo el cobijo amoroso de los ceibos y guamos que se esponjan sobre

sus ramas. Sin una acumulación líquida, producto de ese hábito de ahorro y del crédito de los comerciantes de Maracaibo, habría sido imposible tan espectacular progreso. El ahorro hace del tachirenses un calculador nato, que en su imaginación enfrenta las posibilidades con los riesgos hasta precisar sus determinaciones. Muchas de las morocotas atesoradas van a las cajas de los comerciantes locales —que son también un poco los banqueros improvisados de la región— para distribuirse por conducto de los canales de un crédito lugareño.

La mentalidad de ese tachirenses que se planta en valles y laderas hasta desbravarlas es la del hombre de “frontera”, el “*frontierman*” de la colonización norteamericana. El Táchira es la típica sociedad de “frontera”, formada por pioneros que crean su propia obra, que hacen su vida y que son la medida de sí mismos. Se entiende por “frontera”, en la sociología norteamericana que ha acuñado el término, aquellas regiones que lindan con las tierras vírgenes y en cuyo seno van levantándose fuerzas que concluyen por incorporar el matorral al patrimonio del hombre. Cuando comenzó el ciclo inmigratorio que se volcará sobre el Táchira, comarcas como las de Pregonero, Rubio, Santa Ana y Delicias eran nombres ayunos de toda significación en la geografía social del Estado. Allí estaba la frontera que el colono conquistó con su hacha benemérita. Cayeron los árboles milenarios con estruendo de

gigantes vencidos, los puentes de “cabuyas” se mecieron sobre el lecho cantarino de los ríos y en la espesura aclarada por el hacha las espirales de humo anunciaron la presencia del hombre. Sobre el filo de las “cuchillas” que miran hacia los llanos o hacia la cuenca del Lago, el hachero vencedor contemplaba con deleite aquellas laderas alfombradas de árboles caídos donde pronto abrumaría el fruto rojo a las ramas del cafeto. Un orgullo subía por las venas, como marejada espesa, ante la prueba airosamente superada. Ningún obstáculo pudo detener a los pioneros. Para el árbol se blandía el hacha, para el río se tendieron los puentes, para las serpientes se izó el machete. Las enfermedades se vencieron con esa infinita habilidad de las razas campesinas frente al medio primitivo que las envuelve.

La sociedad de “frontera” —vencedora del acecho— tuvo en el Táchira rasgos que serían como la escala para la incursión andina sobre la República. Las empresas que el tachirenses, nativo o inmigrado, inicia a fines de siglo le resultan todas productivas. No se registra un fracaso en el establecimiento de una plantación o en la creación de un potrero. Y mire usted que fueron millares las plantaciones y potreros que estuvieron apareciendo en el Táchira en esos años febriles. El más lerdo lograba cosechar diez o veinte quintales de café con la sola ayuda de su mujer y de sus hijos. La faja, el pelo de guama y los “zamarros”, característica prenda

colombiana de montar, eran rápido testimonio de su triunfo. Miles de pequeños propietarios pueden lucir en las ferias de Táriba —cuando pasan frente a la casa del doctor Santiago Briceño— su buen caballo pasitrotero y su silla chocontana, directamente importada de Colombia. La productividad de todas las empresas agrícolas —hasta las más insignificantes— engendra en el tachirense un espíritu de confianza casi ilimitado. El hombre de los campos que convierte en pelotones de cafetos el bosque hasta ayer intocado, el comerciante que hincha sus libros con las cuentas de sus operaciones y el traficante de ganados que en Cúcuta obtiene de los “reinosos” unos buenos pesos sienten que la vida es una presa de fácil captura. Como en la filosofía griega —evocada por George Nicolai en una de sus obras— el hombre en el Táchira de entonces es la medida de todas las cosas. Dentro de aquella sociedad patriarcal, que ya hemos descrito, se desliza un poderoso individualismo. Pero no es el individualismo de los españoles, doloroso y purulento, que masculla sus protestas con la rabia impotente de los vencidos. Es el individualismo confiado del pionero de los Estados Unidos que siente en sus manos una carga de futuro y la tira por el mundo para la fructificación del éxito. El hijo se desprende del padre y va a fijarse unas cuadras más adelante en su propio pañuelo de tierra. Y así, como los anillos de una culebra, serpentea la colonización. La empuja

el individualismo que convive con la autoridad del *pater familias* sin estorbarse ni detenerse. Cada hombre audaz es un vencedor en aquella sociedad mercantil de atisbos capitalistas. Basta tener un poco de coraje y de ambición para elevarse acumulando ciertos tesoros y ventajas. Una moral del éxito, una filosofía de la realización material colma en el Táchira la medida de los que empujan. Fracasarse es el peor delito que pueda cometerse en aquel medio sacudido por el crecimiento apresurado. Se admira al hijo que egresando del medio familiar puso más abajo, en la ladera, unos granos de café y terminó rivalizando con su padre. Hay una especie de calvinismo social que sin menoscabo de las jerarquías patriarcales premia a los emprendedores.

El tachirense es, porque la religión del éxito así lo impone, un ser migratorio y agresivo. Extender sus cafetales, cruzar las rayas imaginarias que lo limiten, esguazar ríos, trepar montes y penetrar en los valles son sus misiones concretas. A contrapelo del patriarcalismo, y quizás por eso mismo, la sociedad rural tachirense es un agregado móvil, penetrante y tornadizo. Dentro del patriarcalismo se han dado en la historia fenómenos de intensas migraciones, de movimientos formidables de colonización. La institución del *pater familias* no impidió que Roma fuese la sociedad más movediza y agresiva de la Antigüedad. Hasta que el militarismo y el latifundio la descompusieron, la sociedad romana

se desarrolló con el arado como si fuese una mancha creciente en el panorama de la península latina. Los que van extendiendo la esfera de su trabajo, acompañados por el éxito, terminan por desbordar su propio ámbito. Cuando el siglo XIX agolaba su vigencia, los tachirenses ya se asomaban hacia los llanos y el Zulia como si pretendiesen devolver en una ocupación compensatoria el favor que a sus antepasados inmediatos hicieron los colonos barineses. A lo largo del ferrocarril a Encontrados y del camino a Guasualito, las avanzadillas de la colonización tachirense han plantado ranchos en medio de la calurosa soledad de esas comarcas. Parece como si a los más audaces no les bastase ya el estrecho ámbito regional —sus valles y cerros de pesebre— y quisieran derramarse sobre las regiones aledañas en busca de horizontes más propicios. No los detienen los mosquitos ni el infernal fuego de las tierras bajas porque en ellos la codicia propia de la acumulación precapitalista es una llamada más fuerte que todos los contratiempos. Seguros de sí mismos y hambrientos de expansión, aquellos tachirenses son como un hogar de energías portátiles que no guardan parangón con nada de lo que ocurre en la caótica y estancada Venezuela en 1890. ¡Cuánto habrán de arrepentirse los caciques de Caracas por no haber tomado en cuenta a tiempo las fuerzas sociales, encuadradas en un sistema distinto, que desde el Táchira enarbolaban el hacha!

Unos años más y en vez del hacha, los tachirenses esgrimirán ellos también, el fusil de las guerras civiles. La sociedad de “frontera” mirará a la República como miraron a los Estados Unidos aquellos compañeros de Andrew Jackson que en 1830 penetraron con sus botas de “*frontiersmen*” en los pulidos tablados de la Casa Blanca.

Mientras en el Táchira la confianza colma todos los espíritus y cada hombre puede lisonjearse de un pequeño éxito económico, en el resto de Venezuela vive una población aplastada, timorata, víctima de las enfermedades y del pesimismo. Es el legado de cuarenta años de guerras civiles caudillescas en las que mueren los hombres más valientes sin saber por qué y al conuquero se le recluta para que vaya a sucumbir bajo las patas del caballo en que caracolea el general Pérez o el coronel Martínez. Cuarenta años en que el Partido Liberal estuvo robando cochinos y coleccionando gallinas. Cuarenta años de farsa miserable, con sus caudillos traidores y sus doctores semiletrados, que roban y desangran a la República en nombre de un programa liberal que son ellos los primeros en desconocer. El pueblo termina por ocultarse, por huir, por perderse, desesperado ante el latrocinio y el atropello. Nadie se atreve a sembrar una semilla porque sabe que cuando fructifique, caerá en manos de Luciano Mendoza y de Joaquín Crespo, eternos merodeadores en campos y ciudades. Ni se

establecerá un negocio decente para que no alimente con sus víveres el hambre de las tropas mal racionadas que nuestros mandarines echan al azar de los caminos en busca de botín. Una Venezuela de latifundio redoblado, de jefes civiles rapaces, de doctores que matan con sus recetas, de abogados con almas de buitres, de generales que parecen educados en el hampa. No hay intelectual honesto de esa época que no hable del país con un profundo y desgarrador pesimismo. Es la época en que los hombres incontaminados se refugian en la quietud de las bibliotecas o se tapan en sus casas para vivir como muertos civiles antes de dar el traspies que los lleve a la cloaca por donde discurre la existencia nacional. Es la Venezuela aplastada donde la pureza es un delito, la lealtad una mancha.

—No sea pendejo compadre, aproveche y llénese.

Esa es la suma sabiduría de la política, la suprema virtud del poder. El pueblo se ausenta y Venezuela es un país cuyos habitantes viven exiliados en su propio territorio. Un inmenso vacío, el del pueblo asqueado y escéptico, es lo que ofrece la política venezolana. Ninguna época más triste para nuestra patria, por el pesimismo y la desilusión, que aquella que separa a 1870 de 1900. Los años de las dictaduras andinas serán de oprobio, pero en las rendijas del alma nacional se cuelan las gotas de la esperanza. En cambio, hasta 1900 no hay esperanzas sino postración y los venezolanos somos

como las almas muertas que describe Gogel. El tachirense emprendedor y desvinculado de Venezuela por añadidura, contrasta con aquel país lapidado. Donde en el Táchira hay triunfos, en Venezuela se registran derrotas. Cuando en el Táchira se planta un cafeto, en Venezuela se incendia, con el tizón de la soldadesca, una labranza. En el Táchira crece un niño, en Venezuela agoniza un muchacho, barrigón de paludismo y amarillo de lombrices. Ese contraste es demasiado vivo, demasiado quemante para que no se resuelva por los caminos de la guerra civil. ¡Cuán confiados vivían los generales caraqueños de 1890, organizando sus perpetuos enredos! ¡Y cómo fueron de miopes los “estadistas” de Memorias al Congreso! ¡Ninguno de ellos vio la significación que asumía aquella región tachirense sobrancera de energías! Muy equivocados estuvieron los caudillos y sus secretarios —sempiternos tejedores en la red de las intrigas— si creyeron que el Táchira iba a seguir trabajando para que sus divisas se las engulleran el peculado y los contratos leoninos. Pero no anticipemos los hechos.

Hacia 1895, era claro que el Táchira tenía dos alternativas. O se industrializaba. O se lanzaba, él también, a participar en las aventuras venezolanas de las guerras civiles. Industrializarse habría sido una solución. Fue la que emprendió Antioquia en la Colombia de fines del siglo XIX. Como el Táchira, el viejo departamento

de Antioquia fue el gran creador de la riqueza cafetera del hermano país. En pocos años, ese departamento se convirtió en el eje de la economía colombiana. Frente a Bogotá, doctoral pero estancada, Antioquia sobresalía y amenazaba. Afortunadamente para Colombia, una clase burguesa urbana surgirá en Medellín y se dedicará a tejer el algodón. Ya en 1903 la capital del departamento inaugura la primera de sus grandes fábricas textiles. Así marcha hacia el esfuerzo industrial la carga de energías sociales y humanas que al abrigo de los cafetales antioqueños parece que va a estallar a fines del siglo XIX. El ejército de mocetones fornidos que salen de las plantaciones encuentran colocación en Medellín. El capitalismo industrial, bien fundamentado por una burguesía emprendedora y enérgica, aporta en Antioquia colocación a la densa población rural. Porque el café ya no puede extenderse más, en 1900, debido a la crisis que marcan los precios en los mercados internacionales. Si la industria no abre su regazo en Medellín, los antioqueños habrían tenido que invadir a Colombia en una guerra civil en el fondo provocada por la disparidad de sistemas económicos.

El Táchira no pudo resolver por la vía de la industrialización el problema de acomodar en nuevas actividades su formidable masa de energías que ya en 1895 habían terminado la obra de ocupar y desarrollar sus vegas y laderas. Culpa fue de la oligarquía liberal

entronizada en el gobierno, miope y criminal a más no poder, que las potencialidades del Táchira hubieran derivado hacia la guerra civil. Es la inevitable ley de las sociedades. Cuando coexisten dos sistemas en un país, si no aparecen los amortiguadores, el más enérgico de los dos termina por producir agentes de perturbación y conquista. El Táchira era mercantil y en cierto modo capitalista. Y unido a Maracaibo, estaba a cien codos por encima de la Venezuela embrutecida de latifundio y guerras civiles y organizada conforme a un orden feudal que salió ileso de la Federación. El tachirense de organización familiar inmovible, cuyos lazos eran entrañables, de espíritu seguro, ahorrativo y migrador al mismo tiempo, hombre, en fin, de triunfos resonantes en el campo del desarrollo económico, tenía que emprender la conquista del poder.

Hoy podemos reírnos, después de sentir la parálisis del estupor, al ver cómo en aquellos años de 1870 a 1900 nadie pudo calar en Caracas el valor y la significación del Táchira. Si los generales —y entre ellos el más culto, Guzmán Blanco— consideraban al Táchira como una región extraña al país y le daban el tratamiento que se reserva a un protectorado o Estado Libre Asociado como dicen ahora los cipayos de Latinoamérica. Sospechaban que el tachirense era colombiano —lo que después de todo no es nada pecaminoso— y no le dedicaban a su región ni un chispazo

de pensamiento. Una política medianamente culta y comprensiva habría evitado la incorporación sangrienta del Táchira a la vida nacional. Pero es inútil pedirles a las clases putrefactas, y el latifundio caudillista de Venezuela lo era en 1890, un solo rasgo de sagacidad o previsión. Su ley es la estupidez como la arterioesclerosis lo es de las arterias envejecidas. Y su destino, el desplome irremediable. Cuando esas clases se percatan de la tragedia es ya demasiado tarde. Entonces el gesto inteligente que les dicte la súbita comprensión del momento es como la mueca del moribundo que haría reír si no fuese la antesala de la consunción. Cerrar esos ojos y trabar esas mandíbulas ya desgonzadas es lo que dicta la piedad. Nadie escucha el querer de un agonizante que sucumbe a sus propios pecados. Los tachirenses no serían la excepción. Ellos también corrieron hacia el poder para arrojar de allí, con un inesperado puntapié, a aquel caudillismo federal que amortajó a la República entre 1870 a 1900.

III. EL DEMONIO DE LA POLÍTICA

Algún día los zangaletones del Táchira preguntarían a sus manos, curtidas de siembra y doma, si no servirían para otras funciones, menos pacíficas que las de labrar la tierra. Pero no es suficiente la ambición. Si con ella no se juntan los factores objetivos y subjetivos que determinan los cambios históricos, el descontento degradará en la quisquillosidad. El Táchira necesitaba, para lanzarse a la pelea, de ciertos ingredientes que en las sociedades ascensionales actúan como catalizadores del alma colectiva. No bastaba una densa población, un espíritu de empresa y un ánimo colonizador demasiado vasto para resignarse a los valles del terruño. Esas circunstancias objetivas jamás producen, si brotan aisladas, el milagro de un movimiento. La conciencia del destino, esa sutil certidumbre de que se nace para algo distinto, es a la postre el más activo condimento en las salsas de la historia. Mientras no hubiese en

el Táchira una honda agitación política sus jóvenes seguirían unciendo los arados a la yunta de bueyes y negociando mautes en las ferias cucuteñas. Un revulsivo muy hondo, que aguijoneara músculos y vísceras en el organismo regional, tenía que ser ingerido en fuertes dosis para que a la calma secular de la comarca siguiera la inconformidad encabritada.

Fue Bogotá quien puso en el desabrido plato tachireño el ají de las perturbaciones políticas. De la capital de Colombia vinieron, bajando los valles que desde Pamplona buscan la frontera venezolana, los mensajes que harían subir la temperatura en el crisol del alma tachireño. San Cristóbal no hacía otra cosa, al recibir las novedades bogotanas que habrían de exaltarla que cultivar una vinculación iniciada en los días de la Colonia. La región del Táchira perteneció hasta 1777 al Nuevo Reino de Granada. Un rey español la asignó a la Capitanía General de Venezuela, pero las costumbres siguieron prevaleciendo sobre la letra de la Real Cédula. Los papeles oficiales del Táchira comenzaron a viajar hacia Caracas —nueva sede política— sin que ello redujera para nada la cercanía espiritual que doscientos años de historia habían creado entre Bogotá y San Cristóbal. Sentimentalmente, el Táchira siguió siendo una prolongación de Colombia. Era como una provincia irredenta que miraba con mayor emoción los hechos producidos allende la frontera que los de

la propia Venezuela. El comercio con Cúcuta siempre fue tan intenso como el que se sostenía con Maracaibo. La imitación de lo colombiano era una especie de religión regional. El tachirense ignoraba lo que aconteciera en Barinas o en Caracas, pero tenía noticias exactas sobre el desarrollo de la vida en el vecino país. Estando tan próxima Cúcuta resultaba fácil tomarles el pulso a las pasiones de Colombia. El Táchira tenía hacia la frontera un valle común que facilitaba las comunicaciones. Hacia Venezuela se interponía ese alto púlpito que es el páramo del Batallón que paraliza la respiración y corta el ánimo. Hasta Mérida se sentía, a fines del siglo pasado, mucho más solidaria en inquietudes de la República de Colombia que de los Estados Unidos de Venezuela. Estas son verdades cuya proclamación no debe doler a tachirenses y a merideños. Aislados en sus montañas, que se abren más hacia Colombia que hacia Venezuela, unos y otros no tenían más remedio que mirar en Bogotá así como una estrella polar para su navegación colectiva.

No se necesitaba mucha sagacidad, allá por 1880, para preferir a Bogotá como escuela política. El Virreinato de la Nueva Granada —si es que queremos remontarnos a la Colonia— fue siempre una organización más vasta y un plantel más inquieto que la Capitanía General de Venezuela. Cuando se libre la Independencia los venezolanos serán —exceptuados

Bolívar y otros más— los hombres de acción que lanza en mano fatigarán sus músculos hasta derribar, como estrella palpitante, el trofeo de la Gloria. Los neogranadinos obrarán en otras funciones. A ellos corresponde la labor de ideólogos y propagandistas de las nuevas Repúblicas. Sus dirigentes no salen, como los de Venezuela, de las llanuras extensas sino de los colegios bogotanos. Nariño, Santander, Caldas y Camilo Torres provienen del Colegio del Rosario o del Colegio de San Bartolomé. Algunos de ellos han alternado con el sabio Mutis en los trabajos de la expedición botánica y han repletado de datos y observaciones las curiosas alforjas de Alejandro de Humboldt. En ningún país de la América Latina se discutieron con tanta majestad los problemas ideológicos de la Independencia como en Colombia. Bogotá fue, desde 1819, una como repetición en el trópico de aquel París de girondinos y jacobinos. Florentino González, un granadino que manchará su vida al empuñar el cuchillo magnicida del 25 de septiembre, será uno de los más grandes constitucionalistas que haya engendrado la América Latina. Para los colombianos de 1830, la política es empresa ideológica, lucha de ideas, controversia de principios. Y como el país no parió aquella jornada de caudillos, que habrán de ser el azote de Venezuela, su vida pública no se arrojó en la sombra funesta de la espada.

Los partidos colombianos, surgidos en 1828, no serán disimulo de caudillos ni pedestal para el ascenso de usurpadores. Los fundan unos intelectuales que en las primeras controversias de la República han asumido posiciones opuestas. El liberalismo colombiano tendrá, en su etapa juvenil, un fuerte acento doctrinario. Reclamará la abolición de los privilegios clericales, el otorgamiento de amplias garantías, la separación de la Iglesia y del Estado, el juicio por jurados, la supresión de la pena de muerte y el libre cambio como sistema económico. Frente al liberalismo, los conservadores invertirán la defensa de las tradiciones con su secuela de intangibilidad para la Iglesia Católica, pena de muerte, autoridad centralizada y censura de prensa. Un intenso debate de ideas será el suelo donde encuentra fuerza la planta de la política colombiana. Con textos franceses e ingleses, con citas del latín y con prolijas investigaciones sobre la realidad de su país, los dos partidos arrojan barro fecundo para nutrir la ramazón de la controversia. Los liberales tienen tribunos y guerreros. Pero el guerrero colombiano, a diferencia de sus colegas de Venezuela, justificará primero con Rousseau, si es liberal, o con los padres de la Iglesia si es conservador, sus hechos de armas. Pedro Alcántara Herrán y Tomás Cipriano de Mosquera, caudillos colombianos de la primera mitad del siglo pasado, buscarán en sus bibliotecas el necesario apoyo para sus irrupciones guerreras.

Y en el bando conservador, Mariano Ospina Rodríguez, duro como gajo de árbol selvático, tendrá cuidado de explicar sus actos acudiendo a la autoridad de viejos tratadistas. La imitación de la Revolución Francesa es tan marcada, que a mediados del siglo XIX Bogotá bulle con el calor de las “Sociedades Democráticas” que pretenden aclimatar en su altiplanicie al club de los jacobinos. Frente a la tribuna de las sociedades —mezcla de jóvenes con artesanos— se alzarán el púlpito de las iglesias bogotanas —la de San Francisco que mira a la carrera séptima— para condenar las herejías.

Las armas vendrán a dirimir esas diferencias entre liberales y conservadores cuando ya han hablado bastante las lenguas de los tribunos. Los dos partidos tienen, ya en 1850, un perfil inconfundible. Con los conservadores militarán los residuos de la Colonia socialmente descompuestos, pero siempre briosos para la pelea ideológica. Serán “godos” aguerridos que no se quedarán en sus casas, como los de Venezuela, porque saldrán a discutir y a combatir. En el bando liberal estarán el comercio, los artesanos y los estudiantes. La guerra se hace inevitable y a mediados del siglo XIX Colombia escucha tiros en sus altiplanicies y en sus montañas. El ala más radical del liberalismo triunfa en la fragua guerrera. Y a la luz de las lívidas antorchas de la matanza se erige un Estado que es la consagración del federalismo norteamericano, modelo entonces de

las gentes más avanzadas de la América Latina. Libre cambio absoluto, libertad sin limitaciones, política anticlerical y la disolución virtual del Estado nacional son las instituciones que se tiemplan al fuego del radicalismo. Colombia desaparece y en su lugar surgen seis o siete “Grandes Estados Soberanos” que tienen mucha más fuerza que el gobierno central. Ingenuamente, los radicales preparan su propia tumba. Al debilitar el Estado central, organizan la anarquía que habrá de abrirle carrera a los jefes regionales. Con el librecambio, favorecerán a los intereses del comercio extranjero, perdiendo el apoyo de los artesanos que en Bogotá habían sido la gran fuerza de las sociedades democráticas. La reacción cerca y vence a estos noveles aprendices de brujos. Su destino será el de los jacobinos en todas las edades, la de facilitarle al enemigo el ajetreo del desquite. Explotando y aprovechándose de la debilidad del radicalismo, la reacción colombiana prepara su retorno. La etapa radical va agotándose en sus propias debilidades. Cuando el caldo esté a punto, los conservadores derrumbarán todo ese paraíso de papel.

Pero el entronizamiento conservador —para una larga hegemonía clerical y latifundista— llega con el atuendo característico de lo colombiano. Al frente de la reacción victoriosa hay dos ideólogos. Uno de ellos, Rafael Núñez, será una especie de injerto de Luis Gerónimo Pietri con Henrique Pérez Dupuy. Lector

de libros ingleses y norteamericanos, un pragmático de genio, el señor Núñez representará la habilidad política y la cultura económica. Maniobra sutilmente, aislando al enemigo y establece las pausas de lo que pudiéramos llamar la política económica de Colombia entre 1886 y 1930. Decretos y leyes, con su infusión de intervencionismo estatal para favorecer a los latifundistas exportadores, salen de su trajín de gobernante. A su lado estará siempre don Miguel Antonio Caro, latinista, gramático, poeta en verso y en prosa que redactará la Constitución y dará al Congreso de Colombia el tono de una Academia.

Con Cicerón, el señor Caro le labrará a la oligarquía colombiana un seguro lugar en la cúspide de las instituciones del país. Los periódicos de Bogotá adquirirán el hábito de matizar su prosa con locuciones latinas. “*Quosque tándem, Catilina?*”, será la frase con la que esos periódicos, todos conservadores, pretenderán lapidar a los vencidos liberales.

Los liberales inician su lucha por la reconquista del poder —habrá de costarles cuarenta y tantos años— con una renovación de sus cuadros dirigentes. En sus filas apuntan tres hombres de sólida cultura, clara formación ideológica y templado valor civil. Rafael Uribe Uribe, Benjamín Herrera y Daniel Hernández serán los conductores en la empresa de la restauración del partido. Periodistas a ratos, amigos de polemizar y difundir,

pronto unirán al derrotado partido. Llega, para ellos también, la hora de la guerra. Necesitan una base segura para guerrear contra el poderoso Estado conservador de Caro y Núñez. Y la encuentran en Santander, junto a la frontera venezolana. El liberalismo va al campo de batalla con sus viejas ideas ahora renovadas por Uribe Uribe. Es el manifiesto de la democracia colombiana. Las proclamas de Uribe, convertido en general por las necesidades de la política, vibrarán con enérgicos compases. Libertades públicas, protección a los trabajadores, cese del clericalismo, educación laica y abolición de la pena de muerte ponen las hojas que distribuye el Partido Liberal. Santander se enciende como tizón. La Humareda, Peralonso, Palo Negro. Allí está el calvario del Partido Liberal. Tres derrotas militares ocurridas muy cerca de Venezuela. En San Antonio del Táchira casi se escucha el retumbar de los cañones. Entre los guerreros liberales, aplastados por el infortunio, hay parientes de muchos tachirenses. Daniel Hernández, uno de los caudillos del liberalismo, tiene vínculos de consanguinidad con familias que viven más acá del río Táchira. Benjamín Herrera ha visto en Pamplona a numerosos venezolanos. Sentimentalmente, los tachirenses hacen causa común con los liberales.

Hay una especie de emulsión política entre el Táchira y Colombia en esos años de la agonía liberal. Los tachirenses no miran con indiferencia o pasiva simpatía la

gesta de los liberales. Algunos se alistan en los ejércitos insurgentes, otros van a Cúcuta a demostrar su solidaridad con los rebeldes, los demás envían provisiones o saludos al bando de los perseguidos. No hay pueblo del Táchira que no siga con interés de cosa propia la suerte de la guerra en el vecino país. Si hubiese habido una leva, a los caudillos liberales les habrían sobrado combatientes en el Táchira. Las derrotas que inferen los conservadores a sus adversarios, ruedan más acá del río Táchira como piedras de funestos augurios. Los documentos de los jefes del liberalismo se leen con avidez de mensaje inusitado. Periódicos y manifiestos pasan por las manos de los tachirenses como pregones de insurgencia. Es una prosa densa, con muchos alegatos y clara doctrina política. Muy diferentes a las proclamas de los generales venezolanos —llenas de chabacanería y mediocridad— las palabras de los liberales colombianos traen un concepto sobre el Estado, una noción de la economía, una norma sobre el derecho público. Cada manifiesto que lanzan los guerreros que combaten en Santander tiene una exposición sobre el régimen de los impuestos, sobre la organización de la economía nacional, sobre los derechos de los ciudadanos. Allí abrevan con ansiedad los tachirenses que llegan a Cúcuta o los que en el marco de sus aldeas miran el lienzo verde de los cafetales. Cada colombiano que cae a las ferias de Táriba guarda algunos papeles clandestinos cuya

lectura es asunto tentador para sus clientes tachirenses. Los periódicos de San Cristóbal insertan artículos de los jefes liberales y recogen en sus editoriales el eco que levantan en el alma regional.

En los años de la trágica epopeya liberal —iniciada la lucha contra Núñez y Caro— llega al seminario de Pamplona un joven tachirense. Viene de Capacho, uno de los tantos pueblos que se acomodan como silla de montar en el lomo de los cerros tachirenses. Pamplona es uno de los ombligos más trágicos del liberalismo. Allí han vivido jefes liberales de incuestionable prestigio. Los generales Herrera y Hernández, el general Cáceres, los Lamus —todos de abolengo liberal— tienen fuertes vínculos con la ciudad. Aunque en Pamplona vigila la tradición española desde los altos campanarios de sus Iglesias, hay un cierto fermento de irreverencia levantisca. Ciudad de muchos conventos, con obispo y corporaciones religiosas a granel, tendida como ruana multicolor al fondo de uno de los valles más hermosos de la América Latina, vivirá esa eterna lucha entre el estudiante inquieto y los muros de la intransigencia política que tan vívidamente nos han descrito algunos novelistas de la España acuciada por el mismo problema. El joven de Capacho encontrará en Pamplona, pese a que lo embuten en una sotana, la resonancia de esas luchas. El liberalismo es allí minoritario pero enérgico. Su falta de adhesión se suple con la fe militante de sus

afiliados. Los grandes caudillos liberales han residido o han mantenido relaciones con gentes de la ciudad. Algunas cartas se conservan allí con fines de proselitismo. Hasta los conventos reciben, posiblemente, el mensaje prohibido de los libros anticlericales.

El joven tachirense no pudo escapar al influjo soterrado de ese liberalismo tan activo en Pamplona. Es absolutamente imposible, dado su espíritu impaciente y su audacia indiscutida, que se haya limitado a leer el catecismo, la teología y los sagrados cánones. No era Cipriano Castro —el joven que estudia en Pamplona— un hombre para conformarse con los alimentos espirituales que la estricta dieta del seminario imparte a los educandos. Entre sus compañeros de estudio no faltarían los que tuviesen vínculos familiares con dirigentes liberales o hubiesen escuchado, alguna vez, las controversias entre los dos grandes partidos. Algunas palabras debieron caer en los oídos de Castro como semillas de tormenta. Todo el patrimonio del liberalismo colombiano, entonces martirizado, debió transferirse al joven Castro por la alquimia siempre incontrolable de las citas furtivas. Sus dificultades con la dirección del plantel hablan elocuentemente de su inoculación política. La fiebre liberal, con sudores de fantaseo, debió enfrentarlo a los celosos pastores de aquel rebaño de estudiantes. Todo el asunto, aún no aclarado por los biógrafos de Castro, tuvo sus raíces en

la inquietud ideológica. El caso es obvio como habría dicho el famoso héroe de una historieta policial muy conocida. Solo por divergencias políticas era susceptible de granjearse tantas asperezas un joven catecúmeno en la Pamplona de clericalismo amenazado en que Castro vive cuando a los liberales los están expulsando del poder y reaccionan con la ofensiva de las ideas, único recurso que les dejan sus adversarios.

El liberalismo colombiano es infinitamente superior a esa variedad degenerada, rapaz y bárbara que en Venezuela conoceremos con el nombre de Gran Partido Liberal. Varias razones confieren a los liberales de Colombia el rango de valores fundamentales entre sus congéneres de la América Latina. La formación intelectual de Colombia imparte a su vida pública un sello de controversia de ideas que aún en el rastrojo de la guerra civil hará florecer doctrinas y tesis. La política es en la Colombia del siglo pasado —ahora ha cambiado mucho ese panorama— otra dimensión de la cultura. No se concibe a un dirigente que no haya abrevado conocimientos en el pozo de los clásicos del derecho y de la economía en Francia o Inglaterra. Los jefes liberales alternan su oficio con la redacción de artículos y la regencia de cátedras en los colegios. Sus vínculos con los Estados Unidos son particularmente entrañables. Y es en Estados Unidos, donde a mediados del siglo XIX, se desarrolla la más avanzada experiencia

capitalista. El grupo dirigente del liberalismo exhibe, hasta 1900, una osadía intelectual y un radicalismo ideológico que no se prostituirá jamás. El mejor ejemplo es Rafael Uribe Uribe. Recórrase los rangos de los dirigentes liberales de toda América y no se encontrará uno solo que emule al colombiano en claridad ideológica, audacia intelectual y frescura interpretativa. Ni siquiera José Martí tiene, en las postrimerías del siglo XIX, la visión futurista que anima a Uribe Uribe. Su frase consagrada —el liberalismo tiene que buscar materiales en las canteras del socialismo— no la pronunció ningún líder democrático de su generación. Y era Uribe el caudillo más querido y atacado del liberalismo. Su más alta inteligencia y su valor más esclarecido. Sus libros —escribió varios— y sus folletos y discursos recorrerán a Colombia ganando para su prestigio las batallas que su espada jamás pudo anexarse.

El liberalismo colombiano suma dos cosas que fueron características de ese país en el siglo pasado. El brillo intelectual y el fuerte acento doctrinario constituirán sus haberes. Son los liberales los que proporcionan a Bogotá aquel prestigio en el cual se acunó su fama de Atenas de América. Encerrados en un país teocrático, de monasterios y supercherías aflados como cuchillos, los liberales tienen que ser por encima de todo unos propagandistas. El virreinato y sus obispos conciben la política como una cruzada religiosa. Predican el odio

militante a los campesinos embrutecidos por el alcohol y el latifundio. Las procesiones son el remedo de la España medieval con cacería de brujas y jornadas de odio sacrosanto. Frente a ese murallón espeso de tradiciones centenarias, el liberalismo tiene que revestirse de una extraordinaria diafanidad intelectual. No puede ganarse la pelea frente a esos frailes que amparan al Partido Conservador —y al feudalismo virreinal— sin una fuerte jornada de difusión intelectual. Pero el brillo intelectual por sí mismo es infecundo si no conlleva un mensaje comprensible por las masas. Los liberales colombianos se ven precisados a ordenar sus ideas, a interpretar con ellas el medio colombiano y a presentar programas coherentes. Ningún movimiento liberal produjo en el siglo pasado tantos libros y folletos de polémica principista como el que vivió y padeció en Colombia. Hombres como Murillo Toro y otros, enriquecieron el derecho público y la ciencia social de América con trabajos de perdurable reciedumbre. Frente a la América inorgánica, enredada en las barbas de los caudillos bárbaros, esa Colombia del siglo XIX será uno como faro angustioso. El formidable adversario conservador —aguerrido y capaz— engendrará este liberalismo preclaro que no prevaricará sino en el siglo XX. Será necesario que llegue el siglo XX con su burguesía bancaria e industrial y sus consorcios de prensa para que los liberales colombianos caigan en el

cretinismo. En el siglo XIX ni trafican ni se entregan. Y sus prédicas resumen las aspiraciones del ancho pueblo colombiano.

Esa es la escuela política del Táchira, la mejor de la América Latina. El tachirense no estudia en su tierra. El gobierno de Venezuela anda muy atareado robando en nombre del Partido Liberal —cretinizado entre nosotros casi desde el primer momento— para fundar instituciones de enseñanza. San Cristóbal no tiene ningún plantel educacional digno de ese nombre. Y si exceptuamos el colegio del padre J. M. Jáuregui Moreno en La Grita, no hay en todo el Táchira un sitio donde adquirir los conocimientos que hoy se imparten en los liceos. El muchacho de algunos recursos se ve obligado a trasponer las fronteras en busca de los colegios que en Cúcuta, Pamplona y Ocaña ha establecido el culturanismo colombiano. De allá regresarán los tachirenses con sus diplomas y con una teoría política superior a los muy mediocres niveles de la Venezuela de entonces. No existen en el Táchira casi abogados o médicos que no hayan culminado sus carreras en la hermana República. Hasta a Bogotá alcanza esa emigración educacional a través de las fronteras. Cada abogado o médico que regresa trae un mensaje de inquietud y esperanza. Ha visto un medio infinitamente superior al de Venezuela. Se ha tonificado en debates que pese a la opresión del conservatismo vencedor retiene

mucho del brillo característico de tiempos más felices para la libre controversia. Y junto a los profesionales, se levanta en el Táchira una verdadera ola de bachilleres de carrera trunca que se convierten en maestros o contabilistas y difunden, ellos con más ahínco, sus experiencias colombianas. Si en la acción el tachirense abreva sus sensaciones en el piélagos de los conflictos armados de Colombia, en el pensamiento su gimnasio son esos colegios del Norte de Santander a los que acude la juventud. Ambas magnitudes, el pensamiento y la acción, martillarán sobre el alma regional.

Cipriano Castro fue uno entre los muchos jóvenes tachirenses que trasponen la raya de San Antonio en busca de luces. Virtualmente todos los pueblos del Táchira tienen varios estudiantes en Colombia. El número de bachilleres que habitan en el Táchira, unos en la ociosidad, otros en distintos oficios, revela el extraordinario flujo migratorio de la cultura a través de la frontera. Con ellos llega una literatura política que inunda a la comarca. Las tertulias lugareñas saben de los vaivenes colombianos porque en las noches, bajo las lámparas de petróleo, la voz grave de un lector va recorriendo las líneas de un folleto. El influjo colombiano —pasión de estudios y fiebre de guerras con banderas ideológicas— engendra un almacigo de periódicos. Los decenios finales del siglo XIX crearán en el Táchira una cantidad inusitada de pequeños periódicos

que son un laboratorio de burbujas siempre agitadas. Allí se debaten los temas de Colombia. No son hojas para la conseja lugareña, la intriga entre caudillos y la menesterosa lamentación. El periódico del Táchira es pequeña trinchera donde se pretende domiciliar la voz de los grandes dirigentes del liberalismo colombiano. Y como el índice de analfabetismo es más bajo que en el resto del país —porque hay escuelas privadas en los pueblos— la gaceta local llega a más lectores que en la Venezuela azotada de ignorancia. Son pocos los tachirenses de la clase media urbana o del artesanado que desconocen el abecedario. La influencia de la prensa es tan grande —juzgada a la luz de la relatividad— que los doctores acuden a ella para exponer su pensamiento. El doctor Santiago Briceño será un infatigable periodista que hablará de ferrocarriles, moneda, administración y problemas fiscales. Leer sus artículos de fines del siglo XIX es entrar en contacto con uno de los venezolanos más desgarradoramente adoloridos por el drama de su patria. Pero Briceño no es como los intelectuales de otras regiones del país, escritores sin público que predicán en el desierto de la diferencia. Lo que publica el doctor Briceño tiene auditorio. Sus consejos, sus interpretaciones del país, su viril ataque a los caudillos hamponiles del liberalismo venezolano, encontrarán barbecho fecundo en las mentes juveniles de su región. Y nadie más que Cipriano Castro seguirá con

vehemente admiración esos artículos del doctor Briceño en los cuales cree encontrar un parentesco con las grandes piezas de sus idolatrados maestros colombianos.

Hacia el ochenta y tantos —no puedo precisar el año— llega al Táchira un Mesías liberal que causará allá tanto revuelo como José Martí en la Caracas guzmancista. Viene huyendo de la represión conservadora que no tolera su ingenio punzante ni su desenfadado anticlericalismo. Trae una fresca reputación ganada con dos o tres novelas muy triviales pero llenas de pasión libertaria. Es enemigo jurado de los curas y paladín de un liberalismo mosqueteril. Con él finalizará, años más tarde, el panfletista desbordado y superficial que llena toda una página de la historia de América. Su aparición en el Táchira es saludada como si se estuviese viendo al cometa de Halley. Los periódicos, los colegios, las sociedades artesanales, todas las puertas se le abren. Hasta la inevitable godarria local tiene que mirarlo con el respeto que provoca un ser superior en una sociedad provinciana. Este recién llegado es José María Vargas Vila, novelista a ratos, panfletista casi siempre y orador cuando las circunstancias le deparan una tribuna. En el momento de su irrupción en el Táchira es la lengua más viperina, el talento más irreverente y la bohemia más inconforme de Colombia. Dentro del liberalismo representará, junto con Uribe Uribe, lo más avanzado e intransigente. Se siente enemigo personal de Dios,

suerte de AntiCristo colombiano con misión litúrgica en la tierra. Por ello desafía a todas las dignidades eclesiásticas con un desparpajo de espectador de corrida de toros.

Hoy, a Vargas Vila se le mira con justificado desdén. Era demasiado banal en sus apreciaciones sobre la realidad americana y su estilo personalísimo y rebuscado resulta un purgante. Pero no sentenciemos con excesiva prisa a este gladiador del liberalismo. En aquellos años postreros del siglo XIX el hombre tenía que causar una profunda admiración. Era entre nosotros lo que fueron para Rusia sus nihilistas que condenaban al zar y amenazaban con destruir todas las jerarquías. Un escritor que atacaba al Papa, que blasfemaba de los santos y se decía enemigo de todos los tiranos —como si fuese un agente viajero de una internacional de los inconformes— no podía vivir sino en el primer plano. Además, el colombiano traía, entre confusiones y cursilerías, un mensaje antiimperialista. Porque era enemigo de los yanquis a quienes detestaba con mortal antipatía. Para Vargas Vila el problema de las dos Américas era muy sencillo. En el norte vivían los bárbaros con sus ferrocarriles, laboratorios, rascacielos y fábricas, todo ello señal de utilitarismo rastrero. Y en el Sur, nosotros los descendientes de Grecia, con nuestro diáfano intelecto lavado en las aguas del Mediterráneo. Frente a los

bárbaros del norte, los latinos debíamos enarbolar el desdén de la inteligencia hacia el prosaico materialismo de los gerentes. Aquello incendió de entusiasmo, seguramente, a los muchachos que lo leyeron en los años del ochenta y tantos. Sentirse latino —hijo de Francia y nieto de Grecia— que desprecia a los yanquis —hijastros de Inglaterra y nietos de Fenicia— siempre fue una postura grata a los intelectuales de nuestras tierras. Y Vargas Vila era el profeta de ese culto a la antigüedad grecolatina.

Nadie sospecharía, a tantos años, que Vargas Vila hubiera cumplido el papel de Mesías en el Táchira. Su llegada a la región, donde permaneció cierto tiempo con la pluma en ristre, fue uno de los sucesos agitativos de mayor resonancia en la historia política de aquel medio.

No bien había bajado de su cabalgadura cuando ya lo rodeaban sus discípulos. Se le pedían conferencias, se le reclamaban artículos, se le demandaban sus libros. Era la imagen viviente del liberalismo perseguido pero nobilísimo de Colombia. En él veían los mozos tachirenses del momento la encarnación de sus ideales, la suma de la ciencia política, el Vaticano laico del gusto literario. Ni el mismo Uribe Uribe, ni las guerras del país vecino ni el contacto sigiloso en los colegios colombianos hicieron tanto por sacudir el alma tachirense como esta visita de Vargas Vila. Cada círculo de jóvenes, cada tertulia, cada agrupación política, vio en el escritor

la revelación de un destino y el augurio del porvenir. Cuando terminaba de hablar el colombiano, los jóvenes se marchaban convencidos de la necesidad de la lucha. Todo sacrificio sería pequeño en comparación con la gloria de conquistar ese mundo sin Papa, sin yanquis y sin policías que predicaba Vargas Vila. Y cuando se marcha el vacío que deja es el de un profeta ausente con estela de suspirado retorno en muchos hogares.

La escuela política que adquieren los tachirenses, entre visitas y lecturas, se coloca a cien codos por encima de la que pueden agenciarse los venezolanos de las otras regiones del país. El Táchira tiene el privilegio de correr a lo largo de una frontera que lo une al país de más intensa y brillante vida política en Latinoamérica. La cultura de sus hombres que han logrado estudiar es mucho más vivida, en conjunto que la de venezolanos más aislados. Los tachirenses —hijos de dueños de fincas— piensan en un liberalismo que no será el de los caudillos federales, suerte de patente de corso para el abigeato y el peculado. Hay en ellos una mística, como la llamamos ahora, que aspira a hacer un país distinto. El Táchira logra, por sus características sociales y por la pincelada colombiana, parir innumerables soñadores cuya inconformidad es la retorta donde arden las combinaciones de una química de la aventura. Frente al venezolano achatado, escéptico, el andino del Táchira destacará como una afirmación junto a una duda.

La escuela del valenciano o del barcelonés es la del general Guzmán Blanco, ese cínico inteligente que justifica todas las traiciones o la del general Domingo Monagas, cuyo único problema es la terrofagia que en nombre de su linaje de lancero practicará en el oriente de la República. Para Nicolás Rolando, la política consistirá en defender un feudo. Así la aprendió en su terruño barcelonés. Para el Cipriano Castro recién llegado de Pamplona la política será una lucha contra el clericalismo, contra la opresión, en fin, contra los enemigos de ese Progreso —se escribe con mayúscula— que los pueblos anhelan sin que logren alcanzarlo hasta que despejen el camino. Los noveles políticos del resto de Venezuela son el ejército de reserva, el relevo de aguiluchos para los cuervos que planean, con el pico muy afilado, sobre la carroña en que se ha transformado la patria.

La política colombiana va calentando los factores subjetivos en la sociedad tachirense. La agitación de los programas recibidos de Colombia tendrá que fructificar. Es ingenuo pensar que una tan intensa absorción de ideas políticas que van difundándose por los vasos comunicantes de una sociedad compacta y migratoria no culmine en una cruzada. Las inquietudes políticas son como la caldera cargada de presión. Si no existe la válvula de escape, estallará hecha pedazos en un pequeño cataclismo. La Venezuela de 1890 no tenía

válvulas de escape. El desenlace era obvio. Bogotá lo preparó sin saberlo. Fue ella el dínamo que disparó la corriente hasta hacer vibrar el alma tachirense. Pero sería Caracas la víctima del asalto.

IV. LOS CAUDILLOS SEMILETRADOS

El caudillo, tal como lo padecemos en Venezuela, fue una supervivencia de los tiempos primitivos. En las sociedades rudimentarias los vínculos políticos se establecen a través de una persona. Las clases sociales no tienen conciencia clara de sus intereses y actúan con cierta tardanza frente a los acontecimientos. En una sociedad avanzada, las clases tienen una conciencia lúcida que las lleva a actuar prontamente. Cada uno de sus miembros intuye el sentido de los hechos sociales y reacciona activamente. Los movimientos de las clases se hacen por uno como consenso paulatino en que la identidad del objetivo se logra a medida que el estímulo exterior lo reclama. Las sociedades atrasadas carecen de semejantes mecanismos. No hay en su seno esas clases perfectamente formadas que capten y depuren sus conveniencias. El caudillo sustituye, en el proceso de la lucha, la acción unánime del grupo social.

Las sociedades avanzadas tienen líderes que consultan y se inspiran en la evidente voluntad de sus compañeros de clase. Las sociedades atrasadas poseen caudillos que golpean la conciencia de los grupos hasta darles el toque de despertar que los lleve a la acción. El caudillo se traza una misión simple, transformar la inercia en empuje y la confusión en orden. La medida de su éxito estará siempre en la capacidad que demuestre para sembrar un mensaje. Ser comprendido por sus compatriotas significará el mejor acierto de un aspirante a caudillo. Comprender a los suyos entrañará, por el contrario, para el líder su más cumplida faena histórica.

El caudillo fue en todo momento la síntesis humana de las clases o grupos que buscó interpretar. Su cultura estuvo en razón directa del grado de atraso o adelanto que privaba entre quienes formarían su clientela. Los caudillos bárbaros de nuestra América —algunas de cuyas criaturas más espectaculares nacieron en Venezuela— traían en su rostro el barro de nuestros campos. Tenían que proceder salvajemente porque era la única manera de equipararse con sus gentes. Había brotado de los caseríos y su vida se forjó entre la ignorancia y miseria que jamás dejó de bordear la vida de nuestras comunidades campesinas. Su misión consistió en trazar un camino elemental a las masas para sacarlas, con ese impulso eléctrico, de su pasividad ancestral. La personalidad de las masas lograba liberarse de las

inhibiciones y su conciencia intuía, por lo menos, los objetivos más inmediatos. La ferocidad del caudillo era, en el fondo, el único medio de mantener la cohesión de sus partidarios. Sin el despojo y la opresión, la primitiva conciencia de las masas rurales habría perdido el motivo que las lanzaba al combate. Un ejército caudillesco de raíz campesina que no depredara y matara faltaba a la necesidad táctica de guardar su compactación. La barbarie de nuestros caudillos no fue otra cosa que el instinto defensivo de clases sociales que por carecer de desarrollo encontraban en la simple venganza la manera de conservar su impulso guerrero.

Los caudillos de la Federación —cuya garra se crispará sobre Venezuela por espacio de cuarenta años— venían de los más recónditos pliegues campesinos. Eran exponentes telúricos de una tierra parida de tormentas. Necesitaban sacudir, para convertirlas en ejércitos, a muchedumbres taradas por el latifundio y embrutecidas por la soledad. La política tenía que asumir en ellos un curso destructivo. Si la partida federal no incendiaba y robaba, aquellas masas se habrían desperdigado como punta de ganado sin madrina. La fiereza era para Nicolás Patiño o Martín Espinosa —dos típicos caudillos de aquel movimiento— el medio de inspirar a sus tropas y aclararles el camino. Lo demás son filosofías liberaloides, llenas de un falso humanismo. Pedirle a Martín Espinosa o a “El Agachado” un comportamiento

prudente y gallardo era como decretar que Venezuela tuviese un campesinado más maduro o dispusiese de un proletariado capaz, este último, de darle a la guerra una dirección consciente. La comprensión de un campesino atrasadísimo solo se aguzaba cuando en el botín veía el desquite frente al oligarca opresor. Una sociología exacta, que reemplace a las declamaciones en que se pierden nuestros intelectuales, verá en Espinosa o en Patiño precisamente a los caudillos más representativos de aquella época. Sin ellos, Zamora o Guzmán Blanco, habrían sido colgados por los godos. Eran hombres cargados de instinto los que transmutaban en acometividad la inercia de la clase social a que pertenecían.

Los caudillos americanos —y los de Venezuela fueron extraordinariamente representativos de la especie— tuvieron siempre dos etapas que responden a necesidades sucesivas del régimen que ellos instauraron. Hay una primera etapa, que llamaremos de la montonera en armas. En ella el caudillo cumple su misión mesiánica poniendo decisión en el alma abrumada del campesino. El caudillo traza un mensaje para dar una conciencia siquiera elemental a su clientela rural. Para el campesino de la Venezuela de 1870, enrolado por los caciques federales, robar unas gallinas o saquear un villorrio, era ya una reivindicación. Su clase siempre ha sido incapaz de concebir una política nacional. Pero en las condiciones de Venezuela, casi no podía bosquejar

objetivos siquiera regionales. Con su valentía y su desenfado, el caudillo, brotado de la masa, ya simbolizaba un programa. El campesino veía en los episodios del caudillismo ascendente un programa que colmaba sus apetencias más sentidas. Los numerosos “generales” de la Federación constituían una necesidad social. A cada caserío solo podía levantarlo el hombre que allí viviera para dárselo, por uno como pacto de vasallaje, al gran caudillo nacional insurgente. El título de general era la recompensa lógica para esa condición suya de recolector de hombres. En la Venezuela de fines del siglo pasado había tantos generales como caseríos llamados por la guerra. Y mientras los conflictos armados se hiciesen más frecuentes —el sistema los imponía como trágica necesidad social— con mayor énfasis crecía la chusma de los generales. Durante muchos años, los caudillos vivieron su etapa ascendente, de luchadores rodeados de masas rurales que se disparaban hacia los campos de batalla.

Pero el medio social de la Venezuela de esa época imponía a los caudillos de todas las jerarquías una segunda etapa. Como el país no tenía una burguesía desarrollada ni un proletariado consciente, las luchas campesinas eran meros episodios de rapiña. Las guerras civiles no condujeron al establecimiento de un nuevo orden productivo en el campo ni a reformas profundas en el aparato del Estado o en los mecanismos fundamentales de la sociedad. El campesino se agotaba, triunfantes sus gestas, en el merodeo y en la arbitrariedad.

Sus miras no iban más allá. El modo de producción que le imponía la sociedad semifeudal lo incapacitaba para actuar como factor de cambios históricos. Se sublevaba, pero no vencía. El caudillo confrontaba, cuando el éxito acompañaba a sus empresas bélicas, dos problemas que impartirían una extrema inestabilidad al sistema fundado por los federales. Las masas que le acompañaron, tenían que seguir viviendo en la frustración ancestral que las caracterizó. Cualquiera podía alzarse con ellas, ofreciéndole algunas reivindicaciones o galvanizándolas con un chorro de demagogia. El caudillo convertido en jefe regional necesitaba armar un aparato de terror para evitar que otros, siguiendo su ejemplo, levantaran las masas rurales. Como las guerras se hacían para enriquecerse —era ese el objetivo real de los aprendices de caudillos— el gobierno tenía que apretar las tuercas del robo y del saqueo administrativo. Las empobrecidas sociedades de aquellas épocas apenas podían soportar semejante extorsión. Solo el terror garantizaba al caudillo el cobro de sus haberes de vencedor.

Así fueron surgiendo dos fenómenos que alternarían como mellizos en la historia venezolana. Guerras civiles y dictaduras se convirtieron, por obra del sistema caudillesco, en inescapables flagelos sociales. La guerra civil era el *modus vivendi* de los que aspiraban a reemplazar a los afortunados de la primera hornada federal. Y como las masas rurales estuvieron predisuestas, durante

cierto tiempo, a conseguir sus objetivos más inmediatos por la vía del saqueo, Venezuela estuvo pariendo guerreros hasta las postrimerías del siglo XIX. Llegará un momento en que la guerra muerda la entraña del propio pueblo cuando ya no hay oligarcas por saquear. Pero en los primeros decenios que siguen a la gesta federal habrá espacio para acomodar todas las ambiciones. Esa rueda de guerras intermitentes aparejará la predisposición inevitable a la dictadura. Venezuela oscilará por cierto tiempo entre los aspirantes al solio productivo de las regiones y los titulares del privilegio. La guerra será el arma de los unos y la dictadura el recurso de los otros. El caudillismo campesino, en países de atrasadas masas rurales y sin proletariado sólido, siempre será fértil en anarquía. Venezuela hizo esa experiencia de anarquía —comadrona de atrasos— en los años que discurren después de la Revolución Federal. Pero fue anarquía combinada con una opresión que cegó las fuentes espirituales del país. La guerra castró las energías físicas del pueblo y la dictadura cegó sus dotes espirituales.

El Táchira de las postrimerías del siglo XIX se organizará alrededor de un caudillo. ¿Pero el hombre que logre compactar la voluntad de la región, será igual a los caudillos federales cuya garra se extiende hasta los albores del siglo XX? Era imposible esa copia, socialmente imposible. El Táchira no tenía una masa rural irredenta, a la manera en que ella lo era en el resto de

Venezuela. Evidentemente, el nivel de vida de la población campesina del Táchira superaba con holgura al de las demás regiones del país. Hasta los años finales del siglo XIX, la pequeña y mediana propiedad rural aseguraba el empleo y abría caminos de prosperidad a las gentes más empeñosas del agro. Recuérdese que la producción de café estuvo creciendo hasta 1914. Esa circunstancia permitía a cualquier campesino empeñoso, en una región de tierras baldías aún no totalmente ocupadas, transformarse en productor. La población rural encontraba válvulas de escape más o menos seguras que desinflaban la presión de las contradicciones sociales. Un caudillo de mesianismo campesino, con cauda de turbamultas ansiosas de botín era un fenómeno que la realidad social excluía en el Táchira. No brotarán de su seno los Martín Espinosa o los Nicolás Patiño porque el medio social jamás los hubiera consentido. En el Táchira nace un nuevo tipo de caudillo, muy distinto en su origen y en sus propósitos a los que Venezuela ha conocido hasta entonces. ¿De dónde viene y cómo se formó ese caudillo? Porque el Táchira asaltaré el poder a través de un caudillo, el análisis del fenómeno es interesantísimo para la sociología política del país.

La primera premisa que puede sentar el investigador es que el Táchira no tuvo caudillos en aquella travesía de nuestra historia en que hasta el más modesto villorrio del país lucía su general. En este aspecto difiere

sensiblemente el Táchira de Mérida y de Trujillo. En el estado Mérida la formación de sus caudillos se confunde con los tiempos iniciales de la República. Algunos prohombres de su pequeña oligarquía tienen que convertirse en guerreros para acompañar a Bolívar en las gestas del parto americano. Picones, Rivas Dávilas, Briceños, serán los apellidos merideños que van a inscribirse en la repleta nómina de los Libertadores de Venezuela. Son vástagos de la vieja “godarria” local a quienes sedujo la epopeya de ríos y montañas con que Simón Bolívar llega a Mérida para ponerle laureles victoriosos a la Sierra. La muchachada universitaria los sigue a la batalla y más de un cofre colonial levantará su tapa para poner en el pañuelo de los futuros Libertadores la contribución de unas onzas. Después, los leones de Carabobo, Junín y Ayacucho retornarán a la tierra merideña. El hormigueo de la gloria les excitará a intervenir en la política. Serán los régulos de última instancia en los conflictos regionales. Justo Briceño protagoniza, por sus arbitrariedades y su ambición, más de un sonado episodio en la historia republicana de Mérida. La política del Estado girará siempre, hasta que amanece el siglo XX, en torno de caudillos más o menos prestigiosos. La historia de Mérida puede resumirse en los apellidos que alternan en la jefatura del gobierno regional o rigen la oposición cuando los regímenes la permiten.

La gran base de los caudillos merideños fue siempre la Iglesia. En ella se sustentaban aquellos para traficar, en busca del poder regional, con el gran ascendiente de la clerecía en los medios rurales. Es curiosa esta función sostenedora de la Iglesia, pero no deja de resultar explicable para quien conozca el proceso de la provincia de Mérida. En la ciudad de Mérida se estableció uno de los obispados más remotos de la colonia. Lo fundó un hombre de letras que a su púrpura de prelado unía los arreos del intelectual. De su pluma brotaron las primeras descripciones literarias de la altiplanicie de Mérida con su guirnalda de ríos, sus faldas enternecidas de flores y ese aire sutil que lleva la luz hasta el alma de las cosas. La jerarquía de la ciudad —como cabecera de una provincia— y ese clima bonancible que tanto evoca a Europa, impusieron a Roma y a Madrid la escogencia de obispos competentes para la sede de Mérida. Desde Ramos de Lora hasta Antonio Justo Silva, ya en los primeros años de este siglo corre toda una sucesión de prelados brillantes y hábiles, mezcla de misioneros con políticos, que impartieron a la diócesis un poder incontrastable. Curas del capítulo metropolitano dictaban cátedras en la universidad o sostenían polémicas con profesores y estudiantes ateos. La Iglesia fue convirtiéndose en un poder político de primer orden —asentada además en sus vastas tierras labrantías— que dispensaba primacías y aseguraba privilegios.

Para hacer carrera en el estado Mérida —como se llamó la provincia desde la Guerra Federal— era necesario entenderse con “Monseñor”, jerarca de las fanatizadas masas rurales, cabeza de una organización de latinistas brillantes y administrador de bienes nada desdeñables. El caudillismo merideño tuvo un toque de superioridad intelectual, de empingorotado orgullo oligárquico, de argucia abogadil y de habilidad administrativa. Un caudillismo nutrido en la universidad —Parras, Picones, Dávilas y Ardianos estudiaron en sus aulas— y respaldado por el obispo, tenía que teñirse de provinciana sapiencia. Del prohombre regional al campesino mediaba una escala de jerarquías que aseguraban el orden en el Estado. Nunca fue difícil la paz en Mérida. El Estado no conocería el levantisco desfile de los caudillos campesinos ni las insurgencias de masas. Y el mayor timbre social de sus personajes encumbrados fincará en conservar el orden tradicional sirviéndose más del cura que del jefe civil. Es un caudillismo con borla universitaria, diestro en ambos Derechos como entonces se decía, y bendecido por la mano del obispo cuya custodia refulgente de pedrería impresionará a la dócil feligresía.

Trujillo tendrá un caudillismo hereditario como no surgirá en ninguna otra región de Venezuela. En las altiplanicies de la Mesa de Esnujaque y de Jajó, montadas como centinelas sobre el valle del Motatán,

se levanta desde mediados del siglo XIX el formidable caudillismo de los Araujo. Don Juan Bautista Araujo —el león de la Cordillera, como lo llaman los plumarios locales— será guerrero, latifundista y picapleitos. De sus vastas tierras saldrán sus soldados a guerrear contra los liberales. Para el general Araujo, las operaciones militares son sencillas. Todo el arte del combate se reduce a cambiarle a sus peones la pala, por el chopo. Sus fincas son numerosas y grandes. En aquellas altitudes —más de mil metros sobre el nivel del mar— el buen clima permite una espléndida reproducción humana. El general Araujo cosecha arvejas y trigo en la paz y hombres en la guerra. Pero además de guerrero, este caudillo singular es una especie de Maquiavelo andino. Cuando su causa conservadora resulte definitivamente enterrada —así lo intuye su sagacidad— correrá a entenderse con Guzmán Blanco. Y Trujillo verá el portento de un godo sosteniendo a un gobierno que había prometido extinguir a los conservadores “hasta como núcleo social”. La paz de la región será garantizada por los latifundios, la tasa de reproducción, los chopos y la cazorra presteza de don Juan Araujo. Es el caudillismo terrateniente cuya fuerza viene de la intangibilidad de un orden basado en la extracción de la renta. Cada año, los mocetones de Jajó dejarán en los graneros del general Araujo la mitad de las cosechas. Es la rentaproducto, asegurada por los complicados contratos de aparcería. Entre las

labores agrícolas y la formación del ejército privado que guarda los accesos a Jajó transcurrirá la vida para los partidarios de este curioso jerarca.

Cuando el siglo XIX entra en definitiva agonía, el orden paternalista de Juan Bautista Araujo empezará a ser combatido o negado por nacientes rivales. En el bando conservador —porque en Trujillo la etiqueta goda no parece como en el resto de Venezuela— se alzarán los Baptistas, dueños también de tierras y de “medieros” que pagan su renta en la paz y entregan su cuota de sangre en la guerra. El cacicazgo de los Baptistas ha crecido tanto que ya para 1899 serán ellos una fuerza peligrosa en la política local. Estos nuevos aguiluchos del nido trujillano se diferenciarán de los Araujos en que no se conforman con gobernar sus breñas nativas. Mirando más allá de las cuchillas en que muere la cordillera andina, los Baptistas soñarán con elevarse hasta posiciones nacionales. Para cimentar tanta ambición no solo tendrán tierras y siervos, a la manera ancestral del caudillismo trujillano, sino también personajes de cierta significación intelectual. Del bando de los Baptistas saldrán algunas figuras que años más tarde serán la pródiga cantera de secretarios para los presidentes tachirenses. Leopoldo Baptista, Márquez Bustillos y los Urdaneta significarán el préstamo que este caudillaje hará a los gobernantes andinos para la obra de redactar oficios y de hacer maniobras de antesala.

El cacicazgo conservador de Trujillo encuentra un reto, aún más peligroso, en los inevitables caudillos liberales que el Estado los produce con cierta prodigalidad. Entre ellos ninguno con mayor personalidad, brillo y arrastre que Rafael González Pacheco. Vinculado a la tierra —no hay caudillaje en Trujillo que no cuente su ascendiente en hectáreas y en hombres adscritos a la gleba— no se detendrá en ese factor, sino que agregará a su título de general el de doctor ganado en la universidad. González Pacheco es quizás el último representante ilustre de ese híbrido venezolano del doctor y general. En la política trujillana él representará a las tierras calientes, desarrolladas en los últimos decenios del siglo XIX y que disputarán a los páramos tradicionales de Juan Araujo el predominio de la región. Es un caudillo del café como los Araujo lo fueron del trigo y de la arveja. Con él se incorporan a la pelea política unas tierras que carecieron de relieve social hasta bien avanzado el siglo XIX pero que en pocos años alcanzarán espectacular preminencia. No es por azar que González Pacheco se levanta como la gran figura de Trujillo. Su carrera es la del empuje de zonas que no cabían ya dentro de la demarcación trazada por el cacicazgo de los Araujo.

Los trujillanos serán agotados, como colectividad, por este caudillismo bicéfalo que domina su siglo XIX. Como en el resto de Venezuela, la guerra personalista constituirá la realidad más saliente de la política

regional. Las querellas armadas de Araujos y Baptistas y la insurgencia de los liberales, ligados todos a la tierra, succionarán las energías de su pueblo. Porque la política trujillana es, en el siglo XIX, la más feudal de Venezuela. Sus cacicazgos se heredan, con las tierras y los medieros que sobre ellas trabajan. El caudillo no sale allí de la masa, como en otras regiones del país, hasta labrarse un prestigio y coronar la cumbre de la consagración. No hay demagogia social para tentar las aspiraciones campesinas y hacerse a una plataforma para luego traicionarla desde el poder. El campesino de Trujillo es del general Juan o del doctor y general Rafael como si su vida hubiese nacido para tributarla a tan imperiosos señores. En otras regiones caudillescas, el hombre de la gleba se adscribe a un caudillo cuando sabe inspirarlo. El sistema trujillano tenía que degenerar, con pronta velocidad, hacia la guerrita permanente. Arturo Cardozo en su historia de la región cuenta hasta quince guerras locales en el breve lapso de una década. Era imposible que una comarca de escasos recursos —inferior en desarrollo al Táchira— pudiera mantener su vitalidad dentro de un sistema de acusados rasgos feudales. Por sus aristocráticos jefes, los trujillanos pasaron casi un siglo tirándose de las barbas. Ninguno de los patriarcas que exigieron tan prolongado baño de sangre llegó a alentar una concepción nacional. Nada más regional o lugareño que este caudillaje trujillano.

Para sus prohombres el mundo limitaba por el este con las quebradas larenses y por el oeste con los páramos merideños.

El primer caudillo del Táchira será Cipriano Castro. Su formación nos interesa porque en él se enlazarán los factores que traerán al poder a los tachirenses. Antes de Castro, y a diferencia de Mérida y de Trujillo, el Táchira no tendrá caudillos. Como Napoleón, este soldado de fortuna podrá decir que su dinastía empieza con él. Es el primero y también el último representante de la especie en las tierras que se extienden entre el páramo del Batallón y la frontera colombiana. Castro tiene una formación que lo acerca un poco a Ezequiel Zamora o a Antonio Guzmán Blanco. No es, digámoslo para empezar, un salvaje incubado en la embrutecedora soledad de una aldea. Ha nacido en una población de cierta importancia —Capacho nuevo— y su familia lo envía a la meca de los tachirenses, la ciudad de Pamplona. Para ir a Pamplona, allá por los años setenta del siglo XIX, es necesario haber demostrado una cierta capacidad intelectual. Las familias andinas de clase media —Castro nació en el seno de una de ellas— no gastaban sus reales sino en muchachos de positivos talentos. Viajar a Pamplona era el último diploma de aptitud que se recibía en las escuelas tachirenses. De la ciudad colombiana, regresa Castro casi convertido en lo que hoy llamamos un teórico. Ha recibido su dosis

de liberalismo doctrinario y ya tiene una concepción del mundo. Los folletos colombianos, leídos clandestinamente en Pamplona, le hablan de un mundo que sería más feliz si imperasen la libertad, la igualdad y la fraternidad. Guerra a los tiranos y a los curas, prensa libre, instituciones civiles, gobierno representativo. Y Venezuela sería “tan grande como la soñaron nuestros Libertadores”. Es su apresurado pero claro programa político. Cuando llegue a Capacho este mozo de sotana ahorcada ya será un agitador político que no tendrá otra preocupación que la de atesorar ideas liberales. Para fortuna suya, la frontera está próxima. Y ya los liberales agregarán a sus atractivos el de ser perseguidos. En 1886 —Castro tiene entonces 28 años— Colombia será el reducto del clericalismo. “El murciélago que apaga la luz”, recordará Castro pensando en la frase de Víctor Hugo.

A través de la frontera siguen llegando a las manos de este agitador las hojas de los liberales. Uribe Uribe es su coetáneo. Y ya se perfila, en los años que siguen a la caída del liberalismo, como el portaestandarte del desquite. Ese joven escritor y tribuno va a ser el paradigma de Cipriano Castro. Lo que Uribe redacta y publica lo recibe el de Capacho con la delectación de un manjar. En los artículos, manifiestos y proclamas de aquél, el futuro restaurador madura su ideología liberal. Sabe que los pueblos prósperos son aquellos que implantan la

libertad. Los Estados Unidos han podido desarrollarse porque abolieron las trabas a la libre manifestación de la personalidad humana. Así razonaba el liberalismo. El problema estaba en acabar con los tiranos. Cuando el pueblo tuviese derechos el drama concluiría. Mucha educación era otro de los postulados de ese radicalismo ilustrado de los colombianos. Escuelas para que el pueblo comprendiese sus prerrogativas. Si los pueblos pudiesen deletrear las cartillas cívicas no se dejarían uncir por los tiranos. Mientras llegare la hora de abrir las escuelas era indispensable escribir para que las multitudes fueren aprendiendo a discernir sus intereses. Castro se lanza a escribir él también sobre los temas que le han enseñado los libros y folletos de Colombia devorados en las noches de Capacho. A través de las cartas va desarrollando lo que ya podríamos llamar su ideología.

Los escritos de Castro, en su época de juventud, captan el contraste entre el liberalismo colombiano, aferrado a su credo, y este liberalismo venezolano triunfante desde 1864 pero lleno de pringues de cretinismo. En Venezuela impera el liberalismo y no se vive conforme a las pautas de la doctrina. Hay un abismo entre los manifiestos del Gran Partido Liberal y la chocante realidad cotidiana. Castro es suficientemente honesto y perspicaz en esos años para medir la falsía de sus correligionarios venezolanos. El legado de Uribe Uribe

y sus compañeros, bebido con deleite por el tachirenses, tampoco ha encontrado aplicación en nuestra tierra. No basta derrotar y destruir a los conservadores, separar la Iglesia del Estado y darle a conocer al pueblo sus derechos. A todo ello hay que agregarle la restauración del dogma liberal, destrozado por los traficantes que se acogen a sus banderas. Desde su juventud. Cipriano Castro empieza a pensar en esa palabra —Restauración— que constituirá años más tarde el emblema de su carrera política. Convertir al liberalismo venezolano en una versión digna de su congénere de Colombia será la idea que bulle en el cerebro de Castro cuando desde Capacho pone a correr por el Táchira las lenguas de su incansable preocupación epistolar. Y para que el modelo sea más intangible que nunca, el agitador tachirenses sigue abrevando, desordenadamente, en las aguas del liberalismo clásico. Los girondinos, Víctor Hugo, Lincoln pasan por su vista en las noches de Capacho, de oscuridad agrietada por el fognazo del relámpago del Catatumbo. Mientras el joven Castro se encierra en su casa a leer, la palpitación luminosa de los cielos alumbrando los repollos y las lechugas de las huertas capacheras.

Pero Castro tiene ya, en los años de su mocedad, otro rasgo que habrá de darle a su caudillismo un signo inconfundible. La odisea de los liberales le llevará a pensar en la guerra. Pero no a la manera de los caudillos de la montonera federal. Para el caudillo del centro o de los

llanos, la guerra es un *modus vivendi*. Apelando a ella pueden agregarse unas vacas más al rebaño del general. Es la guerra de rapiña que el caudillismo latifundista discierne a Venezuela. A Cipriano Castro le seduce otro tipo de guerra. En la fuente de sus conocimientos se deslizan unas gotas de cantárida que le trastornan el seso. Una guerra heroica, para la inmolación o la gloria, es el ejemplo que le imparten los liberales colombianos, batalladores sin cansancio por su programa y su ideal. En Daniel Hernández, infortunado guerrero liberal, ve a un Bayardo digno de la más incondicional admiración. Y sueña con copiarlo haciendo en Venezuela una santa guerra en defensa del credo pisoteado por los mercaderes. Pero no son propiamente los liberales del vecino país quienes ponen las gotas más incitantes en la copa de este aprendiz de caudillo. Es la literatura venezolana del último tercio del siglo XIX, la causa que lleva a su cabeza una autentica borrachera de ardor bélico. Esa literatura nuestra —con sus Larrazábal, sus Tejeras y sus Eduardo Blanco— será una especie de invitación, no al vals sino al joropo guerrero. Eduardo Blanco, con sus grandes murales en que Bolívar parece desprendido de la mitología clásica enciende mechas de fuego en el alma de Cipriano Castro. Ser como Bolívar, un paladín de limpias gestas, constituirá el más alto ideal del aguilucho de Capacho. El destino de esos literatos nuestros —aplastados por los caudillos

bárbaros— será el de cantar las gestas del pasado y el de falsificarnos de paso la historia. Como no podían hablar del presente, porque era riesgoso para su comodidad, se fugaron hacia la Independencia rehaciéndonos a Bolívar como si hubiese sido un arcángel vengador. Ningún prototipo mejor, para los sueños atropellados de Castro, que el Bolívar de Eduardo Blanco. En el Libertador encontrará el futuro caudillo a su modelo histórico. Revivir la hazaña de Bolívar, en nombre del liberalismo con vocación heroica, significará para Castro su obsesión permanente. La Gran Colombia, restaurada para el liberalismo auténtico, es la idea que late en las sienes de Castro. Si algún día se juntaran los liberales genuinos de Venezuela con sus colegas de Colombia y los del Ecuador —donde Eloy Alfaro ya era un líder conspicuo— volveríamos a alcanzar la meta de Bolívar. Una Gran Colombia cuyo enemigo ya no sería España sino el conservatismo confesional.

La vida proporcionaría a Castro, antes de madurar su carrera de caudillo, oportunidades para trabajar en sus ambiciones grancolombianas. En 1892, ya consagrado como personaje en el Táchira al cual ha gobernado. Castro cruzará la frontera, no ya como pichón de seminarista, sino como exiliado. Cúcuta le brindará el soñado acceso a los líderes más encumbrados del liberalismo colombiano. Es en el Norte de Santander donde el liberalismo tiene su tienda guerrera

y donde residen algunos de sus heroicos exponentes. Hernández, Herrera, Durán, Cáceres son los apellidos de los caudillos de su admirada causa en la vecina tierra. Con ellos tiene relaciones este personaje tocado también por el infortunio. Y ya no es el muchacho que debe conformarse con leer algunos folletos prohibidos como ocurrió en sus años de Pamplona. Ahora alterna con los prohombres del liberalismo, penetrando en su pensamiento y tendiendo hacia el futuro el puente de una aspiración común. De sus años cucuteños, Castro saldrá imantado por la idea de reconstituir la Gran Colombia cuando él en el Capitolio de Caracas —ya sueña con ese objetivo— y Uribe o Herrera en Bogotá hayan aplastado al enemigo reaccionario. En Cúcuta se permite dar consejos a sus correligionarios colombianos —los liberales de Colombia son nuestros hermanos, le dirá a Juan Vicente Gómez años más tarde— y recibir de ellos el aporte de la experiencia guerrera en el Norte de Santander. Es el trueque de sueños en la antesala de la gloria. Así lo piensa, desde los cerros de la Villa del Rosario de Cúcuta este aficionado a las lejanías. El Rosario de Cúcuta... allí se reunió un Congreso de la Gran Colombia. Cuando Castro va a la pesa de su amigo Juan Vicente Gómez, mira el templo donde deliberó ese Congreso. Bajo la gran cúpula está la nave central, de piedras y ladrillos coloniales. Un santo maltrecho en una de las paredes laterales, varias

grietas abiertas como venas en las mismas paredes y en el fondo el altar mayor de madera apolillada. El techo de caña brava. Es un modesto templo de provincia. Pero allí resonó el verbo de los libertadores, Bolívar, Nariño, el obispo Méndez, don Fernando de Peñalver, don José Ignacio de Márquez, venezolanos y granadinos juntos para hacer una historia grande. Cipriano Castro. Rafael Uribe Uribe. Estos dos últimos nombres debieron resonar en la imaginación de don Cipriano cuando mirando el templo, pensaba en el futuro.

La Gran Colombia es apenas un eslabón, piensa Castro en esos años. América Latina debe unirse en un solo país. El sueño es estrambótico —porque la economía latinoamericana carece de nexo de estructuración común— pero un pequeño burgués exiliado es muy dueño de soñar. Ni siquiera en nuestros tiempos esa empresa resulta viable. Al contrario, la diferenciación del desarrollo la hace imposible. Castro que no sabe nada de economía ni de ciencia social, acaricia esa meta desde sus días cucuteños. A la Gran Colombia deben juntarse otras Repúblicas hasta darle a la América Latina su integridad política. Pero hay un enemigo que ya ha saltado sobre la presa de su codicia. Los Estados Unidos adquieren para el Castro de Cúcuta una nueva faz. No son ya el país idílico de sus mocedades, dechado de perfecciones republicanas. Es el águila —como lo llama su literatura de panfletista— dispuesta a estrangular

a la América Latina. La unidad del continente tiene que hacerse para evitar que el águila caudal —la frase proviene tal vez de Víctor Hugo— nos descuartice con sus garras. En Cúcuta el ya maduro Cipriano Castro contrae una animadversión profunda e irrevocable hacia los Estados Unidos. Será un antiimperialista a su manera. Cuando los yanquis se echan sobre Cuba con ánimo de arrebatársela a España, el restaurador en ciernes sentirá la antipatía más beligerante contra los Estados Unidos. Su antiimperialismo es el que años más tarde popularizará don Manuel Ugarte. Antiimperialismo pequeñoburgués, del latino contra el sajón, de Roma contra Cartago, pero suficientemente firme como para despertar la conciencia del continente frente al peligro yanqui. En Cúcuta recordará que ya en los Congresos de Crespo él ha tenido que hablar sobre el despojo de que fue víctima Venezuela en la Guayana Británica. Los sajones son siempre los mismos, codiciosos y agresivos. Para atajarlos —Castro lo siente en el alma— hay que unir a la América Latina. De lo contrario nos despojarán sin piedad. El antiimperialismo retórico será junto con el anticlericalismo, el culto a la Gran Colombia y el afán de Gloria, uno de los rasgos más acusados en la personalidad política de Cipriano Castro.

Este caudillo, con características tan inconfundibles, no se parecerá a ninguno de los que ha creado Venezuela. Con esas ideas y su locuacidad irrefrenable

—no deja de hablar ni de escribir un solo día— es difícil que se haga a una clientela rural. Son ideas demasiado vigorosas para que puedan prender en el alma simple de los campesinos. Pero hay otro factor que impedirá a Castro hacer carrera entre los tachirenses del campo. La región no tiene un campesinado tan descontento como el del resto del país. No hay un problema acentuado de tierras en su seno ni la miseria toca los extremos de la que rodea al conuquero de los llanos. El tachirense de los campos, aunque migratorio, vive en su medio más o menos tranquilo y el sistema del *pater familias* instituye un resorte para arraigarlo. El afán de la tierra no podía significar una fuerza en el campesino tachirense, que tenía posibilidades de acceso a ella garantizadas por el sistema de la pequeña propiedad. No existía en el Táchira ámbito para un caudillo a lo Zamora, agitador agrarista que levantara legiones de conuqueros. Ni tampoco para el surgimiento de un Juan Bautista Araujo, cacique de siervos heredados. Castro no tenía posibilidades en las zonas rurales de su estado, atraídas a la tierra por el café que cada vez se expandía más y proporcionaba mejores ingresos.

Cipriano Castro encontró su clientela en las ciudades del Táchira donde la juventud de la clase media confrontaba problemas agudos. Hacia los últimos años del siglo el Táchira rebosaba de bachilleres o aspirantes de bachiller que no podrían costearse su carrera

universitaria. Eran miembros de una ambiciosa clase media que no podía prosperar más. La región no tenía industrias para emplear con perspectivas lisonjeras a esa gente. El bachiller tenía que resignarse a ser artesano, maestro o empleado modesto. Su familia, de ingresos cómodos, pero no sobranceros, podía sostenerlo incluso, pero le era absolutamente imposible costearle una carrera ambiciosa. Al tachirense de clase media no se le abría ningún camino. Ni industria ni burocracia, ni profesión liberal le aguardaban en la vida. Y era un bachiller —muchos de ellos lograron tal título— lleno de ambiciones contrariadas. Fue en ese medio social donde las cartas y manifiestos de Castro desde Cúcuta crean la clientela que el futuro caudillo necesita. No pasa un mes sin que Cipriano Castro deje de escribir artículos que publica la prensa del Táchira. En ellos comentará la situación nacional. Y por los correos clandestinos sus cartas llegarán a todo el Estado. Desde Cúcuta se convierte en el jefe de la juventud semiletrada del Táchira. Nadie llega a discutirle su popularidad hacia 1896. No tiene peonadas ni masas rurales descontentas. Pero en cada poblado hay un mozo medio instruido que lee sus artículos y se afilia a su causa.

El movimiento con que el Táchira —acaudillado por Castro— invade a Venezuela será uno de los más juveniles que recuerde la historia de Venezuela. Cuando el 23 de mayo de 1899 llegue la hora de la acción, largo tiempo

aguardada, sus soldados y oficiales oscilarán entre los quince y los treinta años. Casi todos ellos serán de procedencia urbana. Es un movimiento de bachilleres trocados en guerreros. La invasión de los bachilleres, así podría titularse la increíble gesta de los restauradores. En sus filas estarán los bachilleres Rafael María Velazco, José María García, Eleazar López Contreras, Emilio Fernández, Regulo Olivares, Santiago Briceño Ayestarán y otros más. Han salido del colegio de La Grita o de los colegios colombianos. Bachilleres cucuteños, cargados de ambición y de aturdiditas lecturas liberales. Tienen mística y agresividad. Van a conquistar un mundo que su provincia no les ofrecerá. Con la invasión ansían liberarse de la vida monótona que les espera. Es la rebelión de una clase media madurada por la prosperidad del café, pero a la cual los horizontes que se le insinúan no son suficientemente tentadores. El desarrollo económico estrangulado —auge rural y ningún crecimiento industrial— impone el descontento. Castro lo cosechará. La invasión del 99 se parece un poco a los movimientos estudiantiles de nuestro siglo XX. Por lo menos los anticipa. Es la Federación de Estudiantes o la Federación de Centros, con el programa, la mística y las modalidades organizativas de la época. Y a la cabeza de ellos un caudillo de mente encendida como tea, atormentado por una pasión borrascosa, audaz como pocos y persuadido de su destino providencial. Así se realiza la marcha de los andinos.

V. DE DERROTA EN DERROTA HASTA EL CAPITOLIO

El 23 de mayo de 1899 la mula que cabalga Cipriano Castro hunde sus cascos en los arenales resecos de las quebradas que nacen como herida en las gargantas de la cordillera y van a ensuciar las aguas del río Táchira. Es paisaje desolado el que cruzan los sesenta hombres que ahora forman la tropa del caudillo. Grandes playas arenosas fulgen como espejo bajo el puñal del sol. Los cerros terminan en abruptos acantilados cuya tierra rojiza se disuelve en la playa cuando las crecientes le pasan su lengua implacable. Hay grietas profundas que abrió la lluvia para sepultar su furia telúrica. A ratos emergen sobre la tierra, como agujas, restos de cerros que resistieron el empuje de los cataclismos. Todo es duro en esos portillos que descienden, por el lado venezolano, hacia San Antonio del Táchira. La piedra y la arena del valle caluroso. El cují y el cardón, los cerros leprosos de carne caída a fragmentos, la sierra

de iguana de las estribaciones cortadas por el vigor de los elementos. Mientras los cascotes de la mula resuenan como campanadas, Cipriano Castro mide la envergadura de la empresa a que se ha lanzado. A lo lejos, cuando la mula deja el valle para repechar la cordillera, se ven las cúspides detrás de las cuales está su pueblo. Ya en Capacho deben estar dominando sus bien organizados partidarios. Pero no se trata ahora de una guerrita local como la de 1892 en la que entrenaron sus facultades bélicas algunos de los futuros restauradores. Cuando rayó el alba del 23 de mayo, Cipriano Castro ya había dicho a su amigo Juan Vicente Gómez, al echarle pierna a la mula del lado colombiano: al Capitolio o a la muerte.

Más allá de Capacho —cuyos picos peinados por el viento mira Castro con cierta emoción— se extiende Venezuela. La tropa asciende y cambia el paisaje. Desaparecen los cardonales y empiezan a mecerse, en danza temblorosa, los primeros cultivos de arveja, verdes bajo la mañana de mayo. Castro es un hombre impulsivo, con nervios de resortes siempre prestos a dispararse. La impaciencia y el furor serán dos características de su carrera política. Pero no es un energúmeno. En los años del exilio ha aprendido a calcular. Nada más educativo para un hombre de acción que los años de la cárcel o del destierro. En la soledad y el infortunio el espíritu va dominando las artes del análisis.

Se produce un equilibrio entre la impetuosidad del combatiente y la serenidad del pensador. Castro ha vivido un exilio relativamente largo y en un país que, como la Colombia de su tiempo, era una excelente cátedra de doctrina y experiencias políticas. El propagandista un poco díscolo y el aventurero que había en él se han transformado en el estratega y el organizador. Sus instintos elementales, los cuales jamás dejó, tendrán cierto freno de disciplinas conscientes. En el mediodía del 23 de mayo —ya alcanza a ver en la lejanía las torres de la Iglesia de Capacho fosforescentes de sol— se entrega a sus reflexiones, bamboleado por el pasitrote de la mula. La primera jornada, ascendiendo cordilleras que tienen pies de fiebre y cabeza de hielo, es la más propicia para el repaso de los planes.

La Venezuela a cuya conquista se lanza Castro es un país decadente, abúlico y descompuesto. Cuarenta años han transcurrido desde el grito de Zamora en 1859. Nada ha cambiado en Venezuela, salvo los males que son más profundos. Cuando se examina ese período de incontinencia y traición que separa a 1860 de 1900, el historiador casi se siente tentado a formular una pregunta: ¿cómo es que Venezuela no desapareció en aquella oleada de barro? La colección de pecados que fueron acumulándose, los vicios profundos de la vida política, el fraude al pueblo hecho sistemático recurso y la sangría de las guerras personalistas eran elementos

suficientes para disolver a un país. Venezuela conservó su fisonomía porque la farsa de aquellos años no tocó la raíz vital de su pueblo y porque nuestros vecinos no tenían la potencia suficiente para despedazarnos. Pero se hizo todo lo posible por disgregar a la Nación. A Cipriano Castro no se le escapó desde su mirador cucuteño, la ventaja que le proporcionaba la situación del país. Hasta su refugio colombiano le llevaba el correo clandestino las grandes palpitaciones del descontento nacional. El hombre que este 23 de mayo columbra ya las calles de su pueblo natal donde sus partidarios lo reciben en triunfo, ha tenido corresponsales no solo en el Táchira sino en la capital de la República. No en balde es un personaje de cierto relieve que en la guerra de 1892 y en los debates del Congreso, bajo el régimen de Crespo, ha alcanzado nombradía. Esas cartas que recibe Castro son como los pedazos de carne que un país lazamiento va depositando en el trágico suelo que recorren sus pies.

El cuadro político de la Venezuela con la cual quiere medirse Castro —ya desciende de su cabalgadura en la plaza de Capacho— es el más auspicioso para un insurgente. El régimen de los hombres de presa instaurado por la Revolución Federal es un cadáver insepulto que pide la caridad del entierro. Ese régimen reposaba, desde 1860, en el equilibrio inestable que proporcionara un caudillo nacional. Su prestigio y su autoridad

eran como el lazo de unión entre las desperdigadas regiones venezolanas convertidas en feudos por la lanza de los caciques victoriosos. La Venezuela postfederal se parecerá, por ese rasgo, a la Francia o a la Inglaterra del período feudal. El rey francés —o el inglés— son los primeros feudatarios de sus países cuya función se hará efectiva en la medida en que inspiren y dominen a los grandes condestables o caballeros de las provincias. El sistema reposa en un tácito pacto de vasallaje. Al rey le rodean los señores de cada feudo, sostenidos a su turno en una cauda de personajes menores y en las masas campesinas agobiadas por la servidumbre. El dominio del rey era simplemente nominal porque la soberanía efectiva reposaba en sus feudatarios que tenían en sus manos las armas y el poder económico. La Venezuela creada por los guerreros de la Federación es una copia exacta de ese original. El presidente de la República actuará como un “*primus inter pares*” de la numerosa familia de caudillos que se apropian de las distintas regiones del país. La primera capacidad que ha de ostentar el jefe del Estado es la de ganarse a los díscolos amos de, la retaceada geografía nacional. El orden impera cuando los feudos regionales no tienen aspirantes —y un solo caudillo los explota— o sobreviene una tregua en la disputa por el botín. Pero es el caso excepcional porque mucho más frecuente resulta

el espectáculo de las riñas lugareñas de las cuales tiene que servir de árbitro el presidente de la República.

Mientras vivieron y actuaron Antonio Guzmán Blanco o Joaquín Crespo el sistema pudo funcionar penosamente. El prestigio de esos dos cachorros de la Federación imponía cierto orden en un mundo tan frágilmente estructurado. Los caudillos menores se entendían o eran derrotados cuando la maquinaria de la organización nacional caía sobre ellos. A veces, los aspirantes al solio regional recordaban los tiempos heroicos de la Federación y apelaban a la demagogia para arrebatárles clientela a sus rivales. Surgían las guerras más o menos prolongadas como las que escenificaron esos condestables de Borbón de nuestra historia que fueron Matías Salazar, José Ignacio Pulido o León Colina. El país vivía en uno como parto permanente de sangre. La pacificación a empellones estaba a la orden del día. Cuando muere Joaquín Crespo en la Mata Carmelera no sucumbe un hombre, cae un sistema. Con él desaparece el último gran régulo que podía asegurar el funcionamiento de las lealtades locales en que reposaba toda la armazón postfederal. El balazo de la Mata Carmelera es el anuncio de nuevos tiempos para la República. Así como el balazo de San Carlos privó a la Federación de su rumbo y de su profundidad, el de la Mata Carmelera despojará al caudillismo feudal de su postrer oráculo. Es como la operación quirúrgica

en el cáncer avanzado. Sobre esa tumba brotan, poderosísimos, los males que venían anemiando hasta el anquilamiento al sistema de los caudillos.

Cuando entierran a Crespo, los caudillos supérstites volarían como zamuros sobre la carroña abandonada. Hay un espantapájaros, el general Ignacio Andrade, que no alcanzará a impedir que el pico de las aves marque sus círculos fatídicos sobre la presa. Los jefes de la montonera en que se ha transformado Venezuela velan la hora de expoliar al país. Se acechan sobre el cadáver ya lívido del gran jefe desaparecido. El régimen es en ese momento —1898— una especie de gallera monumental. Cada uno de los caudillos tiene su revólver listo para resolver a tiros la tensa rivalidad que no encuentra el amortiguador de un prestigio de quilates nacionales. Los espías vigilan los movimientos de los distintos grupos para adivinar las intenciones del adversario. Se espera que uno cualquiera de los muchos prohombres con clientela regional, largo tiempo pospuestos, salte sobre el poder. El tigre come por lo ligero, es la consigna que anda de labio en labio. Pero son muchos los caudillos en vela de botín. No hay región que lo sustente a uno y todos se sienten con los mismos títulos. En sus haciendas, los peones duermen con el máuser alemán al alcance de la mano. Son meses, los que siguen a la muerte de Crespo, de preparativos militares y de sondeo a los signos de la situación. En el

centro de la República está ese Luciano Mendoza, eterno aspirante al solio nacional que ve en la desaparición del recio jefe guariqueño una dorada oportunidad para trepar. Desde la Federación, los bachilleres vienen metiendo ideas ambiciosas en las cerraciones intelectuales de Mendoza. En este momento, sus hombres pueden proporcionarle el poder. No está, sin embargo, muy seguro de sí mismo el tantas veces frustrado aspirante. En las agrias vegas de Carora, como un cordón humano vigila Riera, de larga actuación en nuestras contiendas civiles. Él también tiene soldados, “los cabezones” de Carora, que han demostrado su eficiencia aciaga en los combates de cuarenta años que se extienden como lápida sobre Venezuela. De las quebradas caroreñas puede pasarse al centro de la República por las tantas picas que conocen sus diestros partidarios. José Ignacio Pulido es otro rival que vislumbra los apetitos del poder. Es un general con alma de cortesano. Intrigante y tenaz, ha servido en casi todos los gobiernos postfederales y tiene, si es necesario, su grupo de “muchachos” como los hombres de su categoría llaman a esa chusma asalariada que los sigue. Y más allá se divisa a Amábilis Solognie, a Domingo Monagas, a Nicolás Rolando. Son los viejos prestigios paridos por la Federación o por las guerras posteriores. Detrás de ellos, como arbustos en busca de sol por entre las ramazones del caudillismo

mayor, vienen creciendo los Zoilo Vidal, los Ducharne, los Peñaloza, de nacientes ambiciones.

La traición está a la orden del día. Es la manera de conducirse en las alturas del poder. A Ignacio Andrade se le guarda lealtad en la medida en que con ello se estorben los planes de un rival ambicioso. En el fondo nadie le es fiel al presidente de la República. Los caudillos regionales lo respaldan para darle la histórica patada cuando el momento sea propicio. Ninguno siente la necesidad política de militar a su lado. Saben que el gobierno es provisional porque el pobre hombre que lo desempeña en Caracas se derrumbará pronto. El problema consiste en saber, simplemente, quién abrirá la sucesión de aquel guiñapo ya condenado por la historia. No es acertado jugarse el pellejo por semejante gobierno. Comienza entre estos primitivos barones del feudalismo federal, una lucha por atesorar sus fuerzas. Mantener intactos sus efectivos es la consigna general que circula. Si el presidente de la República pide respaldo para combatir los peligros que sobrevengan habrá que dárselo con medida cautela. Pocas veces en nuestra historia se ha visto un caso de ceguera tan aplastante. Pero no podían proceder de otra manera los caudillos que así jugaban con el país y consigo mismos. Era el sistema instituido por la Federación el que se desplomaba y como en todas las crisis históricas sus propios beneficiarios contribuían a su perdición.

Es como la repetición de aquellos episodios en que la corte de Francia, con sus intrigas malolientes, abre las puertas de la revolución que sepultará a la aristocracia. O los más recientes, de la Rusia de los zares, cuando la emperatriz y su círculo a través de sus traiciones y miserias descubren la podrida úlcera de una sociedad desahuciada. Los alegres caudillos que vuelan sobre la presa en 1899 no saben que están coadyuvando a enterrar a un régimen. Detrás de Crespo tendrán que marchar ellos como nuevos Carlos V que contemplan sus propios funerales. Con Crespo cae toda la casta de la Federación.

El pueblo venezolano mirará con indiferencia la caída de los legatarios de la Federación. Nada ha ganado con el régimen establecido en 1864. Le prometieron la tierra y le dieron recluta permanente. Le anunciaron la libertad y nunca han sido más sañudos y arbitrarios los jefes civiles de peinilla. Le pregonaron la prosperidad y le han entregado un país estancado en donde apenas hay la posibilidad de morir. Ya los caudillos no tienen aquellas vastas masas que colectaba Guzmán cuando todavía el “ideario liberal” revoloteaba en la imaginación de las multitudes rurales. Se han reducido a sus espalderos, directos beneficiarios de la depredación. En otros tiempos, a la proclama de los generales acudían numerosos campesinos, ansiosos de tierra. Así se derribaba a los rivales en el cacicazgo. Ahora, los campesinos

echan trancas a sus casas y se refugian en los cangilones de las montañas. Una guerra que termina en traiciones y que proporciona apenas la llaga de las heridas ha dejado de ser atractiva para el pueblo venezolano. Los caudillos, en esta hora del 99, recogerán la fatídica cosecha de su propia monstruosidad. El pueblo los dejará hundir, sin mover un dedo, sin contraer siquiera el ceño porque el sistema de la Federación no se merece realmente la tristeza de los humildes en el momento de su extremaunción histórica. Uno tras otro, fracasarán ante Castro frente a un pueblo que aparta su mirada de una carnicería que ya no puede emocionarlo porque su repetición periódica no ha engendrado otra cosa que enfermedades, opresión y miseria. El caudillismo nacido en los campamentos de la Federación es una sombra que espanta a los medrosos pero que no atajará a un aventurero resuelto y sagaz como es el Cipriano Castro que ahora toma su taza de “tinto” en la casona de Capacho.

Cipriano Castro revela dotes de dirigente político desde el momento en que, desde Capacho, es el jefe de un movimiento ascendente. Él sabe que sus fuerzas son inferiores a las del gobierno. Sesenta hombres lo han acompañado en la invasión. En cada pueblo del Táchira, además, grupos de jóvenes compenetrados con su causa han asaltado las jefaturas civiles para salir de ellas convertidos en destacamento armado. Pero todo

ello no puede compararse con los recursos del enemigo. Castro decide acumular fuerzas. Es su objetivo inmediato. Crecer en el Táchira a expensas del enemigo. Cuenta con dos factores decisivos. Le acompaña toda la juventud de la región y hay en sus filas el ardor y la audacia de lo que amanece. Manejándose hábilmente podrá acumular fuerzas hasta llevarlas a una correlación favorable. Su primer objetivo, dueño ya de la mayoría de los pueblos de la región, consistirá en aislar a San Cristóbal, la capital, donde los suyos han fracasado. Castro obra entonces como guerrillero de un tipo totalmente distinto a los que ha conocido Venezuela. Será un guerrillero con tropas urbanas que desde las poblaciones de segunda importancia correrán a batir al detal a un enemigo más poderoso y mejor armado. Las peleas que se libran en el Táchira en los días que siguen al 23 de mayo son como gestas de guerrillas cuya base está en las ciudades. La población campesina no interviene sustancialmente. No hay tradición de lucha rural en el Táchira y el combustible bélico tiene que buscarse en la muchachada. Es una contienda entre los soldados del gobierno, veteranos del servicio y unos muchachos que adhieren a Castro porque sus proclamas les inflamaron el espíritu. Si se exceptúa a Castro y a Juan Vicente Gómez —que tienen 41 y 35 años— los hombres del ejército restaurador son casi mozalbetes. Las primeras refriegas de la jornada restauradora son

típicas escaramuzas entre pequeñas bandas. Tononó y Las Pailas, que los plumarios del régimen castrista pintarán con colores encendidos, no pasan de ser asaltos menudos en los que se cae por sorpresa sobre una tropa reducida. Pero esas dos victorias tonifican las fuerzas de Castro que empieza a emparejar sus recursos con los del adversario, encerrado en San Cristóbal.

Castro pasa entonces, porque ya se siente más seguro, a una guerra de posiciones. Sus tropas ponen sitio a San Cristóbal, que queda cortado definitivamente. Allí comienza una peculiar batalla entre unos asaltantes que no pueden abrirse camino por entre la ciudad —mucho más difícil de tomar que las veredas donde Castro ha logrado sus primeros triunfos— acordonada de trincheras. Se establece un equilibrio de fuerzas. Y la guerra deviene sedentaria. Peñaloza, el caudillo encerrado en San Cristóbal no tiene recursos para arrollar a los sitiadores. Pero a estos les faltan elementos materiales para aplastar la ciudad. Pasan los meses en episodios que ya la historiografía nacional ha descrito con fatigante prolijidad. La guerra de posiciones empieza a fracasar. Frente a San Cristóbal parece que va a consumirse todo el empuje bélico del restaurador. Su clase media urbana, convertida en tropa por el descontento característico de ese sector, resulta impotente para dominar el primer objetivo militar que traza el jefe. La duda apunta, como hierba maligna en la superficie de aquel ejército. ¡Cuán

distante se ve en ese momento el Capitolio de Caracas cuando ni siquiera la Plaza de San Sebastián, frente a la catedral de San Cristóbal, ha podido ser conquistada! Castro necesita poner en tensión todas sus energías y su labia de titiritero de la política se hace caudalosa para inundar en esperanzas a los que ya se preguntan si la empresa no será demasiado ambiciosa para los recursos de que disponen.

El problema lo soluciona un episodio que hace comprender a Castro cuán podrido está el régimen de los cachorros de la Federación. Ese episodio es la batalla de Cordero. Allí chocan el ejército de Castro y las tropas que desde el centro trae el general Antonio Fernández. Militarmente aquel es un cotejo desigual. En las calles de ese pueblo, bajo las copas de los guamos que crecen en los solares, se enfrentan la veteranía militar de los soldados de Fernández y el fuego de los mozalbetes de Castro. Los gruesos paredones de los solares yermos sirven de trinchera. La tropa de Fernández martillea sus fusiles y abre abismos de sangre en la muchachada castrista. Sobre el empedrado caen los cadáveres derribados desde el filo de las tapias. Los negros de Fernández avanzan sobre las esquinas que dejaron vacantes los defensores muertos. Los tachirenses se repliegan lentamente, vendiendo muy caro el terreno que ganan los enemigos. La superioridad de fuego de Fernández. es incontestable. Arrastrándose por entre las acequias que

bajan por el centro de las calles tiran los gobiernistas. Los restauradores contestan con sigilo. No tienen muchas municiones y deben seguir una táctica de usura. Más de un soldado oficialista queda tendido bajo los copudos árboles que en Cordero echan ramas sobre las calles del villorrio. Castro se retira combatiendo cuando comprende que el ardor de los suyos no se equipara, en una pelea de posiciones, con las armas de sus contendores.

Pero el ejército gubernamental, que ha vencido virtualmente, no cobra el triunfo. A Castro no se le persigue. El restaurador —o liberal restaurador como dirán sus proclamas— no sale de su asombro al ver cómo el enemigo le perdona la vida. Fernández le ha dado salvoconducto que le permite rehacerse desde Táriba y Capacho. Pero las sorpresas serán mayores cuando el general oficialista salga del Táchira hacia el centro. Hay una hipótesis que explica esa conducta y que a Castro no puede escapársele. En Caracas avanza una gravísima crisis política, de putrefacción de un régimen. Y Fernández no quiere enredarse en una pelea de alcances regionales como supone que es la de Cipriano Castro. Este loco de Capacho, razonará el jefe gobiernista, no pasará del páramo del Batallón. Mejor es emprender el retorno al centro de la República para caerle al poder a la hora de las decisiones definitivas. Peñaloza, el otro jefe oficialista del Táchira, sigue encerrado en San

Cristóbal. Durante la permanencia de Fernández en el estado nada hará por romper el sitio para juntarse con su correligionario y atezar así al caudillo restaurador. Castro presume que entre Peñaloza y Fernández median rivalidades insuperables. Y allí encuentra otra prueba de la corrupción del régimen. El enemigo solo tiene vocación para la intriga. Hay una parálisis que hace inútiles sus miles de máuseres, sus miles de hombres y sus miles de bolívares. Desde el punto de vista militar el gobierno es infinitamente superior. Pero Castro descubre que le asiste la superioridad política. Y es entonces cuando frente a los muros de San Cristóbal, que ha vuelto a sitiar, decide el jefe de los insurgentes marcharse hacia Caracas. Su débil ejército lo llevará al Capitolio. El tronco que va a derribar es grueso, pero tiene la carcoma ya muy avanzada. Una pequeña hacha bastará en las manos de un audaz para que se derrumbe el viejo árbol. De la acumulación de fuerzas en escala regional pasa Castro a la guerra de movimientos. El problema es de velocidad. El que llegue primero al Capitolio tendrá el poder. No se preocupa ahora de destruir débiles partidas o de circundar a San Cristóbal. Quien insista en ello no comprende las leyes del poder. Y Castro, al tomar la ruta del centro de Venezuela, demostró que conocía mejor que todos sus coetáneos las reglas que manejan la captura del poder. En ese momento culminante de una crisis fue el jefe de mayor visión. El que penetró

los resortes de la política y los tomó en sus manos para vencer con ellos.

La batalla de Tovar, eslabón en la conquista del poder, justificará los cálculos de Castro. Allí lo esperan las tropas trujillanas del doctor y general Rafael González Pacheco. La flor y nata del gamonalismo trujillano acompaña al jefe gobiernista. Emilio Rivas, Elbano Mibelli, José de Jesús Gabaldón, los Garbi recibirán en las calles de la ciudad su bautismo de fuego. Frente a ellos se coloca el general José María Méndez, naciente caudillo de irresistible simpatía y fiero coraje que pone al servicio de la Restauración sus recursos y sus hombres. Los trujillanos cargan con firmeza y desalojan a Méndez cuyo batallón “Tovar” corre a ampararse en los cafetales de los alrededores. Mientras se libra ese episodio bélico, las tropas de Castro avistan, en la lejanía, la aguja de la solitaria torre en que remata la iglesia de Tovar. Desde el murallón de El Volcán, donde el valle del río Mocotíes se va de bruces, el general de la Restauración escucha los tiros y arruga la frente. El ruido de los disparos se acerca sin cesar. Méndez no ha tomado a Tovar como lo prometiera al enrolarse al movimiento. Castro se aborrasca y en un gesto que será muy suyo, copiado de los héroes que le enseñó Eduardo Blanco, ordenará a Méndez la toma de la ciudad. El tovarañero se pone épico y le da una respuesta espartana. Vivo o muerto le entregará Tovar. El combate

renace en los alrededores de la ciudad. Entre cafetales y cañamelares, los soldados insurgentes avanzan hacia el camino que conduce a la ciudad. Como conocen el terreno, saben por dónde pueden ganar el beneficio de la sorpresa. Reptando como serpientes caen hasta el camino donde los trujillanos acusan el efecto de la arremetida. La batalla cobra todo su fragor. Un trapiche y unas casas, mal hilvanadas a lo largo del camino, sirven de trincheras a los dos bandos. Méndez carga a la cabeza de sus tropas, saliendo al camino con el arrojito como bandera. Cuando se empina sobre su gigantesca humanidad, ensordecido de balas enemigas, parece una fuerza que fuera a peinar al poblado como el cono de las ventoleras que bajan de los páramos. Los trujillanos resisten detrás de sus improvisadas posiciones y contestan las descargas. A Méndez le martillea el regaño de Castro y es como un trago de aguardiente playero ese recuerdo que le quema la garganta. Su palabra está empeñada y habrá de cumplirla. Un esfuerzo final y la meta estará coronada. Como diablos, sus hombres multiplican el coraje. Quisieran desangrarse para que el jefe restaurador entre a la ciudad sobre alfombra roja. Los trujillanos retroceden entregando sus defensas a la fiereza del enemigo. Pero la bala trágica, esa bala que abrochó a la muerte a los temerarios caudillos de la Venezuela guerrera, sale de un fusil trujillano. Y Méndez

se desploma sobre el camino real donde muchas veces pasaría en su caballo caracoleando ilusiones.

Los trujillanos se han replegado sobre la ciudad, pero conservan sus hombres y sus armas. Castro, con su ejército, llega a tiempo para recoger las últimas palabras de José María Méndez. “Muerto pero en Tovar, mi general” le dice el soldado agonizante. Ahora se reanuda el combate y el ejército restaurador es más fuerte. Los trujillanos deciden defender la ciudad casa por casa. Desde los portones, que abren su hueco protector, se dispara impunemente. Las esquinas se convierten en parapetos. Tovar tiene casas de dos pisos que sirven admirablemente para la defensa. En sus balconetes y tejados se abre un mirador sobre el camino convertido en calle donde la batalla alcanza su intensidad de relámpago. La iglesia, con su solitaria torre es otro bastión. Desde su campanario puede mirarse, en el valle que rodea a la ciudad, la evolución de los atacantes. Los vigías y fusileros allí apostados comunican al comando cómo las tropas de Castro se fragmentan en movimientos envolventes que acuchillarían, desde todos los rincones a los sitiados gobiernistas. El ejército castrista parece una culebra que fuera dividiéndose en trozos para meterse por todas las calles de la población. Culebra alfilereada por el fogonazo intermitente de los defensores. Tovar es ya la tumba de la Restauración. Ninguna maniobra ni celada ha surtido efecto en el

disciplinado y coherente ejército trujillano. En torno a la iglesia, González Pacheco sostiene sus posiciones. Castro puebla los aires de carajos —lanzados como puñetazos sobre el rostro de sus soldados para animarlos y apela a estratagemas variadas—. Pero los portones y los balconetes siguen impertérritos. Él mismo dirige algunas cargas y no logra, cundiendo de admiración a sus hombres, que el empuje cuaje en victoria. Llega un momento en que Castro mismo duda de su éxito. Sus energías ya vibran como caucho estirado y pueden reventarse. El temblor, patente en las cargas cada vez menos briosas, evidencia el cansancio de los suyos que deben rifarse la vida combatiendo en las calles frente al enemigo bien atrincherado.

De repente, los trujillanos inician la retirada. Los balcones se quedan solitarios y por las calles avanza el ejército de González Pacheco como si quisiese guarecerse en la disciplinada marcha de una catástrofe inminente. Los tachirenses se lanzan en tropel sobre una presa casi perdida que ahora se ofrece tentadora. Frente a la iglesia de la ciudad es macheteado el general Elbano Mibelli. Emilio Rivas cae preso. La retirada de los trujillanos, su inmerecida derrota, es producto de la podredumbre política del régimen. En plena batalla, González Pacheco agota el parque y apela a unos cajones que le han dado en Trujillo. Y encuentra que no contienen municiones adecuadas para sus armas. Son

cápsulas para “chopo cubano”. Sus armas son máuseres alemanes. Retirarse o perecer es el dilema del bravo general. Y opta por la retirada, maldiciendo la felonía que le ha arrebatado la victoria. Con resignada obstinación, los trujillanos se abren paso, en medio de un enemigo que los rodea y ganan el camino de Mérida. La batalla tiene una culminación digna de los cantares de gesta. El general José Garbi —garibaldino avecindado de Venezuela— hace honor a las tradiciones de su héroe. Y sigue resistiendo con fatal terquedad. Unas horas de ruido y fagonazos tiñen su historia final. Sobre la casa en que resiste se concentran, como los caribes ante la gota de sangre, los soldados de Castro. Calla el fusil del general.

Y en el silencio, los vencedores recogen el cuerpo sin vida de José Garbi. Él y Miguelón Contreras, caído más tarde, serán los únicos personajes de leyenda en esta empresa bélica. A Garbi no lo mataron los soldados de Castro sino las intrigas de la política venezolana que calculadamente negaron los pertrechos a un ejército digno de mejor suerte.

Lo que viene después de Tovar, única batalla porfiada en el camino de los restauradores, es un relato para un médico. Con la sangre vertida se mezcla el pus de un régimen descompuesto y de un país asqueado. Caudillos que dejan pasar a Castro porque ya calculan la traición a Andrade, generales enemistados que

se dividen en pleno campo de batalla. Politiqueros empeñosos cuyas zancadillas, derribando obstáculos, despejan la marcha de los tachirenses. Así avanza Castro hacia el centro. Entre Tovar y Tocuyito, acto final del drama, Castro será más propagandista que guerrero. En Valera sus indigestiones teóricas tienen una nota pintoresca. En una proclama expedida allí afirma que el liberalismo fue fundado por “el carpintero de Nazaret”. Afortunadamente para él, Valera no tenía Ateneo en esa época y los mercaderes de la ciudad posiblemente no sabían quién era ese carpintero que tuvo la osadía de engendrar un producto tan pringoso como el liberalismo venezolano. Mientras Castro en Valera redacta esa proclama, los ejércitos del caudillismo trujillano que hubieran podido aplastarlo, vivaquean ociosos en las cercanías. Los celos devoran, sobre todo cuando estallan entre hombres. Los jefes trujillanos, distanciados por mortales rencillas, preferían que Castro pasara intacto a debilitarse ofreciéndole resistencia. González Pacheco ya ha tenido suficiente experiencia con la felonía que habría de liquidarlo en Tovar. Y los otros —Araujos y Baptistas— piensan más en sus acomodos que en cerrarle las puertas al inquieto capachero. Esa menuda historia se repetirá en Lara, cuyas quebradas, ocre como cuero seco, cruzarán los soldados de Castro sin otro enemigo que el calor ni otra molestia que el hambre apenas engañada con un chivo realengo.

Con Tocuyito cae el telón. Allí asoma la cara el otro cómplice de Castro, la ineptitud militar de sus enemigos. Los jefes del ejército oficialista rivalizan en estolidez frente a las tropas del restaurador. Diego Bautista Ferrer, Panchito Alcántara y otros llevarán a sus hombres al fusilamiento en masa. Un callejón inaudito, como aquellas mangas de los bañaderos garrapaticidas de otros tiempos, por donde desfila el ganado en uniforme que los tiradores de Castro degüellan a discreción. Unos generales que escogieron el peor terreno y en él pretendieron resistir porque no es su sangre la que corre por el suelo. El pueblo venezolano enrolado por ellos, el pobre pueblo del paludismo y el latifundio que también sirve para inmolarse. La masacre del ejército gubernamental buscada y casi gozada por sus jefes. En Tocuyito trabajó fácil la metralla castrista. Había un festín al alcance de la mano y sus jefes lo aprovecharon hasta el hartazgo. La bandera amarilla de Santa Inés quedó allí ennegrecida de balazos y salpicada de la sangre del “pueblo soberano”, el mismo que cuarenta años atrás fue el actor de una gesta y ahora es el rebaño que se sacrifica en la gigantesca pesa que le han montado sus caudillos. Y junto a la bandera amarilla también flamea, destrozada, la bandera tricolor, la de una patria condenada a parir con cesárea. Después de dejar sus muertos despanzurrados, sin la caridad de un pañuelo en la cara amoratada de hinchazón, los combatientes

del ejército oficial se desparramarán como toros bravos abriéndose camino a bayoneta limpia. Frente a las victoriosas legiones de Castro, los derrotados de Tocuyito se harán justicia por sus propias manos. Algunos jefes caen victimados por sus propias tropas. Una pequeña cancelación que el engañado pueblo exige de quienes le dieron sacrificio sin compensaciones. Pero los grandes responsables —los que con su artillería liquidan a sus propias vanguardias y los que seleccionan el sitio de la batalla como si fuera un velorio— se marchan a Valencia. Por el camino, entre la romería de los soldados que cojean o llevan los brazos entablillados, ya meditan la traición. Entenderse con Castro para rematar en la ignominia el trabajo de su ineptitud, es el designio que los guía. Jefes que ni siquiera tuvieron el valor de honrar a sus hombres y volándose la tapa de los sesos o de permanecer en decoroso alejamiento se precipitan, ellos también, a darle el picotazo final al régimen putrefacto que queda tendido para siempre en las abras de Tocuyito. En Valencia, los vencidos participarán en los funerales de la causa que hundieron. A la incapacidad irresponsable sigue ahora la farsa. Los gusanos se hartan del cadáver. El pueblo que dejó las tripas regadas en las callejas de Tocuyito verá la mano de sus jefes pasar por encima de ese horrendo espectáculo para anudarse con las del enemigo de ayer. Así tenía que morir, en el oprobio, el régimen de los caudillos.

Los traficantes de Tocuyito, al correr a entenderse con Castro sin ningún respeto por la sangre de sus compañeros caídos, darán la señal para el sainete en que concluye el drama inicial cuatro o cinco meses antes en los arenales de San Antonio del Táchira cuando las mulas de los sesenta cruzan el río fronterizo. Con una diligencia que no pusieron para defender al pobre Ignacio Andrade, se precipitan todos a negociarle a Castro la entrega del poder. La rivalidad, que ayer era negativa, se convierte en factor de emulación para ofrecerle al triunfante caudillo los laureles del poder. Vienen los episodios de Valencia, sobradamente conocidos, en que los tachirenses tienen que officiar de diplomáticos. Allí Castro habla mucho. Sin darse cuenta, lo envolverá la oligarquía. Juan Vicente Gómez, ya segundo jefe de la expedición, escuchará a los prohombres. En el Rosario de Cúcuta aprendió a callar y a observar. Es así como se manejan las reses. En cierto modo esos personajes que llegan en Valencia hasta la casa en que se alojan los restauradores son los toros gordos de un potrero llamado Venezuela. Con maña y cálculo se les puede gobernar. Aunque con más frecuencia son ellos los que pierden, en la polvareda que levantan sus cascos, a los mandatarios mejor intencionados. En una espesa polvareda de intrigas termina la gesta de los sesenta. Cinco meses bastaron para traerlos hasta el centro. Comenzaron sobre la montura de sus sillas chocontanas

entre cardonales y terminan en el canapé dorado de las mansiones. Mil kilómetros los separan de la hacienda del Rosario de Cúcuta donde una mañana cambiarían la pacífica faena por los azares de la guerra. Ahora son los vencedores, rodeados de sonrisas y acheados abrazos. Una nueva historia se abre para Venezuela. Ya viene el siglo XX y con él inusitados horizontes para la República. El régimen postfederal ha sucumbido. Los tigres de Santa Inés ahora comen en la mano de Castro, domesticados por su desvergüenza. Los andinos han pasado de sembradores de café, perdidos en un rincón de la República, a amos de una vasta geografía. Es casi un cuento inverosímil que hará posible la traición, de los federales a su pueblo.

Segunda jornada
El bonapartismo castrista

VI. “TIEMPO AL TIEMPO, GENERAL”

¿Cómo miraron los venezolanos de 1899 aquella irrupción de los andinos en la escena nacional? Es la pregunta que hasta ahora no se ha formulado nuestra muy formalista historiografía. Porque las guerras, cuando intentan establecer un nuevo orden político, no se ganan en los campos de batalla. En definitiva, es el pueblo quien inclina la balanza. Las batallas son los episodios culminantes, pero el telón de fondo, donde se esconden las fuerzas motrices del conflicto, está en las muchedumbres productoras y consumidoras que con su vara otorgan el veredicto, fijan las responsabilidades y disciernen el triunfo. Para medir las dimensiones de la gran frustración que el país habría de cosechar con los andinos de Cipriano Castro hay que precisar primero la carga de expectativa y de ilusiones desinfladas, una vez más, por aquellos aventureros que en cinco meses

de guerra lograron amarrar sus cabalgaduras en las barandas de la Plaza Bolívar de Caracas.

El estado de ánimo del país frente a Cipriano Castro habría de darlo, con vivida exactitud, un acaudalado comerciante de Tovar, don Elías Burguera, en cuya casona apuraría el jefe restaurador la taza de café para el tormento de los labios reseco después del calor de la batalla. Con la taza en la mano y dejándose arrebatarse por una de esas corazonadas de caudillo presuroso que tanto han jalonado nuestra historia. Castro ofrece el Ministerio de Hacienda a su anfitrión de Tovar. El comerciante lo mira desde el fondo de sus ojos claros. Y le contesta sin inmutarse, con el dominio de una convicción ya madurada: “Tiempo al tiempo, general. Todos los caudillos nos han ofrecido lo mismo. Veamos si usted cumple”. Fue una diplomática negativa que encerraba, en dosis muy conocidas para un hombre de negocios, el cheque en blanco de la confianza y la posibilidad de una ejecución. En ese diálogo se enfrentaron, sin repelerse, dos Venezuelas que venían arrastrándose por separado desde los azarosos tiempos del campamento federal. La Venezuela guerrera, llena de audacia y quemada por el frenesí del empuje y la Venezuela pragmática que estuvo produciendo a la sombra de la espada. La una, ardida de verbo y chamuscada de heroísmo bélico, la otra calculadora y escéptica, prefiriendo lo concreto de las realidades

a lo espectacular de las promesas siempre rotas tras la esquina del poder conquistado.

En el alma nacional se mezclaron, cuando los andinos treparon la cuesta del poder, los dos sentimientos que apuntan en las palabras de Elías Burguera. Había, en ese momento, un profundo deseo de cambio. El grueso de los venezolanos tenía ya la certidumbre de que las cosas no podían continuar por los cauces establecidos desde los días de la Federación. El sentir nacional se emancipaba, para romper con él, de aquel mito engendrado por los caudillos desde 1864 y del cual ningún fruto había percibido la población venezolana. Algunos indicios ocurridos en las postrimerías del gobierno de Joaquín Crespo son patente demostración de ese hervor del descontento. La campaña electoral de 1897 trajo a la superficie de la política el primer intento de organizar a Venezuela mediante un sistema distinto al de la espada entre paternalista y autoritaria que se instituyó con la victoria de los federales. Las crisis de ese orden siempre se zanjaron en familia a lo largo de esa disputa por el predominio que va a empeñarse a partir de 1870 entre los herederos de los tigres de Santa Inés. Compadres reñidos, ambiciosos en vela de oportunidades, delfines rencorosos, son esos los personajes que conjugan la historia nacional. Hermanos Karamazov de nuestra política, constituyen ellos el giro un poco monótono de la misma rueda.

No traen, al triunfar dentro de la guerra en que se dirimen las contiendas del sistema, ninguna solución ni abren nuevos horizontes a la Nación atontada de hambre y de sangre. Pero en la campaña electoral de 1897 aparece en el general J. M. Hernández un pintoresco, aunque sintomático esfuerzo de renovación. La apasionada adhesión que el “Mocho”, hombre sin méritos intelectuales y de una medianía política pavorosa, consigue entre las masas urbanas es ya un indicio del estado del país. No era al limitado general guayanés a quienes seguían las masas sino a la esperanza de vencer, tras él, a los viejos y corrompidos Césares de ese bajo imperio que era la Venezuela de los años noventa. Cuando Cipriano Castro espolea su mula, entre interjecciones de grueso calibre, está presente en cada venezolano de las ciudades ese sentimiento de cambio que es consigna y grito.

Pero había también, y se mezclaba en el plato de la política, una gota de escepticismo que aridecía los ánimos. Venezuela venía contemplando la llegada de los Césares al Capitolio desde 1870. ¡Cuántas proclamas pintaron un país de maravilla, en el lenguaje de sus adjetivos resonantes! La legión de los doctores y bachilleres que revoloteará como zamurada desde los años de la Guerra Federal adoba en las arengas y manifiestos la más desenfrenada demagogia. El Partido Liberal no ha sido otra cosa que la sistematización de la

hipérbole, la industrialización del engaño, el culto a la mentira. Cada caudillo en trance de alzarse ha recurrido a sus chopos y a sus peones, pero también al plumario local para que ponga en la prosa de los documentos el señuelo de las promesas despampanantes. Sobre las cenizas de Ezequiel Zamora juraron sus epígonos, casi llorando de emoción, hacer la felicidad del pueblo. La prensa y los Congresos, todos los órganos de difusión, ofrecen solucionarle al país sus problemas de tierra, de hambre y de cultura. Pero la noria de los caudillos trae, más allá de la primera vuelta, el regreso de los vicios. El peculado, la opresión, la arbitrariedad y la rapiña se ciernen y es el pueblo quien tiene que pagarlos en pobreza y en frustración. Ese prolongado período de estafas a la fe nacional —porque todos hacen lo mismo cuando llegan al poder— mata un poco la capacidad de esperanza de Venezuela. Ver para creer parece ser la consigna de muchos. Los hechos habían puesto en el fondo de ese escepticismo un sedimento de realidad. ¿Acaso no fueron muy hermosas las insignias propagandísticas de cada movimiento que surgió de la atormentada entraña nacional? El viento del poder secaría pronto las aguas de la demagogia para que brillase, erosionada de fracasos, la dura arcilla de la miseria en que se debatía el país.

La invasión de los andinos coincide con un instante histórico en que se debaten en el alma nacional esos

sentimientos, encontrados, del deseo de cambio y de la cautela escéptica. La historia atraviesa a veces por esos períodos en que el equilibrio inestable es su signo. Son como las aguas de los ríos de diferente procedencia que al juntarse no se mezclan, sino que siguen corriendo por separado hasta que la penetración recíproca las hermane. El presente ha roto con el pasado. Pero el porvenir aún no se dibuja claramente. Los pueblos oscilan entonces entre dos alternativas. No pueden hacer causa común con el orden existente, del cual nada tienen ya que esperar. No se inclinan a luchar por el porvenir que no se bosqueja con suficiente exactitud. Los oprimidos y los resentidos quisieran triturar al sistema que los despoja y los burla. Mas, en su ánimo se desliza la duda. Sobrevienen esas calmas históricas que pueden prolongarse si los factores de inercia así lo determinan. O que se evaporan si los acontecimientos inesperados tienen la envergadura de un remesón. La Venezuela de 1899 cruza, justamente, por una etapa de inercia histórica, desgarrada por dos sentimientos contradictorios. La idea del cambio está latente y ya el país la ha auspiciado cuando secundó al “Mocho” en sus peregrinos desafíos al orden desde la recién amanecida tribuna de las plazas públicas. Ese abuelo de los partidos pequeñoburgueses de nuestros tiempos fue el primer creador en Venezuela del discurso mitinesco y de la propaganda proselitista. Pero no se mira en las

perspectivas la fuerza que encauce y arrastra, para una vendimia de heroísmo, la reserva popular.

En todo caso no hay hostilidad para las tropas de Castro cuando ellas avanzan en pos del Capitolio. La expectativa con que lo miran desfilan las poblaciones puede calificarse de benévola. Los más hostiles a él se preguntarán por qué habrían de oponerse a un hombre que después de todo no está cometiendo ningún pecado en una tierra que ha puesto a los caudillos a disputarse el poder. Un aspirante más al poder no habría de espantar a una Venezuela que creció midiendo la audacia de los caudillos en la vara de las tentativas por apoderarse del gobierno. Otros confían en que el país tenga suerte con este hombre. En los pueblos esterilizados por la frustración ancestral siempre abundan estos jugadores confiados que se inclinan a otorgarle crédito a cada acontecimiento. Son los optimistas a ultranza que como el aficionado a la ruleta creen que la última intentona deparará la suerte que se ha escondido en las anteriores ocasiones. Posiblemente al grueso de los venezolanos les importó poco aquella invasión de soldados de chamarreta que trajo hasta el centro del país a labradores y bachilleres de una tierra hasta entonces alejada del acontecer nacional. Era lo mismo que pasaran por sus regiones combatientes corianos o andinos. Un viejo refrán podía acudir en auxilio de los resignados. “¿Qué es una pinta más para un tigre?” ¿Qué significa

una guerra más, dirían los resbaladizos, para un país que lleva casi cien años sufriendolas en su carne campesina ya casi reducida a hueso de pura mondada por los dientes de la ambición caudillesca?

Es interesante localizar el deseo de cambio para documentar, con precisión, las posibilidades que los andinos tuvieron en sus manos cuando llegaron al poder. El principal foco de descontento se ubica en las esferas de la burguesía mercantil venezolana. Nuestros investigadores históricos —y no pocos dirigentes políticos— incurren en el error de suponer que la burguesía mercantil siempre fue retrógrada y siempre estuvo satisfecha en Venezuela. Ese juicio adolece de un absurdo quietismo en la interpretación histórica. Se explica porque hoy la burguesía mercantil es la dueña del país y ha jugado, en los últimos cuarenta años, un papel regresivo en nuestra vida pública. Pero no era esa la situación de 1899. Entonces, la burguesía mercantil estaba a la cabeza de las reivindicaciones más genuinas y más hondas del país y era el factor indispensable para cualquier cambio progresivo en nuestra sociedad. Los países que viven dentro de regímenes feudales con algunos elementos mercantiles en su seno, necesitan de esa burguesía para iniciar toda transformación seria de su estructura social. No se olvide que en las revoluciones burguesas fue siempre ese sector social el polo que junto a las masas descontentas atrajo y puso a girar

las energías impulsivas de la población. La burguesía mercantil fue desplazada del poder en 1864. El triunfo de la Revolución Federal significará la irrupción del latifundio, reencauchado de caudillos, sobre el escenario nacional. Los intereses del agro empiezan a predominar sobre los del comercio capitalino. La desintegración del Estado nacional que entroniza la Guerra Federal, si la juzgamos en su justa perspectiva, no es más que la hegemonía de la gran propiedad feudal, regionalista y desparramada, sobre el orden integrador y centralista del comercio. Cuando Guzmán Blanco amenaza destruir a los conservadores “hasta como núcleo social” evidentemente se dirige a los comerciantes hostiles a su gobierno. No puede haberles formulado tal ultimátum histórico a los latifundistas, que ya lo eran sus propios conmlitones, los caudillos del Partido Liberal.

La burguesía mercantil, acorralada por el latifundio erigido en vara política del país, tiene varios agravios que cobrarles a los gobiernos postfederales. El más grave de ellos proviene de la deuda que los caudillos arrojan sobre el país. Guzmán Blanco y Joaquín Crespo son dos voraces sanguijuelas que llenan de compromisos el extenuado fisco federal. Desde los tiempos del tratado de Coche, cuando se refrenda la deuda de la Federación, hasta la escandalosa negociación del Disconto, corre un río de empréstitos extranjeros que dejan en la inopia a Venezuela. Es una deuda contraída

sin freno y sin prudencia. Los intereses y las amortizaciones llegan a los límites de la exacción esterilizante. Los plazos constituyen una sentencia para el país. Y encima de todo ello, entre las manos de los presidentes se deslizan hacia sus bolsillos gruesas fracciones de las sumas contratadas. El presupuesto de gastos tiene que contemplar, todos los años, una pesada partida para el servicio de los intereses y amortizaciones. En ciertos momentos, el gobierno consagró más a la deuda que a las necesidades del fomento o de la cultura del país. Son empréstitos que se flotan para racionar tropas o pagar la burocracia del Estado federal. Ninguno de ellos se destina a una obra realmente reproductiva. No se financia un puente, no se atiende la construcción de un hospital, no se sostiene la apertura de un camino. Como el humo de las batallas en los atardeceres dolidos de nuestros caseríos, estos empréstitos se disipan en el mortecino viento de la frustración. Pero el pago de tanto derecho a crédito tiene que consentirlo, de sus magros recursos, un país empobrecido hasta el pauperismo. La burguesía se perfila, desde el primer momento, como el fiscal implacable de semejante sistema. No abusar de la deuda es su consigna. La razón de tal actitud es explicable. Para pagar esos empréstitos improductivos, el gobierno debe elevar la tributación. Se gravan los artículos de importación —el arancel es el único arbitrio del fisco— encareciéndose su precio

en el territorio nacional. Un mercado que soporte esa carga no puede crecer si al mismo tiempo el gobierno es un parásito que consume sin favorecer la creación de la riqueza. La burguesía mercantil se ve condenada al estancamiento dentro de las relaciones que engendra esa “deuda lastre”, para llamarla en la terminología que acuñó la profesora Petra Petersen.

Pero hay otros reproches, no menos amargos, de la burguesía mercantil contra un sistema que la oprimía. El desorden administrativo, hecho característico del sistema caudillesco, asfixiaba al comercio. La burguesía de todos los matices será siempre enemiga del desorden. Como clase surgida de la acumulación paulatina de la riqueza, hija del cálculo, engendro de la tasa de interés, la burguesía es esencialmente racionalista. Donde impere la confusión, enemiga del cálculo mercantil y de la digestión pacífica de las utilidades, levantará su indignado vuelo la burguesía. Para los comerciantes de Caracas y de Maracaibo era un suplicio el espectáculo de los administradores de Aduana que apenas sabían leer y escribir, de los fiscales de hacienda que ignoraban los principios de contabilidad y de los jueces que tenían más de Ginés de Pasamonte que de expertos en el manejo de la ley. Aquella inestabilidad en el sistema de impuestos y en todo género de reglamentaciones constituyó para la burguesía un calvario insopportable. Quien lea con curiosidad la historia de los años

que siguen a la Guerra Federal se encontrará con la frecuente queja de los comerciantes contra un poder demasiado empírico para soportar la convivencia con una burguesía educada en prácticas más avanzadas. El comercio de Maracaibo, formado en la escuela de Hamburgo, encontró siempre intolerable el desorden de una Administración moldeada por caudillos anal-fabetos. Los boletines de la Cámara de Comercio de Maracaibo serán un reflejo, aún en tiempos posteriores, de esa protesta entre dientes, de una clase que no podía acomodarse a la rapiña elemental de los generales latifundistas. El desorden administrativo retarda las operaciones, frustra los contratos, golpea los compromisos. Un país cuyo telégrafo era interrumpido, donde los correos no funcionaban jamás, de aduanas perezosas de indigestión administrativa, entrañaba un obstáculo para el desarrollo de la burguesía mercantil. En la larga época que separa a 1860 de 1900 los únicos documentos de análisis económico que el país conoce son los que emiten los comerciantes para deslizar su descontento. La protesta contra los aranceles y demás exacciones del fisco, el reclamo de la exactitud administrativa y del orden legal estable vienen de esa clase social que siente la necesidad de unas coordenadas claras para el resurgimiento y éxito de sus intereses.

Entre las clases medias emana también el aliento del cambio. Porque el país ya tenía para esa época sectores

medios, débiles, aunque influyentes. No hay sociedad moderna sin que aparezcan en su seno esas gentes que en el proceso de la producción oscilan entre el proletariado y la burguesía. Y en los países subdesarrollados, las clases medias se anticipan a veces al proletariado. No es raro el caso de países atrasados en los cuales surgen ante los profesionales, los empleados y los pequeños comerciantes e industriales —mitad empresarios, mitad artesanos— que los obreros fabriles. En la Venezuela de fines del siglo XIX se daba ese curioso fenómeno. El país ya tenía cierto número de doctores formados en sus tres universidades, de maestros, de empleados y de comerciantes y artesanos sin que hubiese aún despuntado, en su panorama social, el germen del proletariado. Las actividades burocráticas y el comercio permiten la creación de esos núcleos sociales primerizos. La clase media, así determinada, tenía entonces cierto ascendiente en el país. Eran muchos los pequeños comerciantes, entre pulperos y magnates, cuyos negocios prosperaron a la vera de las calles y caminos en la Venezuela finisecular. Junto a ellos, la maestra de veinte pesos mensuales de sueldo, el cura de gallina los domingos y el doctor de mucha labia en la tertulia, constituían la fuerza dominante en más de una ciudad venezolana. Era una clase media esencialmente descontenta porque ya sus ambiciones chocaban con la estrecha estructura social imperante. El hijo del pequeño comerciante no

podía convertirse en doctor porque estaban demasiado distantes las universidades. Ni encontraba para sus aspiraciones más horizontes que el de la tienda de ropa o de víveres de su padre. Generaciones de mozalbetes oriundos de esa clase media estuvieron frustrándose a lo largo de medio siglo. Algunos encontraron acomodo en la guerra. Pero la mayoría hubo de conformarse con ser los segundones de sus progenitores o los artesanos de vida callada en los poblados de la época.

La clase media es, en los países subdesarrollados que adolecen de esa situación, un activo agente revolucionario. Si el proletariado no ha hecho su aparición, virtualmente son los sectores medios los que tienen que dirigir todos los movimientos de protesta y transformación. Las relaciones de producción explican ese fenómeno. La clase media es, en sí misma, un signo de progreso económico. Sus actividades y sus aptitudes exigen un tipo de sociedad medianamente desarrollado. Pero en la Venezuela de aquellos tiempos no existía ningún amortiguador que pudiera ofrecerle sosiego, con perspectivas halagadoras, a una clase media ya adueñada de la ambición. Había una contradicción evidente entre la aparición temprana de la clase media y la ineptitud del sistema imperante para satisfacer las ansias de sus hijos. En los países industriales avanzados la clase media encuentra lenitivos que la reconcilian con el orden y hasta la convierten en un instrumento

eficaz en manos de las clases dominantes. Allí radica la explicación para esa militancia conservadora que sus hombres hacen en la pelea política. La industria y la burocracia, civil o militar, significan en las sociedades capitalistas avanzadas los dos resortes que se estiran para darle cabida a las apetencias de la clase media. En la industria se acomodan los técnicos y empleados y a la burocracia y al ejército van otros millares de jóvenes de esa clase social. Y todos hallan, en ese ambiente, pasable y hasta grato, el orden existente. Pero la Venezuela de 1899 carecía de una industria, que ni siquiera tenía pañales entonces, y la burocracia y el ejército eran el coto cerrado de los caudillos y de sus macheteros. A la administración entraban los recomendados del general de turno, partidarios suyos, todos analfabetos o de parva cultura que sustituían su incapacidad con la patente de curso del padrinazgo bien explotado. El ejército no pasaba de ser una montonera cochambrosa a la que ingresaban los matones cargados de fechorías cuyo brazo necesitaban sobornar los generales para ponerlo a su servicio. En tales condiciones, la clase media de la época era un vivero de descontento y un brote de encendida protesta. Era la clase revolucionaria de la sociedad. Porque sentía directamente la opresión del sistema. El caudillismo no le permitía prosperar, abriéndose paso desde abajo hacia la cúspide, que siempre ha sido, no lo olvidemos, el designio de

toda pequeña burguesía. La idea del cambio tenía allí baluartes almenados.

Así lo comprueban los episodios estudiantiles que empiezan a desarrollarse desde el régimen de Guzmán Blanco. Los estudiantes no fueron, antes de Guzmán Blanco, el foco de la política nacional. El país era demasiado bárbaro entonces para que de sus universidades salieran las fuerzas principales de su desarrollo. Ni en la Independencia ni en los años de la República conservadora, el estudiantado tiene un papel de primer orden. No quiere esto decir que no haya habido estudiantes en los ejércitos libertadores ni que sus voces hayan estado ausentes en la gran aula de la protesta nacional. Pero no fueron decisivos unos y otras. Los gobiernos de Guzmán Blanco registrarán un cambio de escenario. Los estudiantes se constituyen, bajo el César grandilocuente y napoleónico, en los solistas del orfeón político. De la universidad salen los primeros gritos, allí se acunan insólitas audacias, y en sus claustros jamás se rinde el espíritu de lucha. La generación de José Gil Fortoul rasgará el telón para apoderarse de un baluarte de combate. Y las generaciones posteriores, provenientes de la clase media y con tribuna universitaria, no abandonarán esa tradición. La universidad será fragua porque la clase media pasa a chocar contra el *statu quo* social. Esa vanguardia universitaria que ya no va a rendirse desde los días en que se derriban las

estatuas de Guzmán Blanco constituye incentivo para una clase media arrinconada en aquel país amortajado de estancamiento.

Había una incógnita en la situación de 1899 que seguramente desveló muchas noches al Cipriano Castro de los campamentos: Y los campesinos, nervio y músculo de nuestra historia, ¿qué harían frente al tumulto de los invasores andinos? La política de Venezuela venía siendo decidida por los campesinos desde los días de Simón Bolívar. Su machete cortó el nudo gordiano de nuestros conflictos más espectaculares. La estrategia política tuvo en el país un precepto elemental, ganarse a la población campesina. Quien asegurase su lealtad tenía el poder. Las masas de los caseríos constituyeron la reserva estratégica descollante de todo el siglo XIX. Caudillo victorioso era el que sumara mayores contingentes rurales a sus ejércitos o despertase, en el hondón de los explotados del campo, el eco bronco de la simpatía. El arte militar fue en nuestro medio un simple dispositivo que convertía en soldados a los peones o conuqueros. Un movimiento que encontrara resonancia en los campos tema tropas, abastecimientos e informaciones y podía reducir a sus adversarios a la condición de fortalezas sitiadas. A Guzmán Blanco le salvaron las mesnadas campesinas que su chispa de caudillo convocó en los momentos de acosada expectativa para su régimen. Aquel ejército de 16.000 hombres

que el Ilustre Americano llevó a la revista de Tinaquillo para el fusilamiento de Matías Salazar era el veredicto de la Venezuela campesina aún encariñada con los cachorros de la Federación. Era la época de los caudillos en ascenso y de la esperanza rural. Dos fenómenos aún frescos para el retoño de la hazaña.

Si las masas campesinas volcaban su poderío en el platillo del gobierno, la marcha de los andinos terminaría en un seguro descalabro. Así tuvo que intuirlo Cipriano Castro. Pero el hombre de Capacho era, cuando ascendía hacia el poder, menos lerdo de lo que creen sus detractores. No en balde había exclamado, en la talanquera de la hacienda de Juan Vicente Gómez al recibir la noticia de la muerte de Crespo: ahora o nunca. En esa frase brilla el relámpago de un análisis afortunado.

Desaparecido el gran caudillo llanero no hay ya, presume Castro, quien convoque a las masas rurales para hacer la custodia armada del régimen postfederal. El caudillismo ha agotado su cantero. Del viejo heroísmo campesino apenas quedan algunos vestigios, incapaces de alzarse como obstáculo en el camino de un aventurero de genio. Medio siglo de guerras civiles han azotado hasta la desaparición la vena guerrera de los campesinos que anhelan, como nadie, la paz en Venezuela. No serán los descendientes de los lanceiros de la Independencia, ahora llenos de paludismo

y de llagas o los cachorros de los macheteros de la Federación, desengañados y miserables quienes vengán a apretarse en torno al régimen que expira. Ellos mirarán pasar, sumidos en profunda indiferencia, a las tropas andinas hacia Caracas. Mientras la burguesía y la clase media están ganadas por el descontento pertinaz entre los campesinos cunde el desánimo. Cincuenta años de contribución forzosa a los cofres de la guerra han hecho de ellos unos seres inmovilizados, suerte de espectadores lejanos del drama nacional. Solo una conmoción muy honda hubiera podido incorporarlos otra vez a la odisea de la lanza. Ya no hay en las filas del caudillaje quien sea capaz de producir una de esas conmociones. El aspirante tachirenses al poder puede pasar hacia Caracas “entre un vasto silencio de leones”. Porque ya los leones de Queseras del Medio y de Santa Inés han regresado de la ilusión.

Con la llegada de los andinos al poder los campesinos dejan de ser factor primordial de la vida venezolana. Cipriano Castro será el primer caudillo que gane el poder sin grandes contingentes rurales. La historia empieza a hacerse de otra manera. Guzmán Blanco necesita, en 1870, de las lanzas llaneras para abrirse la ruta hacia Caracas. Y cuando el siglo ya sea una cabeza encanecida, hacia 1880, el caballo de Joaquín Crespo decidirá las contiendas en Venezuela porque lleva larga retaguardia de peones guariqueños. Cipriano Castro

no incorpora peones a su ejército donde abundan los bachilleres, los contabilistas y los estudiantes. Es que ya la historia tendrá distintas fuerzas y correrá por nuevos cauces. Venezuela tiende a hacerse un país urbano. No es que sus ciudades sean el núcleo superior en aquellos años del 900. Caracas es todavía una aldea. Y las capitales provincianas unos caseríos con pretensiones de villorrios. Pero la dinámica social se altera. Mientras en la Venezuela que sigue a las guerras de Independencia el campesino es una clase activa, ascendente y guerrera, en el crepúsculo del siglo están ya rotos sus resortes. El gran miraje de la reforma agraria, que aglutinó a las multitudes rurales ha desaparecido del horizonte, borrado por el polvo de las batallas sin destino. De las guerras regresó el campesino roído por el escepticismo. Fue en busca de la tierra y le dieron recluta, palos y privaciones. Cada guerra concluyó en ese desenlace. Sus energías y su capacidad de espera se rindieron por fin. Sin el aliciente de la reforma agraria, que ninguna guerra trajo en su morral de soluciones, el espíritu de clase del campesino venezolano se adormecerá en una larga siesta. En cambio, las ciudades son ciertamente pequeñas, pero bullen de descontento. Ellas han sufrido menos los efectos desoladores del caudillismo. En su seno han ido creciendo, a distinto ritmo según sean las regiones, una burguesía mercantil enemistada con el poder y una clase media cargada de ambiciones.

Esas clases no demandan la reforma agraria como reivindicación directa pues no les interesa la estructura social del campo. Sus banderas son otras y saben que el caudillismo no será capaz de garantizarlas. Es por ello que el “Mocho” Hernández, con su mensaje de rompimiento, encuentra su clientela en las ciudades. La urbe venezolana alimenta contradicciones insalvables con el sistema caudillista. Y tendrá que ventilarlas a la fuerza, pues los caminos pacíficos se han cerrado. Una fracción venezolana, la que vive en las ciudades, ha levantado tienda aparte. Solo espera que un movimiento audaz recoja sus aspiraciones.

¿Y cuál era la índole y el alcance de ese cambio alentado por las clases urbanas de Venezuela a fines de siglo? En pocas palabras puede sintetizarse su programa. Quizás sea factible, para realizar esta labor, invocar dos palabras: orden y legalidad. La burguesía ilustrada —siempre existió esa clase entre nosotros— pedía un orden estable que permitiera el desenvolvimiento normal de las actividades económicas. Orden en el régimen de impuestos para que los negocios tuviesen coordenadas fijas que no estorbaran el crecimiento de las utilidades y la segura realización de la producción. Las garantías tienen para la clase burguesa, ahora y siempre, un sentido que se liga directamente al régimen de producción. Sus hombres no las miran como cosas abstractas sino como reflejo e instrumento en su

proceso de dirección del esfuerzo social. Un sistema de garantías, que no existió en la Venezuela caudillista, es simplemente el establecimiento de normas claras dentro de las cuales el trabajo colectivo y su apropiación por la burguesía resulten sancionadas por el poder. Para la burguesía las garantías se vinculaban al orden. Requería ella de un régimen en el cual el monto y distribución de la carga fiscal, la elaboración del presupuesto y las limitaciones del poder público tuvieran valedades claras. Para la burguesía no hay orden y sobreviene el despotismo cuando el gobierno cambia los impuestos e incauta y se apodera de los bienes sin ninguna clase de trámites. Y esa había sido la situación crónica de Venezuela en los años de aquel desordenado caudillismo que sufrió repetidas y graves crisis de carácter fiscal para cuya solución siempre se apeló a los arbitrios del abuso. Una burguesía mide la eficacia de un régimen por el nivel de su tasa de ganancias. Si el despotismo político engendra al mismo tiempo una acumulación próspera, el buen burgués aplaudirá. Si depara el estancamiento, como fue el caso en la Venezuela postfederal, la burguesía recordará los derechos del hombre y del ciudadano. Un orden que solo sea pródigo en retroceso económico tendrá en el comerciante a un irreconciliable enemigo que acudirá si fuere necesario, al motín y a la intriga para demolerlo. Porque el capital no huye del tumulto. Detesta los tumultos improductivos, que son

los de las masas. Pero ama aquellos tumultos con los cuales puede asegurarse un éxito incontestable. Orden administrativo, fiscal y policial era una consigna que la Venezuela de las postrimerías del siglo XIX brotaba de una burguesía ya fatigada de soportarles a los caudillos la arbitrariedad improductiva, que es la peor de todas las arbitrariedades.

Las clases medias levantaban la consigna de la legalidad democrática. Sus hombres venían sufriendo de otra manera los rigores del caudillismo. El atropello a los estudiantes era para el joven de la clase media un indicio de los riesgos que se corrían en aquella sociedad cuando se expresaban anhelos o aspiraciones que no encontraran ámbito en el mundo tan cerril del caudillo rural entronizado en el poder. Un horizonte inmóvil, de inhibición ante lo consagrado, era la única actitud que se toleraba en la Venezuela de esos tiempos. Tenía que resultar muy chocante para el maestro o el empleado ese cuadro de la fuerza policial castigando estudiantes. La clase media era el sector social que más necesitaba las garantías democráticas. Porque en su seno estaban brotando las rudimentarias formas de organización de una democracia urbana. Era una clase media de asociaciones culturales, de centros estudiantiles, de gremios de artesanos y de cámaras de productores que a menudo polemizaban o reclamaban algo del poder. El caudillismo arbitrario cortaba de raíz la vida de esas

asociaciones y gremios cuyo éxito estaba asegurado si el país disfrutaba de derechos. Muchos de los futuros restauradores fueron miembros de centros y asociaciones culturales y estudiantiles y tuvieron que soportar el rigor de la peinilla. La necesidad de un sistema de libertades, que definiera los límites del poder y garantizara el radio de la acción ciudadana debió hacérseles evidente. Pero el fenómeno estaba extendido a todo el país. Porque no hubo región venezolana a cuyos habitantes más lúcidos no se les diera tratamiento de delincuentes por obra de la brutalidad en que entrenaban su barbarie las mesnadas de los caudillos. La legalidad democrática. O el imperio de las leyes, como se decía entonces, era una aspiración recóndita de la Venezuela batalladora de 1899. En ella radicaba uno de los grandes polos del cambio apetecido por el país. Orden y legalidad. En esas dos palabras se centraba el borbotón histórico del pueblo en una de las encrucijadas de su destino.

Cipriano Castro avanzó hacia el poder como quien rema a favor de la corriente, porque en cierto modo lo empujaba el deseo de cambio que en él vio una posibilidad de realizarse. Cuando su mula pasitrotera va dejando atrás los pueblos que lo separan de Caracas el optimismo supera en la gente a la incredulidad casi ancestral. Ese andino que busca el poder no ha participado, después de todo, en ninguno de los gobiernos precedentes. No fue socio de Guzmán o de Crespo.

Jamás figuró en los altos elencos de las administraciones que han fatigado al país. Tiene cuarenta años y se ha destacado más por sus discursos en el Congreso que por sus hechos de armas. Y en el Congreso ha dicho cosas pintorescas pero justas acerca de los límites con Guayana. Tiene por lo menos, reconocerán algunos, el mérito del patriotismo. Ninguna voz como la suya sonó tan dolida cuando el país se le hizo el despojo que le arrebató, en beneficio de la Inglaterra victoriana, una franja de su costado guayanés. Son haberes que la gente pesa en su balanza mental. Es posible, comentan los optimistas, que estos hombres sin pasado realicen el cambio que la Venezuela urbana anhela desde hace tiempo. Orden y legalidad. Es lo que piden las clases avanzadas. Democracia y progreso como se diría en el lenguaje de nuestros tiempos. ¿Y no es justamente el orden y el progreso lo que viene prometiendo desde la frontera colombiana el desterrado Cipriano Castro hoy convertido en el aspirante más audaz que haya buscado el poder? Los desmemoriados recuerdan sus proclamas desde Cúcuta en las que comenta todas las incidencias de la vida nacional para que su prestigio no se melle en el olvido que tiene tantos dientes como una sierra. Otros tornen a releer, en viejos papeles, aquellos artículos suyos donde una prosa desordenada y cursi chamusca en su indignación a sus enemigos. Este Castro puede traer una sorpresa. Así miran, a la

postre, los venezolanos el desfile de los barbudos tachirenses que bajo sus chamarretas penetran en el valle de Caracas un día de octubre de 1899. Después de todo es un hombre nuevo. Por lo pronto puede acordársele un prudencial crédito de confianza.

Desde el Táchira sigue con angustia a la expedición de Castro un hombre que no ha querido ser un muerto en vida. Es un caso raro de valor civil en la Venezuela aplastada del 900. Su pluma viene escribiendo, sin miramientos ni tapujos, a los varios mandones que desfilan por el poder. Esas cartas hablan un lenguaje franco, casi de bisturí sobre la gangrena, cuando analizan los problemas del país. Eran cartas sin respuesta o cuyas respuestas apenas traducían la frialdad protocolar que se dispensa a los importunos. Agradezca que todavía no está en la cárcel. Así contestaban los caudillos a quienes se dirigía con impertinente frecuencia el tachirenses. A veces este testigo de nuestra realidad se aventuraba en el artículo de prensa para volcar, con la misma sinceridad, las angustias de su corazón. Muchos presidentes de estado leerán aquellos artículos frunciendo el rostro o lanzando una interjección restallante. Pero otras personas atesoran las cartas y coleccionan los artículos del doctor Santiago Briceño. Cipriano Castro acudirá a él en busca de consejo. Entre Táriba, donde vive el doctor Briceño, y Cúcuta, el nido del desterrado, el correo lleva la vibración de un drama. Así nace una

amistad que convierte a Briceño en el consejero del futuro restaurador. Cuando resuenen en el Táchira las pisadas invasoras del 99, el doctor Briceño lee en su casa de Tárriba al jefe restaurador lo que podríamos calificar de cartilla ideológica. Es la hora de cumplir lo soñado, Cipriano. El fruto de nuestra perseverancia puede ser cosechado ahora, agrega en su verbo tranquilo de maestro. Mis largos años de combate con la pluma, en los cuales no he prevaricado ni me he alquilado, van a encontrar su desenlace afortunado. Y en prueba de solidaridad, como quien predica con el ejemplo y porque ya él no puede empuñar las armas, permite que uno de sus hijos ingrese al ejército restaurador. Será el futuro general Santiago Briceño Ayestarán.

En ese momento histórico pocos venezolanos tenían la conciencia de las necesidades del país como el doctor Santiago Briceño. Allá en su pueblo provinciano, frente a las calles empedradas, fue madurando su sensibilidad y se templó, hasta el acero, la calidad de su patriotismo. Para él aquella aventura de los sesenta era como la última esperanza en un país que tenía medio siglo estropeando el corazón de sus mejores hijos. Desde Tárriba seguirá escribiendo. Pero ahora sus cartas se dirigen a los jefes restauradores en ruta hacia Caracas. Le estrangula el alma el apremiante deseo de que no se frustre el movimiento que lleva a Castro como su cabecilla. Sabe Briceño que el país reclama un cambio.

Él mismo, desde Táriba, ha sido uno de los exponentes más tenaces de ese cambio. Su ascendiente sobre los restauradores quisiera emplearlo en el consejo y en la advertencia que les guíe hacia el acierto Recoger el anhelo nacional, gobernar con los mejores, abrirle vados a la legalidad democrática, sustituir la arbitrariedad con el imperio de la constitución, apoyarse en los sectores más sanos y progresistas de la población. Así vuelca el doctor Briceño ese cuerno de experiencias que la vida ha puesto en sus manos. Nadie como él intuye que el país podría, si alguien lo interpreta, en los umbrales de una nueva era. 1810, 1864, 1899. Son tres fechas que vienen a la memoria del doctor Briceño. En ellas se frustran tres grandes posibilidades venezolanas. Una Independencia trunca. Una Federación traicionada. Es el balance de las dos primeras fechas ¿Cuál será el de esta última, 1899, que sus labios pronuncian mientras sobre el viejo escritorio de madera de su casa de Táriba la pluma cobra ímpetus de gavilán? Pero los patriotas como Santiago Briceño, suerte de archiveros de nuestras mejores pasiones, seguirán envejeciendo detrás de sus escritorios. Serán como sombras solitarias que cruzarán los grandes corredores de la casa que es Venezuela para recordar la existencia de otro mundo. Fantasmas apriisionados entre tapias que nadie libertará de su pesadilla. Las cartas de Santiago Briceño se borran pronto en la mente de Castro. Y el hombre de Táriba tendrá que

mirar a la postre con la misma angustia de ayer a un país que creyó encontrar en un puñado de hombres de la montaña la ruta hacia el porvenir.

VII. EL CAUDILLO SE ASUSTA DEL CUERO

Como Guzmán Blanco en 1863, en aquel fatídico abril que abre la componenda de Coche, Cipriano Castro defraudará la ingenua fe que muchos venezolanos depositan en su gesta. Valencia será el escenario de la capitulación de los vencedores de Tocuyito. Es allí donde la conciliación y la entrega tejerán en silencio, como las abejas, la trama del traspies. Dos Venezuelas se encuentran, otra vez, en las salas de aquella casa valenciana en que Cipriano Castro convalece de su pierna rota. Una Venezuela viene del Táchira, virgen de política y recién estrenada de ambiciones. La otra viene de Caracas y trae en sus maletas la vieja experiencia de lidiar con los hombres como si fuesen novillos que necesiten yugo para emparejarse. La Venezuela del Táchira tiene a su profeta en ese Cipriano Castro entablillado que despacha desde la alcoba que le brinda la oficiosa amabilidad de los valencianos. La Venezuela

de Caracas embalsama los aires en las lociones con que el señor Manuel Antonio Matos refresca su marchito cuerpo de banquero y comerciante, un tanto maltratado por la vida entre papeles comerciales.

Valencia será un hito fundamental, de irrevocables sombras, en la carrera de los andinos. El caudillo de Capacho reduce allí, después de Tocuyito, la velocidad de sus marchas. Ese Mercurio andino que en poco tiempo franquea los Andes y se adentra en las llanadas salitrosas de Lara y Yaracuy, se sentirá en Valencia súbitamente afectado por los achaques del sedentarismo, siempre peligroso para un guerrero en pos del poder. De la celeridad extrema, es el combatiente venezolano que ha salvado mayores distancias en tan breve lapso, el general Castro pasa a un inmovilismo completo. Para justificarse ante sus compañeros de tan abrupto cambio de ritmo, hablará de su pierna fracturada que le impone el reposo. Pero el problema del Restaurador no está en los huesos de su extremidad inferior descompuesta. Otros guerreros. Castro lo sabe por el libro de Eduardo Blanco, marcharon baldados al campo de batalla y allí recogieron trofeos de victoria. La tregua que se impone al jefe tachirenses se la susurra al mundo de las reflexiones de las cuales jamás se desprende su cerebro de marmita. Son las cuitas de todo combatiente que ya a la vista de su consagración definitiva piensa si conviene más el asalto inmediato o es preferible el compás de espera

para fortalecerse y mejorar sus posiciones. Después de Tucuyito, ya a la vista del Capitolio, Castro tenía esa alternativa. Redoblar su ofensiva en busca del tramo final. O sentarse a acumular fuerzas para una arremetida menos azarosa.

Los revolucionarios —Castro lo era en cierto sentido— siempre se plantean tan agudo dilema en la recta final de sus expediciones o luchas. Saben que han inferido al enemigo serios daños, pero no llegarán a la culminación de su empresa sin imponerse, una vez más, el esfuerzo agotador. Ya Castro había logrado, en su marcha desde el Táchira, un impresionante triunfo político. Su pequeño ejército de mocetones era en Venezuela una alternativa inmediata del poder. Entre los muchos aspirantes al vacío solido de los grandes caudillos ninguno como él por la audacia de sus ofensivas, por la claridad del genio político, por la comprensión de los factores que gobernaban la situación del país. Pero el régimen de los caudillos postfederales se levantaba todavía, casi incólume, frente a sus ardores de conquistador. Hasta la batalla de Tucuyito, a Castro le recorrieron la victoria sus propios contendores, carcomidos de acechanza recíproca y de traición descarada. Ninguno de ellos supo unirse a sus conmlitones para presentarle al tachirenses un bloque sólido. Escaramuzas al detal, en las cuales el frenesí de los montañeses pudo abrirse camino, fueron los episodios de su excursión

hacia el centro de Venezuela. Pero, piensa ahora Castro mientras la camilla lo conduce a Valencia, ¿no se unirán sus enemigos para darle en estas extrañas tierras la batida que descalabre para siempre sus ambiciones de poder? Ese duelo consigo mismo, entre ideas encontradas que se le disparan de la cabeza hacia la realidad, frena la prisa del jefe restaurador. Sacudido por una profunda meditación llega Castro a esa Capua sin placeres que para él fue la Valencia de 1899. Por las calles de la ciudad verá los tristes restos de los vencidos de Tocuyito, olorosos a yodoformo, con la sangre de las heridas ya coagulada sobre la piel morena, tirados en el suelo y sin cubrirse para inspirar lástima. Apenas las moscas revolotean en busca de banquete sobre aquellas ruinas de hinchadas piernas y listones de sangre, imagen del pueblo venezolano, eterno Cirineo en la procesión de los caudillos.

En la mente de Castro se agrieta la estructura de audacia que se ha labrado desde la madrugada del 23 de mayo. En la alcoba de la casa de Tello Mendoza, donde le entablillan la pierna y le administran los primeros calmantes, el tachirense piensa en la negociación. Tello Mendoza será allí, desde el primer momento, enfermero, alcahuete, prestamista y consejero de Castro. Su casa, dice el muy cínico, significará para la causa más que la batalla de Tocuyito. Tello Mendoza —la historia tiene que recoger a este personaje como los médicos

toman en sus manos la sucia placenta— es uno de los productos acabados de una época. Ladrón sin fronteras, parrandero de noches en redondo, negociante de bienes y de conciencias, chorrea riquezas y tiene conexiones con el mundo de las clases dominantes de la época a las cuales ha cortejado y servido hasta el límite de su moral siempre elástica. Una Maritornes en pantalones que lo mismo coquetea con quien lo requiebre que presta cualquier servicio de tercería benévola. No hay vicio ni desvergüenza que no se haya cocinado en esos salones valencianos de Tello Mendoza. El ojo acertado de este capitán de corruptelas descubre pronto que la armazón ideológica y la moral política, aparentemente incorruptibles, del Restaurador tiene sus flancos débiles. Los aventureros de salón, si tienen dinero, siempre localizarán en los hombres que ansían explotar esa porción del alma susceptible a la componenda. Tello Mendoza comprende que aquel hombre frenético y exaltado que yace en su casa tiene un gusto apasionado por ciertos placeres. El brandy y las mujeres lo sacan de quicio. Y la vida fastuosa de la burguesía debilita sus virtudes de combatiente. Ya desde el primer momento, el Hennessy es descorchado con liberalidad para mojarles el gajnate a los tachirenses. A la mesa se sirven los mejores platos y en la vida de aquella mansión se adoptan modales exquisitos. Quieren impresionar a Castro y a los suyos para llevarlos a la conciliación.

Es entonces cuando aparece en escena el señor Matos, cabeza de la burguesía venal que en veinte y tantos años ha explotado su alianza con los macheteros entronizados en el poder. Matos, hijo del peculado, socio de Guzmán Blanco, afrancesado mercader que trafica con todo lo que tenga valor comercial, remata rápidamente la tarea iniciada por Tello Mendoza. Él viene desde Caracas —usando un tren que el enemigo controla militarmente— a ofrecerle a Castro el poder. La negociación le dará la victoria que las armas no podrán proporcionarle. Matos exagera en sus conversaciones con Castro el poderío militar de los ejércitos que aún no ha vencido el Restaurador. Loreto Lima está en las cercanías de Valencia, dice. Y más allá demora Luciano Mendoza, el tigre federal cuyas viejas hazañas pueden reverdecer. Atacar esos ejércitos es empresa riesgosa. Podrían ambos juntarse y triturar a los tachirenses. Correría mucha sangre venezolana. Los restauradores tendrían que llegar a Caracas con el cuerpo destrozado a gobernar, en extremo debilitados, a un país arisco. Prácticamente su victoria sería la de Pirro. Este nombre, pronunciado por la voz galicada del señor Matos, le recuerda a Castro sus lecturas de Historia Universal en el seminario de Pamplona. “Otra victoria como esta y quedo destrozado.” Es la frase de Pirro que el cura de Pamplona repetía, con viril voz española tan distinta a la amanerada de Matos. Un gobierno que comience

a imperar sobre unas fuerzas tan gastadas no tendría oportunidad de hacer obra útil. Derrocharía su tiempo en la tarea de restañar sus heridas. Mejor sería negociar con Mendoza y Loreto Lima y con los prohombres de Caracas, dispuestos a echar a Andrade del poder. Así, el nuevo régimen se establecería sobre base sana para cumplir el hermoso programa del 23 de mayo.

Castro cae en la conciliación. Gana el gobierno, pero pierde el poder. Triunfa Manuel Antonio Matos sobre el confuso pero sugestivo programa que, desde Cúcuta, la Cúcuta de Uribe Uribe y Benjamín Herrera, traen los restauradores hasta el centro. En Valencia no se han enfrentado, en la mañosa negociación solo dos hombres. Allí se han medido dos clases sociales. Matos representa en aquella afortunada mediación que abrirá a Castro las puertas de Caracas sin combatir, a un sector de la burguesía venezolana que se especializará en cotizar hombres y en sobornar espadas para utilizarlas en beneficio de sus intereses. La historia no se detendrá en los episodios de Valencia. A lo largo del siglo XX, otros hombres y otros programas sucumbirán en los salones alfombrados de esta clase social. La táctica de Matos es típica del grupo social a que pertenece. Ligado al poder, ese grupo prosperará siempre a la sombra de los contratos. Es el capital burocrático como lo llaman los chinos. Proveedores del gobierno y socios del jefe, sus hombres, se embolsarán fáciles ganancias.

Para ese sector de la burguesía, la acumulación pasa por Miraflores. No es la burguesía mercantil laboriosa de otros países que atesora penosamente sus utilidades y necesita controlar por sí mismo el poder para convertirlo en máquina de progreso social propicio al florecimiento de los negocios. Es una burguesía parásita que poco le importa cómo se gobierna siempre que haya participación en el peculado de los jefes. Mientras el grueso de la burguesía mercantil de aquella época era hostil al poder porque el desorden la golpeaba, el señor Matos nadaba en la satisfacción como producto de sus condiciones de pupilo de las corruptelas. La táctica de Matos, como la de sus causahabientes de otros apellidos que se prolongan hasta nuestros tiempos, consistirá en arrimarse a la sombra del gobierno y en aflojarle las tuercas a cuanto dirigente tenga posibilidades de acaudillar masas en el país. Su hazaña de Valencia, al envolver a Castro, es un hito en la historia de ese sector de la burguesía que años después no vacilará en hipotecarse también a los postores extranjeros y en convertir a su propio país en provincia de imperialismos agresivos.

Castro tenía que negociar, evidentemente. Su modesto ejército —no llegaba a los dos mil hombres— era impotente para garantizarle el poder. La táctica de la audacia hacia adelante necesitaba revisarse después de Tocuyito para buscar el poder, objetivo estratégico, por medios menos costosos. Pero como en toda

negociación, era imperativo escoger en el enemigo aquel sector menos corrompido y reaccionario. Dentro del régimen existían graves divergencias, lo que otorgaba a Castro posibilidades de seleccionar sus interlocutores sin comprometer las miras de su movimiento. En Aragua, a pocos pasos estaba Luciano Mendoza, un caudillo que nunca llegó a posiciones realmente encumbradas en la administración nacional. Era él un candidato más accesible y adecuado que ese Matos tan ducho y tan peligroso, desde el punto de vista de clase. Y en Caracas, preso, yacía el “Mocho” Hernández. Para neutralizar al multitudinario “mochismo” de las ciudades y tener una reserva estratégica detrás del enemigo, bastaba con prometer después de Tocuyito la libertad de Hernández y su incorporación al gobierno. Las ciudades del centro de la República se habrían convertido en bastiones de Castro, con suficiente poderío, ellas por sí mismas, para inmovilizar cuantos ejércitos lanzaran contra los andinos los jefes del gobierno. El problema para Castro, a raíz de Tocuyito, estribaba en combinar la audacia política que tantos dividendos produjo con la cautela de unas negociaciones bien programadas de antemano. Su ejército dueño de Valencia, el ardor de sus hombres, la expectativa nacional que bien pudo canalizarse aún más y la conversación oportuna, habrían garantizado la llegada al poder como vencedor real. Aceptando pasivamente las proposiciones de Matos,

Castro conquista a Caracas, pero el poder efectivo se le escapa de las manos. En Valencia renace el tratado de Coche.

Castro llega a Caracas como prisionero virtual de sus interlocutores. Loreto Lima y Mendoza cuyas tropas los acompañan son superiores a él. Nuevos hombres, nuevos ideales y nuevos procedimientos. Así se expide el inquilino del poder. Ya sus primeros decretos dirán al país, al verdadero país que sabe pensar y orientarse, la magnitud del fraude consumado. En la nómina de su gabinete aparecen las viejas, gastadas y corruptas figuras de cuarenta años de traición a las masas. Allí está el doctor Raimundo Andueza Palacio, cuya papada tiene más cinismo que grasa. Este doctor Hennessy de nuestra política, oloroso a brandy y a puta barata, vuelve al poder con Cipriano Castro. Su carrera le costó al país la menos útil de las guerras, la de 1892, desencadenada por su estúpido continuismo. Pero allí está, otra vez en la Casa Amarilla, haciendo discursos grandilocuentes y esperando que llegue el coche para ir a Quinta Crespo a acostarse con cierta españolita “muy buena” que acaba de llegar de Madrid. Y Ramón Guerra, José Ignacio Pulido, Víctor Rodríguez, generales trágicos como la langosta, veteranos del peculado y del engaño a un país que los sufrió, también reenganchan en la nueva administración. Es la vieja Venezuela, ya aborrecida por las ciudades y desdeñada por las masas campesinas,

la que retorna al poder, del cual jamás ha salido, llevada del diestro, como los caballos, por el palafrenero de Capacho, ahora prisionero de la componenda. No hay general crespero o guzmancista que no encuentre oportunidad tras las conversaciones de Valencia. Parece que todos se hubieran reconciliado, por encima de sus transitorias divergencias, para ordeñar en comandita a la República. Es con esos socios, cargados de odio popular, que entra Cipriano Castro a ejercer el poder. No es ya el soñador de Cúcuta, educado por unos liberales infinitamente superiores a sus compañeros venezolanos, sino un politiquero ansioso, él también, de echarle pierna a los placeres, el que estrena la clásica levita gris en los corredores de la Casa Amarilla.

El honor venezolano se salva, y hay que registrar el gesto, en un hombre que se niega a entenderse con Castro. Antonio Paredes es el único general que en aquella hora de abrazos cínicos y de asalto a la moral de Castro, levantará su intransigencia desde el castillo de Puerto Cabello cuya jefatura ejercía cuando el restaurador llega a Valencia. Antonio Paredes increpa a Matos y disiente de las negociaciones con Castro. Hombre de vergüenza, un poco a la manera de los feudales españoles, no concibe que se converse con un enemigo y se franquee la capital al asalto de los tachirenses. Será el adversario más irreductible de Castro, asentado para la firmeza, en su concepción

de la política como culto a la palabra empeñada y al honor personal. No dejará de combatir a los restauradores hasta que una bala criminal, disparada por quienes le custodian como prisionero, acabe con su vida incorruptible. Sacrificio un poco inútil el de Paredes pues en sus luchas contra Castro coincidía, objetivamente, con quienes chapoteaban en el desprestigio del caudillismo crepuscular. Es el problema de ciertos puritanos que a ratos se ponen, sin saberlo, al servicio de las peores clases sociales. En todo caso desde el punto de vista moral, para la Venezuela luchadora vale mucho este ejemplo de Paredes, inmolado por su intransigencia en una época en que entenderse a espaldas del pueblo era oficio casi obligado de políticos.

El pueblo venezolano aplaude la llegada de Castro al poder. En el Boletín Histórico de Miraflores pueden leerse, a tantos años de distancia, las cartas con que la opinión expresa su respaldo al régimen restaurador. Flota en todas ellas la esperanza de que se inicie en el país una nueva época, propicia a la libertad, al respeto mutuo, al progreso. El orden y la legalidad, ansiada por las clases urbanas de la población. Detrás de esas misivas entusiásticas se adivina el deseo de que al caudillo rural se le reemplace con el hombre de la ciudad. Que el país deje de estar gobernado por montoneras levantiscas, fácilmente convertidas en tropas de ocupación sobre las ciudades y soporte de todo despotismo. Un orden

establecido a imagen y semejanza de las necesidades que ya experimentan la burguesía sana y las clases medias, con derechos democráticos ampliamente garantizados, con discusión irrestricta de los problemas nacionales para que los menos incultos intervengan en el rumbo de la administración y con un cuerpo de leyes que encaucen el desarrollo nacional dentro de perímetros perfectamente delineados. Es la aspiración que se desliza, junto con los párrafos de encendido ditirambo, en esas cartas de la Venezuela esperanzada. Entre todos nuestros caudillos, exceptuado Ezequiel Zamora, ninguno llegó al poder con tan extraordinarios auspicios de opinión. Su gesta de cinco meses había bastado —Castro no lo sospechó jamás— para que las masas urbanas se volcaran a su favor, venciendo la benevolencia y el escepticismo con que vieron sus primeros pasos. Había fervor en la acogida, ingenuidad en la esperanza, firmeza en los vaticinios. Los elementos con que las masas expresan su pulso y desnudan su alma en el filo de los grandes capítulos de la historia. La batalla por la Venezuela urbana, la más progresista ya en esa época, estaba ganada por Castro. Tenía su régimen, al iniciarse, un vasto concierto de opinión avanzada. Era una Venezuela coherente, lúcida y batalladora que no se reclutaba como la montonera de los caudillos de antaño, sino que emitía su juicio político y tenía capacidad suficiente para interpretar y valorar.

Pero Castro no medirá el valor de aquellas adhesiones que vienen de las ciudades y no terminan con la clásica petición de un cargo público. En Valencia le han taponeado los oídos para que no escuche los latidos de la tierra que en Cúcuta percibió con tanta exactitud. Ahora se engolfa, ya dueño del palacio de gobierno, en el ruego de la política menuda, sobre el ajedrez de la disputa de pequeños grupos por el festín burocrático. Unirse a unos caudillos contra otros, en la vasta clientela que puebla sus antesalas, es el oficio del restaurador presidente. Voy a jugar al general Fulano contra el general Zutano, será una de sus frases. Y entre intrigas de Palacio —aromadas de brandy y de ramearas— transcurren sus días. Su verdadera fuerza, la que ha asomado en la curiosidad entusiasta con que se le recibe, está abajo, en el pueblo de las ciudades y en esa clase media ambiciosa que busca ejercer influencia en la política. Eran los factores progresistas, los que le hubiesen permitido introducir un cambio real en el país. Porque sustituir a los caudillos rurales con gentes que vinieran de las clases medias y de la burguesía mercantil aún no corrompida y realizar un programa de libertades y de orden administrativo constituía en la Venezuela de aquellos tiempos un programa revolucionario. Eso habría significado apoyarse en los estudiantes, en los profesionales, en los artesanos y en los comerciantes de mayor empuje cuyos intereses de clase colidían con el

de los caudillos terratenientes y con el de los comerciantes comprometidos. Mientras el caudillaje necesitaba la opresión y el comercio simbolizado en Matos desesperaba sin el peculado, las clases medias de la ciudad encontraban en la democracia el régimen más compatible con sus aspiraciones de clase. Y eran unas clases que venían madurando, especialmente en la ciudad de Caracas y en los puertos marítimos lo mismo que en los estados andinos —de economía más avanzada que la del resto del país— y que bien pudieron constituir el soporte apropiado para un régimen distinto.

El gobierno de Castro, en el pértico de la hegemonía andina, comete a los pocos meses de su inauguración el gravísimo error de enfrentarse precisamente a la Venezuela progresista. No han transcurrido tres meses de la llegada a la Casa Amarilla de los restauradores cuando las cárceles de Caracas reciben como huéspedes a hombres de la categoría del doctor Carlos León. El prisionero es un símbolo. Ha luchado durante años por las reivindicaciones democráticas. Su pensamiento tiene los tintes sobresalientes de la época. Sociólogo y abogado ha escanciado en el vaso de la ciencia europea las mejores esencias del pensamiento revolucionario. Pertenece León a los pocos venezolanos que desde la modestia de un país atrasado y medio aislado pudieron abreviar en las últimas escuelas de la ciencia social. Tiene de la historia una concepción dinámica que le advierte

cómo las sociedades, al desarrollarse, llevan al timón de mando a nuevas clases y con ellas a ideas distintas sobre la organización del trabajo y la distribución de sus frutos en la población. Era León lo que ahora llamamos, en nuestro lenguaje del siglo XX, un hombre de izquierda, con asidero de prestigio bien cultivado en los medios estudiantiles. El arresto de esa figura es como el rompimiento de Castro con una ilusión. Al remacharle en la Rotunda los grillos de todo prisionero político, Cipriano Castro ofende y se distancia de la opinión civilizada del país, la que hubiera podido darle a su régimen, pese a la componenda de Valencia, el perfil de algo distinto a una nueva dictadura cesarista.

El exaltado hombrecillo de Capacho se lanza, tras la detención del doctor León, por el atajo de las persecuciones policiales. El año de 1900, a escasos meses de su llegada al poder, ve desfilar por el mugriento recinto de los retenes y penitenciarías de Venezuela a lo más selecto, combativo y enérgico de las corrientes democráticas. Los presos de ese primer tiempo no serán los caudillos vencidos en la marcha hacia Caracas —convertidos todos en custodios del régimen— sino precisamente quienes mayores esperanzas pusieron en la victoria de aquel ejército de montañeses. La Rotunda recibe a huéspedes muy parecidos a los que ya la habitaron en los tiempos de Guzmán. Estudiantes, frescos de gritos, artesanos recios, profesionales curtidos de

teoría política vuelven a arrastrar los grillos y a recibir, junto con el “guayoyo” y el “fororo” del desayuno, los insultos de los cabos de presos. El espectáculo de las comisiones policiales que engullen ciudadanos descerraja los portones de las casas en el humillante allanamiento. En los amaneceres de las ciudades vuelve a verse, como en los tiempos del caudillismo desbordado, a las filas de los detenidos avanzando, con el atado de ropa en las manos y en medio de matones de máuser, hacia las fauces avarientas de La Rotunda. El “chácharo” hace su aparición al servicio de esa política de represión contra lo mejor del país. Broncos montañeses de ojos azules y cara patibularia salen a la calle, enfundados en sus “bayetas” de color rojo y azul y con el máuser terciado en bandolera. Son el brazo ejecutor de aquella estúpida manía policial en que se enfrasca el régimen a tan temprana hora de su instauración. Caracas empieza a recordar los tiempos de los “lincheros” de Santa Rosalía cuando las pandillas del gobierno inyectaban el miedo en todos los ánimos. La imagen, ya borrosa, de los “cabezones” de Falcón, dueños de vidas y depositarios de la arbitrariedad, revive en la angustia de una ciudad pisoteada.

¿Cuál es el pecado de esas gentes que Castro castiga con tan absurdos métodos? El de confiar en que el nuevo gobierno “cumplirá su hermoso programa”. No otra cosa han dicho las hojas o los artículos que

sepultan a sus autores en los patios penumbrosos y fantasmales de La Rotunda. Al “vencedor jamás vencido” se le ocurre que aquella insistencia en que su gobierno haga honor al programa prometido refleja un velado reproche y trasluce una desconfianza hacia su persona. Ningún venezolano honesto, pensará, tiene derecho a dudar de su buena fe. Y para educar a los doctores y a los estudiantes en las fórmulas del respeto político, unos meses de cárcel significan un saludable castigo. Castro quiere notificar, a través de esas detenciones y de la arbitrariedad que la jalona, su decisión de gobernar con la prepotente arrogancia de un hombre que no va a someterse a ningún control. La más venial advertencia, la crítica más inocente, tienen que asumir, para quien persiga semejante propósito, los ribetes de un delito. Caer en la dictadura personalista es el corolario de tan peregrina concepción del gobierno. Porque el silencio frente al régimen solo es compatible con las sociedades feudales, piramidalmente organizadas. Pero no puede prosperar en sociedades mercantiles o capitalistas donde la democracia formal es una necesidad objetiva del modo de producción. Al escoger aquel cesarismo, con sus “chácharos” y sus detenciones en masa, Cipriano Castro optó por el régimen dictatorial. Y prorrogó así la vida del sistema personalista, opuesto a toda evolución hacia el desarrollo capitalista, que habían desacreditado los caudillos postfederales.

La política represiva de los primeros años —1899 a 1901— le enajena a Castro la simpatía y el apoyo con que lo recibe la Venezuela urbana. Al girar el tiempo en la rueda del almanaque, sus problemas se tornarán en conflictos. De las cárceles salen el doctor León y los suyos a hacer lucha franca contra quien así ha ultrajado sus convicciones. Ya va a tener una oposición organizada que no dejará de combatirlo a lo largo de sus nueve años de gobierno. En sus cárceles seguirán juntándose los periodistas con los estudiantes, procesión de un civismo doloroso. En ningún momento dejan de concurrir, a la cita de honor del castillo de San Carlos, esos representantes de una Venezuela nueva que debió servirle de apoyo a ese régimen que con tanta precipitación optó por perseguirla. En los calabozos del castillo, la Venezuela intelectual y progresista será el símbolo del fracaso de Castro. Más que la evidencia de un sacrificio, allí está el testimonio de la incapacidad del nuevo equipo dirigente para comprender a fondo la estrategia de la transformación nacional. Como a Guzmán, traidor a la Federación, a Castro se le escapa la oportunidad porque en la política, una vez encaramado en el poder, apenas discierne lo inmediato y prefiere transigir con el *statu quo* a violentar la situación apoyándose en otras clases y en otros intereses.

Es cierto que el Restaurador tendrá paréntesis de convivencia con esa Venezuela democrática. Pero serán

paréntesis. El Restaurador, llevado a veces por su neurotismo, golpea a la oligarquía. En una ocasión amarra al señor Matos y a los comerciantes y banqueros poderosos de Caracas. El pueblo mira marchar por las calles céntricas de la ciudad, a empinadísimos caballeros entre una fila de gendarmes. En mangas de camisa y barbudos, con el aire deplorabile de los presos políticos, cruzan por entre una Caracas que “siente un fresquito” ante la humillación así inferida a sus explotadores. Innumerables chistes se tejen entonces acerca de la noche sin colchón y sin cobija que estos mimados de la fortuna deben pasar en la piojosa celda de La Rotunda que el Restaurador les destina para su arresto. La detención de los banqueros y el episodio posterior de la lucha contra Matos no frenará en Castro su impulso a la persecución indiscriminada. Allí está su tragedia. Quiere él ser, en sus ratos de retozos democráticos, un vengador de los humildes. Y todavía recordará en la Casa Amarilla sus desvanes de propagandista liberal, transido por el deseo de reformar a su país. Cuando el brandy le deja despejada la cabeza y no hay escapadas nocturnas a ciertas casas donde compra el amor, reaparece en él la voz cucuteña. En medio de la nostalgia recordará sus sueños de exiliado, sus manifiestos y sus diálogos con los liberales colombianos. El propósito de enmienda, sacudido por la certidumbre de haber fracasado como revolucionario, le aflora a la mente

y en trases enérgicas se descargará por los cables tensos de sus nervios.

Pero es uno como remordimiento momentáneo. Pronto se borrará el recuerdo de Cúcuta y sobre el soñador estremecido renacerá el César enloquecido por los cortesanos y minado por el brandy y el tarifado amor de las hetairas. Venezuela, la burguesa y progresista, se le escapará de las manos. Ya no podrá reconquistarla jamás. Hará treguas con ella, cuando lleguen los cañones de las potencias extranjeras. De allí no podrá pasar. Desaparecida la emergencia volverá a la persecución, como si una vesania incontrolable le dictara el error político. Su gobierno va a ser, además de un fraude a una gran esperanza, la más vasta colección de disparates que recuerde la historia de Venezuela. Quiere humillar a la oligarquía del dinero, pero al mismo tiempo reprime a las fuerzas democráticas. Anhela la paz con la pequeña burguesía de las ciudades y con la burguesía no contaminada y no le ahorra maltratos a sus hombres. Ansía unir a la Venezuela urbana frente al enemigo exterior pero no sabe tender puentes de sincera reconciliación con los ultrajados por sus desmanes policiales. Su gobierno será un océano de contradicciones que terminarán por desencajarlo y abatirlo. Nueve años de enormidades, de negarse a sí mismo hasta en los momentos más desprendidos, de pisotear sus propósitos, bastan para hundirlo.

Cuando caiga Cipriano Castro —y el régimen andino entre en otra etapa— ya se habrá perdido definitivamente la posibilidad de trabajar con la pequeña burguesía de las ciudades para la construcción de un orden democrático que abra senderos hacia el capitalismo y contribuya a resolver los viejos problemas del país. Entre los andinos de Castro —que son los de Gómez— y el país progresista media un abismo infranqueable. Distanciados de la opinión democrática —y de las clases interesadas en la transformación de Venezuela— los andinos tienen que caer en manos de la oligarquía más desenfrenada y del imperialismo. No tenían otra alternativa. Venezuela soportará, en treinta años de calvario gomecista, las consecuencias de la estafa perpetrada por Cipriano Castro. Para un equipo de dirigentes ningún crimen pudo ser mayor que el de traicionar, una vez alcanzado el triunfo, las ideas por las cuales se luchó. Ese es el crimen de Cipriano Castro del que no lo absolverá jamás la historia. Él tenía que gobernar con la Venezuela inconforme, con la burguesía que no se había arrimado al poder hasta entonces, con las clases medias más avanzadas. Eran esos sectores los que podían realizar los vigorosos programas de Cúcuta, metiendo en la vida venezolana las instituciones políticas de una democracia propia al desarrollo capitalista. Eran clases con suficiente contextura para sostener a un gobierno. El país lo había demostrado cuando,

sobre los hombros de ellas, se formaron movimientos de relieve en la vida nacional. Para 1900, la opinión urbana era tan despierta o más que lo sería, treinta y seis años después, al cesar la larga dictadura de Gómez. Venezuela tenía evidentemente más cultura política en sus ciudades, al rayar el siglo, que al finalizar la desoladora siesta gomecista. En los estudiantes esforzados, en los comerciantes sin nexos de peculado, en los artesanos y en los profesionales podía perfectamente descansar un gobierno. Pero todo ello exigía un requisito previo. La ruptura con los caudillos y no solo con ellos sino también con los sectores sociales que los sostuvieron. Es decir, la guerra política contra la Venezuela que venía de alcahuetearle a los caudillos su dominación ya casi centenaria. Era una política riesgosa ciertamente. Mas ella le habría asegurado a Venezuela el progreso capitalista y nos habría ahorrado, a los hombres del siglo XX, el cruento y prolongado drama del sometimiento a la dominación imperialista. Por lo menos, la penetración imperialista no habría asumido las atroces formas con que se anunció en el país. Una Venezuela dominada por la burguesía mercantil no contaminada y por las clases medias ilustradas, bajo la égida de los bachilleres de Cipriano Castro no hubiese descendido jamás a los abismos de la degradación dictatorial que cavará la mano, esa sí inculta, de Juan Vicente Gómez. Si la traición de Coche nos trae cuarenta años de guerras

civiles inútiles, la estafa de Valencia de la que no se sobrepondrá Cipriano Castro, le depara al país su más larga y pesada dictadura.

VIII. “LA HIDRA DEL CAUDILLISMO”

Para los historiadores caudillos del centro y del oriente de Venezuela, Cipriano Castro y sus andinos serían siempre unos intrusos. Desde que los invasores se instalan en la Casa Amarilla queda sellado un duelo. Al hombrecito de Capacho, que sabe ser grosero y tiene ideas cesaristas que el poder le hace hervir, le juran la guerra aquellos generales de seguro feudo cuyo oficio desde la Federación es el de ordeñar todos los privilegios. Ninguno de ellos puede reconocer a Castro por mucho tiempo. Les parece denigrante que el jefe del Estado sea un advenedizo sin figuración en las gestas que desangraron a Venezuela durante cuarenta años. Guzmán y Crespo, los jefes muertos, venían del cubil donde se criaron los tigres de la epopeya federal. Pero este andino de labia pegajosa no tiene ningún título para jinetear a la brava Venezuela de los trabucos iracundos. Como todas las castas cerradas, la de los caudillos

venezolanos alentaba ese instinto de repulsión que se descarga contra quien pretende suplantarla o disminuir sus prerrogativas. Una historia larga había creado entre ellos cierta solidaridad elemental. Los presidentes solo podían salir de su seno como ya lo consagraba la inveterada práctica. Para llegar a la jefatura del Estado era condición tácita el haber pertenecido a la escolta guerrera de Zamora o de Falcón o el haber aprendido en esa escuela las primeras nociones del infuso arte militar de la época. Cipriano Castro, que no tiene feudo ni se ha codeado con los prohombres de mayor prestigio del campamento federal, hiere el instinto defensivo de la casta y crea una contradicción de contornos bélicos.

En el primer momento, los caudillos creyeron que Castro iba a ser un episodio fugaz en el poder. Así se explica que algunos de ellos lo hayan acompañado hasta Caracas y figuren en las nóminas de los primeros gabinetes. Calculaban que a este andino de escaso ejército y de poco arraigo en las filas de la montonera tradicional, costaría un breve esfuerzo echarlo del poder. Algunos abrigaron la esperanza, mientras se repartían en la Casa Amarilla las proclamas iniciales de Castro, de someterlo a su dominio, creándole una especie de Consejo de Tutela que dirigiera en el fondo la acción del gobierno. Los meses se encargaron de disipar pronto esas ilusiones. El tachirense no había llegado al poder para ser un efímero paréntesis de provisionalidad en

medio de la ya legendaria hegemonía de los caudillos del centro. Ni era un personaje de relumbrón que se conformara con los atributos formales del mando. Para derribar a estos andinos, ganosos de poder, era indispensable combatirlos sin cuartel. Ni guerritas improvisadas ni maniobras de Palacio eran suficientes. Los generales de las primeras conspiraciones, que se creyeron muy fáciles, fueron a habitar las mazmorras de La Rotunda. Entre ellos el inevitable “Mocho” Hernández, que ya en 1900 convive otra vez con los grillos y el “pollino” de su triste carrera de prisionero político. Y para los doctores que aspiraron a subyugar a Castro, convirtiéndose en eminencias supremas del gobierno, la Gaceta Oficial pronto tuvo la noticia ingrata de la destitución. Estaba entrando al poder otra casta, con sus propios hombres y sus propios métodos. Así debieron comprenderlo los alegres calculadores que acompañaron a Castro desde Valencia hasta Caracas. Su ilusión de amarrar al hombre en una conspiración de media noche o de subordinarlo a sus miras, se desvanecería con la misma presteza de los vales que amenizaban los saraos del gobierno. Después de Tocuyito habría sido factible derrotar a Castro en una escaramuza. Ahora, instalado ya en el poder, su desplazamiento tiene un precio: la guerra.

Desengañados de sus cálculos, los caudillos van abandonando el gobierno. Muchos de ellos vuelven a sus cacicazgos regionales, suerte de base de operaciones

en su carrera de asaltos. Allí cuentan sus chopos, los aceitan y los previenen en las reconditeces de los caneyes. Luego llamarán a sus ahijados y a sus compadres, flor de la horda, para preparar la tropa con que han de combatir llegado el caso. Pero no ha sonado aún el momento de la acción bélica. Desde Caracas, parten los correos impetrando calma. No están dadas las condiciones, dicen las cartas caraqueñas. Es necesario esperar. Mantenerse a la expectativa, con la montonera lista, sin entrar en una insurgencia franca, es la consigna que se repite desde la capital. En las noches provincianas, se abren los portones de las casas de los caudillos para las conferencias minuciosas. Se hacen balances de posibilidades, se delinean los planes y se distribuyen las responsabilidades en la empresa de guerra que por otra vez azotará a Venezuela. Desde su hamaca, y calentándose el gazonate con un trago de “lavagallo”, el caudillo regional pasa revista a sus posibilidades. Cuando los visitantes salen —ya el reloj de la vecina Iglesia ha dado las doce— la frase entrecortada es como el último respiro de la paz. A través de la geografía venezolana cruzan los correos coordinando la futura acción de los diferentes régulos regionales. Pronto, los caudillos levantarán la gran polvareda de la guerra. Y para ello, es necesario invitarlos a todos, como en baile de fiestas patronales. Ninguno se abstiene de participar, tras las invitaciones de rigor, y cuando venga la guerra

no quedará trozo del cuero viejo que es Venezuela en el cual no resuenen los goterones de la batalla.

La Revolución Libertadora, así titulan los caudillos desplazados al movimiento que intentarán contra Castro, es una de las mayores combinaciones de fuerzas regresivas que se haya formado sobre la arena de las guerras venezolanas. Su jefe será el general Manuel Antonio Matos, el resentido por el encarcelamiento humillante y el desfile en mangas de camisa en aquella tarde inolvidable. Es todo un símbolo esta jefatura. No porque el señor Matos sea incapaz de disparar un fusil e ignore los preceptos del arte de la guerra. El simbolismo de Matos está, mejor, en el carácter de clase que él infunde a la empresa bélica. Con la Revolución Libertadora —oh ironía— la burguesía parasitaria se lanza a la conquista del poder siguiendo el método del asalto armado. Hasta ese momento, la clase de los comerciantes ligados al peculado por el cordón umbilical de los compromisos inconfesables ha disfrutado del poder en compadrazgo con los jefes consagrados. Manejando a un caudillo inspirado, ese sector social cosechó siempre sus éxitos. Matos aspiraba, evidentemente, a amansar al cacique de Capacho, repitiendo la historia de sus relaciones con Guzmán y con Crespo. Pero el tachirensé le resultó más indócil de lo que pudiera haber imaginado el banquero ambicioso. A esta figurilla nerviosa no se le podía explotar en halagos. Era necesario derribarla

del gobierno a sangre y fuego para entronizar a alguien que simbolizara la complacencia. Junto al señor Matos militarán en las filas de la Libertadora los comerciantes que hicieron negocios fáciles durante treinta años, los banqueros vinculados al poder, los proveedores resentidos, en fin, la burguesía parasitaria de la capital y de las principales ciudades del país.

Los caudillos llevarán a ese movimiento la voz, los recursos y las seniles aspiraciones del latifundio. Los héroes de la Federación —con una edad que rebasa los sesenta años— son ahora los dueños de las mejores tierras del país. Cada uno de ellos posee, en la región que lo haya sufrido, vastas heredades que su lanza victoriosa arrebató a los godos en esa química de las usurpaciones sociales en que se tradujo la guerra civil venezolana. Los generales que empezaron la Federación con “patas en el suelo”, cuentan en millares sus cabezas de ganado, miden sus tierras en muchas hectáreas y disfrutaban de numerosos conuqueros que son soldados en reposo entre dos tiempos de guerra. No hay negocios de sus dolientes regiones que no haya caído en sus manos. Ni posibilidad de explotación que pueda escapar a su codicia siempre renovada. Esa dominación es tan grande que algunos nombres se identifican con determinadas comarcas del país. El estado Anzoátegui es Nicolás Rolando. El estado Monagas resulta, en esos tiempos, un feudo de la familia del mismo nombre.

En el centro de la República, el torrente de la riqueza pasa por la fiscalía del general Luciano Mendoza. Y hacia las ardidadas soledades de Carora, Amábili Solagnie es un encomendero de nuevo cuño. El latifundio no habrá llegado, en ningún momento de la historia nacional, a ser más poderoso y absorbente. Y son sus fuerzas humanas y económicas las que se aprestan a la batalla, conducidas por los caudillos, timbre y símbolo de este sistema social. La Alianza de la burguesía parasitaria de las ciudades con el latifundio voraz se realizará claramente en la Libertadora cuando al señor Matos y a sus comerciantes los secunden los caudillos en disponibilidad, ganosos de arrojar a Castro del poder.

Pero no se detiene allí la combinación nefanda. El señor Matos es una especie de eslabón que une a esa alianza, de suyo poderosa, con intereses extranjeros de vocación francamente imperialista. Manuel Antonio Matos tiene el triste “mérito” de haber traído a las fuerzas extranjeras a pugnar por la colonización de nuestro país. Desde la Independencia —cuando los realistas criollos impetraron y obtuvieron el apoyo de la corona española— ningún sector venezolano había acudido a la asistencia extranjera en sus conflictos. En 1859, los godos de Caracas rehusaron la ayuda que les ofreció la reina Victoria para destruir a la Revolución Federal. Sobre su espíritu de clase amenazado por la

montonera insurgente se impuso el patriotismo. Y la reina Victoria hubo de archivar sus proyectos de sumir a Venezuela en un complaciente protectorado. En otras ocasiones cabrilleó la misma tentación. Pero nadie se atrevió a realizarla. Era demasiado vivo el recuerdo de los Libertadores y de los doscientos mil muertos que nos costó la Independencia para que alguien hipotecase, en la negociación infame, esa altiva tradición. Matos no vacilará en actuar, frente a Castro, como virrey perfumado que recibe pertrechos, dinero e instrucciones de poderosos consorcios extranjeros. La Libertadora no fue en el fondo sino la agresión contra Venezuela hecha por un imperialismo en ciernes y valiéndose de la desvergüenza resentida de dos clases criollas. A Matos lo equiparon y lo despacharon las potencias de Europa y de Norteamérica para que actuase como cabecilla de una combinación cuyo triunfo habría significado el establecimiento de una tutela sobre nuestra patria. La coalición que empieza en los caudillos rurales y pasa por la burguesía parasitaria concluye en las oficinas de París y Nueva York donde se sella el pacto. Las cartas que desde Caracas recomendaban paciencia a los caudillos del interior, interpretaban la conveniencia estratégica de no proceder hasta que ese pacto fuese cumplida realidad. La guerra se desencadena formalmente cuando a Matos lo arman y lanzan las potencias.

Imperialismo, burguesía y latifundio coludidos serán los factores esenciales de ese movimiento.

Parecería lógico esperar el derrumbamiento de Castro frente a tan formidable coalición. Pocas veces en la historia venezolana se han juntado tantas y tan poderosas fuerzas sociales contra un gobierno. El movimiento insurgente tiene dinero a manos llenas y cuenta con nexos en el exterior que proporcionan las facilidades indispensables al esfuerzo bélico. En el interior, no hay región en la cual no surja el vivac de la rebelión armada. El gobierno de Castro atraviesa por uno de sus momentos conflictivos. Ha embestido contra las corrientes progresistas de las ciudades, y el inicial aplauso de las multitudes ya se esfuma en el resentimiento y la protesta. Castro es un hombre virtualmente aislado. Tiene escaso apoyo entre los caudillos poderosos, se enemistó con la burguesía parasitaria y con los factores del comercio extranjero. A la clase media y a la burguesía sana las ha ofendido con su incontrolable cesarismo. Aparentemente, resultaba imposible que resistiera semejante empujón. Sus fuerzas, medidas en la balanza, eran netamente inferiores a las de sus enemigos. Hubo períodos, en esa guerra, en que el gobierno apenas dominaba el suelo por donde desfilaban sus tropas. Porque en sus propios talones se escuchaban los pasos tenebrosos de la insurgencia. Pero en el fondo de la situación, muchos factores ocultos,

que la historia nacional no ha buceado con suficiente penetración, favorecerán e impondrán la causa de Cipriano Castro y sus andinos.

En La Victoria se libra la batalla decisiva de esa guerra que la Santa Alianza hace a Cipriano Castro. La Santa Alianza, sí. Capital monopolista del exterior, latifundio moribundo y burguesía parasitaria. Catorce mil hombres reúnen los caudillos para lanzarlos contra las tropas del gobierno que apenas llegan a seis mil. En La Victoria vuelve a ovillarse en estrangulamientos de angustia la historia del país. Los dos ejércitos resumen, como si fuesen una radiografía, las fuerzas sociales que allí se enfrentan.

En el bando insurgente militan todos los caudillos de algún relieve en la vida nacional. Nunca fue tan vasta su coalición guerrera. En otras ocasiones, cuando se combatió contra Crespo o contra Guzmán, las alianzas no llegaron a asumir contornos tan integrales. Ningún gran caudillo regional faltó a la cita de La Victoria. Vienen los de Oriente, con su Domingo Monagas que se les muere de viejo, al pie de la mula, en el pueblo de Chaguaramos. Aparecen los del centro, conducidos por ese buey madrinero que es Luciano Mendoza. Se divisan los de occidente en las personas de los generales Amábilis Solognie y Segundo Riera. Viejos caciques que ya rinden la existencia. Y aspirantes a los feudos vacantes o herederos de las famosas lanzas de la

Federación. Parece que a La Victoria concurre más la historia de cuarenta años que un ejército revolucionario. Cada uno de esos jefes trae decenios de dominación sobre el país y con ellos, una carga de concusión, de infamia y de arbitrariedad. La lista de los generales que van a ese convite en el bando rebelde habría paralizado el ánimo. Hay, entre ellos, discípulos de Ezequiel Zamora que casi vieron a los héroes de Santa Inés enarbolar la bandera amarilla en los cerros salpicados de sangre. Luciano Mendoza aprendió a manejar la lanza en el aula febril de los asaltos federales. Riera es un cardón, tan duro y tan áspero como los de Coro y lleva en las costillas una maleta de batallas. Los otros han sido concubinos de la victoria militar por espacio de muchos años. “Aquí no hay pendejos.” Así gritarán aquellos caudillos como si adelantaran un pregón de triunfo. El más tonto de ellos había matado, ciertamente, centenares de enemigos en los combates. O no se le “aguaba el ojo” para lavar en sangre sus contumelias caudillescas.

Pero la historia no perdona. Muy lejanos están ya los tiempos de Ezequiel Zamora. Sus herederos serán hombres valientes —es la característica de los venezolanos— que no tendrán “ángel”. La fuerza de Zamora no radicará solamente, en su fiereza de soldado. Es el amor de los humildes, la adhesión de las masas, el factor que bailará siempre en las velas de sus empresas hasta

empujarlas a la meta. A Ezequiel Zamora le sobran soldados porque tiene pueblo. De cada caserío desemboca en su ejército el contingente de la te campesina. Si lo derrotan, al día siguiente dispondrá de otro ejército. Hay alimentos para su hambre, vendas para sus heridas y caminos para su marcha. Para que Ezequiel Zamora fuera grande —y lo fue con proporciones de guerrero y de apóstol— la tierra venezolana le parió soldados. Ese hombre no tenía un ejército sino un pueblo atormentado tras su huella. Los caudillos de 1902 apenas recogen catorce mil hombres. Han recorrido casi todas las regiones del país. Su marcha ha saqueado los fondos humanos de los viejos prestigios regionales. Se ha apelado a todas las formas de la propaganda y del halago, desde la distribución de dinero hasta la mentira que enardezca a las multitudes. Y después de tamaño esfuerzo solo catorce mil hombres se hacían en los ejércitos de la libertadora. Ezequiel Zamora enroló, en dos provincias, la de Coro y la de Barquisimeto, una cifra superior a los seis mil soldados. Y hubiera tenido cien mil hombres si el balazo de San Carlos no pone una raya de sangre en su carrera de saeta. Sus remotos descendientes, porque los insurgentes de La Victoria representan al sistema que instituyó la Federación, ya necesitan pagar a la tropa. Y tienen que conformarse con un ejército relativamente poco numeroso. Nadie está allí ganado por el entusiasmo. Es un ejército sin

mística, casi un rebaño que accede a comparecer a la carnicería con la inconciencia del bovino. Por Zamora se hacía matar media Venezuela. Por Luciano Mendoza no se sacrifica ya casi nadie.

El ejército de la Libertadora viene casi exclusivamente del campo. En las ciudades no tienen los caudillos ninguna clientela ni suscitan la menor adhesión. En el campo aún subsisten residuos de los viejos prestigios. Pero son residuos inertes, neutros diríamos, usando una expresión matemática. El campesino va a las batallas, cuando le han agotado su entraña heroica, sin convicciones y sin empuje. En cuarenta años, los caudillos han saqueado la abnegación campesina. Ahora no tienen sino el bagazo. La gran cantera de todo el trabajo social en un país atrasado, el descontento campesino, fue derrochado por los caudillos que encumbró la Federación. A medida que se desarrollaron las guerras sin que de ellas surgiera la reforma agraria, el ímpetu de las masas rurales fue transformándose en resignación. Al entusiasmo de aquellos tiempos de 1859 sucedió, lentamente, la inercia absoluta. En sus apuros frente a Cipriano Castro, los caudillos apenas encontraron a algunos resignados en cada caserío. El gran motor, la lucha por la tierra, ya no accionaba los mecanismos de la guerra. El campesino venezolano de 1902 tenía la certidumbre de que con aquellos hombres era imposible conseguir la tierra. ¿Acaso no eran ellos los grandes latifundistas? ¿Cómo

aspiraba Nicolás Rolando a movilizar la montonera de Anzoátegui si desde hacía mucho tiempo sus familiares eran los primeros latifundistas de la región? Rolando tendría conchabados pero no combatientes. En manos de la Libertadora no había, no podía haber, ninguna bandera capaz de aglomerar a las muchedumbres rurales. A cambiar de amo no iban ya los hombres de la gleba al campo de batalla. Un campesino agotado en la guerra incesante y desconfiado de cuanta promesa escuchara en sospechosos labios de terratenientes con título de general no era agente de victoria. Los catorce mil hombres de la Libertadora no serían otra cosa que la ya muy reducida clientela de los caudillos. El peonaje rabiatado que no hace historia.

En el ejército que concurre a La Victoria no hay unidad de acción. Aquello es un nido de víboras que llenan sus colmillos con el veneno de la desconfianza. A Matos se le ríen en la cara los macheteros de la brava Venezuela. Un presidente —era el destino que se le otorgaba— que vestía de blanco, usaba guantes y apelaba al frasco de “Jean Marie Farina” para mitigar el calor de los valles de Aragua, no podía inspirarles respeto a unos generales que a duras penas llevaban un vestido. A los otros caudillos apenas los unía el odio a Castro. Pero en todos los demás asuntos, discrepaban sin reservas. El sistema a que pertenecían, el renovado latifundio de la Federación, ya no producía figuras jerárquicas

de proporciones susceptibles de sobreponerse en el juego de las disputas. Siempre los sistemas sociales en decadencia, el latifundio lo era ya en ese momento, se administran a través de medianías. La vena de las clases sociales se mide en cierto modo por la capacidad de engendrar grandes valores. Una clase en ascenso es una especie de almácigo de personalidades. La Venezuela que se elevaba en la lanza de los federales parió hombres eminentes. Ezequiel Zamora, Antonio Guzmán Blanco y Joaquín Crespo —criados en ese vivero— eran el esfuerzo del pueblo que buscaba el poder por la senda del heroísmo. Pero al volverse latifundista y entrar en el charco de ese sistema, sus descendientes ya no tendrán estatura. Porque no solo se necesita, para ser grande, del valor personal y de la audacia en las batallas. A esos factores hay que agregar el genio político, el don de mando, la comprensión de las situaciones y la visión del futuro. Nada de ello podían tener quienes no encarnaban sino al pasado en sus rasgos más chocantes. En las filas de la Libertadora, postrer aliento de un orden, se contaba solamente el mediocre apurado, el intrigante sin principios o el machetero despiadado. Son esos los productos de toda sociedad decadente. Era lógico que cada uno de aquellos caudillos recelara de su socio y preparara la zancadilla para derribarlo luego si el triunfo los acompañaba. Ya en La Victoria, los generales hacían tiempo en la batalla para acecharse e intrigarse

en una recíproca efusión de estupidez. Como ninguno de ellos sobresalía sin discusión, la celada constituía una manera de comunicarse y de actuar.

Al lujoso cuadro de los generales latifundistas, enfrentará Cipriano Castro un pequeño ejército. Las tropas de Castro no vienen de los campos. Proceden, como ya se ha visto, de las ciudades y pueblos de los Andes. En el ejército de los invasores andinos —es el mismo de 1899— son pocos los soldados que se recogieron en los caseríos. La raíz urbana de ese contingente asume una gran importancia desde el punto de vista político porque lleva a la batalla, en el bando gubernamental, a elementos de mayor conciencia y de mejor disciplina que las tropas del frente caudillesco. El hombre de la ciudad ha sido superior, en igualdad de condiciones, al de oriundez rural. El de las ciudades es permeable a las exigencias del combate, se mueve con impresionante soltura y sobre todo asimila más la necesidad de sacarlo partido a las ventajas. Es una tropa activa, que sabe desplegarse y resolver, sin inspiración superior, los problemas de la lucha. En cada combatiente urbano hay un presunto cuadro de dirección que podrá comandar pequeños destacamentos si el curso de los acontecimientos le discierne esa responsabilidad. Pero también desde el punto de vista estrictamente militar brillan las ventajas de las tropas urbanas en esa batalla de La Victoria. No se riñe allí la contienda con las viejas armas

de la Federación que han sido sustituidas por artefactos modernos. La era del “Chopo cubano” y de la escopeta ha sido sustituida por la del máuser 71-85 con el cual vencieron los prusianos a los franceses en la guerra de 1870. El armamento tiende a uniformarse en niveles superiores de eficiencia destructiva. Para el manejo de esas armas ya no es tan apto el campesino arisco de los conucos. Están en germen los ejércitos modernos cuya capacidad es directamente proporcional al volumen de la conscripción urbana. La Venezuela de 1902 cerrará, en nuestra historia, el ciclo de los conflictos campesinos. El centro de gravedad de la vida nacional empieza a trasladarse hacia las ciudades. Dentro de ese cuadro, la tropa de procedencia urbana va a superar a la montonera rural. El futuro acentuará el predominio urbano cuando los cambios de estructura en nuestra sociedad y los avances técnicos del arte militar hagan demasiado complicada la guerra para el clásico soldado de nuestras primeras contiendas. Pero ya La Victoria es un síntoma. Es el valor que tiene esa batalla en el proceso de las luchas sociales de Venezuela.

Las tropas de Castro no fueron colectadas por el tradicional expediente de la recluta caudillesca. La revolución Libertadora suscitó en los medios urbanos de los Andes algo así como una conmoción defensiva. A medida que las hostilidades se prolongaban, las ciudades andinas cobraron conciencia de la necesidad de

apuntalar con su esfuerzo al régimen de Castro. Pasados los primeros episodios, cuando se evidenció el carácter y las dimensiones de aquella guerra, el frenesí bélico se apoderó de las poblaciones cordilleranas. La juventud fue pasando rápidamente de la expectativa, existente mientras se confió en una rápida victoria del gobierno, al interés más o menos activo y beligerante. Castro apeló entonces a un recurso que prueba su sagacidad de jefe militar. En su vibrante prosa, un tanto llena de hipérboles, ordenó a los gobernadores regionales de los Andes solicitar el concurso de la población para formar las tropas de refresco que necesitaba. Los tres estados andinos respondieron puntual y entusiastamente a aquel pregón. Cada uno de ellos formó batallones de voluntarios que registraron sus nombres, sin coacción ni halago, en las jefaturas civiles de la región. En pocas semanas, cerca de cuatro mil hombres estaban ya movilizados para partir hacia el centro en defensa del gobierno. Una especie de emulación sorda se estableció entre esas tropas. Trujillanos y tachirenses viajaron a Caracas, por la vía del Lago, con la recóndita intención de sobrepujar a la hora del compromiso sangriento frente al enemigo. Algunos de los batallones que surgieron de esa colecta espontánea de tropas llevaban los nombres de las ciudades de donde procedían en uno como propósito de acicatearse con la espuela de la honrilla local. Batallón Trujillo, batallón Tovar, cuerpos

que recogieron a los mozalbetes andinos para cambiarles la lezna del zapatero o la aguja del sastre por el fusil de la batalla. Un nuevo modo de hacer la guerra, mediante suscripción popular, que probará su eficacia frente a los reclutas indiferentes del caudillismo.

A los mozos andinos que voluntariamente corren a incorporarse a tan improvisadas tropas los mueven motivos y los inspiran ideales muy superiores a los que llevan los campesinos del caudillismo a la batalla de La Victoria. Para el andino de veinte años que no participa en la invasión de Castro, la llegada al poder de sus conterráneos abre un mundo de posibilidades. De repente, sin que ninguno de ellos se lo hubiese imaginado, el poder ha caído en manos de unos hombres oriundos de su región. Quien acudiera a aquellos batallones que marchan a La Victoria tenían algo que ganar. Una perspectiva se abría, para las clases medias de los Andes, en ese portillo bélico deparado a los voluntariosos por el encuentro con los caudillos. Trocarse en oficial del ejército, con la alternativa de vivir en el centro de la República, era una solución para los artesanos y empleados de las ciudades andinas. La guerra se les convertía en negocio. O en términos quizás menos despectivos, en carrera preñada de ofertas. Mientras el campesino de Oriente nada tenía que esperar de un conflicto, y a él fue por esa fuerza de inercia de lo inevitable, el andino hervía de ambiciones. El cierre del ciclo campesino de

nuestra historia y el alba del ciclo urbano cambiarían las motivaciones y la dinámica de la lucha de clases en el país. El factor explosivo de la política venezolana no será ya, de ahora en adelante, la inconformidad campesina que se agotó en las estériles guerras del caudillismo. En su lugar aparecerá la efervescencia de las clases medias —y décadas más tarde la protesta del proletariado— que impartirá a nuestro proceso un sello totalmente distinto. En la lucha política serán las clases medias las que pongan mayor ahínco y vibrantez. Aquellos andinos que hicieron un ejército acudiendo al llamado de su presidente inauguraron, sin saberlo, una nueva modalidad en nuestras luchas. El coraje con que muchos de ellos se conducen en La Victoria es el índice de una conciencia hecha con materiales distintos a los que presidieron, hasta entonces, el bizarro holocausto de los venezolanos en el campo de batalla.

Al tramo final de la guerra llegan los andinos con todo el elenco de sus generales unidos en torno de su jefe indiscutible. Las viejas rencillas, nacidas del desgarrón del 99, se cierran sobre las hondonadas verdosas de cañamelares donde se libra la batalla decisiva. El arisco González Pacheco está allí, al lado de Castro, con sus trujillanos ansiosos de contar un triunfo entre sus hechos de armas. El numeroso generalato trujillano de godos y liberales salta por encima de sus agravios puntillosos y de sus rivalidades con el Táchira para salvar

“a la Causa” como llamaban, ya entonces, los periódicos de Valera al gobierno del Restaurador. Desde González Pacheco, encaramado en sus muchos años de ajetreo bélico hasta José Rafael Gabaldón, joven coronel cuyo bautizo se realiza en los cerros que rodean a La Victoria, corre una unánime emoción de pelea. Felipe González y Lucio Quintero serán allí los albaceas testamentarios de José María Méndez. Son dos caudillos de reciente figuración que aportarán a la batalla unas tropas colectadas mediante bandos leídos en las calles de Tovar sobre el pico de una montura chocontana. Los tachirenses tendrán a sus ya consagrados hombres del 99. Juan Vicente Gómez, Pedro María Cárdenas, Emilio Fernández serán sus jefes. Entre esos cabecillas no habrá rivalidades ni resquemores. Es una orquesta bélica de acordes bien ensayados. Y tienen un director que es, en la Venezuela de entonces el caudillo más recio, intrépido e inteligente. Ellos sienten, y lo comunican a sus tropas, que el régimen se halla amenazado y que deben imponerse un extraordinario esfuerzo para rescatarlo. En la Victoria obrarán como si estuviesen en una fortaleza sitiada. Su moral es la del estoico que destila sufrimientos, gota a gota, en alambique de abnegación. Durante largos días estarán allí estos jefes con sus hombres, atornillados a sus posiciones, defendiéndolas del renovado ataque de los sitiadores que como hormigas se mueven por la alfombra susurrante de los cañamelares.

Sucesivas oleadas cargan contra las trincheras de los defensores. Casi ceden en los cerros los improvisados fortines del ejército gubernamental. Como serpientes reptan hacia arriba los atacantes, escondiéndose en las grietas de las lluvias. Cada cangilón es un fulgor mortecino de disparos que buscan las eminencias donde se refugian los sitiados. Algunos casi alcanzan las alturas. Pero se doblan, al llegar, como si el lumbago de la muerte les llevara las manos a la cintura. Y vuelven otros, arrastrándose a intentar la hazaña. Durante días aquel rodar de cadáveres hace crujir los cujíes de los cerros de La Victoria. Del valle salen nuevos contingentes de audaces a renovar el empeño. Los caminos escucharán sus pisadas y horas después, las faldas recogerán su peso muerto. La Victoria es un mar de combatientes vibrantes y un acantilado de defensas endurecidas.

La batalla de La Victoria será el combate más prolongado que se haya registrado en suelo venezolano. Cerca de un mes se repite aquel espectáculo de cargas energías y de retroceso agónico. El ejército de los caudillos ya quebrándose como chamiza ardida en el fuego de los mediodías. Los jefes insurgentes no pueden violentar el anillo defensivo de la ciudad ni cortar sus comunicaciones con Caracas. Castro centra toda su táctica en el sostenimiento del perímetro urbano y en la conservación de sus vínculos con la capital. Mientras sus ejércitos resistan la acometida, sin deslizamientos

de desánimo en sus filas, el éxito estará asegurado. La Victoria será a la postre un problema de moral combatiente. Porque no se trata de la clásica batalla venezolana, librada y decidida en pocos días, donde el ímpetu de una primera arremetida, hasta agotar todos los recursos, otorga el triunfo. La táctica fue en Venezuela asunto de jugadores. El que ponía más en la mesa, jugándose el todo por el todo, inclinaba la balanza. Era cuestión de saber arriesgarse, en un vuelco ciego, para despejar el camino. Así se libraron casi todas las batallas en la historia venezolana. Un ardid inteligente, una carga cerrada, un esfuerzo supremo cosían al enemigo y le amortajaban en la fuga. La Victoria modificará ese cuadro. En cierto modo se parece a Santa Inés —batalla de posiciones— pero la sobrepuja por el número de hombres y, especialmente, por la prolongación de la lucha. Un combate de un mes, sin desánimos ni crescendos, jamás se había registrado en los anales del país. Así fue La Victoria de cuyas calles salió consolidado el régimen andino. Allí se ratificó la hegemonía. No en balde Cipriano Castro haría de ella la ciudad santa. ¿Santa? En la religión del trago y del sarao con que el Restaurador se entregará a relajar sus atormentados nervios de domador.

En una batalla de ese tipo vencen los que tengan mejores convicciones, mayor ambición o superior organización y mando. El soldado campesino de la

Federación, en cierto modo es él quien forma el ejército de los caudillos, no está acostumbrado a esa clase de pruebas. Es un hombre hecho a la carga rápida, a la decisión inmediata. Una batalla que le prolongue la agonía durante largas semanas, siempre en el mismo escenario donde la sangre de sus compañeros va proclamando la inutilidad del sacrificio, es superior a sus capacidades morales y políticas. Las tropas caudillistas no pueden, cuando el sistema ya no ofrece tentaciones ni posibilidades al pueblo, resistir semejante prueba. En ellas no hay convicciones ni duerme, como fuego en el fondo del alma, el incentivo de la ambición. La organización y la jefatura se ven agrietadas a medida que pasa el tiempo. Cada asalto baldío, y fueron tantos los que se dieron en La Victoria, es una fractura en la armazón espiritual del soldado. Lentamente, el guerrero va convirtiéndose en una sombra pasiva que asiste al encuentro con inerte resignación. Los andinos tenían una enorme ventaja para tal combate. Sus tropas, animadas por motivos bien claros, sí podían resistir aquel aguafuerte. Hasta el carácter andino, paciente y laborioso, estaba hecho al desgaste paulatino, al aguantar sin desesperación las horas prolongadas del parangón sangriento. En una llanura, donde las batallas se deciden rápidamente, a los andinos de Castro los habrían despedazado. En La Victoria, propicia a la guerra de posiciones, los soldados de los Andes tenían el

escenario geográfico más adecuado al carácter político, a la representación de clase y al genio regional de sus ejércitos. Su triunfo final —seis mil hombres frente a catorce mil— es la resultante de esa suma de ventajas políticas, sociales y espirituales.

La Victoria es una de las batallas cargadas de mayores consecuencias para la vida venezolana. Algunas de ellas aún se perciben en la Venezuela preñada de futuro de nuestros días. Pocos encuentros bélicos han decidido, por tan largo tiempo, la evolución del país como aquel que se libró en la sitiada ciudad aragüeña. En la historia venezolana hay apenas tres batallas de cuyo zanjón sangriento ha salido “hecha” para un dilatado período la escena nacional. Ellas son Carabobo, que establece la República de Venezuela; Santa Inés, que brinda relieves triunfantes a la Federación, y La Victoria, que refrenda la dominación andina sobre el país. Y de las tres, en el orden político, la última es la de mayores proyecciones. Porque el sistema engendrado por la batalla de Carabobo hizo crisis veinte años después cuando la hegemonía conservadora fue triturada por las tropas federales. Santa Inés entronizó un orden cuya agonía se hizo evidente antes del medio siglo. La Victoria, en cambio, bautizó en la República una estructura que, ya lo veremos al estudiar la larga jornada de Juan Vicente Gómez, se prolonga hasta nuestros tiempos. Los andinos serán los usufructuarios aparentes de La Victoria.

En el fondo son otras clases y otros intereses los que entran, a consecuencia de aquella batalla, a custodiar a la República. Allí está el efecto más profundo que surte esa terrible prueba bélica en el cuerpo de Venezuela.

Ya analizaremos, a lo largo de las páginas que nos restan para redondear esta obra, la huella de La Victoria. Por lo pronto veamos las de inmediata repercusión. Para Cipriano Castro, su marcial éxito lo envalentona hasta la vesania. El espíritu exaltado, la imaginación lujuriosa, en fin, las características de esquizofrenia aguda que había en el alma del jefe Restaurador reciben uno como baño maría que las hará estallar. Frente a los caudillos vencidos y fugitivos, Castro siente la tentación de la soberbia. Ve al país sumido en la desolación, a sus enemigos desbandados, a sus tropas invictas. Se le sube el cesarismo a la cabeza. Mentalmente se compara con Julio César después de las Galias, dueño de Roma, soberano del mundo. Y sobreviene en él una formidable y peligrosa mezcla de radicalismo pequeñoburgués con prusianismo agresivo. Los elementos materiales que surgen con la batalla victoriosa y las características psicológicas del personaje van a engendrar el primer gobierno napoleónico de nuestra historia. El bonapartismo siempre encierra una dicotomía. El bonapartista no deja de ser revolucionario ni de guardar sus nexos con las clases que han hecho una revolución. En cierto modo sigue siendo el jefe de esas clases. Pero en su

conducta utiliza los resortes y las modalidades del viejo orden y de las clases enemigas. En esa contradicción entre lo nuevo en lo cual se apoya el jefe y lo viejo que es restaurado o perdonado radica la esencia histórica del bonapartista.

Cipriano Castro conservará la dirección, después de La Victoria, de los elementos que le permitieron el acceso al poder. Y mantendrá, por lealtad a ellos y a su propio pasado, la afección hacia los ideales que normaron su juventud. Pero los métodos para realizar sus sueños cambiarán drásticamente. El Castro que gobierna después de La Victoria se aferra, sin desviarse a los objetivos del liberalismo declamador de sus mocedades. El ideal bolivariano, la aspiración grancolombiana, la defensa de la América Latina y el anticlericalismo constituyen, como siempre, sus inquietudes políticas. Ningún otro caudillo de su época fue más progresista, ni aún después de La Victoria, que este rijoso y atarantado tachirenses. Cipriano Castro, hay que decirlo sin temores, estuvo a la altura de José Enrique Rodó, de Manuel Ugarte, de José Martí y de Rafael Uribe Uribe en cuanto al sentido apasionado y progresivo del nacionalismo. Su nacionalismo fue el de Bolívar. Jamás dejará de sentir y pensar como un latinoamericano a quien le duele cualquier agravio prodigado a una de nuestras “patrias dolorosas” como las llamaba Martí. En “Villa Zoila”, mientras se pasea por los

largos corredores, acariciará la idea de restaurar la Gran Colombia. Panamá se le clava como un aguijón cuando Teodoro Roosevelt le infiere a Colombia el agravio de arrebatárselo. Si él y Uribe Uribe fuesen los jefes de un solo país, no se atreverían los carniceros de Chicago —la frase es suya— a humillar a la América Española. Falta un nuevo Bolívar. Es el ritornelo que se le graba en el cerebro. Y lo repite a diario cuando con los brazos hacia atrás, pone a flotar los faldones de su levita gris en el vientecillo de El Paraíso. Se siente depositario de las tradiciones y del honor latinoamericanos. Presiente que se inician tiempos difíciles para el continente en los que viviremos acechados por “el coloso del norte”. No hay tiempo que perder. La consigna se le escapa de los labios en las tertulias de “Villa Zoila”, rociadas de buen brandy. Sabe que la garra yanqui —clavada sobre Cuba— saltará a otros países. Ve al Caribe amagado de pasos conquistadores. Y se vuelve a mirar hacia la entrañable América Latina cuyas montañas podrían ser la matriz generosa para un nuevo heroísmo. Cuba y Puerto Rico, Panamá... el rosario se extiende. Ya a Nicaragua la amenazan los “Marines”. Haití y Santo Domingo son blanco predilecto de la agresión. Haití... el presidente Petión, Simón Bolívar recibiendo la ayuda del negro, Haití, madre de la libertad venezolana, nodriza de robustos pechos que no dejó morir a nuestra patria... Pagar la deuda contraída con Petión —todavía

no la hemos cancelado los venezolanos— para que América tenga ejemplos. Santo Domingo, la primada del continente donde primero resonó el acento viril de la lengua española, ahora acechada por los rubios que hablan inglés. Fueron esas las reflexiones que se enredaban, como trozos de algodón, en el camino de Cipriano Castro.

Desgraciadamente, el bonapartismo hará concebir a Castro una táctica equivocada para realizar sus ideales de solidaridad y liberación latinoamericana en aquella época. Como Napoleón, de libertador, el caudillo de Capacho se convierte en presunto conquistador. La Gran Colombia deja de ser, para él, la empresa conjunta y mancomunada de venezolanos y colombianos. A raíz de La Victoria empieza a concebirla como un proyecto bélico. Invasión a Colombia con sus tropas e instalarse en el Capitolio de Bogotá es su aspiración. Su caballo bebiendo las aguas del Tequendama, así dice varias veces en su tertulia caraqueña. Castro resuelve entonces hacer una política de agresión contra Colombia, de molestias y de impertinencias que debían granjearle la enemistad del pueblo hermano. Cierra frontera, con lo cual hiere a todos los colombianos, ofende a las autoridades fronterizas y se lanza a una campaña periodística de compases marciales. Mis soldados humillarán a los “reinosos”, es una expresión que se le escapa y la prensa oficiosa recoge con torpe puntualidad. La causa de

Uribe Uribe sufre un colapso. El general colombiano deja de ser inevitablemente, para sus compatriotas, un líder de la liberación frente a los conservadores para transformarse en el agente de un gobierno extranjero que no distingue entre la camarilla de Bogotá y el resto del fraterno país. La opinión colombiana se une contra Castro y contra Uribe porque a ello la obliga la absurda táctica del tachirenses. Esa contumelia con Colombia será fatal para Venezuela. Porque nos aísla en un momento —ya lo veremos— en que nosotros mismos seremos víctimas del ultraje imperialista. Si Castro hubiese seguido siendo el mismo, en cuanto a métodos, después de La Victoria su actitud habría consistido en seguir ayudando a Uribe sin desafiar destempladamente a la Nación colombiana. Aislar a los conservadores, robustecer a Uribe y presentarse como el campeón de un grancolombianismo democrático era su deber. El bonapartismo lo alejará de esa posición. Su ideal será el mismo. Pero los métodos sufrirán un vuelco. Y en política, una concepción justa se embarranca cuando la sirve una táctica equivocada. Nada infiere peor daño a una doctrina que los errores tácticos.

Dentro del país, la embriaguez de su triunfo acentúa los rasgos intemperantes y agresivos de la personalidad de Castro. Ensoberbecido de autosuficiencia, el caudillo de Capacho se lanza a reprimir a todos sus adversarios sin distinguir entre los que hicieron la guerra, con ideas

reaccionarias, y los que no participaron en ella. En un mismo saco mezcla Castro a los vencidos caudillos y a los intelectuales que eran, evidentemente, enemigos de aquella coalición retrógrada que él ha derrotado en La Victoria. Se juntan, una vez más, en las cárceles del cacique de pelo en pecho, que luce la herida putrefacta de la batalla, con el periodista de verbo limpio. El abismo entre Castro y la opinión democrática del país, que lógicamente era su aliada, se acrecienta cada día. La represión se convierte en expediente habitual del régimen. Aparece entonces, cuando las cosas se hacen irremediables, un nuevo espíritu en aquellos caudillos que lo acompañaron el 99 o se le sumaron en 1902 para la batalla de La Victoria. El asalto a los domicilios de los enemigos del gobierno, la persecución constante que ellos realicen, su labor de carceleros forzosos, transforma sus condiciones. Lentamente surge el hombre de presa. El soldado deviene policía. El jefe se convierte en un esbirro. Los jóvenes artesanos y empleados, ayer combatientes, se acostumbran a un nuevo trabajo y lo desean con ese impulso mecánico que los hechos sociales van creando en el alma. Bastan unos años para que el ejército castrista sea simplemente una “sagrada” siniestra. La policía se emancipa y por sí misma cumple la labor de espiar, aterrorizar y castigar. El bonapartismo castrista llega a su culminación. Aquel régimen, aún dominado por ideas

formalmente democráticas, ya no tiene sustancia creadora. Porque la represión y el abismo que ella crea con la opinión progresista del país, reducen a grotescas proporciones de caricatura lo que Castro dice y proclama. A los latinoamericanos tenía que resultarles pintoresco aquel presidente de Venezuela que ansiaba el papel de libertador, pero no se abstenía de atacar a Colombia con villana saña. Y a los venezolanos se les hacía bien difícil creerle a su mandatario que seguía enalteciendo verbalmente los valores de la democracia en medio de un país fatigado de policías y de arbitrariedad. Con Castro, el régimen andino empieza a aislarse del país, y no logra tender en Latinoamérica los puentes que se habrían necesitado para una eficaz política antiimperialista. Es el bonapartismo. Más tarde, con Gómez, se llegará al despotismo, sobre las bases que dejó Castro. Esa será una de las consecuencias más dolorosas de la batalla de La Victoria.

IX. “LA PLANTA INSOLENTÉ”

Cuando dejaron de escucharse las descargas de La Victoria, rezongaron los cañones en La Guaira, Puerto Cabello y San Carlos. Un penacho de humo en el horizonte marino, unos fogonazos y el estrépito de los obuses sonando contra las viejas fortalezas coloniales. Se erosionaron las torres veteadas de sucio y antigüedad y al suelo cayeron unos puñados de polvo y algunas vidas venezolanas. Polvo de las arcaicas fortificaciones españolas y sangre de nuestro pueblo recogió la historia del país en aquel episodio. Era el bloqueo naval, hecho a cañonazos, por las potencias europeas. Inglaterra, Alemania e Italia se colocaron a la cabeza de una coalición aventurera y criminal que pretendió cobrarnos, en tributo de humillación, las deudas que el país había contraído con sus banqueros y comerciantes. Hasta entonces, no registró la América Latina un despliegue tan descarado de fuerza y de rapiña contra la soberanía de

uno de sus países. Se trataba de borrar, a fuego agresor, la independencia de una nación que por ella consintió el sacrificio de sus hijos y la destrucción de sus cosas.

Con el bloqueo naval, el imperialismo posó de cuerpo entero ante la mirada colérica de los venezolanos. Ya había fracasado, en La Victoria, la Santa Alianza de los caudillos. No existía en el territorio patrio ninguna fuerza efectiva en la cual pudieran apoyarse las potencias europeas. La apelación directa a la violencia se hizo inevitable para aquel imperialismo de los cañonazos fenicios. Mientras Matos luchó en el suelo de Venezuela, mediaba la esperanza de conseguir, si el éxito lo favorecía, todos los objetivos que se buscaban. Era menos incómodo para la Europa cobradora valerse de un títere que acudir a la acción directa. Pero el Matos de las esperanzas imperialistas se desplomó en La Victoria. Poco tiempo después estaría de nuevo en el extranjero y ya sin posibilidades de acaudillar ejércitos en Venezuela. El clásico expediente del grupo nativo que sirve los intereses extranjeros, del cual se valió siempre el imperialismo, resultaba improcedente. Si la Europa aventurera quería aplastar, humillar y explotar a Venezuela necesitaba saltar por encima de todos los escrúpulos desencadenando la agresión desembocada. Las cancillerías no vacilaron. Los barcos de guerra fueron su respuesta a ese Castro que se atrevía a derrotar a sus sirvientes criollos. Fracasados los portavoces del

imperialismo en la Victoria, el lenguaje de los cañones debía resolver el problema para unas potencias que jamás han respetado el Derecho sino en la medida de sus conveniencias.

El imperialismo estaba entonces, 1902, en la cúspide de su soberbia dominación. Hay que reconstruir el cuadro de la época para tener una idea clara sobre la desvergonzada acción que se desencadenó sobre Venezuela. El asalto a cañonazos era la moda de la política internacional. Argelia, Túnez y Egipto ya estaban incorporados al sistema mundial de las potencias capitalistas. A Cuba se le colonizó desgajándola de España para establecerle un sedicente republicanismo. Por las Filipinas estaban pasando, entre cañamelares y selvas, los ronquidos del cañón norteamericano. En China se adentraba en la apetencia rival de los grandes poderes de Europa y de Norteamérica. Y en el talón del África ya los ejércitos ingleses cebaban su codicia para engullirse a las Repúblicas Boers. El mundo empezaba a vivir bajo la sombra siniestra de los grandes banqueros e industriales de los continentes avanzados. Nadie resistía aquella concentración de fuerza y de descaro. Ni en Europa, donde el movimiento obrero hacía apenas ejercicios calisténicos ni en los continentes atrasados existían entonces sectores, núcleos o recursos que hubiesen tenido éxito en una política de rechazo a la orgullosa agresión. Todo el planeta estaba condenado

a caer, directa o indirectamente, en las garras del imperialismo. Los *trusts* y los consorcios unificaron los cinco continentes moviendo para ello, según los casos, a los agentes comerciales o los ejércitos y flotas que castigaban a cañonazos la indocilidad de los “nativos”. La economía mundial comenzó a funcionar, en esos tiempos, desde cuatro centros victoriosos. París, Berlín, Londres y Nueva York se constituyeron en gerentes de los intereses capitalistas y en albaceas forzosos de los pueblos vencidos. En 1902, el imperialismo no miraba ninguna nubecilla en su porvenir y sus brazos eran tan grandes, jóvenes y robustos que abarcaban, como si fuera una canasta, a todo el universo conocido.

Los apologistas del imperialismo habían fabricado las doctrinas jurídicas y políticas que pudieran justificar la agresión cuando ella era necesaria para abrir un país a la dominación. De las universidades europeas y norteamericanas surgieron los jurisconsultos, sociólogos y economistas cuya misión fue darle apariencias de honorabilidad a aquella rapiña sistematizada. De los centros de investigación de Alemania —el país más avanzado de la Tierra en esa etapa— salieron los Haeckel y demás teorizantes a explicar cómo el más fuerte impone sus condiciones. “*Recht ist Macht*”, el derecho es la fuerza, fue la conclusión surgida de las universidades germanas. Los ingleses dieron en Joseph Chamberlain un exponente menos pretencioso, pero mucho más

pragmático, del imperialismo. Las razas superiores tenían una misión civilizadora por cumplir en el ancho mundo. Instruir a los nativos, enseñarles la cultura europea y adentrarlos hacia el cristianismo exigía el sacrificio de... conquistarlos ¡¡¡a fusilazo limpio!!! Sobre esta teoría depositó Rudyard Kipling el polvillo lírico de su inspiración de poeta. Los juristas elaboraron la doctrina de que el Derecho Internacional era cosa de europeos, es decir, de racionales. Las colectividades del Asia o de América Latina, muy atrasadas, no tenían la prerrogativa de gozar de la protección de las normas perfeccionadas desde los tiempos de Juan Bodino. Fue así como se circunscribió la noción de soberanía, con todo lo que ella implica, a las naciones europeas y a los Estados Unidos. Quien no perteneciera a ese circuito carecía del derecho a ser respetado. Y contra sus intereses podía aplicarse la agresión. Eran esas las tesis que predominaban en el Derecho Internacional, elaborado por los juristas del imperialismo, cuando aparecieron en la rada de La Guaira los torpederos de las tres potencias coaligadas. La soberanía de Venezuela no valía nada porque frente a nuestros acreedores, cultos y poderosos, debía postergarse la dudosa dignidad de un país pobre, atrasado y por añadidura poblado de mestizos a quienes la ciencia europea había declarado, con toda solemnidad, inferiores a los requisitos de la civilización. El cinismo del reclamo, la brutalidad

de la agresión y la rapiña con que se pretendió abatirnos, se explicaban perfectamente como si fuesen atributos nobles, en aquel Derecho Internacional hecho a imagen y semejanza de los colonizadores armados. El Derecho tenía que ser sirviente, en escala mundial, del sistema de despojo y soberbia instaurado por el capitalismo al entrar a su etapa imperialista. Ningún escrúpulo tuvieron banqueros y militares de Europa cuando llegaron a nuestras costas en son de conquista. Porque su Derecho los santificaba.

¿Por qué se escogió a Venezuela para aquel despliegue de fechorías? En la aparición de los agresores mediaron, ante todo, razones emanadas de la rivalidad que ya existía entre las principales potencias capitalistas. En América Latina, la llegada del imperialismo como fase de desenvolvimiento de las sociedades capitalistas, introducía cierto cambio. Hasta ese momento, nuestro continente fue prorratedo entre Europa y los Estados Unidos en proporciones medianamente equilibradas. Los intereses europeos y yanquis se contrapesaban. Ninguna influencia predominaba abiertamente. Aunque Inglaterra tenía posiciones privilegiadas en algunos países latinoamericanos, su señorío económico no alcanzaba a eclipsar al de sus competidores. Aun en el Caribe, una región tan próxima a los Estados Unidos, Europa poseía influencia no desdeñable. Para el imperialismo norteamericano, bautizado en las

fortalezas españolas de Santiago de Cuba, conquistar a la América Latina era un requisito básico. Su fuerza no daba entonces para aspirar a la hegemonía mundial. El aguilucho del norte tenía que aguzar sus garras en nuestro continente. Y años después, ya fortalecido con esa adquisición presentarle a sus rivales europeos los apetitos de predominio para otras zonas del mundo. A la luz de ese cuadro se explican vívidamente la guerra hispanoamericana de 1898 y los desembarcos de infantes de marina en Nicaragua, Haití y Santo Domingo que ya para esa época se habían constituido en herramienta predilecta del Departamento de Estado. Los yanquis buscaban, con el frenesí de los impacientes, tener su propio imperio en el Caribe y eventualmente en la América Latina. En pocos años, el capitalismo yanqui dio pasos de gigante en pos de sus objetivos. Un lustro apenas separa la conquista de Cuba y Puerto Rico de la secesión de Panamá que abrió a los Estados Unidos un complaciente protectorado en la garganta de las dos Américas. Los amagos a Nicaragua, que ya había escuchado el paso de los infantes de marina en su costa de Mosquitos, agregaban otro eslabón a la cadena con que los yanquis estaban acordonando su Lago americano. Haití y Santo Domingo, también acechadas, eran otro bastión que desde el rosario del Caribe elevaría a la categoría de dogma intangible a las barras y a las estrellas. El Caribe quedaba cerrado.

Detrás de las bayonetas los dólares. Era el Evangelio que entre evocaciones de Calvino y recuerdos de Julio César entonaban en la Casa Blanca los labios de un misionero del imperialismo. Teodoro Roosevelt, el del garrote. Roosevelt, el jefe de los Rangers que actuaron en Cuba, el raptor de Panamá y el cazador en las selvas brasileñas —“cazando leones y domesticando tigres eres un Alejandro Nabucodonosor”, como le dijo Rubén Darío— desempeñaba la Presidencia de los Estados Unidos cuando vomitaron su fuego sobre Venezuela las potencias europeas.

Con el ultraje a Venezuela, las potencias europeas aspiraban a contrarrestar esos avances norteamericanos que Roosevelt había elevado a la categoría de canon sacrosanto. El interés de la Europa imperialista por este costado de la América Latina se fue haciendo evidente a medida que el siglo llegaba a su culminación y el desafío yanqui se desenvolvía con mayor claridad. Ya en 1890, los ingleses pretendieron apoderarse de las bocas del Orinoco. El despojo de que fuimos víctimas no buscaba quedarse en un simple trasplante de fronteras sino en el dominio del gran río. Amarrar, con cadenas de portero naval, al río Orinoco y a la zona que lo alimenta desde los Andes hasta las selvas guayanesas, era el designio inglés solo a medias cumplido. Los franceses aspiraron —grandes cavadores del imperialismo— a abrir el canal interoceánico a través del istmo de Panamá. Pero las

finanzas parisienses eran demasiado deshonestas y el señor De Lesseps se vio sin fondos. Una plaza que lleva su nombre es el único recuerdo de su obra en Panamá. Superiores en tenacidad a sus rivales de Inglaterra y Francia, los alemanes infiltraron a sus comerciantes en todo el Caribe para controlar, al estilo de las factorías clásicas, el comercio internacional de nuestros países. Pero no bastaban esos “finteos”, nuncios del cálculo y mensajeros de la codicia. Era preciso avanzar poniéndole tutela a un país. Frente a los yanquis que no vacilaban en desembarcar sus marinos, las potencias europeas no podían descansar en la penetración sutil. Necesitaban, ellas a su turno, apelar a la fuerza, instalándose en tierra conquistada. Así equilibrarían la balanza, peligrosamente inclinada hacia el platillo norteamericano. La decisión de enviar sus barcos a Venezuela respondía a esa estrategia de penetración armada y de sumisión impuesta que el imperialismo europeo debía trazarse frente a la expansión yanqui en el Caribe.

En el Caribe, las potencias europeas no tenían, entre ellas, rivalidades que estorbaran su acción conjunta. Sus intereses, tomados individualmente, eran todavía muy minoritarios frente a los de Norteamérica, ya bastante robustecidos. La acción mancomunada, en la solidaridad del crimen, era posible para ellas. Venezuela ilustró entonces lo que sería después una

constante en las andanzas del imperialismo. En un momento determinado, las potencias imperialistas divididas por divergencias muy hondas entre sí pueden orquestarse para la conquista de un objetivo común a todas ellas. La Europa de esa época —1902— andaba dividida en dos coaliciones que ya cebaban la bomba para la indigestión de sangre de 1914. Alemania e Italia habían constituido, desde hacía cierto tiempo, su Triple Alianza junto con Austria. El Káiser y sus cancilleres andaban del brazo con los primeros ministros de esa democracia caricaturesca que siempre fue la Italia monárquica. La Francia de Delcassé estaba consiguiendo, de la naciente Inglaterra eduardiana, la “*entente cordiale*” que la sacaría del aislamiento y de la humillación. Los abismos entre esos dos bloques eran ya insondables. Y la paz danzaba sobre la punta de una bayoneta. Sin embargo, la Inglaterra de Su Majestad Eduardo VII, la Alemania del muy poderoso señor Guillermo II y la Italia de la Casa de Piamonte, se unieron en fraternal comandita de robo y desvergüenza para agredir a Venezuela. Sacarle partido a los Estados Unidos a costa de nuestra patria fue el aliciente milagroso que unificó a aquellos gajos del tronco imperialista. Una tajada suficiente para colmar todos los apetitos bien valía un convite. Y las potencias europeas lo hicieron.

La unión de gavilanes y águilas que se lanzaron sobre nosotros era necesaria para solucionar el problema

que significaba la doctrina Monroe. Siempre utilizó el capitalismo de los Estados Unidos —incansable cazador de pueblos— esa doctrina como arma para evitarse rivalidades en la América Latina. El continente debía ser para los banqueros de Nueva York que ya en los tiempos de John Quincy Adams comparaban el mapa de la América Latina a un jamón apetitoso. La doctrina Monroe sirvió a lo largo de un siglo para alejar de nuestras tierras a las potencias que hubieran rivalizado con los yanquis en la faena de explotarnos. En 1902, una sola nación europea no habría alcanzado a atacar a Venezuela sin suscitar la ojeriza, llena de celos, del naciente imperialismo yanqui. Estados Unidos había dejado de ser una nación de segundo orden, que necesitaba hacerse proteger por algún gigante europeo para cimentar sus pretensiones internacionales, y constituía uno de los emporios industriales más vastos del mundo. Su máquina de guerra tenía eficiencia ya probada en las victoriosas batallas contra España. Para atacar a Venezuela, sin riesgos de doctrina Monroe, se requería la combinación. Juntar a Alemania, de gran ejército, y a Inglaterra, de flota invicta, en una misma alianza era un imperativo de acertada táctica. La aparición conjunta descansaba en ese razonamiento. Su fuerza, muy superior a la de Estados Unidos, aseguraría la feliz culminación del agravio a Venezuela. Los yanquis tendrían que admitir los hechos consumados y avenirse

a la existencia de un protectorado europeo en sus propias narices. Era como si a Inglaterra le hubieran puesto una colonia norteamericana en las fronteras de la India.

Cipriano Castro y nuestro pueblo desbarataron aquella mezcla de rivalidades, granujería y descaro que fue el bloqueo de 1902. Las cancillerías europeas —siempre ocurre lo mismo— calcularon mal los riesgos de la operación. Porque no se trataba de la doctrina Monroe sino de la voluntad de pelea de un país insoportablemente orgulloso de su independencia y fieramente dispuesto a tutelarla. Frente al bloqueo alcanza su plena dimensión la figura de Cipriano Castro. Hay que honrar a aquel hombrecillo y a sus andinos que no vacilaron en llamar a sus conciudadanos a la defensa del país. “La planta insolente del extranjero ha osado profanar el sagrado suelo de patria.” Las palabras pueden resultar, para el gusto de hoy, un poco recargadas. Pero hay en ellas algo del espíritu de Simón Bolívar. “Si la naturaleza resiste...” Es el nervio bolivariano, la audacia de un Libertador, la que vibra en ambas frases. 1812 y 1902, noventa años en los cuales no se agotan la grandeza y el heroísmo. Y como si presintiese Castro que la sombra de los libertadores descendía sobre él, invocó en la proclama a los “nuevos Carabobos y Ayacuchos” que habrían de salvaguardar otra vez la Independencia de Venezuela. Esa proclama anunció que el país tenía jefe. Los venezolanos corrieron a leerla en

las carteleras de los diarios, en las esquinas mugrientas de las jefaturas civiles y en esa especie de emisora de radio que en el país primitivo de 1902 eran las pulperías de las calles y caminos. “La planta insolente del extranjero...” Sonaron las palabras como goterón de lluvia en techo de zinc y un ruido de tambores pobló el universo mental de cada venezolano. La lámina del viejo heroísmo venezolano se calentó al rojo vivo para destellar en la electrizada lengua de las decisiones. Y sobre aquel país así conmovido que volvía a registrarse la entraña ardorosa un hombrecito de barba cerrada y ojos llameantes que quiso ser grande en el momento estelar de su carrera política.

La firmeza con que Castro resiste a la agresión y la audacia de sus medidas defensivas, acreditan la grandeza de que era capaz cuando lo animaba un ideal noble. Este hombre será en nuestra historia un poco ángel y un poco demonio, un poco héroe y un poco villano. Se levantaba a las cúspides de lo sublime y se hundía en el cretinismo de lo ruin. En 1902 le llegó el momento de ser el último de los presidentes venezolanos con pasta de héroe. Y lo fue plenamente, sin cobardías ni mezquindades. A tantos años de su proclama y de su gesto su perfil se remonta casi a lo legendario. Se necesitaba poseer quilates espirituales muy bien probados, convicciones profundas y valentía que no trepidara para enfrentarse a aquella coalición de potencias. Contra los

muros de La Guaira y Puerto Cabello descargaron sus cañones las naciones prepotentes de la tierra. Allí estaba la Inglaterra que ya caía sobre los *boers*, más fuertes que Venezuela, en un hartazgo de soberbia. Y la Alemania que dictaba su ley a un mundo asustado ante el paso marcial de sus *junkers*. A ambas las flanqueaba la Italia de la leyenda romántica en las barbas de Garibaldi. La desproporción de los combatientes era abrumadora. La pobre Venezuela de dos millones de habitantes midióse con el imperio alemán, el imperio británico y el reino de Italia. Cuatro cañonazos deberían bastar para reducirnos a la condición de mendigos de una paz deshonrosa. A las potencias se les habían arrodillado la China de los emperadores manchúes, la Persia milenaria, el mundo árabe con su vieja cultura. Nadie resistía, ni siquiera por salvar las fórmulas, aquellos conquistadores, los más formidables que el planeta había conocido. Un simple barco valía por centenares y millares de hombres e incendiar las costas era tan fácil como apretar un botón en los mecanismos de tiro de la artillería naval. Cuando llegaban las potencias a un país atrasado, gobierno y pueblo huían despavoridos. Y pocos días después, entre filas de soldados extranjeros victoriosos, regresaba el gobierno a pactar la capitulación ante el irresistible agresor. Así sucumbieron, uno tras otro, veintenas de países de Asia y África entre 1850 y 1900. Si hasta a la Rusia zarista le habían hecho

las potencias de Occidente una operación de policía en 1860 que culminó con una victoria fulminante. ¿Cómo no iban a temblar los pobres pueblos de los países atrasados que no tenían cañones ni ejércitos ni desarrollo industrial para alternar con esos señores del imperialismo armados, a la manera de Júpiter, de todas las armas? Los samuráis del Japón, los príncipes hindúes, los mandarines chinos, los monarcas de las más rancias naciones en los continentes subdesarrollados, todos cayeron rápidamente frente al fuego diabólico de aquellas potencias que en el alba del imperialismo pusieron la ley en la boca de sus cañones.

Pero al decoro del mundo oprimido lo salvaron dos hombres que desde el fondo del pantano que significa esa épica se levantan hasta las cumbres del heroísmo. Esos dos hombres fueron —y hay que decirlo para la nueva historia que los países subdesarrollados deben escribir— Cipriano Castro y el presidente Kruger, de la República del Transvaal. Fueron los únicos que tuvieron la audacia de resistir, con viril verticalidad, la agresión imperialista. Kruger sucumbiría a la maquinaria inglesa pero su ejemplo de estoicismo y altivez pertenece a los pueblos agredidos. Castro atravesó con éxito el gravísimo trance y pudo sostenerse en el poder sin mengua de nuestra soberanía ni mancha para sus convicciones nacionalistas.

La táctica de Castro consistió en apelar a la fuerza, sin limitaciones, para demostrarle a las potencias, que la conquista de Venezuela les costaría caro. Al producirse la agresión, sus cuerpos de policía detuvieron a todos los ingleses, italianos y alemanes que habitaban en nuestro país. Entre filas de soldados, los comerciantes teutones e ingleses de Caracas y Maracaibo, desfilaron con las manos amarradas hacia los muelles de la capital zuliana y de La Guaira. Fue la primera vez y posiblemente la última, que el pueblo venezolano vio con integral alegría un desfile de presos por sus calles. Si los cañones imperialistas, pensó Castro, siguen disparando, que maten a sus conciudadanos. Una carnicería de ingleses y alemanes como primer plato para los agresores. Ojo por ojo y diente por diente. La ley suprema de la guerra, aplicada con acierto por Castro para salvar al país y asegurar su decoro. Al amarrar a los europeos, Castro evidenciaba, aún con mayor fiereza que en las palabras de su proclama, la decisión de resistir. El pueblo no podía equivocarse. Tenía un gobierno que se empinaba sobre las palabras. La lucha no estaba apenas en las frases. Se consumaba en los hechos que son el Evangelio de los pueblos cuando se plantea el dilema de vencer o morir.

En todos los pueblos de Venezuela se formaron, por iniciativa del gobierno, cuerpos de voluntarios para defender nuestro territorio. El plan de Castro era

oponerles a los invasores, si se atrevían a desembarcar, una guerra a muerte que convirtiera cada centímetro cuadrado de suelo venezolano en un fortín de la patria. Resistirlos en los puertos, con las mejores armas de que se dispusiese y aun a costa de grandes sacrificios dada la superioridad del enemigo que para el ataque contaba con el recurso de los cañones navales de gran alcance. Y seguirlos resistiendo en el interior, donde ya la superioridad europea no sería tan aplastante. Más de cien mil venezolanos acudieron a las jefaturas civiles a buscar armas para integrar el ejército patriótico. Joyas y dinero cayeron en las arcas del gobierno. Es el ejército más grande que se haya formado en el país. La Nación volvió a ser ejército como en los tiempos de la Independencia. Los invasores hubieran tenido que replegarse si, contra la prudencia, se aventuran en nuestro territorio. La onda veloz de un despertar había sacudido al país. Venezuela volvió, quizás en muchos años desde la Independencia, a ser una colectividad con el tremendo orgullo de un destino. Para las tradiciones nacionalistas de nuestro pueblo ese momento tendrá un fulgor inextinguible. Cualesquiera que hayan sido los errores de Castro, y fueron muchos, su ejemplar valentía frente a los cañones extranjeros lo emparenta para siempre con la idiosincrasia de Venezuela. En la hora del ataque alevoso fue la síntesis humana y el conductor sin tacha de multitudes que vivieron

la tempestad del coraje. Ser el reflejo del país, identificarse con él y servirlo hasta el desprendimiento son las virtudes supremas de un mandatario. En ese episodio de la agresión extranjera, Cipriano Castro las vivió y ofreció a sus compatriotas. Fue el punto culminante en su parábola de caudillo. Después vendría el descenso sin grandeza y la agonía sin calor cuando ensoberbecido y torpe destruirá lo que pudo ser su obra.

Los Estados Unidos —debemos registrarlo para el análisis de la evolución política del país— miraron ese conflicto entre preocupados y codiciosos. La agresión europea significaba para ellos una amenaza y abría una posibilidad. La amenaza estaba en las consecuencias que hubiera tenido la ocupación militar de Venezuela por unas potencias de las cuales era ya rival el expansivo capitalismo de los Estados Unidos. Para los planes de convertir al Caribe en el lago americano, la presencia de Europa en un país de tan acusada importancia estratégica era un contratiempo. Pero el bombardeo naval y la crisis abierta por el prometía la posibilidad de aprovechar las vicisitudes de Venezuela con vistas a presionarla y acorralarla. Entre más comprometida fuese la situación de nuestro país ante Europa mayores serían las ventajas que obtendrían los Estados Unidos. La actitud del gobierno norteamericano, enmarcada en tan contradictorio juego, se asemejaba mucho a la de esos benefactores que dejan arruinar a su pupilo para

comprarlo eventualmente a menor precio. Así obrará a lo largo de la crisis la cancillería de Washington. Cuando se escucharon los primeros cañonazos, el Departamento de Estado recordó la doctrina de Monroe. Su titular exigió de las potencias europeas el cese de la agresión armada. Aparecía la fase tutelar, llamémosla así, de la diplomacia norteamericana. Oponerse al bombardeo era evitar que Venezuela fuese a sucumbir. Una ocupación, razonaban en la Casa Blanca, otorgaría ventajas incontestables a los europeos. Eran los hechos consumados que siempre han abonado a los agresores las mejores posibilidades. Si los Estados Unidos toleraban pacientemente el despliegue de fuerza frente a Venezuela, su futuro de conquistadores quedaría virtualmente eliminado.

Cuidando ese futuro, el Departamento de Estado se permitió cierta firmeza ante las potencias del Viejo Mundo. En su lenguaje pintoresco, Roosevelt exclamó que no toleraría la ocupación militar de una nación latinoamericana. Esas palabras surtieron su efecto en Europa. Ninguno de los atacantes podía seguir su tarea nefanda sin sondear al Departamento de Estado. Era lo que Roosevelt había buscado. El conflicto entró en una etapa de negociaciones entre las grandes cancillerías. Se realizaba la táctica norteamericana de llevarlo a un plano de transacciones multilaterales. Roosevelt podía matar dos pájaros con la sola piedra de sus declaraciones.

Frenaba a Europa y colocaba a Castro bajo la tutela solapada de los Estados Unidos. Intervenir en el problema, como si fuese parte de él, constituía el punto clave de la estrategia norteamericana. Pero las miras de Roosevelt —profeta del mercantilismo neoyorkino— tenían otras intenciones, y el desarrollo del conflicto las mostrará en su desnuda tosquedad. Para domeñar a toda la América Latina, sin rivales ni peligros, el imperialismo yanqui necesitaba convertirse, ante Europa, en representante oficioso de todo el hemisferio. Una especie de tutoría providencial que se discerniese al Departamento de Estado. Los díscolos y atrasados países de habla hispana recibían la custodia de los norteamericanos. En los diferendos de significación internacional pasarían a obrar bajo la guía de los Estados Unidos. La ficción del menor de edad que necesita de un personero superior para cubrir y superar sus incapacidades, aparecía en esta posición del gobierno de Washington, refrendada frente al ramalazo de las potencias contra Venezuela.

La tesis que amparó esos manejos fue el llamado corolario Roosevelt a la doctrina Monroe. Es un modelo de desfachatez internacional. Si la América Latina es un continente inestable y derrochador, sus países se verán en frecuentes conflictos con las grandes potencias. A menudo, sus gobiernos dejarán de pagar sus deudas o de cumplir sus compromisos. Las potencias acreedoras no pueden ser defraudadas. La ley y la honorabilidad las

amparan en sus exigencias de cobro. Pero los Estados Unidos no sabrían tolerar la intervención armada de las naciones europeas. Ello derrumbaría la doctrina Monroe. Para remediar la contradicción entre los dos intereses, el Departamento de Estado asume el derecho de intervenir, ocupar o presionar a los países latinoamericanos que se encuentren en tal situación. Así se evitaría la intervención europea. Entre el acreedor y los Estados Unidos se establecerían las negociaciones encaminadas a reglar el problema. Un amistoso reparto imperialista en el cual los Estados Unidos, como grandes tutores, tomarían la parte del león, dejando a los europeos las tajadas menos suculentas.

El corolario Roosevelt orientó, tácitamente, la actuación norteamericana en los días del ataque a nuestra patria. Las naciones europeas accedieron a retirar sus barcos y a someter a otros arbitrios el asunto. Cesó la agresión física, pero empezó el drama diplomático. En ese momento se abre la otra fase de la actuación norteamericana. Asegurados en sus temores desde el instante en que se retiran las flotas europeas, los Estados Unidos desencadenan la presión sobre Castro para cobrar el servicio prestado a Venezuela. Aspiraban a obtener un alto precio —la parte del león— en su papel de mediadores interesados. Con cierta meliflua entonación, los agentes yanquis trataban de convencernos de la justeza de sus apetitos. Nos habrían librado de la intervención

y era lógico la recompensa que nos exigiesen. Después de todo, lo peor ya había pasado. Frente a la independencia del país, que los europeos hubieran aplastado, las exigencias norteamericanas eran bien modestas. Entre más obsecuente fuese Venezuela hacia ellos mayores serían las posibilidades de reducir en las conversaciones finales las demandas de las potencias europeas.

La mira norteamericana apuntaba hacia la conversión de Castro en un títere de Washington. Los Estados Unidos empezaban a comprender en aquellos años la importancia internacional de las riquezas existentes en Venezuela. En el conflicto aparecía la posibilidad de amedrentar a Castro hasta llevarlo a consentir un tácito protectorado norteamericano sobre el país. Era cuestión de proceder con habilidad utilizando la sonrisa en lugar del garrote. El corolario Roosevelt sabía utilizar procedimientos caballerosos como el ruego, la insinuación o la exigencia secreta. No solo de cañones se hacen ciertas doctrinas internacionales. Si Venezuela aceptaba las discretas proposiciones, el corolario Roosevelt funcionaría inmediatamente, alejando a los europeos de toda predisposición. Así plantearon las cosas en Washington y en Caracas los diplomáticos yanquis. Tomar a la atribulada y empobrecida Venezuela y comprarle a bajo precio, con unas sonrisas, su espléndido futuro. Caridad con uñas, como moteja nuestro pueblo a ese tipo de larguezas calculadas.

Cipriano Castro actuó, en esta etapa del conflicto, con acabada habilidad. En el primer momento aparentó aceptar las sugerencias yanquis. Ya habría tiempo de considerar aquellas propuestas. Lo esencial era zanjar el problema que planteaban las potencias agresoras. Venezuela no accedería a delegar su representación en terceras potencias. Era un país soberano que podía negociar directamente para el arreglo de las deudas. Washington debía presionar a los países europeos a la solución pacífica, con pleno respeto a la soberanía venezolana, del conflicto armado. En esos términos se expidió Castro durante las sigilosas y turbulentas conversaciones que se empeñaron con los personeros diplomáticos de los Estados Unidos. No rechazó de plano, en una primera etapa, las ambiciones yanquis, pero salvaguardó, limpiamente, el derecho de Venezuela a conducirse sin tutorías. Allí radicaba el problema esencial. Y era allí donde el presidente de Venezuela debía ser intransigente. Conjurado el nubarrón intervencionista de los europeos, habría oportunidad para encarar la eventual amenaza norteamericana contra la cual era absurdo anticipar repudios. Tiempo al tiempo, como en la frase del comerciante tovaréño que le rechazó el ministerio de hacienda.

La varonil insurgencia de Venezuela y el enredo diplomático de los apetitos encontrados, obligaron a las potencias a retirar sus barcos. No era Venezuela la fácil

presa que imaginaron los cancilleres y militares de los tres países coaligados. Pero el bloqueo no iba a ser, en la historia del país, un suceso baldío de repercusiones. Si La Victoria en el plano interno consolida una dominación y abre un largo paréntesis que aún percibimos, el bombardeo naval engendra duraderas proyecciones en la posición internacional de Venezuela. Los dos episodios constituyen los hitos cardinales de la hegemonía andina en el alba de su vigencia. De la agresión imperialista saldrá Venezuela amenazada. Ya no será independiente. Por una paradoja absurda, el repudio al bloqueo que puso en tensión la virilidad venezolana no acarreará la salvación de nuestra Independencia sino la hipoteca que años después habría de maniatarnos.

Los norteamericanos no iban a soltar su presa. Permitieron, es cierto, que Venezuela ejerciera su intransigencia ante los europeos y hasta coadyuvaron discretamente en nuestra empresa de alejar a aquellos facinerosos armados. Pero insistieron en su cobro mucho más allá de la terminación del conflicto con las tres naciones coaligadas. El punto clave de su esfuerzo fue el caso de la New York and Bermúdez, la compañía del asfalto que en la Revolución Libertadora puso sus recursos e influencias al servicio de Manuel Antonio Matos y hasta se permitió armar un corsario que estorbó la navegación venezolana en nuestro propio litoral. Contra esa compañía aplicó Castro las condignas represalias

que pedían, al unísono, el Derecho Internacional y la dignidad del país. Fue sometida a intervención estatal y sus factores en Venezuela privados de toda facultad de administración. La compañía intrigó en Washington para obtener la devolución de sus propiedades. Y el Departamento de Estado buscó, en sus gestiones en Caracas, la revocatoria de las medidas intervencionistas. Era uno de los precios que los ministros norteamericanos exigían por la tercería que aplicaron durante el conflicto con las tres potencias aliadas. Perdonando a la N. Y. and Bermúdez, Castro debía manifestar su buena voluntad hacia los Estados Unidos. En el fondo se trataba de violentar la entrada al país de los capitales norteamericanos. Si a la compañía neoyorkina se le lavaba en aguas lustrales de perdón, Venezuela abría sus puertas a otros empresarios. Era una invitación a penetrar en el país. Allí estaba el trascendental quid de las discusiones con los yanquis. Sustituir al europeo con su rival del norte. Castro comprendió claramente el riesgo. Y pasó de la aparente condescendencia de los primeros días —cuando Europa era el enemigo más agresivo— a una actitud de beligerante firmeza.

La intervención de la N. Y. and Bermúdez. se mantendría en pie. Los capitalistas de Nueva York, dueños de la compañía y Teodoro Roosevelt montarían en cólera. Las relaciones fueron deteriorándose. En sus tardes de Nueva York, Roosevelt soltaría algunas palabras

de grueso calibre para calificar al tachirense. Bandido y ladrón que merecía unos azotes. Con semejantes dicerios acostumbraría referirse el ardido Roosevelt a quien en Venezuela había sabido castigar a una compañía pirata. Un estado de sorda guerra psicológica entre los dos gobiernos estirarían ansiedades en Caracas y en Washington. Los Estados Unidos hicieron desfilas todos sus recursos para intimidar a Castro y obligarlo a ceder en el importantísimo punto del asfalto. Publicidad ruidosa en la que Castro aparecía como un capitán de bandoleros, amenazas de provocarnos dificultades internacionales y al mismo tiempo halagos a determinadas figuras del gobierno y de la sociedad venezolanas. Esos arbitrios alternaron en una suerte de estira y encoje de intenciones protervas. Pero Castro no cedió. El lugar vacante de los europeos no iban a ocuparlo los yanquis. La sangre vertida frente al bloqueo no podía servir para que otro agresor tomara el vacío venezolano. Hasta que llegó, entre refunfuños de la burlada compañía y sobresaltos del Departamento de Estado, la ruptura de las relaciones diplomáticas. Castro terminaría su gobierno en estado de enemistad con Norteamérica. Hasta ese extremo supo llegar en su celo por defenderle a Venezuela el futuro independiente.

Como en todas sus obras, el bonapartismo hará a Castro contradictorio y absurdo. En el episodio de sus divergencias con los Estados Unidos, esas

contradicciones le costarán el gobierno. Cuando el Restaurador, después de enfrentarse a Matos, a los europeos y a los yanquis, había puesto una raya que los separaba de los intereses reaccionarios de su tiempo, era obligatorio para él entenderse y apoyarse en la opinión democrática. Desafiar como lo hizo a la oligarquía mercantil venezolana, a los caudillos postfederales, al imperialismo europeo y al naciente capital monopolista de los Estados Unidos, equivalía a completar esa obra formando una coalición popular de vastos alcances. Era el único medio de conservar el poder y de crear en el país una situación que nos saneara de riesgos y tutelara el porvenir de un nacionalismo beligerante. Los círculos heridos y ofendidos por Castro —virtualmente todo el mundo de la reacción nacional e internacional— tratarían de cobrarle el agravio, arrojándolo del gobierno. No iban a esperar con filosófica resignación esos intereses que el Restaurador se afanzara en una Venezuela ajena a su control. Los mecanismos del desquite entrarían a operar. Y para atajarlos, con segura perspectiva, Castro debía juntar fuerzas y estructurar un andamiaje que compensara a tan poderosos enemigos.

Fue allí donde fracasó Cipriano Castro. Su manía bonapartista lo llevará a derrochar el éxito alcanzado en los días del bloqueo. Una política inteligente dictaba la conveniencia de llamar al gobierno a todos los hombres que en la hora aciaga del bloqueo habían empuñado

las armas o manifestado su adhesión a Castro. Con ellos, en saludable reconciliación, era posible integrar un régimen de fuerte contextura. Castro no pasará de las formalidades. Agradecerá los telegramas de sus adversarios progresistas y les abrirá las puertas de la cárcel. Pero no los engancha en su gobierno ni suspende, el error fue trágico, las persecuciones. No se había borrado el humo de los barcos extranjeros en el horizonte cuando ya los policías volvían a su predilecta ocupación de aprehender y ultrajar. Y la arbitrariedad retornaba ganosa de nuevos fueros en un país latigado de los abusos. El abismo que lo separaba de la opinión democrática, momentáneamente cerrado en el episodio del bloqueo naval, vuelve a abrirse a los pies de Cipriano Castro. La gran oportunidad de cerrar esa herida estaba malbaratada. No aprovechar el patriótico clima del bloqueo para enjugar los manaderos del resentimiento que le enajenaba a los mejores círculos del país fue un gran error entre los muchos yerros de Cipriano Castro.

Los conservadores colombianos fueron infinitamente superiores en inteligencia en una coyuntura similar. Cuando la secesión de Panamá el gobierno conservador supo pasar por encima de su orgullo de casta para sanear la situación interna. Al general Benjamín Herrera, el derrotado en la guerra de los mil días, se le confió el mando de uno de los ejércitos con que el

gobierno colombiano pretendió defender su amputada provincia. Herrera pronunció su histórica frase: “La patria por encima de los partidos”. Y empuñó la espada que le habría permitido, de llegar a Panamá, acorazar el honor colombiano. El régimen conservador, dando esa prueba de lúcido desprendimiento, prorrogó su vigencia por treinta años. Cesaron las persecuciones. Uribe y Herrera dejaron de ser víctimas del furor policial. Y se vieron obligados ambos a pagar la responsabilidad que los conservadores pusieron en sus manos, al confiarles el virtual mando de todo el ejército colombiano, con una actitud propicia al diálogo cívico. Cipriano Castro hubiera podido proceder conforme a ese canon. Llamar al ejército a caudillos como el “Mocho” Hernández o los hermanos Dúcharne era escoger aliados para aislar a los cipayos de Matos y restarle posibilidades al enemigo imperialista. Prefirió su soberbia. Y con ella, al lanzarla sobre la tierra venezolana, abriría la tumba de su régimen.

El bloqueo fue, en la naciente carrera de los andinos, la más sarcástica de las coyunturas. El país venció a todos sus enemigos. Pero el gobierno resultó incapaz para montar sobre aquel paréntesis de hervor patriótico una estructura perdurable. Pasado el inicial clima de exaltación nacionalista, las energías del pueblo bajaron. Y el caudillo, que ya no necesitaba mantenerse en tensión, tornó a sus placeres y a su autosuficiencia.

El gran esfuerzo venezolano se dispersó, pues ya no tenía objetivos. Los círculos progresistas, defraudados y perseguidos otra vez, se engolfaron en la expectativa y en la oposición. El nacionalismo no puede sostenerse si deja de unir, en una política interna de contornos creadores, a los sectores sanos del país. Una cruzada antiimperialista que luego no se trace objetivos internos de unidad y progreso, concluirá trayendo al poder a las fuerzas reaccionarias. El ideal de establecer un nuevo orden —“nuevos ideales” como dijo Castro— solo servirá para encauzar las aguas del retroceso. Cuando Castro optó por mantener su bonapartismo, desechó el camino recto. Aislado y deshecho por la enorme carga de sostenerse, su caída será fácil el día en que los imperialistas y su clientela criolla muevan la palanca de la traición contra el Restaurador. Un pueblo desengañado y ofendido lo verá partir sin lástima. El régimen andino entrará entonces en una etapa que nos dolerá como costurón sangriento en las espaldas de la patria. Quedó la lección para el futuro. Un movimiento antiimperialista —Castro encabezó un movimiento de ese tipo en los años del bloqueo— que no culmine en reformas internas y en una política de alianza popular o que sea sordo para el trabajo creador en el país, se desparrama y fracasa. Sus propios cabecillas sufrirán la derrota irremediable. Será a sus enemigos, siempre astutos, a quienes corresponderá la victoria.

El fracaso del nacionalismo castrista significará la frustración del régimen andino y la deformación prolongada de Venezuela. Después del 19 de diciembre de 1908 —día del calvario restaurador— ya el régimen no tendrá posibilidades de hacer una política progresista. Y Venezuela no escapará al inmerecido destino colonial.

X. NACE UN EJÉRCITO

La batalla de La Victoria, con su carga de proyecciones, despeja el panorama para los andinos de Cipriano Castro. Por las gargantas que comunican a los valles del centro con los llanos se fugan las tropas vencidas. Pocos meses después los catorce mil hombres de La Victoria se desparramarán por el ancho suelo venezolano, tornando a sus viejos oficios en ese mimetismo con que el soldado de las derrotas se evitó las peores molestias. Se arrojó el chopo y en unas horas los combatientes volvieron a ser los conuqueros de siempre. Los caudillos emprenderían el viaje al exterior. Las pensiones de Trinidad y Curazao volvieron a rebosar de personajes venezolanos que acudían a los muelles a mariposearle a los barcos de La Guaira o recibían en sus habitaciones sospechosos visitantes de puertas trancadas. Ya no hay ningún hombre de prestigio que pueda disputarle con las armas, batiéndose en el campo de batalla, la presa

del poder a Cipriano Castro. Ni quedan en el territorio venezolano, cuando Juan Vicente Gómez apague en Ciudad Bolívar el último chispazo de la guerra civil, partidas armadas que puedan constituir un desafío serio a la autoridad del gobierno nacional.

Suena entonces para el régimen andino la hora de transformar en ejército permanente a los batallones de 1899 y de 1902. La situación creada por la irrupción andina en el poder y por el victorioso desenlace de la lucha contra los caudillos postfederales no podía consolidarse sin un ejército compenetrado con Castro y con los suyos. Las tropas que vinieron del Táchira, por las abras audaces de 1899, habían acusado un notable valor militar. Pocos meses bastaron para convertir en combatientes tímidamente calificados a aquellos improvisados guerreros que abrazaron la causa restauradora. Al llegar a Caracas, el ejército castrista tenía ya cohesión, disciplina, acometividad y dominio de sí mismo, que son las virtudes esenciales de una organización armada. Los contingentes de 1902 serán superiores porque traen el calor de la agitación que precedió a su formación. Los Andes siguieron con mayor entusiasmo la defensa de La Victoria que la marcha de Castro hacia el Capitolio. Mientras en el 99, se incorporan a la aventura restauradora los selectos círculos de una clase media muy contaminada de pasión política en 1902 acude casi toda la población de las ciudades a integrar

los cuerpos militares del salto hacia las trincheras de La Victoria. El fuego de las batallas sumó la experiencia a los mozalbetes que en ambas oportunidades quisieron encontrar en la guerra el pedernal que decantara su filo anímico. Castro tenía ya la materia prima para forjarse su armazón militar.

El ejército no puede desvincularse de la organización social y del Estado a los cuales sirve. No era factible, a la luz de ese postulado elemental, que el ejército de los andinos fuese igual a los que, en épocas anteriores, habían existido en la República. El régimen andino y las clases sociales que lo promovieron no tenían el mismo interés que los gobiernos bajo cuya iniciativa aparecieron las estructuras militares de otros tiempos. Nuestra primera formación castrense surge en el calor extraordinario de la Independencia. Su creador fue Simón Bolívar. El genio político y militar del Libertador —que lo encumbra sobre sus contemporáneos— consistió en su capacidad para unir a la Nación y llevarla a la batalla. El ejército fue la obra de esa especialísima facultad de Bolívar. Cuando los patriotas logran apoderarse de Guayana y la lucha con los españoles se equilibra en Venezuela, el Libertador comprende que ha pasado el momento de la acción guerrillera, un tanto dispersa, para obrar contra el enemigo mediante ejércitos integrados. Su verbo y su energía se empeñan, desde Angostura, en la tarea de darle a las muchas partidas que operaban en

suelo venezolano una dirección central, una doctrina y una disciplina. Las cartas de Bolívar y sus emisarios, ayudados por el inmenso prestigio que ya rodea al jefe del país, van ensartando el disperso rosario de combatientes. Los lanceros se convierten en oficiales de una organización embrionaria pero suficientemente cohesionada como para adelantar una guerra de mayor envergadura. Páez, Cedeño, Monagas, Plaza, Leonardo Infante, los mil bravos del llano pasan a ser generales a las órdenes del Libertador en cuya cabeza se concentran los poderes políticos y militares. Boyacá es la primera gran victoria de ese ejército. Después vendrá Carabobo. De la defensiva estratégica, los patriotas han pasado a la ofensiva en los tres años que median entre 1818 y 1821. La diferencia es el producto de un jefe excepcional que supo comprender cómo para equilibrar y superar a los españoles apenas bastaba unir a las muchas fuerzas existentes en el territorio nacional.

Ese ejército quedará en manos de Páez. Cuando los llaneros afanosos de gloria se “echan al pico” —para decirlo en su lenguaje— al imperio español de América. Páez va convirtiéndose en jefe militar indiscutido porque tiene ascendientes sobre las masas y porque en Venezuela no quedan figuras que lo opaquen. Muertos Cedeño y Plaza, aliados Bolívar y Sucre, era inevitable que el poder militar pasara a manos del legendario lancero de Mucuritas. La disolución de la Gran Colombia

entronizará en el poder, dentro de lo que va a llamarse la República de Venezuela, a la clase de los comerciantes caraqueños que encuentran en Páez el brazo ejecutor de sus propósitos. Las lanzas victoriosas, conducidas por Páez, se transforman en sostén armado del orden que crean los conservadores, expresión política del comercio capitalino. El gobierno de la oligarquía conservadora representó siempre las miras sociales de esa clase. Leyes como la de espera y quita y la del 10 de abril de 1834, demuestran fehacientemente que la clase decisiva dentro del gobierno era la de los mercaderes. El terrateniente es simple escolta cuyos privilegios también se aseguran, pero en menor medida. El impuesto a la exportación de productos agrícolas y el libre cambio que practica la oligarquía conservadora —aunque con el voto salvado de Fermín Toro— son características orientaciones de las clases mercantilistas. El régimen reposa en una alianza entre comerciantes y latifundistas —Páez era uno de ellos— donde el acento y la conducción los tienen los primeros.

La oligarquía conservadora pretendió crear un ejército que fuese más estable y eficiente que la montonera de los Llanos. Los estadistas mejor dotados de la época —un Fermín Toro o un Santos Michelena— percibían que la soldadesca de los lanceros era un elemento demasiado levantisco e inseguro. Mientras el prestigio de Páez se mantuviera incólume aquellos hombres

custodiaban el orden. Pero si ese prestigio se apagaba podría sobrevenir el caos. Y para conjurarlo, la oligarquía mercantil caraqueña insertó sobre los viejos cuadros de la Independencia a un cuerpo de oficiales educados en la escuela de matemáticas. Un ejército de base rural, reclutada por el ascendiente caudillesco de Páez o de Monagas después y de dirección técnica y urbana, extraída de la escuela de matemáticas, fue el sistema militar que aseguró la vigencia del orden implantado por la oligarquía. La escuela de matemáticas produce algunos de los talentos militares más brillantes que hayan destilado por nuestra historia. Uno de ellos, Manuel Vicente de las Casas, será el único rival que los conservadores podrán oponerle, al pasar de los años, al legendario Ezequiel Zamora. Andrés Avelino Pinto, el trágico caudillo godo que sucumbió valientemente, será otro exponente de esa escuela. La oligarquía gobernante aspiraba, al crear la escuela de matemáticas, a darle al ejército coherencia nacional, organización eficiente, disciplina uniforme y conciencia de los intereses en juego. Despersonalizar el aparato militar significaba para ella prescindir algún día de Páez o de otro caudillo cuyas volubilidades nunca se descartaron.

Un instrumento que pudiera responder sin necesidades del fórceps caudillesco. Así plantearon los problemas militares los prohombres del gobierno. Y para ello se requería una oficialidad instruida, competente

y sobre todo compenetrada con el orden vigente. La oficialidad que egresa de la escuela tiene un específico sello de clase. Son los hijos de los grandes señores de Caracas, de apellidos lustrosos, de pasado oligárquico, los que allí obtienen sus despachos.

La teoría militar de la oligarquía conservadora —leída por Toro y Michelena en el paquete de periódicos londinenses que reciben en cada correo— es la que aplican los ingleses en la India. Un ejército nativo, llamémoslo así, dirigido por un selecto cuerpo de oficiales reclutados entre las clases dominantes. Es así como los ingleses crean el aparato armado que ha de brindarles casi doscientos años de dominación en la India. Las tropas de los príncipes hindúes son colocadas por los británicos bajo la dirección de oficiales europeos egresados del colegio militar de Sandhurst. Batallones morenos —los lanceros de Bengala— con un mando rubio. Guardando proporciones, ese es el modelo que tratan de adaptar los conservadores a Venezuela. Extraerle las tropas al medio rural pero sometiéndolas a un cuadro distinguidísimo de oligarcas formados en una esmerada escuela. Era un ejército esencialmente colonial. La sola diferencia con la India radicaba en que los oficiales en Venezuela provenían de familias del país y en el subcontinente asiático se traían desde Inglaterra. Pero en su estructura interna, en su vocación y en sus procedimientos los dos ejércitos no diferían en nada. Durante los años

de la oligarquía conservadora no llega ningún hijo del pueblo —salvo Páez y sus compañeros ya encumbrados por la Independencia— a ostentar un grado militar importante. El ingreso a la escuela de matemáticas —única fuente de traslado al cuerpo de oficiales— es tan difícil para un venezolano humilde como siempre lo fue para un inglés de las mismas condiciones el acceso al empingorotado colegio de Sandhurst.

Tropa “pata en el suelo” y oficiales mantuanos sintetizó la concepción militar de aquella oligarquía. Era la noción entonces imperante en todas las naciones subdesarrolladas del planeta. Se explica que los godos hayan acudido al modelo inglés. No solo porque esa era la norma de la época. Más importante, como factor de explicación, es el hecho de que Inglaterra era entonces el arquetipo indiscutible del planeta. Un país que ya se había engullido a la India y liderizaba el progreso humano, tenía que constituir el ideal para las clases dominantes de naciones que como la nuestra acababan de salir de un largo pasado colonial. Inglaterra era el único país que en tierra conquistada había creado ejércitos con materias primas nativas y técnica europea.

El ejército de la oligarquía conservadora —que llega virtualmente hasta 1863— refleja el doble carácter de los mercaderes de la época. En un aspecto, esos comerciantes eran progresistas pues les agujijonea el deseo de acumular riqueza. Sus leyes siempre tendieron

a otorgarle ventaja en el proceso de acumulación. Bajos precios a los productos agrícolas —a eso conducía el impuesto de exportación— y altos precios de los géneros importados, engendrarían una altísima plusvalía. Se creaba así el fondo líquido de reproducción. En realidad, la clase mercantil atesoró grandes ganancias y las reinvertió activamente en la tierra mediante préstamos a los agricultores. El gran progreso agrícola que el país logra hasta 1850 —la tasa acumulativa media anual del producto agrícola excedió del 10 %— es fruto de esa acumulación controlada por los comerciantes. La clase mercantil de Caracas hubiera conseguido transformar al país —en el sentido capitalista, entiéndase bien— si ese ritmo de acumulación se mantiene por espacio de unas décadas más. Porque el desarrollo capitalista siempre ha partido del comercio. No se conoce todavía el caso de una transformación —capitalista, lo recalcamos— cuya génesis no haya estado entre los mercaderes. El auge de la agricultura y el desenvolvimiento de la industria —en los cuales culmina el capitalismo— parten del impulso inicial que otorga el comercio. En aquellos tiempos —1830— era históricamente posible para la clase mercantil cumplir ese papel de carburador del desarrollo.

Pero la oligarquía mercantil tenía una ilimitada avidez que a la postre la lleva a su cataclismo histórico en 1859. Inspirándose en los ejemplos de Inglaterra

—Santos Michelena era un lector apasionado de los economistas clásicos— esa clase fuerza la tasa de acumulación hasta forzar las conveniencias del sistema. No solo empobrece a los trabajadores del campo y de la ciudad, sino que además arruina a los pequeños y medianos propietarios y aun a los terratenientes. La gran habilidad de los mercaderes ingleses —germen del capitalismo de ese país— estuvo en forzar su acumulación y en convertir en empresarios a los terratenientes. Así pudo arrojar sobre el pueblo exclusivamente los gastos de la industrialización inglesa. En Venezuela, los comerciantes atesoraron demasiado y chocaron con los intereses de la agricultura que si hubiesen sido aliados suyos evitan el desplome del orden. La escisión de las clases dominantes venezolanas entre godos y liberales refleja ese conflicto. Fermín Toro fue el único estadista que avizó las consecuencias que la tacañería exagerada de los comerciantes iba a surtir en el sistema. Su libro *Reflexiones sobre la Ley del 10 de abril de 1834* es todo un tratado de estrategia política.

Una clase que así procediera tenía que formar un ejército donde el elemento popular no podía ascender. La escuela de matemáticas introduce un elemento progresista porque pretende impartirle cultura a la oficialidad. Pero al limitar el ingreso a los hijos de los comerciantes con mayores recursos, aísla a aquella organización militar del país. Y la hace esencialmente

vulnerable al desplome. Bastaba que la discordia entre comerciantes y agricultores —godos y liberales en el lenguaje político— llegara a un grado de ruptura para que el ejército oligarca estallara. En el aparato militar se evidencia, lo mismo que en el orden político, la contradicción que arruinará al comerciante como clase tutora del sistema. Aunque Monagas desliza cierta plebeyez en la organización castrense —Ezequiel Zamora fue oficial durante la oligarquía liberal— sus manejos de caudillo habilidoso no logran borrar el cuadro general que allí impartieran los conservadores. No es por obra de la casualidad que en 1859 el grueso de los oficiales sostiene al gobierno oligarca y con ese gobierno se derrumban cuando los federales ponen anillo de candelas en torno a la Caracas sitiada.

La Revolución Federal crea su propio ejército. Desde el punto de vista militar el país vuelve a 1818 pero sin que el retroceso lo mitiguen algunos de los factores cohesionadores que obrarán a partir de 1830. La Federación es, ya lo sabemos, un vivac de ejércitos personalistas que se van formando en la manigua de la guerra civil. Vienen del campo y sobreviven, con su organización intacta, a la victoria de 1863. El ejército federal, dominante hasta 1902, tiene características absolutamente distintas a las del vencido ejército oligarca. Sus oficiales —¿podrá dársele ese título a aquellos macheteros convertidos en generales? — proceden de

la masa popular. Son los líderes del caserío, encumbrados hacia la jefatura militar por el milagro de su lanza gloriosa. Antiguos peones y hasta manumisos, liberados de la esclavitud por el decreto de Monagas, entran a integrar los cuadros de la organización militar. El ochenta por ciento de esos generales vienen del campo y el noventa por ciento no saben leer y escribir. La lucha por la tierra los enganchó en la revuelta federal y el triunfo los encontró con quinientos o mil hombres, dominando una región del país. Solo que la tierra se la cogieron para ellos, dejando en el mismo ostracismo social de antes a los millares de “pata en el suelo” que los siguieron durante el combate. El general, diez leguas; el coronel, cien hectáreas. Así entrarán a llamarse aquellos Nicolás Patiño o José Desiderio Trías que empiezan la guerra “más limpios que talón de lavandera” como dice el pueblo, cuando se apoderen de las riquezas de su región.

El ejército, como organización, desaparece virtualmente porque el Estado venezolano mismo se disuelve. Lo que llamamos el ejército en los años que van de 1863 a 1900, es apenas el elenco de oficiales que rodea al presidente de la República, que es siempre el más afortunado de aquellos caudillos. Unos centenares o millares de hombres, apostados en Caracas y en sus cercanías según los casos que le sirven de base muy precaria al jefe del Estado. En el resto de Venezuela el

ejército son las escoltas personalistas de los generales que se reparten el gran feudo en que se convierte el país. Cada estado de la Federación posee su propio ejército, con sus reglamentos y costumbres específicas y sus intereses políticos muy peculiares. Aquellos ejércitos regionales obedecen al jefe nacional en la medida en que el cacique local coincida con el presidente. Los estados danzan entre el gobierno y las mil revueltas conque el orden se desangra por la vena abierta de las rivalidades caudillescas. El ejército nacional es la tropa de Guzmán o de Crespo, apenas uniformada y disciplinada. Más allá de la capital donde sirve esa tropa, entra el dominio de la montonera revoltosa que no obedece sino a sus régulos. Cuando Guzmán o Crespo vencen es porque sus compadres regionales le acarrearán sus respectivas montoneras hasta el campo de batalla. Pero en el “contrato social” que regula a semejante orden está escrito que ningún caudillo local por leal que sea al presidente de la República consentirá que a sus “muchachos” se les sobreponga una organización nacional. El arte militar se inspira en Rousseau, pues consiste, simplemente, en poner de acuerdo a los dueños de aquellos ejércitos. El que lo logre despachará en Miraflores. El país no tiene veinte sino mil ejércitos. Porque en escala regional se repite el mismo cuadro. El jefe civil de distrito tiene sus hombres, que le son

leales, y el de municipio se administra de la misma manera. Son ejércitos de bolsillo.

El carácter de clase lo da el latifundio. Es la tierra usurpada al pueblo por los caudillos victoriosos —pues la Federación se hace para repartir la tierra entre los combatientes— la que proporciona la materia prima de esos ejércitos. El general doblado de terrateniente extrae de sus haciendas los soldados que necesita en la guerra o en la paz. Si hay guerra, se eleva la contribución de cada hacienda, el impuesto de sangre que cobran los caudillos. Si hay paz, el soldado vuelve a trabajar en la hacienda del general o del coronel. Como el latifundio dispersa, es la característica de la producción agrícola, el Estado casi se disuelve y el ejército se atomiza en esas proporciones de pesadilla. El latifundio, cuando domina sin contrapeso, no necesita un Estado nacional ni tampoco un ejército nacional. Es la explicación del carácter disgregante del feudalismo cuya base está en la producción agrícola. Esa proliferación de ejércitos, cada régulo con el suyo propio, era una necesidad del sistema creado por la Guerra Federal que eleva al latifundio a la categoría de célula esencial de producción y a los terratenientes a la de clase decisiva de la sociedad.

Un ejército de ese tipo no requería de doctrina alguna. Guzmán afrancesó un poco a sus tropas caraqueñas encasquetándoles el kepis de 1870. El gorro de visera recta, el pantalón oscuro y la guerrera roja de las

tropas francesas fue el atuendo con que Guzmán vistió a sus soldados. Quería sentirse, cuando las revistaba, como si fuera un mariscal francés con cuyos uniformes él se paseó varias veces por las calles de Caracas. Pero el afrancesamiento no pasó de los trapos. Del ejército francés de entonces, la organización de Guzmán no recibió ningún otro rasgo. Y no podía recibirlo, pues aquel ejército, que se circunscribía a Caracas, no concordaba con el carácter de clase y las técnicas del que en Francia había sostenido al Tercer Imperio o sostenía a la Tercera República. Para que hubiésemos tenido un ejército a la francesa necesitábamos una burguesía mercantil con barruntos industriales y una pequeña burguesía campesina muy adicta al orden. Esas dos clases han sostenido a lo largo de los siglos la organización militar gala. Desde 1789 son ellas el eje insustituible de la ciencia y el arte castrense en Francia. La Venezuela desparramada de 1870 apenas podía imitar en su capital la moda militar francesa. De allí no pasaba. Porque a diez leguas de la capital, se acantonaba la tropa de Linares Alcántara o de Luciano Mendoza, producto de esos caudillos e incapaz de sumarse a una organización nacional.

Es característico que en la etapa federal —1863 a 1900— el ejército no haya tenido un Estado Mayor digno de ese nombre. Hay algunos militares de carrera, digámoslo así, pero no cumplen la labor planificadora

y orientadora de un Estado Mayor. Si el ejército no existía realmente era absurdo que pudiera emplearse el arte de los estrategas. En la dispersión que crea la Guerra Federal, el Estado Mayor era un lujo. Podía existir en el texto de los decretos y hasta asumir alguna apariencia en la organización burocrática, pero en la realidad de las cosas su presencia estaba descartada. Un hombre como Ramón Guerra, militar instruido, no tiene oportunidad de formar un Estado Mayor, porque de intentarlo se habría consumido entre inútiles papeles. Cuando una de sus instrucciones sobre organización, disciplina o reglamentos tácticos le hubiese llegado a Nicolás Patino, allí habría terminado el flamante Estado Mayor. “Recibido y en cuenta”, habría sido la irónica respuesta del destinatario que apenas sabía garabatear su firma y para quien todo lo que fuese técnica militar no tenía ningún sentido ni respondía a ninguna necesidad. Y Patiño era el estado Lara, tal como suena, con todas sus riquezas muebles, inmuebles y semovientes. El Estado Mayor es el organismo que elabora la doctrina militar, acorde a la doctrina política, garantiza la continuidad del trabajo, instruye y, finalmente, cohesiona y orienta a los ejércitos. Pedirle esos atributos al atomizado ejército de los federales era vivir en la luna.

No existe, y la ausencia es significativa, una escuela militar digna de ese nombre durante la etapa postfederal. Un militar de carrera había hecho el ridículo en

medio de aquellos tigres cuyos ascensos los acordaba el jefe local desde el chinchorro y a veces hasta en las galleras de los pueblos. La jerarquía militar, esencial en un ejército, era la variante del amiguismo. Los amigos íntimos del jefe regional compartían con este el generalato. Y los que seguían en grado de amistad se repartían el coronelato. Un sargento podía amanecer un buen día exornado con los distintivos del general. La viceversa, es decir, la degradación, era un acontecimiento tan inesperado como el ascenso fulmíneo. ejércitos dispersos, de alcances locales o regionales, no necesitaban realmente de ningún arte militar. Para mantener los feudos bastaba con los espalderos del caudillo. La regresión fue completa. Volvimos a la montonera como en los tiempos del vivac en el Llano. Pero a diferencia de 1830 cuando una clase mercantil intentó crearle al país un orden nacional, en el sentido geográfico de la palabra, en 1863 se consagró el predominio de una clase de novísimos latifundistas que era incompatible con todo lo que significara cohesión e integración. La barbarie, la arbitrariedad y el estancamiento económico fue la Trinidad resultante de esa etapa. La organización militar, copia fiel de aquel estado de cosas, retrocedió hacia el primitivismo. Afortunadamente para Venezuela, los propios caudillos mataron su sistema. Como los alacranes, la inestabilidad a que conducían las contumelias caudillistas hizo languidecer las

fuentes en que se sustentaba aquel árbol. Era demasiado temerario instaurar el feudalismo —económico, político y militar— en pleno siglo XIX.

El ejército creado por los gobernantes andinos nace con características que copian, sin deformaciones, la índole de los intereses exaltados al poder. La primera necesidad de los andinos, evidenciada a raíz de su victoria contra la Libertadora, radica en la consecución de un orden estable que precautele su sistema de las acechanzas de la guerra. Las circunstancias políticas son extremadamente favorables. Pero es preciso redondearlas con una organización militar menos expuesta a las insurgencias que aquella montonera federal de cuyo seno brotaban como hidra las mil cabezas de la rebelión. Un ejército nacional, es decir, extendido a todo el país, tenía que ser la aspiración irrenunciable de unas gentes que provenían de la región cordillerana donde el modo de producción cuasi capitalista en la agricultura y el desarrollo del comercio empujaban hacia la integración. El Táchira y en menor medida los otros dos estados andinos tenían fuerzas productivas y relaciones de producción incompatibles con la dispersión federal. Su vocación era esencialmente cohesionadora. La circunstancia de haber destruido en La Victoria a los ejércitos de sus enemigos y cegado allí mismo la raíz del caudillismo silvestre, facilitaba la tarea de vertebración nacional a que conducía su régimen. Con los andinos

vencen un modo de producción —el capitalismo agrícola del café— y una clase social, la pequeña burguesía emprendedora, que no podían permitirse el proliferante caos de la Federación.

El nacimiento definitivo del ejército coincide con la creación de dos organismos que imparten a la nueva organización armada un sello y una vocación distintas. Son el Estado Mayor y la escuela militar. Ambos nacen en las manos de un oficial chileno, el coronel Mac Gil, traído de Chile para armar la organización castrense concebida por Castro y por Gómez. Con Mac Gil se infiltra en Venezuela la escuela prusiana. Es bajo los auspicios del pensamiento militar germano como el coronel chileno articulaba el Estado Mayor y la escuela militar. Algunos historiadores muy superficiales han afirmado que los andinos escogieron el prusianismo porque su índole anímica así lo determinaba. Nada más alejado de Prusia que el Táchira de los restauradores. Prusia fue en Alemania una tierra de grandes barones feudales que engulleron tierras mediante conquista militar desde la baja Edad Media. La orden teutónica ya incursionaba en Moscovia en una fecha tan remota como en el siglo XV y sus cabecillas contaban por millares las hectáreas de sus heredades.

Ese feudalismo prusiano se convirtió en absolutismo cuando los Hohenzollern asumieron la corona y unificaron en un sistema político a todo el globo

de tierras señoreadas por la clase de los terratenientes. Prusia debió sus victorias militares del siglo XVIII a una combinación de centralismo político y de cohesión rural que le proporcionó superioridad económica sobre sus vecinos y una organización castrense de altos quilates. El Táchira fue siempre una región de pequeños y medianos propietarios que trabajaban dentro de un modo de producción casi capitalista. El reparto de la tierra por unos inmigrantes barineses y colombianos, la colonización intensa de las laderas y valles y la creación de un sistema comercial alimentado y dirigido desde Maracaibo, constituye el perfil económico del Táchira. La familia cohesionada y vigorosa, de alta tasa de crecimiento vegetativo, que engendra una pequeña burguesía ambiciosa y creadora, sintetiza su estructura social. La región no tuvo las tradiciones guerreras ni la centralización política que hacen de Prusia un caso especialísimo en la Europa Central y Oriental. Una comparación entre el Táchira y Prusia es la arbitrariedad más escandalosa que pueda sostener un sociólogo.

El prusianismo organizativo se adoptó en el ejército por circunstancias que cualquiera comprende si tiene un mínimo de sentido histórico. Prusia era entonces, 1910, una potencia militar formidable en el mundo. Mediante la unión de las tradiciones autoritarias de Prusia con el desarrollo industrial de Renania y Silesia, el imperio alemán había logrado colocarse a la cabeza

de las maquinarias militares. Para las naciones subdesarrolladas de entonces calcar los sistemas de aquel país significaba casi una obligación. Para la organización castrense, lo mismo que para la estructuración económica, los países atrasados no tenían otra escuela que el capitalismo. Y dentro de él ningún ejemplo era tan estupendo como el de Alemania, señora de Europa. El prusianismo viene a Venezuela en la persona de un chileno que lo aprendió en la escuela militar de su patria. Chile ha sido en América Latina la colectividad menos emparentada, política y espiritualmente, con los métodos prusianos. Democracia burguesa desde su cuna, Chile ha abundado en las modalidades, entre engañosas y brillantes, de la política francesa. Y sin embargo, a fines del siglo pasado sus estadistas no vacilaron en trasplantar la escuela prusiana a sus institutos militares. Esa selección era acertada. Porque no existía modelo militar tan avanzado, desde el punto de vista técnico, como el de los *junkers* de la época. Recuérdese que los Estados Unidos e Inglaterra no tenían ejércitos. Y Francia, el otro modelo a imitar, venía de la humillante derrota de 1870. Si hasta Guzmán Blanco exclamaba que él era superior, como militar, a aquellos mariscales franceses cuyo uniforme usaba en sus paseos caraqueños. No quedaba otro camino para los dirigentes militares que acudir a Alemania. Los andinos de 1910 no podían ser una excepción.

El ejército que crea Cipriano Castro —fue él quien decretó la fundación de la escuela militar— acaba inmediatamente con las organizaciones cuasi privadas de los caudillos. Los viejos batallones de 1899 y de 1902 se distribuyen por todo el país y en cada región secuestran las armas y liquidan los grupos de todos los caudillos. Desaparecen aquellas jerarquías intangibles que eran los generales de pueblo. Solo el batallón apostado en la capital del estado, a las órdenes del Estado Mayor y del Ministerio de Guerra, retiene y maneja elementos bélicos. Y ese batallón está adscrito a un sistema vertical que concluye en las altas esferas del mando militar. Las unidades castrenses, de arriba a abajo, obedecen a una misma dirección y responden a un plan común. Los caudillos de cada localidad tienen dos alternativas. Rendirse, convirtiéndose en burócratas para las aduanas o para el Congreso, o sublevarse y ser cazados en sus montes. Cuando el régimen andino llega a los quince años de existencia, bajo Juan Vicente Gómez, esa es la situación del país. Los caudillos regionales que pierden sus armas y dejan de controlar sus feudos comprobarán cuán profundo es el cambio en la organización castrense. Cabizbajos, camino de San Carlos o de Puerto Cabello, entre una fila de soldados con uniforme verde, medirán el abismo de ruina en que se ha hundido su casta. Con un regimiento en cada estado, eslabón de una cadena militar tendida a lo largo del país, el

antiguo caudillo ya no tiene fuerza ni para nombrar un jefe civil. Solo colaborando con Gómez podrían esos prohombres primitivos, ayer dueños de ejércitos, lamer las migajas del viejo poderío.

El ejército creado en 1910 —la fecha es simbólica más que exacta— se forma con una oficialidad casi exclusivamente andina. Ya en los batallones de la Revolución Restauradora y en los que combatieron en La Victoria, apenas existían jefes y subalternos andinos. En la escuela militar va a darse por mucho tiempo, ese curioso fenómeno de exclusivismo castrense. Durante cerca de cuarenta años —hasta el gobierno de Eleazar López Contreras— la casi totalidad de los alumnos de la escuela militar procederán del Táchira y, en proporciones modestas, de Mérida y de Trujillo. Esta discriminación imparte al ejército una indiscutible base regional. Por primera vez en la historia de Venezuela, una organización castrense de alcances nacionales escoge a sus hombres en una de nuestras regiones. El caso merecería un análisis sociológico muy profundo que rebasa, desde luego, los propósitos de este libro. Pero es necesario espigar el análisis con mayor hondura, aunque sin llevarlo a sus desarrollos más amplios, para esclarecer las causas y razones de tan singular proceso de preferencia regionalista.

La primera explicación que encuentra el investigador —y en este libro quiero serlo hasta los extremos de

la objetividad científica— es que aquella preferencia constituía una necesidad política para el régimen. Los andinos dependieron, desde 1902, de su región natal. Fueron los Andes quienes salvaron a Castro contra casi todo el país. En la Victoria comprobaron los restauradores —y dejaron esa ley a sus sucesores— que los tres estados cordilleranos eran suficiente base para sostenerse en el poder. El apoyo que la región prodigara en hombres y en recursos podía significar un escudo de permanente vigencia. En el ejército quisieron materializar los andinos aquella creencia en las posibilidades de su comarca. El razonamiento era lógico. Si el ejército entraba a convertirse en el principal custodio del orden —porque ya los ejércitos privados de los caudillos estaban liquidados— coparlo con oficiales andinos prometía una cumplida sensación de seguridad. Era el cuerpo de oficiales menos inestable, adicto y solvente a los fines de la perseverancia del régimen. En la Venezuela que va de 1900 a 1935 aquel sistema de escogencia de oficiales era el único que podía permitirse el régimen. Las disensiones regionales, la sospecha recíproca y hasta las aversiones en que se cultiva el primitivismo venezolano imponían la apelación exclusiva a las comarcas de donde habían partido los invasores de 1899. Un ejército nacional por sus alcances y por su configuración y disciplina con un cuerpo de oficiales que se seleccionaban en una de las regiones de la patria

será una paradoja —no la única— muy característica de aquel régimen. Venezuela volvió casi, durante ese período, a los tiempos de la oligarquía conservadora con su tropa proveniente del pueblo y sus oficiales escogidos en los Andes.

Pero cuidemos de incurrir en comparaciones que siempre son inexactas. Los andinos que vienen a la escuela militar no salen de las clases privilegiadas. Su gran semillero es la clase media urbana del Táchira. Hay dos reflexiones importantísimas en este aspecto. La primera es de índole sociológica. Los investigadores apresurados creen que los andinos tenemos una especie de vocación ingénita por la carrera de las armas. Su prueba, en la cual se afincan como el cavador en su pala, es el predominio andino en las escuelas castrenses. El enigma de ese exclusivismo es un poco complejo y no está en la psicología del tachirenses o merideño sino en las condiciones económicas de su región. Los Andes mantuvieron una tasa de crecimiento vegetativo sumamente alta, medida con los raseros de la Venezuela de la época. Hasta 1941, el incremento neto de la población andina excedía del veinte por mil. El de las demás regiones de Venezuela oscilaba entre el nueve y el quince por mil. La expansión demográfica fue particularmente vigorosa en las clases medias urbanas, donde las familias numerosas siempre abundaron. El cuadro de la madre andina con diez o veinte hijos no

fue escaso en esos pueblecillos que duermen su siesta al pie de los páramos. Familias que poseían diez o veinte hectáreas de tierra o un negocio de víveres en la ciudad y cuyos jefes, como dijo un personaje pintoresco, “solo comen y beben, solo duermen y engendran”. Mientras el Táchira vivió el auge del café, hasta 1920, aquel ejército de mozalbetes que salían de los hogares de la clase media tuvo oportunidades de trabajar y prosperar en su región. Los negocios urbanos, los talleres artesanales y la misma agricultura de colonización expansiva, encontraron medios de proporcionar colocación plausible a los brazos recién llegados a la edad útil. Pero el café cae en crisis, de la que no se levanta, y se borran las posibilidades de progreso para los jóvenes de la clase media. Los pueblos no consienten más sastres ni zapateros, ni las familias de escasos recursos tienen opción al liceo o universidad donde el sostenimiento de un alumno es siempre costoso. El andino de clase media encuentra una solución en la carrera de las armas. Su ejército no es, por ello, un ejército de casta. Es el ejército de la clase media. Sus oficiales no provienen, como los de la oligarquía conservadora, de empinadas familias sino de modestísimos hogares. Conozco muy bien centenares de casos en los cuales unos muchachos, hoy generales o contralmirantes, escogieron el servicio de las armas porque no encontraron liceos abiertos ni colocación rentable en sus pueblos.

La otra reflexión se relaciona con las condiciones espirituales del andino. Ciertamente, los muchachos del Táchira o de Trujillo parecen ser excelentes militares. Es el reflejo del medio familiar, determinado a su turno por la organización económica de los Andes. La familia andina es quizás, con la coriana, la más coherente del país. Porque toda ella actúa en el proceso productivo como si fuesen socios de una comandita agrícola o artesanal. El precapitalismo andino se espigó en torno de la pequeña propiedad rural donde el empresario era el padre de familia y los asalariados sus propios hijos. Así funcionaron los muchísimos talleres artesanales que aún hace veinte años dominaban la economía urbana de la región. En ese medio es lógico que surja un sentido perfecto de la disciplina, del orden y del respeto supersticioso casi por el padre, la madre y el hermano mayor. Cuando el mozo andino llegaba a la escuela militar traía ya una tradición de subordinación que el sistema económico en que vivió le impuso y decantó. El muchacho del centro cuya familia se dispersa frecuentemente y donde el padre no trabaja con los hijos, tenía otras características. Los andinos llegan más de una vez en núcleos familiares a la escuela militar, comprobando así la influencia del régimen socioeconómico en su conducta. Esos clanes que hemos visto en la Venezuela contemporánea no son otra cosa que legado de una estructura muy peculiar. Vargas, Pérez

Jiménez, Carnevali, Nieto Bastos, Pérez Morales, Croce Orozco, son hombres de familias modestas allá en los Andes que hubieran podido compartirse una hacienda de café bajo la dirección del padre y escogieron todos la escuela militar como si bajo el servicio de las armas prolongaran las tradiciones de organización familiar.

El ejército de la Venezuela contemporánea disfruta de otras ventajas —distintas a las de su origen de clase y de su cohesión social— que habrán de permitir su consolidación en el largo período que separa a 1900 de 1935. Cuando Cipriano Castro decreta la escuela militar y Gómez trae al coronel Mac Gil, el arte de la guerra está sufriendo cambios revolucionarios en el mundo. La investigación sistemática en los laboratorios —que es característica del capitalismo de los monopolios— y el avance de la industria —especialmente de sus ramas pesadas— ponen al alcance de los ejércitos unas armas que superan todo lo que el planeta ha visto hasta entonces. Entre 1900 y 1918, las técnicas militares sufren un avance que solo resultará superado por la aparición de la bomba atómica. El avión, el submarino, el tanque, el barco de batalla (*battleship*), la ametralladora ultrarrápida y otras armas surgen en los centros de investigación de la gran industria. La Segunda Guerra Mundial no hará otra cosa —salvo en la bomba atómica y en los cohetes— que perfeccionar esos instrumentos. Semejante aparato proporciona

a los ejércitos una superioridad incontestable. Las naciones subdesarrolladas asimilan, aunque en escala modesta, ese progreso técnico. Armas como la ametralladora rápida, el fusil de repetición (Springfield o FN 30) y el avión de guerra pueden ser adquiridas por ejércitos de pequeños países. La diferencia entre el aparato castrense del gobierno y el que podían oponerle sus enemigos se torna abismal. Mientras en la Venezuela de 1890 un caudillo podía guardar armas tan mortíferas como las del gobierno, en 1920 esa situación se ha revocado. Frente a un ejército nacionalmente vertebrado, con disciplina y mando centralizados y dueño de ametralladoras y cañones eficientes, las tropas caudillescas serán una caricatura. El progreso técnico se convertirá en auxiliar de las tendencias centralizadoras para robustecer, estabilizar y proyectar hacia el futuro al ejército que servía de brazo ejecutor de la situación creada en 1899. El ejército tendrá bajo Gómez armas especializadas que eran inconcebibles en los ejércitos anteriores. Nace la artillería como arma especial, con sus propios reglamentos y formación, aparece la aviación que luego será una Fuerza autónoma y, ya en los años de la década de los treinta, el arma blindada cuyos carrozcos son tan pintorescos que hacen reír a los maracayeros cuando desfilan frente al templete donde el Gómez valetudinario luce sus mostachos de bagre impenetrable.

Sin el ejército, con escuela militar y Estado Mayor, el régimen andino no hubiera podido prolongarse por el medio siglo que formalmente, abarca su existencia en la historia nacional. Fue esa organización militar, bien vertebrada desde el primer momento y luego adoctrinada y perfeccionada a lo largo de los años, el acantilado donde se rompieron las marejadas de la contradicción. Su compenetración con el régimen, asegurada por la base regionalista de su cuerpo de oficiales, y su eficiencia administrativa aportan el sillar que necesita la dictadura de Juan Vicente Gómez para fatigar tanto a Venezuela. Y luego garantizan aquel fenómeno postgomecista de los presidentes que eran como delfines que se escogían en Palacio casi con la misma unción que ponían los descendientes de San Luis en Francia para consagrar la cabeza de sus retoños. Sin embargo, aquel ejército no es, durante la travesía gomecista, un mar de aceite. Juan Vicente Gómez tiene que enfrentarse a algunas conspiraciones que tienen el epicentro en el cuerpo de oficiales. En 1919 y 1928, el complot rondará las inmediaciones de Miraflores. Oficiales de la escuela militar —y ciertamente, algunos de ellos provenientes de los Andes— fraguan conjuras que no llegan a culminar. Hombres como Félix Andrade Mora, Argimiro Arellano, los Entrena y otros, andinos del Táchira y Mérida, participan y dirigen esos intentos. Gómez empieza a profesarle miedo a la escuela militar.

El propio coronel Me Gil, con toda su impedimenta prusiana, se alista en una conspiración y tiene que abandonar el país.

El régimen rehabilitador, es la etiqueta que lleva entonces el grupo que ejerce el poder, frena la evolución de la escuela militar y crea, dentro del ejército, dos núcleos perfectamente diferenciados. El número de alumnos que se admiten en la escuela militar sufre estancamientos durante mucho tiempo. Y hasta sus aulas son cerradas, como si fuera la universidad central, cuando hasta los cadetes manifiestan cierto contagio peligroso. En 1928 uno de ellos, Eleazar López Wollmer, irá a La Rotunda, conducido por su propio padre. Y allí agonizará, entre pulmones vomitados, sin que a su progenitor se le encoja el corazón. Como en las peores tragedias griegas el general López Contreras permitirá que a su hijo lo maten los grillos, el vejamen y el hambre de La Rotunda. Los militares de escuela dejan de crecer en los elencos de dirección militar. Y se eternizan en los rangos inferiores. En mi infancia conocí yo a tenientes de escuela que casi eran abuelos. El ascenso estaba vedado para ellos. Entre tanto, los viejos generales de la guerra del 99 y de las batallas del 902, acaparaban los mandos superiores y medios. Esa diferenciación entre oficiales de escuela a quienes Gómez no dejaba pasar del escalafón inferior y oficiales de vieja data será fuente de sacudidas que a la postre

minarán al ejército de Gómez. En el golpe del 18 de octubre de 1945 —que formalmente cierra un período en la evolución militar del país— actuará decisivamente el descontento de la baja oficialidad. Hombres que ya habían estudiado en escuelas del exterior y traían una cultura castrense más o menos decantada no podían tolerar a aquellos generales que habían sido excelentes conductores en la batalla de La Victoria pero que se retrasaron a lo largo de medio siglo.

En Venezuela no se ha podido crear jamás un ejército de casta en el sentido prusiano o peruano de la palabra. La oligarquía conservadora estuvo a punto de lograrlo, pero se lo impidieron las lanzas de la Federación. Los caudillos postfederales quisieron integrar, ellos mismos, una casta privilegiada. Sus rivalidades y el sistema feudal en que vivió el país —sin Estado central y sin integración progresiva de su economía— dieron al traste con semejante aspiración. Los andinos trajeron a una clase media urbana al poder cuyos representantes ganaron sus títulos en la campaña de 1899. El sistema creado por ellos —de fuerte inspiración regionalista— se pondrá al servicio de los intereses del imperialismo que entran a dominar en Venezuela a partir de 1920. Pero el ejército será el producto de los viejos guerreros del 99 y del 902 y de los que después ingresan a la escuela militar. El carácter de casta escogida se hace imposible en un ejército que proviene de la clase media, tan azotada

como el pueblo por los problemas de una Venezuela deformada y trágica. Esta circunstancia explica que el ejército haya sido permeable, a lo largo de las décadas, a las inquietudes del país. Es una de las características de Venezuela, que diferencian a nuestra patria de otras naciones de Suramérica donde los ejércitos son criatura de las clases más empinadas de la población. El eje de las contradicciones se traslada, pero no pierde vertiginosidad. Ayer las contradicciones se localizaban en la rivalidad caudillesca, animada por el descontento rural. Hoy, las contradicciones se plantean en las ciudades. A medida que pasan los años, desde 1935, el ejército se acerca más al país. Sus oficiales provienen ahora de toda Venezuela y siguen siendo hijos de familias modestas. La dinámica social incidirá, evidentemente, sobre esa situación.

Tercera jornada
La siesta gomecista

XI. “LOS DE ALLÁ”

Juan Vicente Gómez —tan tachirenses que jamás renunció a las arvejas ni a la cama dura en que duermen los campesinos de su tierra— será el más grande milagro de duración en el poder. Desde su casona de Maracay ve desfilar 27 años de vida venezolana. Entre el paseo matinal a las vaqueras de Las Delicias y la cuenta de sus administradores, aquel personaje parece eternizarse sobre un país aterrorizado y estancado. ¿Por qué se prolongó por tanto tiempo la tiranía de ese hombre cazarro y primitivo en una patria que fue, como la definió Guzmán, un cuero duro que al pisarlo en un extremo se levantaba por el otro? Es la pregunta que ha venido golpeando las sienes de los políticos e historiadores. Un país que arrojó de su suelo, en el peor momento de su historia, al propio Simón Bolívar y corcoveó indómito bajo las espuelas de los grandes domadores que se llamaron José Antonio Páez y Antonio

Guzmán Blanco, se aquietta frente a Gómez y termina mirándolo morir en el camastro de Maracay. La inmovilidad nacional había llegado a ser tan profunda que la muerte del Benemérito, como lo llamaba la literatura oficial de la época, se recibe con escepticismo y es necesario que salga la urna a la calle, entre armones de artillería y responsos de curas para que la parálisis colectiva llegue a desentumecerse. Quizás porque en ese ataúd iba más una etapa de nuestra historia que un hombre, su sangrienta dominación resultará tan larga y trágica para Venezuela.

A pocos hombres en el poder lo favorecieron tantos factores como a Juan Vicente Gómez. Un cuarto de siglo ha transcurrido ya desde su muerte y es hora de que la ciencia social emita sobre él la sentencia definitiva. A Gómez lo lapidaron los panfletistas y entre ellos el más brillante que haya producido Venezuela, José Rafael Pocaterra, que escribió el libro más desgarrador que en este siglo saliera de la pluma de un literato criollo, *Memorias de un Venezolano de la Decadencia*. Pero a Gómez lo endiosaron, hasta la abyección, sociólogos y escritores cuyos nombres llenan varias décadas de espaldas curvadas y de rodillas hundidas en la arena de la cobardía. Entre los enemigos que combatieron al Rehabilitado y los amigos que le encendieron el incienso de la adulación, el historiador dialéctico tiene que buscar la verdad. En la maraña de los adjetivos, melosos

unos como canción de amor y ásperos los otros como maldición, debemos establecer la auténtica silueta de aquel período. El escrito de cargos contra Gómez y la sentencia que lo condene necesitan sustanciarse con los materiales más escrupulosos de la ciencia contemporánea y con el espíritu justiciero del movimiento popular.

Cuando Juan Vicente Gómez llega al poder —así comenzaremos a explicar por qué aquel hombre dura tanto tiempo en Maracay— los Andes se han identificado completamente con la situación política creada en 1899. Es curioso que los autores intelectuales del golpe de Palacio del 19 de diciembre manifiesten, en su alocución al país, que se ha operado “una evolución dentro de la situación”. Querían con ello poner de relieve, oportunamente, que no se trataba de derrocar al régimen sino de cambiar a su jefe, dejando intactas sus bases. El nuevo gobierno venía a yuxtaponerse sobre las estructuras preexistentes. Así lo confesaron sus cabecillas. Y para refrendarlo con hechos vividos, los personajes que desfilan en los elencos de la administración son casi los mismos que han acompañado a Castro. Desde su clínica berlinesa, el Restaurador proscrito debió reflexionar acerca de las inconsecuencias humanas cuando vio en las presidencias de los estados y en el gabinete a muchos de sus leales y hasta melifluos compañeros de causa. Con Juan Vicente Gómez siguieron los mismos hombres del 99 y quienes, procediendo del Táchira, se

habían incorporado posteriormente a los altos rangos de la administración. En el ejército y en las policías, las figuras que caracterizan al gobierno gomecista; desde sus inicios, tienen una hoja de servicios que se remonta a las primeras cargas de los sesenta en su marcha hacia Caracas. Es el régimen andino con nuevo cabecilla el que da la vuelta al almanaque desde aquel mediodía del 19 de diciembre.

La característica marcadamente regional de su régimen brinda a Gómez una base de sustentación resistente al desgaste. El Táchira y los otros dos estados andinos le han cobrado amor, en los nueve años de Restauración, al ejercicio del poder. Los contingentes de bachilleres y de doctores que su muy prolífica clase media produce cada año encuentran colocación en los tentadores cargos del gobierno. Para los hombres de menos rango social o de menor capacidad —que apenas si saben leer y escribir— las plazas de la policía o del resguardo constituyen una solución. Así, las presiones sociales del Táchira recibirán un alivio en la dominación política que los caudillos de la región disfrutaban en la República. La clase media andina se amansa —la expresión no es simple literatura— en el disolvente de las tentaciones burocráticas. Un país que carecía aún de proletariado denso —hablamos de los primeros años del gobierno gomecista— y cuyos campesinos se habían volatilizado en los largos decenios

de un guerrear inútil, suavizaba sus contradicciones si a la clase media de una de sus regiones se le abrían perspectivas de usufructo político. En las naciones subdesarrolladas donde la clase obrera no haya aparecido, la solución de los problemas de la pequeña burguesía aporta un amortiguador decisivo para la lucha social. No hay más eficaz específico contra la subversión, en tales circunstancias, que el contentamiento de las clases medias. Si ellas prosperan y ascienden las tempestades de la política caen en una zona de calmas relativas que hará bajar la presión en los barómetros de los peligros gubernamentales.

La consolidación de los andinos —que se produce alrededor de 1902— permitió que, del Táchira, fundamentalmente, se enrolaran en las filas de la administración millares de hombres cuya vida, en otras condiciones, hubiese sido difícil y hasta estéril. Eran ellos los líderes naturales de la región que, al incorporarse al gobierno en aquellos años primigenios de la Rehabilitación, le garantizaban el respaldo casi integral de sus conterráneos. Gómez rige al país —hasta 1920 aproximadamente— con la activa anuencia de los andinos. Sus conterráneos, colocados en la administración, significan para él una fianza de segura ejecución.

En el Táchira se produce, en esos años, una conciencia de superioridad sobre el resto de Venezuela que convertirá a la región en sostén insobornable del régimen.

Es necesario estudiar sin remilgos ni falsos sentimientos de respeto esta mentalidad que privó en el Táchira hasta bien avanzada la tercera década del siglo. Cuando una región al ser desdeñada se encumbra dentro de la política, a través del ascenso de sus caudillos, se gestan en el alma colectiva ciertos fenómenos inevitables. La psicología inestable y timorata que pudo existir se torna en sensación de autosuficiencia. Durante cierto tiempo, ese espíritu de altiva soberbia se sobrepone a otros conflictos sociales que a la larga tienen mayor vigencia pero que momentáneamente quedan sepultados. Hasta los seres humildes se sienten copartícipes del algo que acredita al gentilicio. El ver a sus conterráneos en el poder sublima la mentalidad colectiva. Aparece una solidaridad mecánica, y por lo tanto transitoria, entre el grueso de la población regional y los hombres que en su representación usufructúan el poder. El Táchira tuvo una mentalidad colonial hasta 1899 porque se sentía marginado y casi proscrito en Venezuela. Esa situación fue acumulando en el alma tachirense los fermentos que empujaron a Cipriano Castro hacia el poder cuando la región, de economía pujante, pudo proporcionarle los recursos indispensables. El fácil triunfo primero y la consolidación del régimen en el campo de batalla, trastornaron la conciencia regional. De la humanidad acechante se pasó al orgullo manifiesto. Era ese el estado anímico de las masas tachirenses en los diez primeros

años del régimen gomecista. Años después las contradicciones sociales del Táchira modificarán la situación, llevando al plano más destacado ciertos gérmenes de inconformidad y hasta de insurgencia. Pero en la década que va de 1910 a 1920, la mancomunidad regional flotará como picacho altísimo, para guiarle y ampararle los pasos iniciales al régimen de Juan Vicente Gómez.

El caso del Táchira, encariñado por una década con su régimen maracayero, es la repetición en pequeña escala de lo que ha ocurrido en el tinglado internacional con el auge de las potencias. El régimen burgués de Inglaterra tuvo un apoyo solidario de las grandes mayorías del país —incluso las de extracción proletaria— cuando su superioridad en el mundo proporcionaba victorias. El reformismo del proletariado británico y la adhesión a la monarquía que por largos años caracterizó a su aristocracia obrera se explican porque el encumbramiento mundial de Inglaterra enardecía el orgullo nacional. En ese caso, la conciencia de clase resulta mucho menos fuerte que el espíritu patriótico, o mejor, chovinista de las masas. Mientras una nación que esté ascendiendo pueda conseguir éxitos incontestables y su nivel de vida sea mejor que el de sus vecinos o rivales, el pueblo sucumbirá a la morfina del patriotismo. El Táchira, que fue una región marginal en Venezuela, no podía escapar al conjuro. En tanto que el régimen de sus hombres le garantizara ciertas

ventajas, la honrilla regional primaba sobre cualquiera otra consideración hasta en el ánimo de las masas. Se necesita siempre un estancamiento o declinación para que los factores permanentes que impulsan a la historia recobren su predominio. En el caso de Inglaterra, el orgullo imperialista no desapareció de las masas sino al aflorar para ese país las dificultades que han recortado las codiciosas uñas del león que adorna a su escudo. En el Táchira, el sentimiento de solidaridad con el gobierno se disuelve años después. Pero dura lo suficiente para proporcionarle a Gómez un apoyo inconmovible en la etapa inicial de su dominación. Otros factores, luego, entrarán en escena para atornillar en el poder al enigmático rehabilitador.

El predominio de los andinos —que con Gómez no sufre la menor alteración— abre en el país un abismo de recelos regionales. “Andino es el presidente, andino el gobernador, andino el pan que comemos, misericordia Señor.” Así sintetizarán las gentes de Caracas, buidas como pocas aquella dominación regionalista. La política empieza a plantearse en los términos de una contienda entre regiones. Los hombres más inteligentes del país caen, los primeros, en el lazo peligroso de esa rivalidad. Es precisamente José Rafael Pocaterra quien, en un alarde de imbecilidad casi increíble en un sujeto de su talento, llama a luchar contra los andinos en sus proclamas de periodista afanoso de conspirar. Arrojar

a los andinos del poder es la consigna que se trasmiten los enemigos de Gómez en la travesía de aquellos años que unen a 1910 con 1920. Los políticos desplazados o encalabozados por Gómez quieren granjearse, porque creen llegado un turno de supremacía regional, la adhesión del centro o del oriente, del llano o de Lara. Y no encuentran mejor manera que la arenga antitachirense, el pregón antiandino. Esa actitud, tan absurda, le depara a Gómez un apoyo regional en el Táchira, aún más intenso de lo que hubiera sido de no mediar tanto derroche de estupidez. Para los adversarios del régimen el problema venezolano se torna algo así como una emulación entre regiones. En el drama del país no ven otra cosa que el predominio de los andinos. Si rigieran los caraqueños o los guayaneses la situación sería distinta. Semejante manera de enfocar el proceso social venezolano y de asumir actitudes en el gran ruedo de la lucha demuestra la medianía e incapacidad de aquellos enemigos de Juan Vicente Gómez. Ellos mismos serán las víctimas de tal superficialidad. Porque el Táchira se arrima mucho más al brasero del gobierno. La defensa de Gómez llega a identificarse con la pervivencia de la región. Los conspiradores y los promotores de expediciones le regalan al Rehabilitador, refrendando una vocación ya existente, el mayor frenesí regionalista. Entre más apurados se exhiban los enemigos del régimen en la formación de una vindicta

antiandina más enérgica será la solidaridad del Táchira con sus conterráneos encumbrados hasta la cúspide de la administración. Los funcionarios del gobierno y los oficiales del ejército unos y otros reclutados casi exclusivamente en el Táchira, sienten sobre sí el filo de las amenazas complotistas. A muchos de ellos, posiblemente distanciados de Gómez en su fuero íntimo, no les seduce la idea de derribarlo por el temor de contribuir así a su propia ruina.

La oposición a Gómez —que se hace en las cárceles o en el exilio— comete el error gravísimo de unir al Táchira y a los tachirenses que ejercen cargos de dirección civil o militar alrededor del régimen. En las luchas políticas de cualquier tipo, es precepto elemental el que llama a desorganizar al enemigo. Mientras se anarquice el régimen contra el cual se milita, fácil resultará la victoria. Esta regla es especialmente imperativa cuando se lucha contra un gobierno que haya demostrado cierta capacidad para persistir. Los andinos llevaban más de quince años en el poder en el momento en que a sus enemigos, insurgiendo contra Gómez, se les ocurrió la peregrina idea de hacer circular su moneda antiandina. El tiempo había acreditado ya la aptitud de aquel régimen para sobreponerse al desgaste natural de los acontecimientos. El más elemental análisis político debía enseñarles a sus adversarios que en el transcurso de los años habían surgido intereses y tenores entre los

hombres que de consumo venían usufructuando la situación. Dividirlos, hasta donde se pudiera, resultaba la actitud más acertada. El gobierno de Gómez no llegó a ser homogéneo hasta los años postreros de su siniestra duración. En su seno hubo tendencias y matices —muy acusados en aquellos años del 10 al 20— que habrían permitido combinar la lucha insurreccional contra él con un espíritu de maniobras tendientes a escindirlo. Pero la oposición exiliada o encarcelada hizo exactamente todo lo contrario. Al proclamar su propósito antiandino unificó a su gobierno que ya era poderoso por el solo hecho de haber imperado durante tanto tiempo. Y se cerraron las posibilidades de un derrocamiento de la tiranía.

La contumelia regionalista, muy aguda alrededor de 1915, permitirá que surjan los Mahomas de la religión tachireNSE, suerte de profetas que pregonan la misión sagrada de su tierra. El primero entre esos profetas de chusmas ensimismadas que como el árabe montan su tienda en suelo conquistado, es el doctor Ezequiel Vivas. Es el típico semiletrado —de cultura superficial— pero animado de un fanatismo primitivo. Especie de Juan Primito de la política gomecista, mitad brujo y mitad titiritero, se parece más bien a esos colombianos llenos de labia y de mañas que en las ferias de los Andes desvalijan a los confiados campesinos. José Rafael Pocaterra conoció a este personaje y de él nos entrega

una estupenda estampa en sus inmortales “Memorias”. “Ala, ¿vos sos Pocaterra?” Así inicia Vivas su diálogo con el brillante escritor. Luego le invita a una trapisonda política y como el intelectual valenciano rehusara el convite, el tachirense le repone:

—Ah, el amigo es mochista.

Ezequiel Vivas lanza la consigna de “Gómez Único”. Pero su verdadera labor, en aquellos años iniciales del gomecismo, consiste en darle lo que podríamos llamar una filosofía regionalista al régimen. El doctor Vivas es demasiado rupestre para idear plataformas, explicaciones y teorías regionalistas. Su cultura no pasa de algunos libros elementales que ha tenido que aprender en la universidad. Él ignora la sociología reaccionaria entonces en boga, la cual hubiera podido proporcionarle “teorías” acerca de la superioridad racial de los tachirenses o de su misión providencial en la patria. La sociología de Gumpłowicz o la del conde de Gobineau, aún en boga entre los reaccionarios del mundo, tenían materiales para justificar sobre ellos cualquier pretendido culto racial. En sus libros se demostraba que el ángulo facial, el color de la piel o el tipo de cráneo creaban grupos selectos entre los hombres. No le hubiera resultado difícil a un Vivas más cultivado probar que los tachirenses son dolicocefalos y por ello tienen atributos de conquistadores. Pero el doctor Vivas no es un Vallenilla Lanz que años después

reunirá en su biblioteca a los positivistas más eminentes para apoyar en sus teorías la satrapía casi animal de Juan Vicente Gómez. Con menor jerarquía intelectual, pero utilizando instrumentos de acción inmediata, el pintoresco doctor se lanza a una política de discriminación agresiva. Siendo secretario de la presidencia de la República —nada menos— imparte instrucciones de que solo se coloque a los tachirenses y se ayude exclusivamente a los oriundos de esa región. Cuando alguien llega a Maracay, Vivas le pregunta:

—¿De dónde sos vos?

Y si el interpelado contesta que es de Santa Ana o de San Antonio, el secretario apunta, sin retardo: ah, vos sos de allá. Y los de allá, como entran a llamarse los tachirenses, disfrutaban entonces de todos los privilegios. Cargos, honores y recompensas que el diligente secretario reparte entre la vasta grey tachirense, corren presurosos a llenar vacíos y a colmar ambiciones. Viajar a Maracay se hace un hábito entre los tachirenses que pueden costearse esa expedición. Unos días en las baratas pensiones de la Plaza Girardot y en la cacería al personaje. Hasta que la audiencia, conseguida a base de perseverancia o de habilidad, abría las puertas del éxito personal. Aduanas, resguardos, fiscalías de impuestos, celadurías de la renta de licores, jefaturas de policías y oficialías en los Ministerios, pasaban a manos de los visitantes. Era la baratija de un sultán regionalista.

El que no fuera tachirenses encontraba atrancadas las puertas de la administración por un doctor Vivas que a fuerza de adulancia —Gómez Único, repetía sin cesar— se convirtió en el factótum de aquel régimen pastoril. Así, abrochó Gómez a los tachirenses. Vivas granjea, hasta lo inconcebible el apoyo regional. Será en el gomecismo el más funesto de los personajes pues sus manejos burocráticos y la fama de sus predilecciones profundizarán el abismo entre las regiones del país.

Con Vivas, el Táchira crea una especie de régimen de ocupación en el país. Desde sus poblaciones cordilleras parten las tripulaciones de los andinos a abordar la nave burocrática. No hay en la República cargo que no caiga en sus manos. Es la época en que todos los jefes civiles de Venezuela —y junto a ellos los jefes y celadores de los resguardos— provienen de la comarca tachirenses, o en un sentido amplio, de los tres estados andinos. El país vive una intensísima colonización burocrática. El gobierno se convierte en negocio de los ciudadanos nacidos en la montaña. Con una voracidad que Vivas agujonea, casi con bandos que se hacen leer en las ciudades andinas, millares de personas oriundas de esa zona copan y disfrutan los destinos más diversos bajo el amparo del gran árbol presupuestado. Los tachirenses se sienten, en el ejercicio de esas funciones, algo así como seres providenciales que pueden cometer cualquier género de arbitrariedades. No hay ley ni conveniencia que

los frene porque Vivas con el cargo les otorga la patente de corso. Es la época de los jefes civiles semianalfabetos, ladrones y viciosos que llenan de humillación muchas páginas en la historia de las regiones que los sufrieron. El tachirense a quien Vivas entrega el nombramiento, el revólver y el pliego de instrucciones, obra como los conquistadores españoles cuando venían a América. Su destino era explotar una tierra conquistada en la cual resulta lícito el enriquecimiento acelerado. Y para lograrlo, esta legión de jefes civiles apela a la arbitrariedad más cruda cuyos torniquetes, al girar, producen pingües ganancias. Nadie ha sido tan rapaz como ese jefe civil, obtuso y quisquilloso que ponía la ley en la boca de su revólver y la administración, al alcance de su sed de riquezas.

En la consolidación del gomecismo, el intelectual más eficiente fue Ezequiel Vivas, si es que puede dársele tal título a un sujeto de su limitada cultura. Él creó una casta de funcionarios que formarán el ejército civil de la rehabilitación, unidos todos a Gómez por un cordón umbilical de fechorías. Los millares de tachirenses que se diseminan por el país, desde Maracaibo hasta Ciudad Bolívar, azote de poblaciones y terror de las arcas públicas, constituirán la verdadera columna vertebral de aquel régimen. La contribución de Vivas al gomecismo es infinitamente superior a la de Gil Fortoul, Arcaya o Vallenilla Lanz. No tiene Vivas la elocuencia

afrancesada de Gil Fortoul, pero sabe maniobrar entre bastidores para colonizar la administración con fichas afines. Su cultura no llega a las profundidades jurídicas de Pedro Manuel Arcaya; pero, nadie como él en la intriga barata de la antesala. Carece de la formación sociológica de Vallenilla Lanz, pero le sobra arte en la siniestra politiquería criolla. Y mientras Vallenilla no consigue para el régimen un solo amigo —en Caracas le llamarán Bacinilla Lanz— el doctor Vivas, infuso profesional tachirense que apenas redacta oficios, engancha una legión de hombres que se hacen matar por el Benemérito. Si Castro había creado el ejército al decretar la escuela militar, el doctor Vivas formará aquella burocracia armada que en las jefaturas civiles y en los resguardos es el símbolo del gomecismo por espacio de veintisiete años. La casta gomecista, en el sentido de la pandilla burocrática, surge de las manos de Ezequiel Vivas. Los intelectuales de Gómez apenas sirven para hacerle teorías al régimen o cantar en el arpa las desvergüenzas, pero no contribuyen con una simpatía abierta, con un amigo ganado, con un problema resuelto. Serán, en la corte de Maracay, tan decorativos simplemente como lo fueron los poetas en el círculo de Octavio. En cambio, el mediocre Vivas organizará pacientemente la ocupación y labrará la intriga hasta darle a Gómez su servicio civil, como dirían los ingleses, reclutado en el Táchira y lleno de apetito.

¿Podía el Táchira sostener, hasta 1920, al gobierno gomecista frente a la oposición o animadversión del resto del país? ¿Por qué las arbitrariedades de los virreyes de Gómez tenían que producir resistencia y rebelión en las comarcas que caían bajo la égida de la burocracia succionadora? Y para enfrentarse a aquel descontento, pasivo o activo, pero en todo caso inquietante, se necesitaban cimientos poderosos que sostuvieran al régimen sin permitir su disgregación y caída. Las facultades de una región para acreditarse como sostén de un régimen están en función de dos condiciones: la fortaleza de sus fuerzas productivas y la cohesión de sus clases dirigentes. Es necesario analizar, a la luz de ese postulado, la situación del Táchira hasta 1925 cuando otros factores, mucho más poderosos, entran a sostener al gobierno de Juan Vicente Gómez y ya no se requiere el concurso regional en aquella tarea.

El ciclo de la prosperidad tachirense sufre cierto allanamiento, pero prosigue, con el ímpetu que traía del siglo XIX, hasta 1929. La tasa de crecimiento de la economía regional —medida por los indicadores disponibles— deja de ser excepcional a partir de los primeros años del siglo sin que desaparezcan sus impulsos. Hacia 1920 disminuye la inversión de capitales en el café. No vuelven a establecerse, en las proporciones del siglo XIX, las plantaciones de cafetos. La demanda de capitales, que se relacionaba con la amplitud de las

nuevas siembras, sufre así un descenso. Se dificulta la realización del producto. La reproducción ampliada del capital no es ya tan fácil como en los tiempos del esplendor cafetero. Esas circunstancias dan origen a una crisis regional, surgida alrededor de la Primera Guerra Mundial, cuya solución exigirá algunos años. Las características de esa crisis se tornan agudas en determinado momento. Expliquemos sus factores. El café venía soportando el flagelo de los malos precios, que estancan la expansión de sus plantaciones, desde 1903 aproximadamente. La superproducción brasileña y otros factores ensancharon la oferta mundial más allá de las posibilidades de la demanda. El mercado internacional igualó las dos magnitudes mediante las fluctuaciones de precios. Para los tachirenses —lo mismo que para los merideños y trujillanos— el problema se hizo sumamente serio porque la producción continuó aumentando hasta 1914 gracias al fruto de las plantaciones nuevas que se habían establecido en los primeros años del siglo. Los caficultores de la región tuvieron que colocar su producto a precios muy cercanos a sus costos totales. De esos años que median entre la llegada de Gómez al poder y el estallido de la Primera Guerra Mundial nace la tendencia a detener el curso expansivo de las siembras.

Pero la Primera Guerra Mundial significó un auge de los precios que se prolongó hasta la crisis agrícola

de 1920. La actividad cafetera, aún sin nuevas plantaciones, se volvió eminentemente remunerativa y los empresarios agrícolas pudieron amortizar fácilmente, en cinco o seis años de buenos precios, las plantaciones anteriores. Así se restableció la realización plena de la plusvalía. El excedente económico pudo crecer sin apuros. En 1920 comienza una crisis mundial cuyo epicentro está en la superproducción agrícola. El café padece un descenso de precios. Los caficultores, que han aprovechado la reciente bonanza, ya han rescatado el valor de las siembras de principios de siglo. El problema se plantea entonces en términos muy claros. Consiste en encontrar para el excedente líquido atesorado una salida de inversión que lo absorba. Si la economía regional no hubiese tenido, en ese momento, otra perspectiva que el café, habría tropezado el Táchira con la clásica superproducción, es decir, con la existencia de un excedente sin posibilidades de invertirse. Pero en ese período vino en ayuda del equilibrio económico un factor muy poderoso. Fue la demanda colombiana de determinados productos. Colombia sorteó rápidamente la crisis de 1920 y su economía entra en una fase de desarrollo más o menos intenso. La elevación de la producción, favorecida por una clarividente política de estímulo y el pago de las indemnizaciones resultantes del robo de Panamá —valoradas en 25 millones de dólares— tiemplan la demanda de su economía

y permiten aumentar el ingreso nacional a tasas satisfactorias. En ese momento, las relaciones entre Colombia y Venezuela se sitúan sobre una paridad monetaria que favorece a nuestro país. Los colombianos han fijado su paridad en un peso por dólar. La Ley de Monedas de 1918 ha establecido en Venezuela un tipo de cambio de cinco bolívares por dólar, basado en los puntos del oro. Los niveles de precios entre los dos países estimulan las exportaciones venezolanas hacia Cúcuta. Nuestros costos de producción son bajos en función del poder adquisitivo que nos proporciona la paridad colombiana y su nivel de precios. Y las ganancias del tráfico hacia Colombia crecen.

En el Táchira sobreviene una expansión vertiginosa de ciertas actividades que absorben los capitales sobrantes del café. Se produce un traslado de ingresos desde el café hacia la ganadería y la siembra de ciertos géneros como la caña de azúcar y los frutos menores. Esos productos se destinan al mercado del Norte de Santander. El ganado, el papelón, el frijol y el maíz que consume Cúcuta se llevan desde Venezuela. Nace para el Táchira una actividad que sin llegar al esplendor del café mitiga enormemente lo que habría sido una crisis de estancamiento por falta de una demanda oportuna para los capitales amasados en la región. Así sorteas el Táchira un escollo que habría dado lugar a profundas contradicciones en su crecimiento económico.

La economía tachirenses puede seguir desarrollándose y no será sino en la crisis de 1929 cuando llegue la hora del estancamiento y disolución del progreso.

Hasta 1925, en virtud de esos factores, la economía tachirenses siguió siendo la más próspera y poderosa del país. El eje de ella, el café, logró la más alta producción que recuerde la historia de Venezuela entre 1914 y 1920. El país lanzó en esos años un millón de sacos al exterior. 300.000 de ellos provenían del Táchira. Los otros dos estados Andinos aportaron una suma igual. La significación de esas cifras es clarísima. Hasta 1925, el café fue el principal producto de exportación. En tales condiciones, los Andes suministraron más de la mitad de las divisas obtenidas por Venezuela en su tráfico internacional. Los precios del grano volvieron a ser lucrativos cuando el mundo liquidó su primera crisis de postguerra. Ya en 1923 se inicia el alza de los precios y hacia 1928 la carga de café alcanzará la cotización, fabulosa para aquella época, de sesenta pesos de ocho reales. Las ganancias del café en esos años no retornan a las haciendas porque pese a los alicientes de precios, el traslado de ingresos hacia otras actividades constituye la norma de la economía tachirenses. Los empresarios del café —medianos y pequeños— reinvierten sus ganancias del auge mundial capitalista en la ceiba de ganado o en la siembra de otros productos. Pero el café conserva, hasta que el petróleo lo desplaza,

el papel de gran regulador de la vida nacional. Y el Táchira sostiene su liderazgo económico que solo le será arrebatado por el *boom* petrolero.

La actividad económica en general y la mercantil en particular a que el Táchira se dedica en las vísperas del petróleo es de una envergadura que no tiene paralelo en la Venezuela de entonces. En los años de la década de los veinte se envían a Cúcuta unos 40.000 novillos anuales. Mautes llaneros, adquiridos en el hueso de los hatos de Pedraza y Guasualito se transforman en logrados ejemplares de carne cuando pastan en las dehesas tachirenses. Cúcuta y el Norte de Santander, hasta Ocaña, se abastecen de esa fuente cercana y eficaz. La ganadería tachirenses tiene que adquirir, en esos tiempos, un ritmo y unas características muy superiores. El consumo del propio estado y de la vecina República excluyen el mantenimiento de los métodos tradicionales del pastoreo libre. Ya en la década de 1920, el Táchira tiene un sistema de extensos potreros con pastos artificiales, cercas y agua abundante. Las condiciones higiénicas del ganado experimentan un decisivo mejoramiento. No será hasta 1940, con la aparición de la ganadería zuliana, cuando en Venezuela llegan a superarse semejantes niveles. Frente a la actividad pecuaria del resto del país, modelada por las condiciones de vida de Apure o el Guárico, la del Táchira será excepcional. En la compra y engorde del ganado llanero invierte el Táchira

los sobrantes monetarios del café para recuperarlo a tasas elevadísimas de reproducción.

El circuito del capital se hace mucho más dinámico que en la época del solo ciclo cafetero. Aparece la etapa de un capitalismo mercantil que trae un empuje extraordinario. El Táchira se convierte, en esos años, en zona receptora de metal amarillo. Dos vertientes conducen el oro hacia el Táchira. La de Maracaibo que proporciona el oro ganado en la exportación del café. Y la de Cúcuta que paga en oro sus compras de novillos y víveres. El ingreso monetario del estado se eleva firmemente. Allí encuentra la actividad mercantil los medios líquidos para financiar su expansión. Se establecen en el Táchira y se mantendrán hasta 1940, casas comerciales con negocios propios de exportación que construirán una red internacional. Los establecimientos comerciales se multiplican y la ciudad de San Cristóbal entra a figurar entre las cuatro plazas sobresalientes del país. La expansión urbana encuentra en el ritmo de los negocios su mejor aliciente. Esa cadencia del desarrollo aportará a Maracaibo, a donde vuelven el oro y las divisas cuando el Táchira necesita adquirir en el exterior las mercancías industriales, los fondos para la emisión de billetes que realizan sus bancos. En los años que van de 1920 a 1929, los bancos zulianos tendrán una emisión monetaria casi igual a los de Caracas. Allí está el testimonio de la pujanza económica del Táchira,

que en gran medida contribuye al poderío de los maracuchos hasta que llega el petróleo.

Sobre ese auge económico que se estrella finalmente en las rocas de la catástrofe económica de 1929 hablan, desde otro punto de vista, algunas estadísticas. El Táchira tiene en esos años el mayor consumo de carnes por habitantes en toda la República. Ese hecho es el producto de dos circunstancias combinadas. En los campos, el sistema ganadero imperante eleva los rendimientos físicos por hectárea y por hombre ocupado. Pero no hay alza de los salarios rurales porque subsiste la abundancia de mano de obra que garantiza la inmigración. En las ciudades sí suben los salarios como consecuencia del auge monetario. Los precios de la carne se mantienen más o menos estables a lo largo de la década. Así, el poder adquisitivo de la población urbana se expande. Este ejemplo demuestra en la práctica cómo el progreso técnico, en condiciones de escasa lucha social, se traslada desde los campos a las ciudades. El fruto del progreso alcanzado por la ganadería en virtud de sus inversiones es percibido por las clases urbanas que incrementan su consumo. Se explica fácilmente que la tasa de crecimiento vegetativo de la población siga siendo fuerte en aquellos años. Ya en 1926 —fecha de un censo— el Táchira tiene tantos habitantes como el Distrito Federal.

La característica resaltante de ese sistema económico regional —con tasas de desarrollo firmemente superiores a las del resto de Venezuela— es que no depende del país. Los factores dinámicos que en última instancia determinan el volumen de la demanda radican en Estados Unidos o Europa o en Colombia. El Táchira es independiente, de una manera total, de lo que acontece en las demás regiones de Venezuela. Ya no necesita brazos de las regiones aledañas pues el propio estado o Cúcuta los engendran en proporciones suficientes. El dinero líquido lo suministran Maracaibo y Cúcuta que lo obtienen, ambas ciudades, en los grandes centros ultramarinos. Y los bienes de consumo e inversión se producen localmente o se importan desde los continentes avanzados. Económicamente, el Táchira cafetero y ganadero de la década de 1920 al volumen y la orientación del gasto público del gobierno central. Cualquiera que sea el nivel de los gastos fiscales, la economía regional puede desenvolverse porque sus fuerzas motrices, en la demanda global, radican fuera de las fronteras nacionales y ninguna conexión guardan con los grandes núcleos urbanos de la Venezuela del centro. La naciente burguesía agraria y mercantil del Táchira es independiente, hacia 1920, del poder nacional. No lo necesita para sus negocios ni le importa el tipo de política económica que aquel adopte. El funcionamiento del capitalismo mundial, que en esos

años se desarrolla sin tropiezos, permite que el patrón de oro y la paridad monetaria establecida por Venezuela favorezcan a la región fronteriza sin que haya estímulos tributarios o bancarios para su actividad económica. Será en años posteriores, cuando el capitalismo mundial sufra su crisis de 1929, que el Táchira requerirá acudir al gobierno en demanda de una política intervencionista que restablezca la demanda y estimule el crecimiento, ya roto entonces, de su economía regional.

Una región que exhibía tan claras modalidades económicas, —con una tasa de crecimiento algo menor que lo fue hacia finas del siglo XIX, pero en todo caso superior a la del resto del país— podía sostener a un gobierno. Así ocurrió en el caso del Táchira. De esa región vinieron las fuerzas en que articularía el palurdo Juan Vicente Gómez la seguridad de su régimen hasta que el petróleo le construya la silla en que descansará finalmente su tiranía. El Táchira conservó, hasta 1929, la cohesión social que lo había caracterizado bajo el liderazgo de una burguesía agraria y mercantil bastante emprendedora y mantuvo el impulso de sus clases medias que encontraron, aparte del auge regional, la válvula de escape de las expediciones burocráticas. En esas condiciones de prosperidad el ascendiente de la burguesía sobre el grueso de la población tachirense —más o menos satisfecha hasta entonces— quedó siempre garantizado, y esa burguesía podía utilizar tales

factores de predominio para entregárselos al general Gómez en tributo político. Pudo la región nativa del Benemérito haberse enfrentado, en defensa del gobierno, con otras zonas del país. No hubo necesidad de semejante holocausto guerrero bajo la dominación de Gómez. Pero si en los años que van de 1910 a 1920, el régimen hubiese confrontado una seria amenaza es casi seguro que los mocetones tachirenses habrían partido hacia el centro en una expedición de rescate similar a la de 1902. En esa etapa, el Táchira se sentía identificado con un gobierno que, pese a la estulticia de su jefe, seguía representando en cierta manera a los hombres del 99. Cuando el Táchira cambie y lo hará violentamente, ya Gómez no requiere sus servicios.

XII. “EL POTRERO”

Cuando Juan Vicente Gómez ciñe la banda presidencial —con manos temblorosas de miedo a Cipriano Castro— Caracas presencia el retorno de los exiliados. En nuestra historia política esa estampa se ha repetido ya tantas veces que ella constituye una especie de fiesta fija como en el almanaque de la Iglesia Católica. La aparición en Caracas de quienes estuvieron proscritos es para los venezolanos algo tan normal que casi se cuenta con el mismo sosiego que se dedica a registrar los aguaceros de julio o los fríos de diciembre. En aquellos días de 1908, la capital volvió a ver en sus calles, subiendo y bajando de coches alquilados, a los generales de La Libertadora. Las viejas caras tomaban a actuar en el marco, siempre cambiante y siempre inmóvil, de la política criolla. El ambiente no podía ser más propicio a sus figuras. Empezaba a desenvolverse un gobierno impuesto al país por los cañones de la

flota norteamericana. El almirante Buchanan, jefe del escuadrón naval yanqui que avistó el 19 de diciembre las playas de la Guaira, el doctor Leopoldo Baptista, cabecilla de los círculos palaciegos y el alto comercio de Caracas, descontento con Castro, fueron los factores de ese golpe de Estado que pondrá en manos de Gómez por veintisiete años el timón de Venezuela. Un gobierno de ese tipo había sido el sueño de los caudillos de 1902. Ahora, las eternas ironías de la vida encomendaban al hombre que los combatió en La Victoria como lugarteniente de Castro, la realización de ese sueño.

¿Qué traían, en sus maletas, los caudillos repatriados? Los seis años de exilio pasaron para ellos sin dejar huellas. Vida de pensión barata, entre juegos de dominó y proyectos conspirativos, fue su compañera en aquella prueba. La conversación con el viajero que ha llegado de Caracas para indagarle “las noticias”. La carta periódica a los partidarios del país con fantásticas confidencias acerca de una invasión o un complot que “cambiaría la cosa”. “En diciembre nos comeremos las hayacas en Venezuela.” Esa frase estuvo brincando, como corcel de augurios, en la prosa de sus cartas. Era la esperanza que se renueva para no desfallecer y el aceite alcanforado para los amigos del interior que se quedaron aguardando las fallidas invasiones y los legendarios golpes de cuartel. Así transcurrieron para los caudillos proscritos los años de ostracismo. Cuando

retornaron eran los mismos hombres de mentalidad pueblerina, suerte de tribu que venía a desquitarse en el festín burocrático de aquella maldita comida trinitaria, rociada de “curri” que tuvieron que tragar en las casitas de madera de Port of Spain.

Fue un exilio derrochado. Porque ni siquiera los intelectuales que marcharon al exilio en el séquito de esos caudillos tuvieron curiosidad o competencia para asomarse a los panoramas del mundo. Algunos de ellos vivieron en Nueva York o en París sin recoger una palpitación ni adquirir una idea. No fueron capaces de preguntarse cuál era la situación de Venezuela ni cómo enfrentar sus problemas. Jamás se metieron a una biblioteca pública o a una universidad para documentarse en las múltiples inquietudes que entonces sacudían el planeta. Ni asistieron, en Nueva York, a esos círculos avanzados que en aquellos tiempos animaban los mejores intelectuales de la América Latina allí residenciados. Como almas ensimismadas, moliendo su íntimo descontento y calentando sus ambiciones, pasaron por el exilio esos caballeros. La anexión de Puerto Rico, la secesión de Panamá, el largo debate que el imperialismo despertó en los Estados Unidos y las investigaciones que sobre la América Latina realizaba la prensa de dos mundos, fueron sucesos inadvertidos para ellos. Fueron las Vestales bárbaras de una religión del desquite, esperando el momento de regresar al templo

venezolano para reclamar, otra vez, el homenaje de un pueblo que ya los había sufrido durante varias décadas.

Nada tan negativo en nuestra historia —y el tema reclama un perentorio examen que excede la intención de este libro— que esa emigración ociosa. Son como la estafa que se marcha del país, dejando esperanzas que luego resultan fallidas. Con pocas excepciones, las sucesivas promociones de exiliados en que se ha traducido nuestra accidentada marcha nacional, presentaron cuentas fraudulentas al cauto pueblo venezolano. El regreso con la cabeza virgen y las manos vacías, sin ninguna solución fue casi siempre el epílogo de aquellos dramas. Mientras en el país, las mentes confiaron en la aptitud y responsabilidad de los emigrados para aprender y avanzar, en el exterior se derrocharon impunemente las horas. Venezuela se vio así condenada a tener dirigentes inferiores a su pueblo que retornaban hablando un lenguaje desueto. Cada generación de exiliados, con escasísimas y honrosas excepciones, volvía al país con la misma mentalidad y la misma cultura que exhibía al marcharse. Mientras el pueblo sentía la intuición de que era necesario ensayar nuevos métodos para enfrentarse a situaciones que eran distintas a las del pasado, los proscritos del retorno desenterraban a su Venezuela, la ya marchita de su última odisea hacia el exilio, como si pretendiesen condenarnos a un borceguí, el de su estrechez y atraso ideológicos.

Entre los que regresaron en 1908 había personajes de robusta formación cultural y de recia estampa política. Eran los periodistas y escritores que, junto con los caudillos y sin compartir muchas veces las tesis de estos, tuvieron que tomar también la ruta del exilio. Directores de periódicos, columnistas de la prensa, catedráticos universitarios o profesionales distinguidos a quienes persiguió el bonapartismo de Cipriano Castro. Constituían una generación más nueva que la de los caudillos y sumaban a esa virtud —en Venezuela ser joven es ciertamente una virtud— la circunstancia de no haber participado en la francachela de peculado y opresión en que se resolvieron todos los gobiernos postfederales. Debían representar ellos la vanguardia para una renovación de la política nacional en ese trance de 1908. Existían dos factores que auspiciaban la gesta renovadora. En sus primeros años, el gomecismo respetó en cierto modo las libertades públicas. Y el país anhelaba escuchar algo distinto. El fresco amanecer de ilusiones que apareja en Venezuela todo golpe de Estado favorecía la aparición de un partido nuevo, de un movimiento sano, de una manera diferente de enfocar los problemas y de ofrecer soluciones. Pero todo ello se derrochó estúpidamente. La traición de los repatriados —y en primer lugar los que entre ellos disponían de una cultura universitaria— abrirá el vacío en que va a sostenerse por tanto tiempo la tiranía de

Juan Vicente. Inconscientes, pero firmemente, esos hombres trabajarán por el Benemérito.

Juan Vicente Gómez es el liquidador de la casta de los viejos caudillos y de sus aliados tácitos, los intelectuales que no abrieron nuevos caminos en 1908. Esa circunstancia coadyuvará en la prolongación de la dictadura. Pero es necesario darle a esa tarea de Gómez sus verdaderos alcances históricos. Muchos escritores venezolanos —enfermos de nostalgia vergonzante— han comparado a Juan Vicente Gómez con los reyes franceses que aplastaron a los príncipes regionales y a los señores del feudalismo para entronizar en su país el Estado nacional. En la comparación median gravísimos extravíos históricos. Los reyes de Francia —Luis XI o Luis XIII— se enfrentaron a un feudalismo poderoso, que disponía de recursos y conservaba cierta vitalidad. Para acabar con los señores levantiscos, obstáculos en armas en el camino de la unidad francesa, fue preciso combatirlos hasta que la lucha diese su veredicto. Luis XIII guerreó más contra sus propios vasallos autónomos que frente a la Europa de su tiempo. Francia era, en aquel entonces, el cuero seco de que tanto se ha hablado al aludir a la Venezuela de 1870. La contienda fue tan áspera que aún Luis XIV se vio forzado a medirse con las postreras coaliciones de la señoría. Juan Vicente Gómez no necesitará ese despliegue de fuerza, constancia y habilidad. Mientras los reyes de Francia

apelan a todos sus arbitrios —y entre ellos a la alianza con los burgueses y con el pueblo de París— porque la liga de los barones feudales es fornida y obstinada, el Gómez de sus primeros años de gobierno no encuentra en los caudillos la más mínima resistencia. Es como el clásico boxeo de sombras en el cual el futuro Benemérito simplemente se entrena para el ejercicio absoluto, incontestable y casi inmóvil del poder.

Gómez apenas da el hachazo a un tronco que ya no tenía savia y que si impresionaba aún era porque su viejo poderío había dejado la hinchazón crepuscular de las grandezas ya idas. Los caudillos perecieron en La Victoria y sus funerales se celebraron, seis años después, cuando regresaron al país con la misma salmodia en sus cabezas vacías. Fue sintomático que ese retorno postrero no produjese en el pueblo caraqueño la menor emoción. A los caudillos se les miró —al descender de sus coches en la Casa Amarilla— con curiosidad, pero sin fervor. Nadie formó manifestaciones ni promovió comités para escuchar su palabra. Porque las primeras expresiones que ellos profirieron bastaron para disipar cualquier interés soterrado que respecto de ellos hubiese guardado el alma nacional. Aquellos señores ya desprestigiados desde mucho tiempo antes, retomaron a cantarle loas a Gómez y a apretujarse, en el rebaño burocrático de la Casa Amarilla, para conseguir colocación bajo la sombra del presupuesto. Hasta sus últimos partidarios,

reliquia añosa del pasado, se rindieron a la decepción. 1908 fue ya, por sí mismo, el entierro caritativo de esos caudillos recién repatriados. Su fuerza se había evaporado. Como sombras tendrán que arrastrarse ellos, un tanto mendicantes, por las antesalas oficiales.

La Venezuela que ha aparecido en los años de 1890 a 1908 nada tiene de común con estos caballeros que bajan de los buques sin traer ningún mensaje renovador. Es una Venezuela urbana, un poco más culta que la otra Venezuela, la del campamento federal. Allí estaba la fuerza nueva cuya cohesión y conciencia, si alguien fuese capaz de despertarla, podría impedir la consolidación del gomecismo. Pero no tenía ella la menor predisposición hacia aquellos caudillos que miraban al país como un feudo a repartir. Ninguna idea constructiva, ningún plan de emancipación nacional, ninguna sugerencia para los problemas económicos y políticos de esa Venezuela urbana salía de los labios de los caudillos. Tampoco presentaron plataforma alguna los intelectuales que, por simples razones de casualidad, habían acompañado a los prohombres del campamento en el largo exilio cuya terminación marcó el 19 de diciembre. Fueron, ellos también, víctimas de aquel desdén punitivo con que la opinión del país señaló la tumba política de los caudillos. La bandera de las reivindicaciones nacionales —la libertad, las reformas económicas y políticas— quedó solitaria, sin

soldados que la custodiaran. Porque todos los resucitados en 1908 se alistan en la tripulación gomecista y se dedican, hasta los intelectuales, a loar a quien ya era un aprendiz de tirano. Las masas urbanas —pequeña burguesía y artesanado— que eran la mejor y más sólida reserva para el avance del país y la posible liquidación del gomecismo, quedan huérfanas de dirección, sin programa a la altura de sus inquietudes, ni líderes calificados para emocionarlas e inspirarlas. El comienzo de Juan Vicente Gómez coincide con un paréntesis de letargo ocurrido precisamente en las capas de la población que tenían aptitudes y solidez suficientes para alcanzar un cambio efectivo en Venezuela.

Juan Vicente Gómez será en esos primeros años de su gobierno la imagen de un zorro más consciente de lo que se cree y más astuto de lo que podrían reconocerlo sus adversarios. Como si la historia en él se volviese divertida farsa, el caudillo de diciembre inventa aquel Consejo Federal, que sería la tumba suntuosa de los sobrevivientes de La Victoria. Conjugando el consejo jurídico de sus asesores con sus propias conveniencias de comadreja astuta, Gómez crea el Consejo Federal y en él enchiquera a los historiadores caudillos. Nicolás Rolando, Ramón Guerra, Ramón Ayala, el clásico “Mocho” Hernández, Juan Pablo Peñaloza y otros se embuten dentro de ese artificio burocrático. Es un organismo sin poder efectivo, suerte de figura decorativa

en nuestra armazón institucional. Leer oficios, aprobar decretos ya elaborados, revisar contratos que ya han comenzado a ejecutarse, son las funciones de tan curioso espécimen burocrático. Es la situación más incómoda en que pueda colocarse a quienes hasta ayer fueron los temidos amos de Venezuela. Los generales de incansable espada dictaminando sobre materias administrativas de las cuales no tenían la menor noción y que por añadidura se resolvían realmente en el consejo de ministros. Los caudillos metidos en un cuerpo mitad legislativo, mitad administrativo, híbrido monstruoso de ninguna utilidad. Era la peor manera de morir, entre la burla piadosa del país. El “Mocho” Hernández no pudo soportar aquella situación que lo reducía a la condición de hazmerreír de Caracas. Cuando en la cabeza se le caliente el demonio de las conspiraciones, abandonará el país y dejará esa renuncia que constituye el símbolo de su triste vida. Así terminó, con una renuncia más, la carrera de ese hombre bueno, con bondad del corazón, que pasó por Venezuela tejiendo ilusiones en la malla del fracaso.

Hay un Juan Vicente Gómez irónico que rezumaba en sus palabras la zamarrería campesina. Es el Gómez de los comentarios sarcásticos, de inconfundible vena pastoril. Aparece en los momentos en que quiere sintetizar en una frase toda una intención política. El Consejo Federal proporciona a Gómez la oportunidad

de hacer el primero de sus chistes crueles en el poder. En la intimidad de sus áulicos, el futuro hombre de Maracay llama al Consejo Federal el potrero. Quería con ello clavar la puntilla a aquellos prohombres estorbosos que ya andaban demasiado desprestigiados para seguirles manteniendo la ficción del poder con que los entretiene. Y era realmente un potrero ese Consejo Federal donde se lamían el lomo los “bueyes cansados” de la Venezuela federal. El potrero que se destina a los bueyes que por sus largos servicios merecen la muerte triste de las dehesas y no la infamia del cuchillo. En aquel pasto burocrático, engordando tranquilamente frente a la mirada compasiva del país y los chascarrillos rurales de Juan Vicente Gómez, desaparecieron los últimos caudillos del campamento. Es un mérito de Gómez —debemos abonárselo a su cazurrería— haber encontrado semejante método para liquidar a esos rivales periclitados. Los mató de ridículo que es la peor forma de fenecer. Sin frases altisonantes y sin proclamas, como se desvanece una nube en el verano, así se hundieron los caudillos.

Cuando Gómez —cansado de hacer torpes frases de sabor campesino— decide liquidar al Consejo Federal y los caudillos quedan sin ficción de poder, ninguno de ellos será capaz de levantar las banderas de la rebelión. No hay quien los siga en la ancha Venezuela. Inútilmente escribirán cartas y se asesorarán con los

abogados más descontentos para los proyectos de proclamas. Aquellos papeles dejan en la indiferencia a una Venezuela urbana que los desdeña y ruedan hasta engolfarse en el vacío de una Venezuela rural que se desengañó de ellos. Hasta los tiempos de La Victoria, cuando todavía recogían catorce mil hombres, han pasado definitivamente. Todos los llamamientos que se hacen, allá por 1914, en demanda de concurso popular para una guerra contra Gómez no rizan siquiera las aguas de la política. Es demasiado tarde. El ridículo, del cual no se dan cuenta los caudillos, ha hecho su trabajo. Después del espectáculo infamante del Consejo Federal se habría necesitado excesiva ingenuidad para apuntarse a esos hombres exprimidos por Gómez como bagazo. La guerra que en otros tiempos habrían arribado los caudillos no pasa de amagos vacíos. Ni un pelotón logran alistar los otrora poderosos pastores de pueblos. La ineficacia de su posición es tan evidente para ellos —frente al ya cohesionado ejército de Gómez— que optan por marcharse al exilio o sumirse en la manse dumbre del retiro. En Nueva York o en sus haciendas mirarán esos hombres la implacable marcha de un tiempo muerto que pesa como lápida y suena a responso.

Las masas venezolanas —principalmente las urbanas que ya condensan lo mejor de las contradicciones sociales— van a quedar sin dirección por espacio de veinte años. El campo venezolano —y el fenómeno

exige un análisis cuidadoso— entra en reposo absoluto. Sobreviene en las masas rurales la más profunda decepción que ellas hayan vivido desde la Independencia. Es un descenso espectacular, en picada, como diría un aviador. El campesino deja de ser, por espacio de dos o tres decenios, un factor de la política para convertirse en objeto pasivo. El fenómeno del conformismo —que es la característica del descenso— se abre camino en las masas rurales. Peones y conuqueros se resignan a su suerte y nada los saca, en ese período, de su mutismo inconmovible. La Venezuela rural que ha batallado desde la Independencia cambia por completo de faz. Todas las características del descenso de masas —desaparición de las organizaciones existentes, eclipse de los prestigios, indiferencia social— se cosechan a lo largo del gomecismo. Ese tremendo vacío en el campo contribuirá, como pocos, a sostener a Juan Vicente Gómez. Es la ley de la inercia, siempre favorable a quienes detentan el poder. Gómez atravesará en medio de la más absoluta inercia de las masas campesinas. Esa situación se explica por el desgaste. Una clase social no puede combatir eternamente, succionándose el hígado, sin conseguir ninguna victoria. Los campesinos fueron el eje de la lucha social venezolana y por ella consintieron sacrificios que nadie se ha impuesto en nuestro país. La Independencia y la Federación, amén de cien guerras menores, fueron hechas por ellos y la victoria brilló cuando su heroísmo

puso el ingrediente definitivo. El desengaño, siempre traicionados, fue secando los manaderos de su abnegación. Ya en 1902 era evidente su cansancio social. En 1914, cuando Gómez se consolida, se ha llegado a la inmovilidad campesina. Se necesitaría que en el país apareciesen, años más tarde, fuerzas nuevas de base urbana para que el campo recibiera una reacción de su combatividad. En las condiciones históricas en que se produce el descenso campesino a partir de 1914 solo el nacimiento del proletariado, como vanguardia, podía reanimar la vena del campesino. Y el proletariado va a actuar ya en las postrimerías del gomecismo y con ideas necesariamente ingenuas hasta que su conciencia madure.

Los caudillos que se escapan al exterior agotarán su tinta en inútiles proclamas porque ya no hay un campo que los secunde. Y ese será el destino de otros hombres —sucesores de aquellos caudillos— que tratan de reanudar el ciclo de las guerras campesinas. Emilio Arévalo Cedeño, Rafael Simón Urbina, Doroteo Flores y otros más, que reciben el legado de incursionar en los medios rurales en busca de la montonera que se convierta en ejército, apenas lograrán despertar ecos locales de resonancia. Sus acciones no pasan de las regiones en que han nacido o tienen de ellos mayor conocimiento. Allí se les presta alguna solidaridad, pero sin que ello emocione y gane al grueso de los campesinos. Ni siquiera en sus comarcas consiguen el

respaldo de masas que en otros tiempos despertaron los caudillos de la Federación. Mucho menos en las demás regiones del país. Son aventureros casi solitarios, con un puñado de hombres, más o menos extenso según las situaciones. Sus luchas no conmoverán la armazón del gomecismo ni significarán un reto serio al régimen. Para acabar con aquel gobierno desde el campo, a la clásica manera de la Federación, se requería un campesinado en ascenso, carcomido por el afán de lucha. Estos caudillos menores, saldo histórico de una promoción ya marchita, se encuentran con un campesino en descenso social del cual pocos hombres les acompañarán. Las expediciones se multiplican en la Venezuela de Gómez y hasta la insurgencia rural surge en algunas zonas del país. Pero ello se circunscribe a sus áreas de inmediata influencia. Gómez puede cercar y destruir aquellos focos de insurgencia rural. Si hubiera tenido que afrontar un alzamiento más o menos difundido de las masas campesinas, su régimen habría naufragado. Durante veinte años, el Benemérito vive apagando estallidos locales que por falta de resonancia nacional no demandan de las fuerzas represivas el desgaste que desmoraliza. Los focos de rebelión protagonizados en el Llano, en Falcón y en el Oriente por los enemigos de Gómez son sucesos regionales de indiscutible mérito, por el esfuerzo y el heroísmo que ellos representaron, pero baldíos por completo de fuerza política. Porque las

masas rurales, en reflujó, no les prestaron la vida que los habría convertido en un proceso nacional. Entre brotes esporádicos y brevísimos —salvo el de Ducharne en Oriente, que dura más de un año— va exterminando Gómez a los adversarios que buscan reanimar el mar de aceite del campesinado. Caudillos sin clientela son enemigos inofensivos.

Esa hornada de nuevos caudillos —que en el fondo trabajan con los mismos métodos de los ya desaparecidos en el exilio— es como un sarpullido que molesta a Gómez sin amenazar a fondo la salud de su régimen. Muy lejanos están los tiempos de La Victoria con sus catorce mil hombres que sí amagaron de muerte al gobierno andino de Cipriano Castro. Desde Rafael Simón Urbina —condotiero y salvaje— hasta José Rafael Gabaldón y Juan Pablo Peñaloza —honestos y dignos especímenes de una raza de luchadores— todos los jefes que se enfrentan a Gómez buscando apoyarse en las masas rurales sucumben a la misma tragedia. Se acercan a las masas campesinas sin programa alguno, sin ideas claras de gobierno, sin enfoque social digno de ese nombre. Apenas exhiben su viejo prestigio, su nombre ganado en los combates. Con ese elemento tan deleznable no podían sacudirle la siesta histórica a un campesino desconfiado que solo contaba en frustraciones la historia de sus luchas. Ni José Rafael Gabaldón —el más dúctil y progresista de

esos caudillos supérstites— fue capaz de ofrecer algo nuevo o de comprender la situación de las masas rurales. Será bajo López Contreras cuando el hacendado de Santo Cristo adquiriera una conciencia social y sienta el imperativo de los tiempos. En medio del vacío rural, esos hombres irán al castillo de Puerto Cabello a pagar en grillos su dignidad desafortunada o marcharán al exterior a fraguar nuevas aventuras como fue el caso de Arévalo Cedeño y de Urbina, aguiluchos de presa, más interesados en el botín que en la lucha contra Gómez.

Tantos hombres —unos de la vieja cueva federal y otros de promociones muy posteriores— no podían fracasar por incapacidad, falta de visión o carencia de virtudes simplemente. Para que dos individuos tan alejados —política y espiritualmente— como José Rafael Gabaldón y Rafael Simón Urbina, cosecharan el mismo resultado de infortunio frente a Gómez tenían que mediar incontestables factores sociales en su contra. Es que ambos actúan —siendo los dos hombres valientes y difiriendo sustancialmente en cuanto a atributos morales— en un país cuyos mecanismos de protesta social han roto la larga cadena de guerras infructuosas. Las masas campesinas veían en ellos —pese a la extraordinaria calidad moral de Gabaldón— a los herederos de los marchitos caudillos de otros tiempos. El mismo modo de hacer la guerra, la misma táctica del prestigio personalista, la misma ausencia de teoría social clara

que durante varios decenios llevaron a la frustración a las montoneras agrarias. Ninguno de los enemigos de Gómez que actúan con tropas campesinas o pretenden formarlas enarbola una consigna de reivindicación social. Ni el Gabaldón de esa época —lo tomo porque es entre la última hornada de caudillos el de mejores condiciones anímicas— tiene noción de los requisitos que han de llenarse para interesar a las muchedumbres sin tierra y sin salud que en la ancha geografía venezolana permanecen inmóviles y así decretan la derrota de los argonautas del antigomecismo rural. Esa vía de los alzamientos en las haciendas o de las invasiones que “cogían el monte” estaba fracasada de antemano. Dos o tres sargentones —Eustoquio, José Rufo Dávila o León Jurado— bastarían para aplastar a los insurrectos.

Es cierto que sobre el campesino cae el orden gomecista como pesado manotazo. El propio Benemérito se convierte en el primer latifundista del país. La ganadería tiene en él a un acaparador insaciable de tierras y de rebaños. Entre San Fernando de Apure y Caracas, los potreros de engorde y las pesas pertenecerán casi exclusivamente al general y a sus familiares y amigos. Los valles de Aragua y Carabobo pasarán a ser la gran reserva del clan Gómez. Hasta Cojedes y Portuguesa llegan las pertenencias del trágico terrateniente. Miles de propietarios —algunos de ellos encumbrados hasta el cogollo del feudalismo— verán perder sus tierras

cuando les intime la venta el presidente acaparador. Debajo de Gómez —como costra inferior— se extenderá la legión de presidentes de estado y de jefes civiles que también se lanzan sobre las haciendas como gusanos ávidos. No hay mandatario regional —casi todos procedentes del Táchira— que no adorne su título de general con unas miles de hectáreas y con el monopolio de determinados negocios. Los jefes civiles concluyen aquella jauría haciéndose, con métodos de extorsión, a las mejores fincas de sus contornos. Esa gigantesca usurpación de tierras y negocios —hecha a sangre y fuego muchas veces— habría encendido una resistencia victoriosa. Pero los despojados por Gómez y los suyos venían de ejercer, con toda dureza, viejos cacicazgos de oprobio sobre los campesinos. Los que perdieron sus haciendas latifundistas y sus pingües negocios habían explotado también a las masas, después de engañarlas con promesas fallidas, durante decenios de vida nacional. Su caída ante las manazas codiciosas de Gómez no tenía por qué dolerle a unos peones y conuqueros que con ellos solo cosecharon miseria. “Pasando un puente dijo una loca...” Así pensarían los campesinos ante aquella irrupción del gomecismo que entró a sustituir a los viejos régulos en la administración del sistema latifundista. Era el turno de los Gómez. Las cosas no iban a empeorar porque ya habían sido muy trágicas para el campesino productor en tiempos anteriores.

El campesino raso —llamémoslo así— sufrirá obviamente con la tiranía de Gómez. El Sistema de la Rehabilitación Nacional —el régimen lleva el pomposo nombre— lo explota en la renta de la tierra que ha de pagarse al presidente de la República, a los presidentes de estado y a los jefes civiles, vasta constelación dirigida desde la casona de Maracay. Posiblemente la casta gomecista recoge anualmente unos ochenta millones de bolívares —el 20 % del producto agrícola en la Venezuela de 1925— a título de rentas, producidas por los siervos de la gleba. Es el régimen más latifundista que haya visto el país, pues ninguno de sus funcionarios deja de tragar tierras. Mientras Castro y sus andinos se abstienen de esta injerencia en la riqueza agraria, Gómez y los suyos son una bandada de langostas. Así se produce la última gran usurpación de la propiedad rural hecha desde el poder. El latifundio cambia de hombres, aumentando hasta lo inverosímil su magnitud económica y social. Sobre la masa campesina gravitará también la arbitrariedad de aquellos jefes civiles que son las divinidades menores, pero no por eso menos sedientas en el firmamento gomecista. Impuestos caprichosos que el jefe civil arranca a sus municipalidades, reclutamientos que se perdonan a condición de trabajarle al “coronel” —no hay jefe civil gomero que no lleve ese grado— y arrestos a granel que se suspenden si la víctima entrega unas pesetas. En ese viacrucis de servicios personales,

tributos antojadizos y carcelazos pasan su vida los campesinos de Venezuela durante el régimen gomecista. ¡Y sin embargo no se sublevaron! La explicación quizás está en el hecho de que todo aquello era menos grave para ellos que la guerra perpetua en que se desangró el caudillismo. La muerte del hijo, el retorno del marido, sin ninguna conquista después de una campaña riesgosa y el eterno desfilar de las promesas pisoteadas; había hecho cautelosos a los campesinos de Venezuela. Volver al mismo cuadro, sin que hubiese ningún aliciente porque los enemigos de Gómez no ofrecían ninguna reivindicación concreta, significaba una aventura poco tentadora. Para un campesino era más grave perder la vida inútilmente, dejando a la mujer solitaria en el conuco que soportarle al jefe civil sus arbitrariedades. Fue por esa monstruosa resignación —impuesta por un descenso de masas perfectamente claro a la luz de la dialéctica— que los campesinos toleraron los veintisiete años de Gómez. Con algunas excepciones muy viriles —Dúcharne, Pregonero, la Sierra de Coro y las sabanas de Apure y Portuguesa— el campo ensimisma y mira con hierática calma aquellos veintisiete años de maldición que ruedan sobre Venezuela.

¿Pero, la Venezuela urbana por qué permanece relativamente tranquila? La explicación abre otro desgarrador capítulo de nuestra historia —la decadencia, como la llamó injustamente Pocaterra— que ahora entramos

a recorrer. En la Venezuela de los primeros diez años del gomecismo, las ciudades tenían tres clases capaces de enfrentarse al régimen: un sector del comercio, la pequeña burguesía intelectual y los artesanos. Para movilizar, unir o inspirar a esos sectores se necesitaban ciertas condiciones políticas y culturales en quienes aspiraran a encabezarlos. Las clases urbanas se manejan mediante la palabra. Con ellas solo surten efecto las teorías y los enfoques más o menos lúcidos de la realidad. Para ganárselas se necesita un cierto nivel cultural y una concepción progresista de la sociedad y de sus problemas. Tanto el comercio descontento como las clases medias y los artesanos de aquellos años estaban entre lo más avanzado del país. Eran ellos los que pedían la plata forma más audaz, el enfoque más diáfano, la táctica más renovada. Habría resultado fácil unirlos, llevándolos a una pelea política contra el gomecismo si el país hubiese tenido otros dirigentes intelectuales. Pasemos revista a estos hombres —de extracción urbana y cultura superior— porque ellos encarnan una frustración rotunda que en buena parte explicará la larga travesía gomecista.

Los primeros intelectuales que se enfrentan a Gómez tienen dos pecados que los harán poco gratos a los ojos de las clases progresistas de la ciudad. Casi todos ellos han colaborado con el tirano, entre 1908 y 1912, y pertenecen a círculos conservadores que nada podían

ofrecer a las masas. El doctor Félix Montes y el señor Arévalo González, sonados paladines de la campaña periodística de 1913, han hecho causa común con el dictador en el lecho de su recién estrenado gobierno. Esa circunstancia pesará tanto sobre el ánimo de ellos que Arévalo González lanza la candidatura presidencial de Montes —chocando así con un Gómez continuista— en un lenguaje más modoso que combativo. La famosa proclama de “El Pregonero” con la cual Arévalo presenta la candidatura de su amigo y que ha sido enaltecida como pieza del civismo venezolano no es otra cosa que una temblorosa oración. Cuando se la lee —Pocaterra la recoge en sus Memorias— el espíritu no sale de su asombro ante aquel tejido de elogios y súplicas a Juan Vicente Gómez. Casi se parece a los documentos que en pleno régimen de la Regeneración Nacional impondrá Rafael Leónidas Trujillo en la República Dominicana a los títeres que consisten en presentarse como opositores suyos para farsas de “elecciones libres”. Arévalo y Montes son dos conservadores aristocratizantes que desdeñan a la chusma y aspiran a una República ateniense donde el pueblo sostenga el lujo de la inteligencia y la majestad de las Leyes patricias. Con aquella proclama vacilante y un pensamiento social envejecido, que estaba detrás del que hubiera sustentado Fermín Toro, mal podían levantar esos caballeros a la Venezuela urbana cuyas

clases estaban más allá de la receta mojigata. El Juan Vicente Gómez plebeyote que ordeñaba él mismo las vacas y lanzaba sus carajos en momentos de indignación, era mucho más venezolano y más comprensible que aquellos adalides de un civismo de media ala y por añadidura reaccionario.

Junto con Arévalo y Montes pasan a la oposición, es decir, a la proscripción, otros personajes de la misma extracción. Los doctores Alberto Smith y Santos Dominici, los López Bustamante, de Maracaibo, el general Román Delgado Chalbaud y otros más formarán el elenco de los enemigos urbanos en esos primeros años de la Rehabilitación. Casi todos ellos pertenecen a elevados círculos sociales y no tienen la clarividencia o la valentía de romper con su clase. Sobrevivientes de los mantuanos arruinados por la Revolución Federal sueñan con el imposible de un retorno a la hegemonía conservadora. Una Venezuela basada en el alto comercio, de abismos sociales bien administrados y mantenidos por las leyes, manteniendo intacto el latifundio y sin ningún proyecto de reforma en sus mentes, es el objetivo a que aspiran. Un retroceso de cincuenta años es lo que flota sobre las cabezas crepusculares de estos sucesores de los oligarcas. Delgado Chalbaud agregaría a esos defectos el pecado de haber sido el colaborador más cercano del Gómez que empieza a montar a la República en 1908. Este hombre trágico

—cuya valentía es digna del mayor respeto— pasa de la condición del delfín gomecista a los calabozos de La Rotunda. Mimado de Palacio, artífice de todas las combinaciones y héroe de la represión contra el pueblo, se ve despojado de fortuna y de mando cuando Gómez, descubriendo en él a un Luzbel peligrosísimo, descarga su manotazo artero. Ni Delgado Chalbaud ni Smith o Dominici, para citar a los caudillos urbanos de mayor relieve, son capaces de despertar una pasión creadora en el pueblo de Venezuela. El país doliente, que sufre a Gómez, los tolera, pero sin poner el chispazo de las resoluciones supremas. Instintivamente desconfían las masas urbanas de esos señores aristocráticos cuyo triunfo no modificaría sensiblemente la situación de una colectividad que se ha tornado escéptica ante sus dirigentes. Entre Gómez y Delgado Chalbaud difícilmente podían distinguir los caraqueños.

Frente a Gómez se colocaron también en distintas épocas ciertos escritores que cuentan entre lo más brillante que la inteligencia venezolana haya engendrado. Ellos pudieron ser los encauzadores de las reservas urbanas que, bien aprovechadas en la lucha, habrían derribado a Juan Vicente Gómez. El primero de los grandes escritores que pone raya entre su figura y la tiranía es Rufino Blanco Fombona. Ya en 1912 está lejos del país, vibrante de coraje y luminoso de indignación. Pero Blanco Fombona es un mosquetero romántico

muy hecho a las modas de la generación modernista. El prefiere la soledad del gran intelectual al gimnasio de las luchas sociales. Le interesan más los duelos a espada y los episodios de amor que el trabajo sistemático para derrumbar la tiranía. A Gómez lo combatirá con frases restallantes —tiene estilo del látigo— que se pierden entre los brillantísimos murales que son sus libros. Blanco Fombona consumirá veinte años de su vida entre cafetines parisienses, viajes por dos mundos y extravagancias de sultán turco, Polemizará con todos y sobre todo, prodirará a Gómez algunas de las diatribas de mayor vena que se escuchen en los veintisiete años de su tiranía y llenará las páginas de los periódicos con la huella de sus audacias individualistas. Rufino Blanco Fombona era, además, otro aristócrata. Despreciaba a las masas, le molestaba el trabajo fastidioso del conductor que habla con los humildes, rehuía el contacto con sus compañeros de exilio. En París más le llamaba la atención el pobre Rubén Darío, a quien asustaba con sus puños, que la colonia de emigrados venezolanos. Vive para su labor intelectual y de su pluma salen ciertamente libros de reflexión y de emoción que pertenecen irrevocablemente al patrimonio venezolano. Pero las luchas sociales, que él hubiera podido insinuar desde el exterior, no recogerán un solo aporte suyo. Este burgués orgulloso, lleno de menosprecio reaccionario, no será para Gómez ninguna molestia. Desvirgando

muchachas, batiéndose a espada, propinando trompadas y escribiendo bellos libros se le irá la juventud a esta especie de D'Anunzio tropical, aventurero como el italiano y reaccionario también como su modelo peninsular.

El caso de José Rafael Pocaterra —el segundo de los grandes intelectuales que rompen con Gómez— no es menos patético. Pocaterra es la criatura mejor dotada que haya dado Venezuela —desde que existe— para las tareas literarias. Es panfletista que deja pálidos a Juan Montalvo y a Carlos Arturo Torres. Sus invectivas parecen forjadas en la alta temperatura de un horno de acero. Tiene un talento de novelista que se codea con el de Rómulo Gallegos. En el periodismo nadie maneja con tanto gusto, intención y agudeza la crónica diaria. Como cuentista, sigue siendo el primero de Venezuela. Hasta poeta resultó este extraordinario personaje cuando en el crepúsculo de su vida cantó a Valencia, su ciudad natal. En un país distinto a la Venezuela en que lo colocó la vida, Pocaterra habría sido una mezcla de Juan Montalvo con Domingo Faustino Sarmiento. Pero la vida le negó condiciones políticas y morales. Era sinuoso hasta la desesperación. En los primeros años del gomecismo presta su nombre a alguno de los servidores del régimen. El mismo en sus “Memorias” no puede ocultar sus relaciones con José María García y las confiesa adobándolas con salsas engañosas. Casi fue un periodista oficioso. Por lo menos

se dejó tentar en los años críticos en que una oposición vertical y bien orientada por una plataforma realista habría derribado a Gómez de su poltrona. Cuando ingresa a una conspiración —en 1919— es demasiado tarde para su reputación. La Rotunda se lo engulle sin pena ni gloria. Pero de allí saldrá el mejor libro literario para la Venezuela intelectual. Es el aporte sustantivo de Pocaterra a la lucha contra Gómez. Sus “Memorias” —que deben rescatarse de cierto injusto olvido— son la más completa radiografía de una época y el pliego de cargos más quemante contra una tiranía. Nada superará en grandiosidad de estilo, en buida penetración psicológica, en fuerza descriptiva y en solemnidad trágica a ese cuaderno de Venezuela que son las “Memorias”. Sin embargo, en ese libro y en toda su obra de escritor exiliado Pocaterra plantea con absurdo simplismo el drama venezolano. El problema se reduce a una lucha de los cultos caraqueños contra los bárbaros andinos. A esos términos de escueta alternativa entre regiones lleva Pocaterra el proceso del país. Semejante teoría —divulgada por él desde el periódico colombiano que acoge sus colaboraciones— tenían que conspirar contra la unidad de la emigración en la que había tachirenses como Régulo Olivares y Juan Pablo Peñaloza. En sus relaciones políticas —aparte de su carencia de cultura social— Pocaterra actuará como un intrigante. Es el ministro sin cartera del gabinete fantasma de Delgado

Chalbaud cuando la expedición del Falke. Y además de haber lanzado criminalmente las armas al agua, separa en esas filas a distintos integrantes con cuchilla de intrigas baratas. Conservador —en el fondo comparte las ideas de Blanco Fombona— sinuoso y sin principios políticos, este hombre no hará en la vida nada comparable con su labor literaria. Hay un Pocaterra escritor, que llega a las cumbres más excelsas de nuestras letras. Pero hay también un Pocaterra político que se llena de prejuicios reaccionarios y que lejos de orientar a la emigración y de influir sobre Venezuela será un peso muerto para la empresa del rescate nacional frente a Gómez.

Rómulo Gallegos cierra la trilogía de eminentísimos escritores venezolanos que salpicaron con la tinta de su angustia el rostro de Juan Vicente Gómez. Como en las mejores tradiciones de nuestras letras, Gallegos unió en su apostolado el libro y la cátedra. La novela y el pupitre constituyeron, en los mejores años de su juventud, la trinchera de sus devociones. En su labor literaria reanuda un tema ancestral del espíritu americano, la lucha entre civilización y barbarie. En cierto modo, Gallegos continúa en Venezuela lo que fue la agonía creadora de dos grandes argentinos, Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi. Poblar y civilizar nuestro desierto y sustituir el instinto primario del caudillo con la vara de la ley es el *leit motiv* de su obra escrita. Contra las montoneras trágicas de la

revuelta, dueñas de vidas y haciendas, Gallegos levanta el orden y la rigidez de las instituciones republicanas. Esa actitud de empecinado cultor de la legalidad frente a los derrames sangrientos del caudillaje, lo emparentan con Fermín Toro y Cecilio Acosta. Es un civilista atormentado que por haber nacido en los tiempos en que Caracas era la piñata con que premiaban su audacia los cabecillas de la turba rural siente la impotencia del talento ante aquel país de las convulsiones inútiles. El desfile de los generales victoriosos —vuelta en la noria desesperante de las usurpaciones— fue el espectáculo que contemplaron sus ojos de niño y la soledad del calabozo la advertencia que flotó frente a sus pupilas de adulto.

Gallegos pertenece a una estropeada generación que como pocas en nuestra historia midió toda la inepticia de la inteligencia para enfrentarse a aquellos caudillos que amarraban a la cola de sus caballos el trapo de una República sucia. Con Gallegos culmina aquella travesía venezolana que deja a los intelectuales solo dos alternativas: corromperse o testimoniar silenciosos el derrumbe de la decencia. Y como no tenía los arranques individualistas de un Blanco Fombona —hecho para la gesta romántica— ni las ambiciones políticas de un Pocaterra —que ama la conspiración desde sus mocedades— prefiere narrar en sus primeras novelas el drama de los escritores impotentes y el arribismo social

de unos mestizos que quieren participar en la gran lotería del Poder. Los personajes del Gallegos de los años veinte son sujetos carcomidos por la vacilación o aventureros de sangre liviana que miran en una Venezuela borrascosa la oportunidad para enriquecerse o lucir un apellido. Reinaldo Solar —soñador impotente que cuenta en fracasos su vida de inadaptado— y Victoria Guanipa —que es una especie de Josefina Beaumarchais en busca del aristócrata que lave su sangre criolla— son los seres que simbolizan al Gallegos primigenio. En esas novelas, la barbarie triunfa arrolladoramente sobre una civilización demasiado embrionaria para adquirir una razonable carta de naturaleza. El Reinaldo Solar que apostrofa a una universidad clausurada, y víctima ella misma de la iniquidad reinante, y la Victoria Guanipa apoderándose de Nicolás del Casal como hubiera podido anexarse una vaca o una plantación de café en virtud de su derecho de conquista, son las expresiones de una generación vencida que ni siquiera soñó. En el Gallegos de esos años los combatientes de la pluma, que él representa se convierten en espectadores absortos de la liquidación de una patria. Es una literatura pesimista de la que surgen conclusiones desoladoras para quien quiera luchar. El muchacho venezolano de 1925 que hubiese acudido a Gallegos para buscar caminos se habría encontrado con un muro de las lamentaciones.

Es *Doña Bárbara* la novela que transfigura a Gallegos. Allí sí triunfa la civilización. Santos Luzardo es una criatura de Domingo Faustino Sarmiento, que, como tantos otros americanos insignes, se echó encima la tarea de llevar semillas de cultura al corazón de la llanura ingrima. Pero en *Doña Bárbara*, el drama esencial de civilización y barbarie se ve enriquecido por una gama de símbolos telúricos que galvanizan de lirismo la potencia del relato. La sangre de las remotas tribus, río que tiene su estuario en la guaricha trágica; la brujería ancestral que es una forma del darwinismo social en que se resuelve la terrible vida de los llanos; la intriga de los espalderos nacidos en la matriz de una patria solo preñada de maldad y la presencia de Walter Raleigh en Guillermo Danger, son expresiones de un simbolismo que convierten a *Doña Bárbara* en el mejor catálogo de lo venezolano. Esa novela es la historia cruenta del país, el espejo deforme y obsesionante de un pueblo que tuvo Cirineos torvos en su Gólgota. En *Doña Bárbara* mueren a un tiempo José Antonio Páez, el gran traidor y Juan Vicente Gómez, el gran opresor. La Venezuela de Santos Luzardo no podía ser la del Rehabilitador. En el llanero valeroso que cuelga su inútil título de abogado para medirse con la iniquidad en el terreno de las luchas sangrientas hay un antiGómez que representa la ley y la justicia sobre una tierra amargada por el latifundio y el jefe civil.

Pero Gallegos cometió en los años del gomecismo un error político sobre el cual quizás tengan mucho que discutir los venezolanos. Permaneció demasiado tiempo en el país. En su pupitre del liceo Caracas o escribiendo sobresaltado sobre una maquinilla ruidosa —tal como lo ha pintado Miguel Otero Silva en una estupenda página— dejó transcurrir varios lustros mientras en la calle los testículos de los torturados crispaban los nervios de la pobre Venezuela. Sobre la inercia de ese Gallegos puede especularse mucho. Yo quiero adelantar, a simple título de conjetura psicológica, una explicación. Gallegos es un hombre con vocación de maestro. Entre marcharse del país o permanecer aquí —callado y vacilante— junto a sus discípulos del liceo, prefirió esta segunda alternativa. Quizás pensó que en aquella generación de muchachos con la cual jugaban sus manos de maestro estaba moldeando la arcilla de una Venezuela futura. Cuando se alejó del país —para alcanzar resonancia internacional— ya a sus discípulos les caía como barreno el sol de las carreteras de Palenque o les dolía como llaga la sal de los calabozos de Puerto Cabello. Los discípulos se adelantaron al maestro, con lo cual Venezuela demostró que seguía siendo el país de las paradojas.

Gómez tuvo un último y muy eficaz auxiliar en su empresa de acogotar a Venezuela. Fue el terror. Los cuerpos gravitaban como péndulos trágicos, sostenidos

por cuerdas que enlazaban las vigas con los testículos destrozados. Una, dos, tres veces. El cielo se poblada de estrellas. Una luminosa Orión, que parecía meterse en el cráneo. Y otras pequeñas que titilaban como lentejuelas de torero. Las paredes tenían manos que aplastaban la cabeza colgante y escupían por la boca sucia de sus grietas. Diez escupitajos sobre el cuerpo oscilante. Y la risa loca de las vigas del techo que sentían la cuerda como una caricia impúdica. La tortura era para ellas como una crujiente lascivia aguzada en el extremo de la cuerda. Todo se clavaba en el cráneo y allí martilleaba hasta cansarse. Entraban las sombras, penetrantes como una neblina que descendiera del páramo. Ya no se veía a la pared burlona, al techo mugriento, al esbirro silbante. Se apaga la conciencia, adormecida en lecho de algodón. Hasta que el cuerpo caía al suelo, soltado por el esbirro, de nervios crispados por aquel espectáculo de resistencia máscula. Un guiñapo con sangre que se soltaba a chorritos para coagularse de hormigas en el piso, unas moscas golosas de banquete. Y otra vez la cuerda tensa, sosteniendo al cuerpo recuperado. Las estrellas brillantes, el martillazo, las agujitas recorriendo los nervios, la agonía de las articulaciones desencajadas y las interjecciones de los torturadores. Hasta que volvía la mortaja de sombra, única cosa tierna y compasiva en aquel calvario de Venezuela. Fueron las sombras de la conciencia desfallecida las amigas de la

Venezuela mártir, el Cirineo psíquico que cargó la cruz del Hijo de Venezuela en el pavoroso episodio de las torturas. Luis Rafael Pimentel, Félix Andrade Mora, Argimiro Arellano, Rafael Alvarado, Rafael Antonio Barrios, héroes del desprecio, capitanes de la inmolación. Colgando de sus cuerdas, que no les arrancaron ningún secreto, nos dejan su gesto como entrega y como mensaje.

Y los años interminables en el calabozo. El dominio absoluto de la sombra. Diez años, catorce años... El cuerpo amarillento, como vela de la Candelaria, enflaquecido hasta el hueso. La barba de palúdico, amarillenta también de olvido, los ojos, los terribles ojos que han perdido la noción de las cosas porque la penumbra los cerca sin cuartel. Diez años... sin ver la luz ni escuchar un ruido, sin conversar con un ser humano ni sentir una caricia. Todo el día —que no se distingue de la noche— jugando con las cucarachas ¡que tienen, siquiera, la virtud de hacer ruido al caminar! El pensamiento rondando como perro, el hueso ya mundo del pasado. Hace veinte años conocí a mi novia. ¿Dónde estará ahora? Y una lágrima rueda por las mejillas que no se humedecieron en la tortura. La escuela militar, ¡¡de frente march...!! Los papelitos de la conspiración, el calor de los estudiantes, la incitación de los políticos. Liquidaríamos a Gómez. Todo listo. Pero falló el detalle culminante. Ahora, a domesticar

cucarachas. En la cabeza se deslizan los diablos. Mira hacia la pared, ya el ojo puede distinguirla a pesar de las sombras, para que veas el rostro de tu novia. Si puedes bailar con ella y besarla. Tómalala de las manos y sale de paseo. Nereo, el brujo cuyo cuello se mete por la rendija diminuta de la puerta. Él me impide salir. Porque está celoso. ¿Es Nereo o Juan Vicente? Esta mañana vi a Simón Bolívar. ¿O sería otra persona? Aquí estuvo con un manojo de papeles y una espada. Luego la sensación del naufragio. Se está hundiendo el piso del calabozo. Entran las aguas y llegan a la garganta, a la boca, a los ojos. Son aguas cargadas de garfios que punzan y bailan al compás de la “Juana Bautista”. Hasta que se hace el silencio. Ha llegado la muerte detrás de la locura. La muerte, gran libertadora de los venezolanos cautivos y la locura, empujada por el hambre, son las dos aliadas del dolor que vienen a emancipar de su pesadilla a los enterrados en vida. Unos concluyen allí sus días como Badaracco, “encortinando” años y años hasta que la piedad de la muerte le libre la boleta de excarcelación. Otros saldrán a vomitar sus pulmones, como el gran Pío Tamayo. Siempre la muerte, epílogo del terror.

Y afuera, el espectáculo de las madres, de las esposas y de las hijas. Macarenas del dolor, arrastran su calvario de decenios detrás de un recuerdo. Unas llegan jóvenes al retén de La Rotunda o al embarcadero —o malecón— de Puerto Cabello. Tienen la frescura de la

juventud y la palpitación del amor infortunado. Las sostiene la firmeza de la esperanza y el calor del recuerdo. Y pasan los años. La nieve va amaneciendo sobre los cabellos y la arruga es el cangilón para la lluvia de las lágrimas irredentas. ¡Cuántas canas produce Venezuela y cuántas lágrimas salpican la tersura de su cutis en aquellos años malditos! Viejas prematuras, un poco corvadas por el peso del sufrimiento, con su atado de alimentos en la mano que los guardias no dejan pasar. La humillación soportada frente al arrogante carcelero que las golpea con la culata. El insulto que duele como moretón. Se les toma el atado después de ultrajarlas como se perdona a un perro demasiado flaco para darle un puntapié. Años y más años sin saber del esposo o del hijo. Hasta que un día, en Puerto Cabello, algún marinero compasivo que lleva algo de humano dentro del pecho, les da la trágica noticia. Ayer lanzamos al mar el cuerpo de su esposo. Lloran otra vez los ojos, pero lloran pura sal porque ya el agua se secó en aquella fuente castigada. El regreso al hogar ya sin esperanzas, con la cabellera retoñada de flores de café, el cuerpo seco y las manos temblorosas. A enfrentar el hambre de una vejez sin apoyo. Jamás podrá pagarle Juan Vicente Gómez a Venezuela esta deuda de inocencia sacrificada, de virtudes inmoladas, de lágrimas baldías. Desde el fondo de la historia un coro de madres, de esposas y de hijas, se levantará siempre para maldecirlo.

El terror acabó por inmovilizar a la Venezuela urbana. La incapacidad de sus posibles dirigentes intelectuales —casi todos conservadores o ensimismados— ya había ayudado al déspota. A ellos se debe en gran parte la prolongación de la tiranía. La inferioridad y el extravío social e ideológico de muchos de sus enemigos, su sordera para comprender las exigencias de los tiempos nuevos, aportaron a Gómez el lecho para su consolidación. De ellos será la culpa de que aquel jayán haya durado tanto tiempo.

XIII. “VENEZUELA HUELE A ORO...”

Los ingleses de la Shell inauguran una nueva historia para Venezuela cuando el taladro de sus equipos de perforación encuentra el pozo petrolífero de La Rosa. Un penacho negro se eleva durante días y la mancha de aceite se arrastra a los pies de las palmeras. Pringosos de petróleo, hundiendo las botas en la capa viscosa que se estira como caucho derretido, los ingenieros sudan de sol, pero también de esperanza. El hallazgo que han realizado supera en magnitud a todo cuanto ha visto la industria petrolera mundial. Bakú y Tampico quedan empequeñecidos por ese terco surtidor de la orilla del Lago de Maracaibo que durante días resiste los esfuerzos por taponarle la boca. A la postre lograrán los ingenieros cerrar el violento orificio. Pero el petróleo que ya ha manchado la ribera del Lago cubrirá toda nuestra vida.

Con ese surtidor de petróleo llega a Venezuela, en plan de conquistador, el imperialismo de los Estados

Unidos y de Inglaterra. Encuentra en el país la situación más propicia para sus planes. Sin mencionar la fabulosa proporción de los yacimientos petrolíferos descubiertos por sus hombres, Venezuela ofrece perspectivas óptimas. Ningún obstáculo se interpone en el camino de los hombres rubios. El gobierno de Juan Vicente Gómez lleva sobre una década ejerciendo el poder cuando el pozo de La Rosa vomita su indigestión mineral. En ese intervalo, suficientemente revelador para los gerentes de Londres o Nueva York, no ha estallado ninguna guerra. El golpe de Estado parece cosa de otros tiempos. Gómez tiene cárceles bastante seguras para sus enemigos y quien escape a sus sabuesos debe abonarse a perpetuidad en las pensiones puertorriqueñas de Nueva York. Nadie desafía al gobierno cuando los ingenieros contemplan el plumón de petróleo que emerge del suelo zuliano. La autoridad del caudillo de diciembre —ya lo llama así la propaganda oficial— se extiende incontestada por todo el país. El sudario gomecista sobre el cual caerá la gota de petróleo. La Venezuela de medio luto que se estirará hasta 1935.

El imperialismo no puede penetrar sino en países vencidos por el pánico o desgonzados por el cansancio. Sus capitales necesitan la parálisis nacional. En una tierra donde haya una conciencia vigilante o tenga resortes de resistencia plenamente eficaces, sus hombres se detendrán. Es la experiencia de la historia. Un país

sacudido de guerras, como lo fue la Venezuela de 1870, habría sido poco propicio al deslizamiento del imperialismo en nuestro suelo. Aquellos conflictos armados, que estallaban todos los días, hubieran aterrado a los grandes barones de Europa y de los Estados Unidos. Para llegar a nuestro país hubiesen necesitado pacificar previamente nuestra situación política. O aliarse a uno de los bandos en pugna hasta convertirlo en vencedor. Es el expediente que usó el imperialismo —heredándolo de las aventuras coloniales del siglo XVIII— para adentrarse en países que viviesen estremecimientos de guerras intestinas. A la India la conquistaron los ingleses mediante un sistema de alianzas con príncipes aborígenes que guerreaban frente a sus rivales. Ese método se perpetró hasta las postrimerías del siglo pasado. Pero era demasiado costoso en sus inicios. Solo países que poseyeran inmensas riquezas podían justificar el gasto de la intervención en favor de un príncipe o caudillo. O aconsejar operaciones de despliegue armado siempre onerosas a la postre. No es la resistencia precisamente el medio en que el imperialismo se infiltra. Nuestro clásico “bochinche” quizás tuvo la virtud —única en medio de sus defectos— de inmunizarnos contra la penetración o colonización exterior. El atraso levantisco fue nuestro escudo.

Para los dirigentes del imperialismo en Europa y América el panorama de aquella Venezuela de la

proclama de Castro había cambiado mucho ya en 1920. Era evidente que las guerras civiles no constituirían, en el futuro previsible, la manera de dirimir las controversias de la política. Gómez parecía poderoso y temido. Las dos condiciones que anhelaban Maquiavelo en todo príncipe ya las reunía el Benemérito. Muy adormecida andaba la conciencia nacional. Los complots contra Gómez más se asemejaban a inocentes chascarrillos que a serias empresas. El fogón campesino llevaba cerca de veinte años apagado, sin fuego guerrero en la crepitación de sus leños. Esas circunstancias permitían una penetración en Venezuela sin costos previos de pacificación brutal o de intervención en conflictos intestinos. En el cálculo de los magnates la operación era redonda. Pocos gastos y una posible ganancia de mayor magnitud que todas las conocidas. Hasta el descubrimiento de los pozos del Medio Oriente, ninguna otra zona del mundo sería tan productiva para el imperialismo. Sin adelantar un centavo ni arriesgar un hombre, el capital internacional se anexó bajo Gómez su mejor provincia ultramarina.

No hubiera sido fácil la implantación de los intereses imperialistas en nuestro suelo si el país no atraviesa ese descenso —la decadencia de Pocaterra— que significó el gobierno de Gómez. Hay que imaginarse, simplemente, a las compañías petroleras intentando colonizarnos en 1900. No es descabellada la hipótesis.

Ya en ese año los Rothchilds y los Nobel estaban viejos en Bakú. El petróleo pasaba a la primera categoría entre los bienes económicos. Si alguien olfatea los yacimientos venezolanos en aquella época los rastreadores del pozo de La Rosa se habrían anticipado en veinte años. Pero la Venezuela aún cundida de guerras, con su fresca barbarie al viento hubiese exigido dos acciones previas para el imperialismo. Se necesitaba, en primer lugar, vencer la resistencia de Castro, ablandando sus escrúpulos nacionalistas o atemorizando su seguridad de mandatario. O bien, en caso de que esas exploraciones fracasaran, intentarle una guerra financiando a los caudillos que aún sobrevivían. Es decir, adelantar una Revolución Libertadora con la mano de la Shell o de la Standard y no con la ya conocida de la Nueva York and Bermúdez. Esos riesgos de resistencia o incendio guerrero no los corría el imperialismo petrolero pues entonces tenía una Rusia zarista complaciente. O una Persia y un México ya conquistados.

La Venezuela doblegada de 1920 —que no tenía te ni alentaba esperanzas— era el país ideal. La llegada de las petroleras coincide con el peor momento de nuestra historia nacional. Fue el momento de la siesta, bochornosa y trágica como las de un mediodía de mucho sol. Es lo que diferencia profundamente a la tiranía gomecista de las etapas anteriores en nuestra historia. Los tiempos de los caudillos fueron ciertamente

anárquicos y estériles. Pero el país vibraba como un toro castigado por el tábano. Se derrochó el esfuerzo de las generaciones y arruinamos a Venezuela a fuerza de chuparle sangre con labios de guerra. El hecho mismo de que se guerreara tanto, tras banderas demagógicas, era demostración de vida e interés. Guzmán Blanco intuía la ventaja que ese cuadro ofrecía para la Independencia nacional. En uno de sus discursos afirmó que la barbarie venezolana podría oponer a una invasión extranjera el método de la guerrilla desarrollado por Zamora. Pero ese campamento bárbaro va quemándose y es entre chimizas carbonizadas como recibe Juan Vicente Gómez a Venezuela. La sangría temeraria —cuarenta años sin descanso— ya había arruinado al país.

Los períodos de cansancio histórico —o de descenso— significan una especie de arrinconamiento de los ideales. En el auge, rural o urbano, el ideal es la sublimación de la lucha, el nombre de las esperanzas, la bandera del esfuerzo. En la decadencia, como no hay casi lucha, desaparecen los símbolos exteriores y supremos que son los ideales. El declive histórico que vivirá Venezuela desde 1910 hasta cerca de 1935, se lleva las preocupaciones patrióticas más elementales. Es un fenómeno explicable. Un país y sus clases —urbanas o rurales— que pierden el empuje elemental de la lucha no podrá elevarse hasta las exigencias de una sensibilidad y un deber nacionalista. La Venezuela de

1920 —de campesinos agotados y de clases urbanas defraudadas— era casi una sustancia inerte. Estábamos en lo más profundo de un descenso histórico que no era propicio, en absoluto, a la resistencia frente a la penetración del capital extranjero. Venezuela fue, por obra de circunstancias viejas y complicadas de su vida nacional, el premio más fácil que conquistó el imperialismo en la postguerra de los años veinte. Las compañías pudieron hacer en sus primeros años, cuanto les pidió el apetito colonizador. Redactaron leyes, nombraron jueces, organizaron policías y se convirtieron en poder sin contrapeso dentro del país. Su influencia no tropezó con ningún obstáculo en aquellos años aurales de su dominación. Así pagó Venezuela el precio de su desplome histórico después de la anarquía de las guerras inútiles.

Pero hay otros factores que explican el predominio sin atenuantes que alcanzan las petroleras desde que se instalan en suelo nacional. La penetración del capital foráneo significaba, en las condiciones de la Venezuela de 1920, una ventaja para ciertos sectores de la población cuya inconformidad con el orden gomecista habría estallado en esos años. La clase media de las ciudades, de efervescencia nunca agotada totalmente, encontró oportunidades de prosperar. Las compañías eran tan poderosas como el Fisco y su nómina de empleos absorbió contingentes de profesionales, técnicos y especialistas.

Aparecía ante la mirada de millares de venezolanos un horizonte que el magro presupuesto nacional de entonces jamás habría dibujado. El petróleo abría una vena infinita para la ambición. Desde el intermedio en la negociación de las concesiones —millares de hectáreas traspasadas a las compañías— hasta el proveedor de los nuevos conquistadores, toda una gama de sujetos sintió suelo más firme para apoyar sus ansias. En los años que van de 1920 a 1930, las clases medias ven disminuir las razones objetivas de su descontento. El panorama se torna tentador. Aunque el país pase insensiblemente a control de los magnates anglosajones hay la compensación del sueldo o del negocio fáciles para algún remordimiento del patriotismo. En una Venezuela de campesinos adormecidos, conjurar la inquietud de las clases medias con este sedante de la prosperidad personal equivalía a cegar las fuentes de peligro. La conjugación del descenso político en que el imperialismo encuentra al país con el auge económico provocado por el petróleo en aquella época tenía que acolchonar la entrega haciéndola casi imperceptible para los venezolanos.

Para Gómez, la llegada de las petroleras a cuyo servicio se pone la Rehabilitación Nacional, constituye el más formidable aporte en los veintisiete años de su gobierno. El petróleo va a dividir la historia nacional. Como esas corrientes eléctricas de que se valen

los físicos para sus experimentos, el petróleo sacude a fondo el organismo nacional para impartirle una nueva dinámica. Muchas cosas cambiarán en Venezuela y, en las condiciones de inercia política existente, será Juan Vicente Gómez el gran beneficiario. Sobre un gobierno, ya asentado firmemente, caerá la plataforma de sustentación que significó el despliegue de capitales del imperialismo más poderoso de todos los tiempos. El país que contemplará a Juan Vicente Gómez muriéndose de próstata cansada en 1935 no es el mismo que han encontrado las petroleras. Quince años han bastado para agregar a nuestra vida nacional nuevos y arrolladores elementos. Flotando en ellos, el Benemérito encontrará lecho para morir de viejo.

Cuando el petróleo empiece a brotar en proporciones mercantiles cambiará por completo la fisonomía fiscal del país. Hasta la llegada de los ingleses —seguidos por los norteamericanos— el gobierno venezolano ha dependido de los oscilantes impuestos de importación. Sobre las importaciones que nos permiten el café y el cacao recaerá casi exclusivamente la tributación. Existe una solidaridad, visiblemente acusada, entre el gobierno y los intereses agrícolas que se ligan al comercio exterior. En la Venezuela de esos tiempos, la técnica fiscal se reduce a estimular las siembras y exportaciones de café y cacao. Fue así como Juan Vicente Gómez liquida el bimetalismo e instaura un patrón de oro clásico

hacia 1918. La mira de esa medida no era otra que la de abrirle camino a los productores de café y eliminar las maniobras de las casas alemanas que retenían una porción indebida del ingreso internacional ganado por el país. El sistema de impuestos se orientaba a extraerle los mejores beneficios a las exportaciones cuando su ingreso cerraba el ciclo monetario convirtiéndose en importaciones. Para que el arancel diese los resultados óptimos aquel régimen necesitaba una firme tendencia ascendente en las cosechas cafeteras. El petróleo emancipará al fisco de esa ligazón con los factores autóctonos de la economía. Ya en los años postreros de la década de 1920 los impuestos derivados del petróleo tienden a igualar a los aranceles como arbitrio fundamental del erario venezolano. Es el reflejo del auge fulminante en las extracciones de aceite mineral. En 1925 —la fecha es histórica— el petróleo sobrepasa al café en el valor de las exportaciones. El rendimiento de las regalías —virtualmente la única participación del fisco en el negocio— ya se mide con las recaudaciones aduaneras. Pero hay otros fenómenos que redondean esa nueva situación e introducirán cambios tan profundos en la dinámica de la economía y en el comportamiento de los gobiernos.

El circuito monetario, que comenzaba en la Venezuela anterior cuando se vendía la cosecha cafetera y se cerraba al utilizar la masa de divisas así obtenidas

en el exterior, cambia ahora su centro de gravedad. La moneda venezolana encuentra en la oferta de divisas de las petroleras su principal manadero. Se abre el proceso en el momento en que las compañías adquieren bolívares para pagar sus impuestos y salarios en el país. Y se cierra al disponer la economía nacional de aquellos recursos para financiar sus importadores. La cosecha de café se ve relegada a un escalón subalterno porque ya no brotan de ella los ingresos monetarios que, a través de ese circuito, mueven los mecanismos del ingreso nacional. El financiamiento de las importaciones no se hace preferentemente, desde que el petróleo alcanza la cima, con divisas procedentes del café. Para el rendimiento del arancel no tiene por qué preocuparse el gobierno por el volumen de la producción cafetera. Una cosecha baja ya no detendrá las importaciones, y con ellas el producto del aforo aduanero. El país puede importar hasta un nuevo límite objetivo, el que fija el manadero del aceite mineral. En la primera década de las explotaciones petroleras las recaudaciones fiscales suben mucho más que el volumen o el valor de las cosechas cafeteras. Mientras Venezuela se estanca como productor de café —ya en 1930 ocupará el cuarto lugar en la escala de los productores mundiales— los arbitrios del fisco se expanden con sostenido ritmo hasta que llegue la época de la crisis universal de 1929.

El petróleo aparece, en el primer momento de “su ser natural”, con características que ha conservado durante toda su vigencia. Muchas de ellas contribuirán a aislar al gobierno de las bases de sustentación a que tradicionalmente apeló en Venezuela. La extracción de petróleo trae la mejor técnica de la época y se realiza, por ello, en condiciones de óptima productividad. La absorción de mano de obra y de materiales del país es casi insignificante si la comparamos con la fuerza de trabajo o con la capacidad de producción existente en otras esferas de nuestra economía. El café había utilizado, en todo el período de su esplendor, elevadísimos contingentes de mano de obra que difundieron su prosperidad en amplias capas de la población venezolana. Era un progreso modesto pero compartido. Los ciclos de auge en el volumen de las cosechas o de ascenso de los precios penetraron en el país a través de los mil poros de la permeabilidad cafetera. Medio millón de personas de las fincas a los almacenes de embarque, participaban en ese flujo económico. El petróleo trabajará con unas decenas de miles de obreros a los cuales se circunscribe el efecto inmediato de la nueva riqueza. En ningún momento llegará esa industria a emplear cien mil trabajadores. El peón y el hacendado del café, especialmente en los Andes, son consumidores de productos criollos. El nivel de producción de la industria nacional se determina por la demanda de ese sector.

Los trabajadores petroleros son consumidores de artículos importados. Esas características de la producción petrolera —brevemente esbozadas— concretarán a las solas regiones que poseen yacimientos y al gobierno nacional, perceptor de los impuestos, el impacto de aquella penetración.

Así, el gobierno se emancipa también del curso de la coyuntura económica dentro del país. No solo escapa la organización estatal a la tutela e intereses de las clases productoras internas, sino que, además, deja de serle cara la suerte de la mayoría abrumadora de los venezolanos. El petróleo puede prosperar aun cuando en el país haya depresión. Mientras en el ciclo cafetero una recesión interna muy seria se traducía para el gobierno en la quiebra de su sistema fiscal, cuando despunta el petróleo, el erario se gastará el lujo de nadar en la abundancia, incluso en momentos de grave crisis en las distintas esferas de la economía autóctona. La política fiscal venezolana se convierte en el expediente más simple. Arrimar la totuma, como habría dicho el general Linares Alcántara, a aquella fuente y llenarla hasta el tope. Nada tan sencillo y elemental. Para ministros de hacienda servirán, en la Venezuela del gomecismo petrolizado, unos buenos contadores que anoten las entradas y luego las distribuyan en la profusa red de las partidas presupuestarias. Todo el complejo mecanismo de estímulos al ingreso y de medidas defensivas

que otros países ponen en marcha desde 1930 serán desconocidos en una Venezuela cuyo gobierno ya no tropezará, hasta 1960, con las dificultades presupuestarias en que languidecieron los continentes del capitalismo.

El benemérito general Juan Vicente Gómez —así lo bautizaron los congresos del período petrolero— va a ser en la América Latina el más desahogado de todos los déspotas. En esos años de 1920 a 1930 casi todos los gobernantes del hemisferio —dictadores o no— se entrampan en los Estados Unidos. Empréstitos, colocación de letras y operaciones de anticipo en la banca neoyorkina son asuntos rutinarios. El Benemérito —cuya tacañería encuentra un aliado en la abundancia que el petróleo le proporciona— no necesitará esos artilugios. El impuesto petrolero y el arancel reforzado ahora por las divisas que dejan las compañías bastan para cubrir las exigencias del Estado. Para sus carreteras —hechas con los presos políticos y comunes— sus cuarteles y sus jefaturas civiles, alcanzan los millones prodigiosos del petróleo. El déficit desaparece del argot fiscal venezolano durante cuarenta años. No hay ejercicio que se cierre con apuros. El dinero tiende más bien a sobrar. El Gómez avaro que nunca ha dejado de sentir por el oro la admiración que le profesan los campesinos de su tierra, convierte en metal amarillo el forzoso superávit. Aunque la Venezuela que no participa en el festín petrolero —la inmensa mayoría de su población

se encuentra en ese estado— padezca enfermedades, miseria e ignorancia, el gobierno gasta mucho menos de lo que recibe. Pueden amontonarse los superávits. Cuando muera, Gómez sentirá la satisfacción de tener cien millones de bolívares en caja. Será el único gobierno de economía con superávit en todo el mundo. Bien cerca de la casa en donde se guarda ese tesoro, los niños pedían limosna y los lisiados arrastraban las pústulas de sus úlceras bajo la puñalada de sol tropical.

En 1929 la América Latina siente la cuchillada de la crisis mundial. Sobreviene una oleada de golpes, revoluciones palaciegas, rebeliones populares y luchas inconfesables por el poder entre las distintas camarillas de los países del hemisferio. Es la caída de las exportaciones, con su secuela de desempleo y desesperación, la levadura de esa insurgencia orquestada. Juan Vicente Gómez pasa impertérrito, con su humanidad de Sancho, por en medio de semejante pantano. El petróleo ha inmunizado a la economía venezolana —y ese efecto durará hasta 1957— de las peores consecuencias de una crisis económica universal. Las cifras son tan elocuentes que dispensan casi de cualquier comentario. Las exportaciones venezolanas no cayeron más allá del 15 % ni el ingreso del fisco se contrajo por encima del 20 %. Entre tanto, en los otros países latinoamericanos ciertas exportaciones se redujeron hasta alcanzar solo el 40 % de los niveles anteriores a la crisis. El petróleo

fue el único artículo resistente a las crisis que conoció el mundo capitalista en el largo período que separa a 1920 de 1960. Mientras todos los artículos industriales y agrícolas cayeron vertiginosamente en la depresión de 1929, el petróleo descendió lentamente como si lo sostuviesen unas invencibles fuerzas de inercia. El carácter de producto esencial para la economía y el nivel de vida de los grandes países y su control, por un cártel que entonces dominaba toda la producción mundial, impartieron al aceite mineral esa resistencia a los asaltos de una recesión tan prolongada. Y detrás del petróleo, el Benemérito cruzó la crisis sin enredarse en ella. Su gobierno tuvo la fortuna de seguir pagando a sus empleados, racionando su tropa y abriendo las estratégicas carreteras donde consumían sus últimas energías los presidiarios del país. La mano del petróleo no llegó a cerrarse en ese período y de ella cayeron las succulentas migajas para la digestión del gomecismo. Todos los sátrapas latinoamericanos fueron derribados en aquel período de crisis mundial. Gómez se sostendrá en su solio maracayero sobre un chorro de petróleo.

La llegada del petróleo hará nadar en la abundancia, desconocida hasta entonces, a la burguesía mercantil importadora de Venezuela. Con los taladros aparecen en Caracas y Maracaibo, decenas de negocios nuevos que importan automóviles y otros artefactos de imposible adquisición en los tiempos del café. Las viejas casas,

ayer compradoras de café, participan también en el auge mercantil. Ahora el comercio importador no necesita, él tampoco, acomodarse a las posibilidades que fije el grano. Otra fuente de divisas y el ingreso monetario que el petróleo crea en Caracas y Maracaibo, expandirán los recursos y elevarán la demanda. El equilibrio entre la demanda de la clientela urbana y la capacidad de financiamiento en dólares de la actividad comercial se establece a un nivel mucho más elevado. La tasa de beneficio de la burguesía mercantil llega a marcar unas proporciones de las cuales no tenía el país la menor idea. En la etapa postrera del gomecismo, a partir de 1925, surgen muchas de las fortunas mejor saneadas en los medios mercantiles de Venezuela. El gran comerciante o el que está en trance de serlo, encuentran en la tasa de ganancias la razón para adherir a aquel sistema. Ninguna clase capitalista tendrá otro norte para orientarse en la vida pública. Si el beneficio sube aceptará el orden con todas sus consecuencias. Si el beneficio baja, el empresario se convertirá en adversario solapado o franco de la situación existente. Esa vara se hace grata en los años del gomecismo petrolizado. Ningún comerciante experimenta el menor disgusto y no alberga reservas frente al régimen. La Rotunda llena de presos es un lunarillo que se eclipsa ante el fulgor del negocio fácil.

En la etapa del gomecismo, como consecuencia del auge petrolero, la burguesía mercantil venezolana cambia definitivamente de signo. En esa clase hubo factores progresistas y dinámicos que habrían encabezado la transformación capitalista del país. Históricamente, es la burguesía mercantil la que inicia los cambios en que se resuelve la llamada Revolución Industrial. De ella salen los capitanes y de su seno brotan los capitales líquidos que el desarrollo industrial exige cuando la sociedad puede trasponer una cierta etapa. La burguesía mercantil estaba destinada, si el orden cafetero prosigue a lo largo de la década de 1920, a encabezar los movimientos políticos que buscasen la remoción de los obstáculos para el progreso del país. Existían en el comercio, hasta el momento en que irrumpe el petróleo, sectores e individualidades descontentas e ilustradas, a quienes habría correspondido fatalmente aquel papel. Solo transformando algunas de las bases de la economía nacional, le era dable al comercio mantener y ensanchar su tasa de beneficio. Sus ambiciones tendían a chocar con los límites, muy estrechos, que la Venezuela agraria y precapitalista fijaba a su expansión. La industria, imposible sin una alteración previa de ciertos factores, era la única solución. Pero el petróleo permitió ampliar los límites objetivos de la actividad mercantil sin ninguna transformación interna. En otras condiciones, para el comercio era indispensable la reforma agraria

que habría permitido la emergencia de la industria. Con el petróleo, el volumen de sus operaciones podía expandirse sin necesidad de esa medida y del desarrollo que la acompañaría inevitablemente. El petróleo emancipa la demanda de las fuentes internas de producción. Al hacerlo es ya factible que el comercio crezca de espaldas a la realidad íntima del país. Aún con la más generalizada miseria campesina podían los comerciantes hinchar su prosperidad porque el ingreso petrolero, domiciliado en las grandes ciudades de la costa, sostenía una demanda de invernadero. La mentalidad de la burguesía mercantil cambia radicalmente y en su seno desaparecen los sectores descontentos.

El comercio, en todas sus esferas, se identifica con el imperialismo. Si el petróleo había aparejado semejante milagro de elevación de la tasa de beneficio era necesario prestarle apoyo a los magnates que lo trajeron y al gobierno que permitía su explotación. A lo largo de los años postreros del gomecismo —y de los gobiernos ulteriores— el comercio seguirá la política de las compañías. Una clara identidad se establece entre ambos sectores. A mayor aumento de la producción petrolera, mayores grandes ingresos en determinados centros y más suculentas posibilidades de importar. Y entre menos obstáculos se interpongan a la importación de artículos de consumo más hinchada será la porción del ingreso monetario que caiga en manos del comercio.

En los últimos quince años del gomecismo la fraternidad de los comerciantes con las compañías aceiteras será un axioma en la política venezolana. Esa alianza bastaría, casi por sí sola en un país como aquel, para sostener a una dictadura. Si Gómez no hubiese tenido a su favor la fatiga del campesinado y las numerosas deficiencias de sus enemigos, que no calaron los nuevos factores de la sociedad venezolana, la amistad del comercio con las petroleras y la ayuda que estas prestaron al gobierno eran suficientes cimientos de perduración.

La abundancia de divisas —que se mantiene aún en la crisis de 1929— permitirá el crecimiento ininterrumpido del comercio y de las actividades conexas dentro del producto territorial de Venezuela a lo largo de aquellos años. Surge una deformación —subsistente en nuestros días— en la estructura de la economía nacional. El comercio pasa a ocupar el principal lugar en el concierto de las actividades que concurren, dentro del país, a la formación del producto. Hasta 1925 era la agricultura la primera de nuestras fuentes de riqueza. El 40 % de los bienes y servicios producidos en el país provenía de ese renglón. Ya en las postrimerías del gomecismo las dos esferas descollantes son el petróleo —provincia extranjera enclavada en el suelo nacional— y el comercio que desborda rápidamente las otras bases de la economía nacional. Cuando suena la hora de la muerte para Juan Vicente Gómez en el

comercio se originan ingresos superiores que en toda la agricultura y la cría. Ese auge del tráfico mercantil altera la correlación entre las ciudades y el campo. Caracas crece más entre 1926 y 1936 que en los ochenta años anteriores a la primera de esas fechas. Maracaibo se desarrolla con mayor velocidad en la década que sigue al “chorro” que en todo el período de la prosperidad cafetalera. Y junto al comercio, la banca y la construcción aparecen como actividades sustantivas, capaces de aportarle al producto bruto una proporción combinada que supera la de la industria de transformación. Esas actividades —comercio y banca— derivan su situación del volumen del gasto público que a su turno depende del nivel de la producción petrolera. Son los dos factores esenciales de la nueva situación. El comercio se marida así con el régimen. Aparece una burguesía mercantil casi burocrática cuya principal tarea consistirá en presionar al gobierno para que mantenga el libre cambio sin cortapisas y eleve sus gastos hasta el nivel que permita el flujo petrolero. Burguesía domesticada que acaricia los lomos del hipopótamo en las tardes de Maracay, que se unta las manos en los ordeñaderos de Gómez y escucha chistes de sabor rural cuando el Benemérito, acosado por el calor de Maracay, coloca su mecedora de Viena en la acera de su casa. Entre peregrinaciones al jardín zoológico y visitas al despacho de Gómez transcurren

los años para esta burguesía que como una orquídea ha prendido en el tronco del petróleo.

La penetración imperialista del petróleo aplasta todo posible brote industrial en el país y liquida la vieja agricultura. El calvario de la agricultura, que se hace patético a partir de 1933, habría producido en el latifundio una reacción frente a Gómez reanimando el ciclo de las protestas rurales. Pero es demasiado tarde. Ya en 1933, cuando comienza el gran desplome de la actividad agrícola, el Benemérito es el primer latifundista del país. Y sus generales y coroneles se han engullido las lenguas hasta donde no llegó la voracidad del jefe nacional. Esa ruina de la agricultura no arremolina insurgencias porque Gómez ya tiene para su avaricia infinita el entretenimiento que le alcanza la renta petrolera. Los negocios urbanos de pesa y distribución de alimentos, las fábricas que en Maracay levanta el presidente, las acciones bancarias y la participación en cuanta actividad tenga valor comercial compensan a Juan Vicente Gómez de los descalabros que sus intereses agrícolas de gran terrateniente puedan sufrir a consecuencia de la crisis en que se sume aquella rama de nuestra economía. Quien como abanderado del latifundio hubiese querido levantarse contra el petróleo era en Venezuela jefe del Estado y favorito de las compañías. No se dio aquí, como en Persia, la clásica lucha de los terratenientes contra el invasor imperialista. En países de latifundio

menos concentrado —donde no se hayan acaparado las tierras en la medida en que lo hizo Gómez— la clase de los feudatarios choca con las petroleras cuando estas le arrebatan los brazos y le crean problemas de invasión de mercados, por víveres extranjeros, en sus propias narices. La guerra de las tribus persas, ya muy historiada, fue una reacción del feudalismo de aquel país ante la presencia de la AngloPersian que permitía importar trigo foráneo a precios menores que el de producción nacional. En Venezuela el lugar de las tribus, con sus caciques, lo ocupaba Juan Vicente Gómez que no iba a sublevarse contra sí mismo.

Pese a la contradicción entre el petróleo y la agricultura —porque aquel sustrae brazos y sobre todo hace más competitivas las mercancías agrícolas extranjeras y desalienta las exportaciones de géneros agrícolas— se gesta bajo el gomecismo una coalición entre latifundio e imperialismo. La guerra que habría estallado entre ambos en otras condiciones —como sucedió en varios países petroleros— se sustituye aquí con una coexistencia pacífica. Gómez actúa como lazo de unión. La política del gobierno se orienta contra la agricultura desde que el petróleo se consolida. Bajan los aranceles de ciertos géneros agrícolas, dejan de recibir estímulos los artículos agrícolas de exportación, la moneda favorece al comercio en detrimento de la actividad rural y hasta las carreteras no hacen otra cosa que crearle una

red de penetración en el país a los productos extranjeros. La agricultura soporta aquel asalto —penosísimo en los años de la crisis mundial de 1929— sin chistar o con refunfuños apenas perceptibles. La omnipotencia ganadera y agrícola de Juan Vicente Gómez —general y latifundista— explicará ese tránsito silencioso de una estructura agraria a una estructura minera.

La Venezuela del petróleo y el comercio puede superar a la Venezuela de la agricultura porque quien, en condiciones distintas, hubiese tenido que insurgir recibía como a nadie el soplo de la brisa imperialista. El cambio, muy abrupto porque se realizó en menos de quince años, tuvo amortiguadores monstruosos pero eficaces.

El petróleo absorbe una mano de obra que, para fortuna de Gómez, proviene de las regiones de mayor densidad de población. Los estados andinos y Falcón proporcionan a las petroleras y a las compañías de construcción y casas comerciales de los primeros años del oro negro, el contingente de trabajadores que reclaman. Campesinos que hubiesen desbordado en sus regiones nativas se vuelcan sobre la cuenca del Lago a accionar los taladros o a servir de dependientes en los tarantines del comercio. Así disminuye la presión sobre la tierra que ha sido, tradicionalmente, el principal agente de las guerras sociales del campo. Los mozos de Coro y del Táchira o de Trujillo encontraron más fácil y rentable marcharse a Cabimas que esperar el mensaje telúrico

del caudillo. Estados de pujante ascenso demográfico, con tasas de aumento del veinte por mil en su población rural, se desinflarán paulatinamente por las picas que llevan a las cercanas carreteras. El camión que entre baches y accidentes salva ahora las distancias y la piragua lacustre, trabajarán tanto por la estabilidad de Gómez en esos años como sus “Sagradas” y espías. Los campesinos que entran a ganar ocho bolívares diarios con las petroleras o viven en los “gatos” de la barajita a orillas del Lago son fuerzas que se sustraen a una posible insurgencia en las regiones de donde proceden.

Entre los propietarios de fincas a quienes la política creada por el petróleo habría arruinado irremediablemente se perfila una perspectiva apetitosa. Con el auge monetario y mercantil del petróleo, ciertas ciudades venezolanas ofrecen posibilidades inexistentes en otros tiempos. La especulación con terrenos, las construcciones urbanas y el comercio abren un fondo en el cual es factible colocar sus capitales. Con presteza casi unánime, muchos hacendados del centro y del occidente se convierten en especuladores, constructores y comerciantes. El dinero que utilizan en sus primeras faenas urbanas procede de la agricultura y pueden reforzarlo con créditos seguros y relativamente llevaderos que la banca, fortalecida por el petróleo, está en capacidad de otorgarles. Para los ambiciosos y los emprendedores las ciudades venezolanas ya son una

promesa. El traslado de capitales favorecido por la ley de la igualación de las lasas de beneficio en el renglón más alto, se hace gradualmente. Privada de algunos de sus hombres más audaces —aquellos campesinos que emigraban hacia los campos y ciudades del petróleo— y abandonada de sus dirigentes —los propietarios en tránsito hacia la especulación urbana— la agricultura terminará por sumirse en el sopor. Cuando culmine la larga tiranía, ese semillero que fue la agricultura venezolana ya es una amorfa masa sin voluntad firme ni visión clara.

El petróleo asesta, en beneficio de Gómez, una puñalada definitiva al “garibaldismo” como método de lucha política. Aquellas expediciones que comenzaron en Jamaica y Haití con el Libertador y terminaron en Trinidad y Curazao con los generales de la oposición a Castro, resultan definitivamente imposibles en los años de la consolidación petrolera de Gómez. Los tiempos habían cambiado ciertamente entre 1817 y el estertor del caudillismo. El Libertador desembarcó casi solo y tras de algunos fracasos logró convertirse en el jefe de una Venezuela en armas. Falcón y Zamora llegaron a Coro casi solitarios. Ya en los años de 1902 se necesitaba invadir desde el mar con centenares y aun millares de soldados. Ese sistema de lucha exigía, a medida que se dificultaba su ejecución en el país, mayores recursos monetarios a disposición de los que

pretendieran incursionar desde el exterior. El petróleo —y las circunstancias sociales y políticas de una Venezuela distinta a la del siglo XIX— agigantarán las dificultades hasta hacerlas prohibitivas. El “garibaldismo” —invasión de su país con ánimo de libertarlo— se torna ilusorio hasta el extremo de la pesadilla para los enemigos de Gómez.

Las compañías petroleras ponen al servicio de Gómez su propia red de espionaje que tiene a su disposición las informaciones de varias cancillerías y de muchas policías secretas. Los agentes del petróleo —y los diplomáticos de Estados Unidos e Inglaterra— vislumbran las actividades de los enemigos de Gómez y con presteza muy de “*bussines enterprise*” notifican a Maracay el peligro que hayan advertido. El Benemérito sabe así cuando compra algún barco el doctor López Bustamante o se mueve de su domicilio parisino el doctor Santos Dominici. El empleado que vende el “ticket” ferroviario a este último es posiblemente un hombre a sueldo de la Royal Dutch Shell que correrá a advertir a la compañía. Y la Shell trasmitirá por cable a Venezuela la significativa “novedad”. Entre los traficantes de armas tienen las compañías petroleras a gentes cuyas infiltradas. La policía de todos los países occidentales recibe subsidios de la Standard o de la Shell. La trama que se teje desde Londres o Nueva York se ramifica por todos los lugares a donde llegue la correría de los enemigos

de Gómez. No hay conspiración, por sigilosa que sea, cuyos latidos no lleguen hasta Maracay sin que Gómez tenga que mover un dedo para seguirla. Para su tranquilidad trabaja en provecho suyo un cártel petrolero de intereses derramados por todo el planeta. El factor sorpresa con el cual lograron sus primeros éxitos en Venezuela los invasores de todos los tiempos, ya no funciona en la época de las compañías petroleras y del cable transoceánico. Quien lea los papeles oficiales de aquel período captará inmediatamente la importancia de un personaje entre pulido y torvo, suerte de intrigante bien vestido y oloroso que se eterniza en el servicio diplomático de Gómez. Es mediocre como Ezequiel Vivas, pero tiene el olfato y la paciencia del policía. Se llama José Ignacio Cárdenas. ¿Es Embajador en Washington, París o Londres? Esas son las capitales más importantes del mundo occidental. No.

Cárdenas regenta la Legación de Venezuela en Holanda, un país de tercer orden cuya capital ve solo ocasionalmente la cara de un venezolano. Pero allí están las oficinas centrales de la Royal Dutch adonde llegan las informaciones que, en relación con Venezuela, recogen sus funcionarios desparramados por toda Europa.

Gómez dispone de un tejido vial, muy deficiente, pero de indiscutible superioridad si lo comparamos con el de Castro o Guzmán Blanco. Sus carreteras de tierra llegan hasta las fronteras y costas del país. Así se

simplifica la movilización militar. En otros tiempos, el éxito de los caudillos que invadían radicaba en el respiro que les daba la lentitud con que el gobierno entraba en acción. Mientras el barco de carbón ponía las tropas oficiales en la región invadida, ya habían transcurrido diez o veinte días lapso suficiente para crear un ejército de resistencia. El levantamiento regional otorgaba a las invasiones, si el ambiente les era propicio, oportunidad para convertirse en guerras civiles. Bajo Gómez, el ejército puede llegar en tres o cuatro días al lugar más apartado entre los que sirven de peana a las invasiones. Y llega con todo su equipo completo. El camión permite transportar grandes cantidades de municiones y hasta embarcar pequeñas piezas de artillería. La superioridad del gobierno frente a enemigos aislados de la población nacional, se hace ostensible. Prevenido por las informaciones del exterior y dotado de recursos aplastantes, el régimen consigue fáciles victorias. A los invasores no les queda otra alternativa que internarse en el monte donde una población campesina en descenso social no les brinda la activa simpatía que es indispensable para su fortuna. Aisladas, las expediciones se disuelven a la larga. Y Gómez vuelve a su siesta de expoliación y terror. Las últimas jornadas del “garibaldismo” dejan una huella emocionante de valor en la historia venezolana. Pero se esfuman, ineficaces, en el cardonal de los cerros. Algunas de ellas vienen bien pertrechadas

y comandadas y tienen una organización militar más o menos eficiente y moderna. Sin embargo, las acosarán los factores que se han reunido en la mano del gobierno. El Estado venezolano ha cambiado durante el gomecismo sus mecanismos sociales y técnicos. Y frente a él, los expedientes del “garibaldismo” serán dolorosamente estériles.

En 1910, Venezuela era un país cualquiera, que interesaba esporádicamente a las grandes potencias, aunque ya algunas de ellas habían afilado sus garras en nuestras fortalezas. En 1935, Venezuela es el país más importante de todo el mundo para el imperialismo anglosajón. Nuestro destino deja de ser asunto silvestre que afecte apenas a los venezolanos. Las inversiones petroleras, el lugar que entra a ocupar el petróleo en nuestra economía y la función de los combustibles líquidos en la guerra y en la paz, dominan por completo el panorama venezolano. A nuestro país empieza a dirigírsele desde La Haya, Londres o Nueva York por imperativos telegramas cursados a los gerentes de Maracaibo y Caracas. Las grandes cancillerías tienen instrucciones para sus embajadores en Caracas que son órdenes categóricas. Y el gobierno se convierte en máquina férrea en cuyas manos se concentran los resortes sociales y políticos. Se produce la concentración piramidal del poder cuya base está en las clases dominantes del país,

solidariamente organizadas y cuyo vértice se coloca en las cumbres más empinadas del poderío universal.

Cuando muere Gómez, a quien sostiene el petróleo en los últimos quince años de su gobierno, el país ya produce cerca de trescientos mil barriles diarios. En el escalón de los productores de la codiciada sustancia nos corresponde el segundo lugar. Venezuela ha desplazado a Rusia y México de esa alta categoría. Somos el primer exportador mundial, con fuertes colocaciones en Europa, que es nuestro principal cliente de entonces, y en los Estados Unidos. Las inversiones petroleras llegan ya a cerca de cuatrocientos millones de dólares. Detrás de Cuba y Chile es la Venezuela de esa época el primer campo de colocación de capitales para los Estados Unidos. Absorbemos más importaciones por habitante que cualquier otro país de la América Latina. Y tenemos el presupuesto más alto del continente en función del número de habitantes del país. Una verdadera gema cuya suerte se detecta todos los días desde Washington o Londres. El secretario de Estado y el secretario del Foreign Office en Londres tienen el deber de echarle una mirada cotidiana a este rico segmento de la geografía mundial. “Venezuela huele a oro”. En esa frase llena de codicia crematística sintetizó el barón Louis de Rothschild —austriaco, judío y accionista de la Royal Dutch— el criterio con que miraban a Venezuela los capitanes de la alta finanza internacional.

En ese olor a oro vivió, murió y fue embalsamado Juan Vicente Gómez.

Pero en ese olor nace, como contradicción dialéctica, la clase obrera en Venezuela. El petróleo convierte en disciplinado pelotón a aquellos millares de campesinos que se arrimaron a los taladros. Surgen los barrios de pesadilla —Lagunillas de agua entre tablas sórdidas y lecho limoso de Lago cundido de betún— donde se concentran los proletarios. Allí se junta la miseria del tugurio con el escándalo del bar y el lance del burdel. Más allá están los yacimientos, selvas de torres diseminadas por el Lago y por las orillas. La cuadrilla aglutina a los trabajadores y les impone el ritmo, la concentración y el avance característicos del esfuerzo industrial. La llegada a una hora fija, la coordinación de las actividades y el complicado manejo de máquinas colosales engendran conciencia y desarrollan el sentido político de aquellos campesinos. No lejos del taladro están los talleres, cementerio de máquinas para centenares de hombres. Y la larga tubería y el barco y el camión, sumideros de proletarios. Las noches del botiquín, tan distintas a la solitaria lobrete del rancho campesino, aproximan a los que durante el día han sudado bajo el latigazo del sol maracucho. Entre tragos y conversaciones se funde el material de la clase obrera. Desde el exterior amarran a los embarcaderos unas naves que traen, en su tripulación, a sujetos que han hecho huelgas y pertenecen

a sindicatos. Marineros yanquis, noruegos e ingleses, mil banderas que recogen el petróleo en los muelles o al lado de los taladros lacustres, son otros tantos mensajes de una sensibilidad y una insurgencia nuevas para la Venezuela de 1925. Diez mil, veinte mil trabajadores en la nómina de las petroleras. Batallones de campesinos transformados en obreros. Alba de una nueva clase.

A Gómez le asusta aquella concentración de hombres que no tiene precedentes en la historia nacional. Instintivamente reacciona con cautela frente a ella. Su primera medida consistirá en acordonar de policías los campamentos del petróleo. Nada ha ocurrido —estamos en 1923— que pueda justificar semejante disposición. Pero en el Gómez montará la precaución se adelanta a los acontecimientos. Nadie sabe cómo actuarán aquellos obreros. Son tantos y tienen tantas oportunidades para conversar, que la prudencia aconseja vigilarlos y perseguirlos. Jefes civiles de doloroso historial se destinan a las zonas petroleras. Y detrás de ellos, los esbirros de peor reputación. El terror funciona sobre el proletariado desde su amanecer como clase. Cuando a Gómez le consulten si aprueba la idea de establecer refinerías en el país, aconseja a las petroleras que las erijan en Curazao. Son ya muchos los trabajadores de perforación y producción para agregarles los de unas refinerías. Por miedo al proletariado, Venezuela, la de Gómez, permite la instalación de unas refinerías

en suelo extranjero. Así se divide a la clase obrera con frontera de mar entre el país y las islas vecinas. Es demasiado riesgo tener en territorio patrio diez o veinte mil trabajadores y una población de hormiguero —desempleados, aventureros y comerciantes— que pululan en torno del petróleo.

El proletariado desarrollará aún bajo el gomecismo una elemental conciencia. Las uniones mutualistas, los clubes obreros, los centros culturales aparecen bajo el techo de zinc de aquellas casuchas que hacen de Cabimas y Lagunillas el refugio de todas las miserias. Los proletarios se reúnen en las noches y discuten sobre sus condiciones de vida. Es poner el dedo en la llaga. Cerca del rancho infecto y estrecho donde sesiona la unión mutualista se levantan las casas de madera sobre césped cuidado, refugio amable de los empleados extranjeros. Techos brillantes bajo el sol zuliano, parques infantiles, autobús elegante y calles de asfalto que bordean el césped verdísimo, constituyen los aspectos de esas urbanizaciones de los extranjeros. Una cerca de alambre tejido, muy alta y un “guachimán” —*watchman* en inglés, que fue adaptado al español por la lengua hábil del criollo— separan esos paraísos de frescura de la porquería circundante. A pocos pasos, tal vez quinientos metros, empieza el desorden, la oscuridad y la sordidez de los barrios, “nativos”. La urbanización extranjera tiene un nombre: “*private property*” que garantiza su

inviolabilidad. El barrio criollo no tiene ni nombre. Le ponen uno, improvisado, que es muy revelador: “Barrio a Juro”. Callejas polvorientas que zigzaguean como serpientes, casas de desperdicios de cartón con techo de zinc abollado se alinean a lo largo del barrio. Caminar por la Cabimas de esos años es como perderse en un laberinto. Las calles no tienen salida y son más traicioneras que un recodo. Hay que saltar por entre los montones de basura. O pedirle permiso a la mujer desgredada y al niño barrigón y desnudo que juega en el arenal de la calle. Ese es el contraste que hierde y encabrita a la clase obrera. Tener casa decente y agua y servicios sanitarios. Son las primeras reivindicaciones, las elementales. Por allí empieza a manifestarse la conciencia de clase. Luego se agregan las reclamaciones de salarios y el cese del tratamiento despótico con que la arrogancia del extranjero se ejerce sobre los lomos de los criollos. Tiempo de látigo en manos de los gringos que se parecen mucho a los policías de Gómez. La unión es disuelta y arrestados sus dirigentes. El terror cobra alto el servicio que rinde a las compañías imperialistas. Así nacen las luchas del proletariado en Venezuela. Cuando muera Gómez, aquellos obreros tantas veces expoliados, perseguidos y discriminados colgarán a los policías de la dictadura y los acercarán a los “mechurrios” para que allí se quemen. Bárbara sanción, es cierto. Pero, ¿quién se la enseñó a los obreros?

¿No fueron acaso los mismos policías que persiguieron y masacraron? ¿O los gringos que despreciaron y ofendieron? Durante los primeros años del petróleo los trabajadores no tuvieron sino discriminación infamante, en su propia patria y aguardiente y prostituta barata para las noches desoladoras. Cárcel los fines de semana y vigilancia policial en el taller, en el botiquín y en la casa. Así vivió el proletariado. En la hora de la muerte del tirano, aquellos miles de proletarios ultrajados y llenos de miseria, tenían que desquitarse. Lo hicieron a su manera, salvajemente, porque nadie les había dado otra cosa. En la Venezuela postgomecista será la clase obrera, definitivamente, la abanderada de las luchas sociales. De esas casuchas, saldrán los mejores combatientes por la justicia social y la emancipación nacional de un país. La penetración imperialista, brutal en grado máximo, educó al trabajador en la dureza e hizo de él la gran esperanza de Venezuela.

XIV. “LA GENERACIÓN PREDESTINADA”

Toda generación que amanece se cree dueña y fabricante de la historia. Manos de alfarero son las suyas para construir el mundo. El juego de las generaciones es una paleta de pintor. Cada una va poniendo, en la marcha de la historia, su matiz específico. Los viejos problemas se ven de otra manera. Frente a la realidad objetiva, que puede ser la misma de las épocas inmediatamente anteriores, la generación en ciernes tiene ojos distintos para el enfoque. Es el relevo en la lucha social. Los viejos, ya cansados, arriaron las banderas o simplemente se quedaron mirándolas, ensimismados, con eficacia perdida y esperanzas rotas. Los nuevos que han brotado en el almácigo de la vida, tienen que tomarlos para que un viento más fuerte sople sobre ellas. Es el papel de las generaciones. Airear las ideas justas sobre las cuales haya caído el polvillo de la inercia, inyectarle una renovada savia al tronco viejo. La pedantería de las

generaciones que nacen es la forma en que se abre paso un deseo de impartir vitalidad, de hacer más atractivo el legado de ideas e intereses ya existente.

La ciencia social no sería ya totalmente exacta si desconoce la misión de las generaciones. El proceso histórico lo adelantan las clases sociales —con su caudal de intereses contrapuestos— pero el ritmo y el colorido lo ponen las generaciones. Las clases son la infraestructura, la base y el motor de la historia. Las generaciones aportan la superestructura, la fachada, la velocidad con que marchen los cambios. En una misma clase surgen a través de los tiempos, diferencias de sensibilidad y empuje. Las tareas no son las mismas para el abuelo y el nieto aun perteneciendo los dos a la misma clase social. Y frente a tareas distintas —determinadas por los hechos objetivos— es forzoso ensayar diferentes actitudes o acometer la obra con diversas emociones. Los obreros parisienses de 1870 no tienen, evidentemente, igual idiosincrasia que sus herederos del 1939. Entre ambos se interpone la diferencia que va del auge al estancamiento. La generación proletaria de 1870 hizo la Comuna porque tenía una mentalidad de brote, la de 1939 recula, vacilante, ante los enemigos de su clase. La burguesía reaccionaria alemana de los tiempos del káiser no es tampoco la misma que acompaña a Hitler en sus monstruosidades vandálicas. Responden ambas a los mismos intereses, pero la última ostenta

un frenesí sin precedentes. El carácter de los conflictos en puertas y la fortaleza propia en comparación con la del adversario quizás condicionen en gran parte el espíritu de las generaciones. Lo cierto es que sin ese sutil elemento que ellas ponen para bien o para mal no alcanzaría a entenderse en toda su complejidad el juego de la historia.

En 1928 raya en Venezuela una nueva generación. Se anuncia con banderas tricolores en las calles, con discursos en los teatros y con Reinas en los solios. Lleva boinas azules y lanza un grito de guerra: “sacalapatalajá. Sígala y balaja”. Del viejo edificio con alar de iguana de la universidad salen los muchachos a la calle. Grupos que se estiran por las calles de Caracas hasta llegar al Panteón Nacional donde un orador rinde el consabido homenaje al Libertador. Pero la voz juvenil evoca a un Bolívar distinto al que fluye de las gangosas alocuciones del gomecismo. Un Bolívar con pasión de libertad, enemigo de los tiranos, creador de patrias para el pueblo y general de ejércitos juveniles, es el que renace en el Panteón como un Lázaro abandonando su cercana tumba. “Sacalapatalajá”, contesta la muchedumbre estudiantil. “Viva la libertad”, es el grito gemelo. Los estudiantes se dispersan y luego vuelven, en otras peregrinaciones, a inundar con su frescura las calles de Caracas. Llevan boinas hasta en la mesa de sus pensiones baratas como si quisiesen andar uniformados.

Esa gorra azul, medio ladeada sobre la oreja, es un desafío implícito, algo confuso pero insurgente que debe lucirse en público. En la propia universidad se multiplican —estamos en febrero de 1928— los improvisados mítines al pie del bronce donde el sabio Vargas muestra su severo rostro de godo intransigente. Libertad, libertad. Es la palabra de los oradores. La más manoseada y la más enérgica. En los Teatros también aparecen las tribunas y sobre ella los estudiantes que piden libertad. Y nada más que libertad. Los aplausos vuelan, viriles, en la noche caraqueña, escapándose de esos teatros hinchados de estudiantes y de muchachas. Discursos con Bolívar desafiando a la naturaleza o legislando democráticamente en Angostura constituyen la sustancia de los actos que durante una semana se escenifican en una Caracas que asiste a ellos con curiosidad y esperanza.

Hasta que una noche, en el acto de mayor relieve, se levanta un hombre delgado, de huesuda cara y pelo lacio. Parece un niño, aunque es un poco mayor en edad que los estudiantes de los discursos en la universidad y en los teatros. Lleva traje de saco cruzado y una corbata que no se ajusta a su cuello. Pese a su rostro inofensivo, pues se asemeja realmente a un niño, hay en él algo que lo destaca sobre la multitud. Tiene un aire extraño, de hombre sabido y sufrido que ha visto tragedias y pasado por ásperas luchas. Recuerda mucho en el ademán

enérgico y en el desorden de su vestimenta a aquellos nihilistas rusos que abandonando las universidades se mezclan con el pueblo y con él sufren la mordedura de la opresión. De su bolsillo salen unas cuartillas. Es un poema. “Cacique jirahara, indio Tononó” Así empieza su voz. “Sangre de almagre” dice otro verso. Su poesía viene de la Venezuela recóndita, la del cacique vencido que dejó hijos para que los españoles y los criollos hicieran su festín de ignominia. El campo dolido de injusticias, el pueblo triste de los ranchos, la barriga del niño y el ojo de la mujer. Esa es la Venezuela que recoge la lírica poderosa y exquisita del poema. Y como supremo grito de libertad. Pero es la libertad concreta, la de no morir de hambre ni languidecer de policías ni cargar grillos. La libertad del cacique Tucuyo y de sus hijos los morenos peones que trabajan las haciendas del valle, “lagos verdes” como los llamó uno de los montesinos. El poeta abre un hueco de silencio en la sala. Inmóviles escuchan los estudiantes y miran las muchachas porque el hombre tiene su sello romántico como todo revolucionario joven. Y al final, el aplauso extraordinario. Con ese poema nace la generación de 1928 y pasa a la inmortalidad un hombre. Pío Tamayo, tocuyano y poeta, revolucionario y mártir. El talento más limpio, la voluntad más enérgica, la virtud más acrisolada de una generación recibe el bautismo en aguas de lírica y en óleo de audacia. Del bautismo irá

a la extremaunción, sin soluciones de continuidad, que le aguarda en el castillo de Puerto Cabello. Con pulmones deshechos, casi vomitándolos, muere muy joven en 1935. Unos meses después se va Juan Vicente Gómez. El verbo y la acción de Pío Tamayo no logran estirarse hasta alcanzar el alba de 1936. Con él muere, en cierto modo, lo que había de romántico y puro en aquella generación. Era el Alioscha en un grupo donde se dan todos los caracteres de los Karamazov. A Venezuela se le han muerto siempre sus mejores hombres en la plenitud de la flor. Antonio José de Sucre y Simón Bolívar. Ezequiel Zamora, Leonardo Ruiz Pineda. “El hijo vil se le eterniza adentro y el hijo grande se le muere afuera.”

La generación del 28 trae elementos nuevos a la política nacional. Su aparición misma marca algo distinto en las aguas inmóviles del gomecismo. Los desfiles con banderas, las boinas y los pitos. Nadie ha visto hasta entonces signos tan originales y atractivos. Cuando avanzan con la bandera nacional en las jomadas de la Semana del Estudiante, los ojos, casi ausentes de los venezolanos, cobran el brillo que produce lo inusitado. Es la misma bandera que lleva la tropa en las efemérides patrias. Y la que manda a izar Juan Vicente Gómez en el tope de su Palacio de Miraflores. Pero esta vez empuña el asta la mano joven de un estudiante, partera de patrias. Y aquellas boinas que jamás se habían usado en Venezuela. Una gorra extranjera —de origen francés

o vasco— que tiene la virtud de impartirle personalidad a la gesta de la muchachada. La boina es una marcha de fábrica, un símbolo. Los trapos y las figuras tienen la virtud de singularizar a los grupos. Entre ellas y el resto de los mortales se abre una zanja. Singularizarse es triunfar. Esa es la primera virtud que debemos reconocerle, sin regateos, a la generación del 28. Sin tener ideas claras —su libertad era una cosa abstracta— logran los muchachos de 1928 crearse un aura, un sello, una característica que pone rayas en la historia del país. Sígala y balaja. El grito no decía nada. Pero tenía una resonancia que punzaba y enardecía. Era como la lengua de la tribu que tampoco dice algo concreto y sin embargo levanta las energías y arremolina las sangres para el combate. Con aquellas boinas y aquellos gritos confusos, la generación del 28 ya se distinguía de todas las que le precedieron en el acontecer nacional.

Ningún movimiento que aspire a hacer historia puede lograrlo sin esos comienzos románticos del símbolo que “se pega”. La generación del 28, pese a toda su confusión inicial, tuvo el acierto de nacer así o la favorecieron algunas circunstancias que proporcionan a su aparición la fisonomía cautivante de lo renovador. En el fondo no hicieron ellos, al penetrar en las calles y pronunciar discursos, nada distinto a lo que otras generaciones estudiantiles ya habían ensayado. Pero casi nadie recuerda la gesta de los universitarios de los

días de Guzmán o las acciones de los jóvenes de 1913 o 1918. Sobre ellos ha caído el olvido o la mirada, muy vacilante, de la crónica. Los del 28 en cambio, constituyen un hito en la evolución del país. Para exaltarlos o para lapidarlos, la Venezuela posterior ha subido hasta ellos. Es una generación inconfundible. En su trayectoria mucho tiene que ver el nacimiento. Aunque los hombres de 1928 no hayan hecho nada notable en Venezuela —es una generación estéril— encontraron tempranos símbolos para su prestigio y leyenda. Y la leyenda es parte integral del éxito de un movimiento. El compás de la masonería, el gorro frigio del liberalismo, la hoz y el martillo del comunismo son como la sublimación muda de energías bullentes cuya fuerza creadora necesita condensarse en esos símbolos. La boina y el grito pintoresco fueron el primer símbolo, después de aquella bandera amarilla de los liberales, que conoció Venezuela en muchos años de su historia. Nacer con un símbolo es caminar con pie derecho. Ya por esa sola circunstancia los muchachos del 28 se diferencian de las generaciones precedentes y posteriores.

La salida de los universitarios a la calle y su insurgencia desordenada despertaron a una nueva Venezuela a la cual nadie había sabido acercarse. El éxito que obtienen esos muchachos —en los pocos días de su gesta callejera— es infinitamente superior al de todos los enemigos de Gómez. Sin disparar un tiro ni organizar

una expedición consiguen ellos sacudir al país. Y dejar estela en la vida nacional. Ninguno de los caudillos anteriores marcó impronta alguna en el alma nacional. Sus expediciones se esfumaban, para olvidarse, con la misma presteza de su aparición. Tampoco los intelectuales enemistados con Gómez o que eludieron el vaho de la tiranía llamaron la atención o galvanizaron al país. Fueron Vestales inútiles —en el mejor de los casos— que vivieron sin hacer un esfuerzo por tirar hasta el fondo de Venezuela la lámpara de una idea esclarecedora. Los estudiantes, en cambio, incorporan a la esperanza —si no a la lucha— a sectores de la población nacional que estaban allí, en el panorama nacional, vírgenes de todo trabajo político pero cargados de potencialidad. Es el mejor mérito de la generación de 1928. Un mérito involuntario porque ese movimiento tuvo un cierto aristocratismo muy de clase media culta que no poseía virtudes conscientes de agitación hacia los medios populares. Pero la singularidad del gesto, con sus originalidades de propaganda y de pensamiento cayó como piedra en las aguas estancadas del charco gomecista.

La represión con la que Gómez pone punto final a los discursos y a las Reinas provoca en Caracas una indignación que la ciudad tenía años sin experimentar. Cierra el comercio todas sus puertas. Los tranviarios paralizan sus carromatos. Los albañiles suspenden las

obras que en una Caracas con ganas de crecer abría urbanizaciones en sus costados. Es la huelga general. Caracas se convierte en cementerio ante la impotente mirada de los chácharos de Gómez. Sus peinillas no logran reabrir los locales de comercio ni poner en marcha los mecanismos del transporte y de la industria. La ciudad viste solidaridad con los estudiantes. De ese traje no la despojan las manos crispadas de los esbirros. El gomecismo retrocede. El general López Contreras —presunto delfín del jefe— emprende conversaciones amistosas con los comerciantes y argumenta frente a los dueños de compañías constructoras y de fábricas. Estrena el general su labia que llegaría a ser famosa allá en 1936 cuando en maratones verbales adormecerá a sus interlocutores hasta vencerlos por cansancio. Los comerciantes y empresarios exigen la libertad de los estudiantes. Entonces sale Gómez de su silencio de dragón. Esos muchachos no son enemigos míos. Yo los he educado. Y tengo derecho a aplicarles un leve castigo. Con la promesa de soltarlos, la ciudad recobra su ritmo normal. Y vuelven los muchachos poco tiempo después. Es la primera derrota que sufre el gomecismo en una prueba de fuerzas. El país asustado e inmóvil que ya no corcoveaba bajo los talones del Benemérito se encrespa repentinamente. Gómez negocia. Jamás lo había hecho. Y hasta envía al castillo de Puerto Cabello a donde han conducido a algunos estudiantes a cierto funcionario

de su Secretaría. El hombre habla humildemente con los estudiantes. Parecería que el funcionario es él preso y los jóvenes sus guardianes.

Así penetra el proletariado, sacudido por los estudiantes, en la historia nacional. Gómez reacciona con instintivo miedo ante aquel elemento.

—Anjá, los bachillercitos tienen sus vainas.

Es el comentario que se escucha en su salón de Maracay. Las vainas de Gómez eran los obreros paralizados en Caracas y la población de Valencia arrojándole piedras a sus policías. Con una huelga —que tuvo eco en los campos petroleros— el proletariado pone su perfil inconfundible en la pelea social del país. Unas banderas y unas boinas lo han levantado. Las circunstancias estaban maduras y faltaba apenas el gesto vibrante y corajudo que supiera llegar hasta la conciencia de los obreros. Las aulas se convierten, aún después de abril de 1928 cuando Gómez sí abre de veras el castillo de Puerto Cabello, en un hervidero. Ya no habrá paz entre los estudiantes y el régimen. La universidad sigue incubando inquietudes, generando ideas, proyectando sueños. Los liceos del interior crecen también como pan en el homo. En 1932, la universidad de Mérida tendrá su cosecha de presos y hasta 1935 Gómez manifestará su temor ante aquel centro de estudios que por estar en los Andes le resulta peligrosísimo si

llega a estallar. El tizón de 1928 no se apagará en los institutos educacionales del país.

En los centros obreros no se extinguirá, asimismo, la inquietud levantada por los acontecimientos de 1928. Las uniones gremialistas de Zulia surgen precisamente al rescoldo de esa emoción combativa creada por la Universidad Central de Venezuela. Sobreviene la época de los paros intempestivos en los campamentos del petróleo, de las primeras conferencias sobre problemas sociales, de las reclamaciones contra la soberbia y dureza de los gringos. La represión se agudiza allí hasta tocar lo inverosímil, pero sin liquidar un fondo de palpitations que resistirá todas las pruebas. En Caracas, los tranviarios se aficionan a la huelga porque la han encomiado eficaz. En 1932 la ciudad vive un paro de tranviarios, enfrentados a su compañía inglesa. El gomecismo no sabe qué hacer realmente ante los brotes del proletariado. Los persigue con saña. Pero al mismo tiempo andan de cabeza sus esbirros ante las dificultades que ofrecen esas huelgas en las que participan todos los obreros. La receta para detener a una muchedumbre no se la escribieron a Gómez los duendes de su zamarrería. El régimen va de la persecución brutal a la negociación. Así zigzaguean sus hombres en Caracas cuando los carromatos vuelvan a quedarse paralizados en medio de sus talleres. La semilla del 28 va germinando en el duro suelo de la Venezuela gomecista. Ha nacido la

oposición contra Gómez. La oposición en el sentido moderno de la palabra. Persistente, lúcida y con capacidad para enfrentarse a la dictadura en el área más peligrosa para ella, las ciudades venezolanas. El gesto del 28 —casi inocente— ha tenido más repercusiones que las lecciones de los maestros y el chopo de los caudillos.

La Venezuela que viene —ahora está en la cárcel o en el exilio— ya no se parecerá a la que fue muriendo en las manazas del hombre de diciembre. Desde 1928, las gestas venezolanas se librarán en las ciudades. Es el cambio más importante en los veintisiete años de paz gomecista. El proletariado que ha surgido —y seguirá creciendo— los estudiantes revolucionarios y las clases medias intelectualizadas serán el centro de gravedad de la política nacional. La tarea de los movimientos sociales que emerjan en el futuro no estará ya en el campo fundamentalmente. Atrás quedaron para siempre los tiempos en que la política consistía en enganchar multitudes rurales descontentas, y con ellas cercar a las ciudades. Ahora, el eje y el chispazo de todo cambio posible tendrá que encontrar en las urbes —y dentro de ellas en sus clases progresistas— su oportunidad para girar y refulgir. Si Venezuela hubiese sido en 1928 el mismo país de 1910, las banderas y los discursos se habrían quedado sin proyección. Otro episodio que la historia no recogería. Como ocurrió con las luchas estudiantiles de otras épocas. Pero en 1928 ya

existía la Venezuela nueva —que era una antítesis dialéctica frente a la Venezuela del imperialismo— y reclamaba sus derechos. El movimiento de 1928 se inscribirá en la historia porque despierta y pone a pelear a esa Venezuela.

El movimiento del 28 evidencia el carácter reaccionario del gobierno de Gómez. Esta afirmación puede resultar sorprendente. ¿Es que Gómez no fue reaccionario desde el comienzo? Sí lo fue. Pero ese rasgo no resultaba, en los primeros años de su gobierno, muy claro. El doctor Carlos León desempeñó la gobernación de Caracas, siendo el hombre más progresista en la Venezuela de su tiempo. Y otros que en la lucha contra Castro habían asumido actitudes democráticas. Hasta 1920, Gómez defiende algunos intereses que contaban entre lo más dinámico del país. Su legislación monetaria y fiscal favorece, por ejemplo, al capital mercantil ligado a la explotación del café en el Táchira. Román Cárdenas, su ministro de hacienda, es un hombre de excepcional capacidad administrativa y de sentido creador que introduce en la política del gobierno elementos renovadores. A Gómez lo desafían en esos años los dirigentes más reaccionarios del país, con escasas excepciones. Es la godarría caraqueña, por la voz de algunos de sus representantes ilustres, la principal fuerza de la oposición. Y los caudillos ya desprestigiados que la acompañan. Frente a esos

núcleos sociales, Gómez no encamaba una cosa definitivamente negativa. Era en cierto modo la plebeyez en el poder. Sobre ese Gómez de los primeros años quizás hable elocuentemente una anécdota vivida por un comunista venezolano en Moscú. Lo interrogaron sobre el país, su economía, sus relaciones sociales, su proceso histórico. Los dos tercios de la población viven en el campo, los hijos naturales forman la mayoría en el país, el analfabetismo llega al 80 %. Esos datos fueron vertidos en la conversación. El funcionario soviético que lo escuchaba respondió con una frase tal vez más aguda de lo que podría suponerse: “Juan Vicente Gómez, analfabeto, hijo natural y campesino de origen. No es raro que sea el presidente de un país que tiene las características que usted apunta, camarada.”

Hasta 1928 las luchas contra Gómez, salvo excepciones muy conocidas, son las que suscitan los terratenientes descontentos o algunos sectores del comercio. Es una querrela entre caciques por el goce del botín. Delgado, ya lo dijimos, no se diferenciaba en nada de Juan Vicente Gómez. Como no se diferenciaban Santos Dominici o Arévalo González. Pelea entre clases dominantes en la cual Gómez simbolizaba, por lo menos, al recién llegado de alpargatas. Los muchachos del 28 introducen un nuevo factor que ilumina el carácter reaccionario del Gómez ya petrolizado y dueño de los latifundios más grandes del país. Porque el régimen

tiene que perseguir a las gentes del pueblo, a los obreros y artesanos señaladamente. Hasta 1928, el Benemérito mete a la cárcel a los grandes caciques o intelectuales que le hacen oposición. La Rotunda de 1914 es una colección de brillantes apellidos. Uslar, Machado, Zuloaga, Vegas, Delgado Chalbaud, Márquez. Es la lista de los presos. Todos con haciendas, cuentas bancarias y negocios. Y con títulos de doctor, general o bachiller.

—Aquí no hay pendejos.

Así pudieron exclamar también aquellos presos. A los soldados de las tropas caudillescas el general Gómez los pone en libertad o se los lleva para sus haciendas. Amarra a los jefes y a los oficiales. Pero en 1928 es el pueblo el que recibe el impacto de la descarga y de la represión. A la cárcel van los obreros de Caracas y de Cabimas y estudiantes de humildes familias en algunos casos. La persecución se dirige contra el pueblo. En los años que siguen, las policías gomecistas vigilan con mayor saña a los barrios proletarios y a los campamentos del petróleo que a las mansiones de los poquísimos ricos descontentos. La dictadura de Gómez se retrata como agente de los intereses más retrógrados y como gran “guachimán” del imperialismo. Es la lucha de los estudiantes el factor que arroja luz sobre ese aspecto, hasta entonces embozado, del régimen gomecista. Aparece el espía en traje de paisano. Es el “mosquito”, “radioescucha” o “sapo” que se infiltrará

en las barriadas a caza de datos para llevárselos al temible jefe de la “Sagrada”. El terror se expande porque ya Gómez encuentra un nuevo enemigo que no tendrá una cabeza visible como el caudillismo, ni hablará con lengua pastosa como los grandes intelectuales que no saben hacerle oposición a Gómez porque no tienen mensaje.

La generación del 28 es inferior a su leyenda. Es decir, sus hombres no alcanzan a medirse con los efectos que su gesto produjo en el país. Inferiores a las fuerzas desarrolladas por ellos e inferiores a las tareas históricas que el país iba a reclamarles. Cuando en un país que está amaneciendo a nuevas realidades sobreviene una conmoción, los dirigentes que la hayan despertado tienen el deber de vivir a la altura de las exigencias históricas. Los hombres del 28 salen al exterior —muchos de ellos lo hicieron— y no serán capaces de absorber la teoría social, los conocimientos y el temple que los tiempos habrán de pedirles años después. Abandonan esos muchachos a Venezuela en un momento impar de la historia universal. La Revolución Rusa brilla como faro y ha desatado una inquietud que el mundo no había conocido hasta entonces. En las calles de París y de Berlín luchan los proletarios contra los policías en huelgas y manifestaciones. Se está encendiendo en China la rebeldía de los pueblos semi-coloniales. La India vive las jornadas de su lucha por la Independencia. Hasta en la América Latina el vivac

de Sandino y las huelgas contra las bananeras llaman a una nueva epopeya. La teoría social se mete por los ojos porque en cada pueblo hay banderas y experiencias. No es cosa de libros solamente. Hay una épica de la insurgencia social que va a acentuarse cuando el decenio de 1920 abra paso a 1930 con sus diez años de agonía. La crisis de 1929 es la anemia del capitalismo que casi llega a sus postrimerías. Mientras los teóricos discuten sobre aquella crisis, con abundante documentación y muy lúcida conciencia, las multitudes se arremolinan. Choca en Alemania la gran crisis contra sí misma. Dos destacamentos, el rojo y el pardo. Triunfa el fascismo con sus camisas pardas y Alemania se engolfa en el remolino de la reacción prusiana.

Los muchachos del 28 tienen siete años para estudiar en el exterior. Pueden vivir como los emigrados rusos de 1905 —que eran también estudiantes y heraldos de nuevas clases— hasta adquirir la cultura y la experiencia de los modernos acontecimientos. Nada los perturba. No tienen exigencias de dirigente con movimiento en el país que reclame su actividad diaria. Pueden hablar con caudillos populares y mezclarse en los movimientos que en el exterior animan el panorama social. Todo un laboratorio de ideas y de oportunidades los rodea desde que salen hasta que regresan a la Venezuela de 1936. Su bagaje es definitivamente inferior a esas posibilidades. La excusa de la juventud no es válida.

La emigración rusa y la alemana produjeron, con hombres de 25 años, obras y programas que ya pertenecen al patrimonio de las luchas revolucionarias del mundo. La cultura que traen a Venezuela los hombres del 28 es una mezcla de superficialidades y muletillas con las cuales resulta imposible construir movimientos densos. Han captado ellos la emoción contemporánea, pero sin penetrarla a fondo. En sus ideas hay liberalismo y marxismo, democracia burguesa y socialismo, todo confundido en un rompecabezas pintoresco. Esa característica tan peculiar de los hombres del 28 impartirá a los movimientos venezolanos que surgen en 1936 —a todos ellos sin excepción— una ingenuidad doctrinaria, una desorientación política y una ineficiencia táctica que el país necesitará casi veinte años para corregir. No defraudaron esos líderes —así empiezan a llamarse desde 1936— al pueblo venezolano que los siguió con apasionamiento, pero sí faltaron a la historia. Fueron caudillos sin llegar a alcanzar categoría de conductores reales. Figuras más afortunadas que capaces a quienes las circunstancias les darán un relieve superior a su propia personalidad.

En sus peregrinaciones por el exterior, los jóvenes del 28 adquieren una cultura de manual que estuvo muy en boga allá por 1930 en la América Latina. Ese fenómeno tuvo sus grandes propulsores en los editores rioplatenses y chilenos que inundaron de libros

baratos a nuestros países del sur del Río Bravo. “Ercilla” y “Claridad” fueron dos sellos que estuvieron imprimiéndose infatigablemente en la portada de folletos y libros durante más de diez años. Literatura de divulgación que recogía las verdades generales de la ciencia social para ponerla al alcance de las multitudes. Fue la época de Nicolás Bujarin con su ABC del comunismo y su Materialismo histórico, escritos para aclararles a los obreros rusos de 1923 algunas de las leyes más elementales de la dialéctica y del movimiento revolucionario. *El Capital*, de Carlos Marx, salió de esas prensas sureñas en ediciones sintetizadas que reducían a caricatura lo que es un portentoso análisis de las sociedades contemporáneas. Cursos de filosofía para militantes, escritos a la carrera y así distribuidos a lo largo de América. A Marx y Engels se les hacía cirugía plástica, entregándolos al lector en condensados libritos que no podían aprehender la maravillosa penetración de los dos creadores del socialismo. De Lenin editaban chilenos y rioplatenses sus monografías más conocidas olvidando deliberadamente sus capitales estudios sobre la dinámica y las leyes de la sociedad en la época del imperialismo. De allí no pasó, en sus años de gestación intelectual, la flamante generación de 1928. Ninguno de sus miembros fue capaz de encerrarse en una biblioteca pública a rastrear ávidamente, hasta sus raíces más recónditas, el pensamiento revolucionario. Aquella

labor de investigación y análisis a que se dedicaron el Marx paupérrimo de Londres y el Lenin acosado de París, fue ajena, casi inconcebible para los mozos que abandonaron la Venezuela de Gómez. Sin esos años de paciencia y lucidez, consumidos a la luz amarillenta de las lámparas de una biblioteca, habría sido imposible la aparición de una teoría social. La Revolución Rusa empezó a hacerse, intelectualmente, en las horas perdidas por Lenin en la Biblioteca Nacional de París, Historia, Filosofía, Economía y Sociología. El conocimiento contemporáneo asaltado, literalmente, por un genio ávido de documentarse. La guía segura para la acción, forjada en el silencio, de una sala por un hombre desconocido, de gabán alojado, cuyos ojillos brillantes eran las claraboyas de una pasión. Nada de eso hicieron los muchachos de 1928. Su desidia no tiene excusas, pues llevaron vida relativamente cómoda en el exilio, sustentados por el cheque periódico de sus familiares y sin sobresaltos de movimiento poderoso en el país que los apartase de la elemental e imperativa tarea de hacerse a una cultura política. No franquearon la etapa de los folletos, de las síntesis divulgativas, de los manuales para catecúmenos. Cuando regresaron al país ignoraban toda la riqueza ya acumulada por la ciencia social en Europa y América. De ella apenas conocían sus manifestaciones exteriores sin sumergirse en la extensísima veta que la sustentaba. Subieron

a la montaña como turistas de la revolución, pero no fueron capaces de llegar a las entrañas donde yace lo más denso del pensamiento social de nuestros tiempos.

La generación del 28 se forma, realmente, al describirse para sus líderes el panorama de la América y Europa de los años de la década de 1930. Fue una época de animado debate aun en las filas del pensamiento burgués. Había aparecido John Maynard Keynes, en Inglaterra, cuyas tesis eran objeto de viva controversia en los medios cultos de la América Latina. La experiencia de Roosevelt inspirada parcialmente en las tesis del inglés, sufría entonces un análisis implacable en la prensa y en los medios políticos. Hasta las esferas del movimiento revolucionario llegó el eco de esa conmoción intelectual. Fue necesario fijar posiciones ante la política de Roosevelt. ¿Podría sobrevivir el capitalismo? ¿O tenía medios para prolongar su agonía? En torno a esas preguntas se empeñó una viva y prolongada querrela. Hubo entonces una conclusión que compartieron todos los matices del pensamiento revolucionario en el mundo. El capitalismo de libre competencia, con su patrón de oro, su estabilidad casi natural, su ingénita capacidad para superar espontáneamente sus crisis y su flexibilidad que lo hacía propicio al crecimiento, estaba irremediablemente agotado. Un conjunto de instrumentos nuevos —reunidos bajo la genérica denominación de política fiscal— iba a ser

la característica resaltante de un capitalismo intervencionista. El Estado tendía a convertirse en expresión de ciertos monopolios que ya no podían practicar el libre cambio vigente en Europa y los Estados Unidos hasta 1929. La manipulación de la moneda y del impuesto, el déficit presupuestario, los controles de cambio, el crédito oficial, la creación de empresas del Estado y la regulación drástica del comercio exterior mediante tratados de excepción, entraban a ocupar el centro de la política económica. Ese huracán de discusiones entre economistas del capitalismo que se dividieron en dos bandos, los partidarios del viejo orden liberal y los defensores del intervencionismo con su profeta Keynes a la cabeza, llegó hasta la América Latina donde algunos países hicieron “economía dirigida” con más éxito que el propio Roosevelt. Los medios revolucionarios discutieron apasionadamente el proceso de transformaciones del capitalismo y emitieron sus pareceres en libros que desde entonces pertenecen a la historia de la ciencia social. Pero el viento de los debates pasó por encima de los dirigentes del 28 como si hubiese sido una tormenta ocurrida en Júpiter o en Saturno. Aún en 1945 los más altos políticos de la generación del 28 ignoraban lo que había escrito Keynes y la actitud asumida frente a él por el movimiento revolucionario internacional.

Muchos de los líderes del 28 —casi todos en realidad— abrevaron con ahínco y entusiasmo en esa mezcla de marxismo subdesarrollado, añoranzas incaicas y escenografía fascista que fue la doctrina aprista. Filósofo de concurso radial, como lo llamaron en México, el jefe del aprismo es una síntesis andante de su teoría. Demagogo y ambicioso, el señor Haya de la Torre captó a la carrera algunas de las leyes del marxismo cuando en su Universidad de San Marcos le llegaron los folletos rioplatenses. Con ellas y sus latiguillos oratorios se hizo a una plataforma de popularidad estudiantil que le permitió administrarse en soplos de fama. Una expulsión, decretada por el inevitable sátrapa que siempre ha cuidado los intereses de la aristocracia limeña, lo aventó a resonancias de exilio. Su prognatismo acusado, su pecho olímpico y ciertos ademanes esmeradamente cultivados le dieron un aceptable parecido físico con el Mussolini que entonces ensayaba su oratoria de regimiento frente a las camisas negras. En la América Latina de las clases medias que insurgían, aquel dirigente que ya sabía las leyes de la dialéctica y tenía algunos folletos de Marx en la cabeza, pudo ganarse una clientela. Entre conferencias y gestos teatrales capitalizó muchachadas para sus romerías de caudillo sin país. Pero él necesitaba una teoría. Después de todo el judío de Renania, autor de *El Capital* no iba a ser más importante que un mozo peruano de límpida sangre española un poco calentada

por el cruce con el torrente indígena. Y allí vino la mezcla de marxismo —en sus verdades más elementales— fascismo y demagogia incaica. La doctrina aprista es en realidad un compendio de pasión sabalera, arribismo social e intemperancias políticas. Allí se confunden el romanticismo de Rousseau, las normas autoritarias de Mussolini y algunos postulados de Marx. La resultante es la indigestión y superficialidad más grandes que hayan conocido los países latinoamericanos. En las crónicas de Haya de la Torre —jamás ha podido llegar al libro serio— bebieron los peregrinos del 28 lo mejor de su inspiración política. Aquella filosofía de lugares comunes —en Europa las estaciones son diametralmente opuestas a las del sur de nuestro continente, luego todo debe cambiar entre las dos latitudes— nutrió a los emigrados jóvenes de la Venezuela gomecista. El imperialismo es la primera etapa del capitalismo en la América Latina. Esa monstruosidad constituía la piedra angular de la teoría social del aprismo. Y en economía, la mejor proposición de Haya consistía en recomendar el bimetalismo, abolido por todos los países del mundo desde comienzos del siglo, hasta por la Venezuela de Juan Vicente Gómez. Un parlamento de productores —suerte de Gran Consejo Fascista con indios quechuas como elemento folklórico— formaba el nudo gordiano de la teoría política, o teoría del Estado, en el sistema del líder peruano.

Fue un exilio derrochado. De oportunidades que se perdieron para darle a la Venezuela del futuro—que estaba naciendo con aquellos muchachos— un rumbo más cierto y una dinámica más constructiva. En las versiones más arbitrarias y acomodaticias del marxismo, en la filosofía del señor Haya y en esporádicas excursiones por los problemas que entonces ya confrontaba el mundo, se malogró la Venezuela de la emigración. Ciertamente que los jóvenes del 28 trajeron mejor emoción y más conocimientos que los prohombres de las generaciones anteriores. Pero la densidad de una cultura y la aptitud de una preparación no se miden por el nivel que hayan ostentado, en esas virtudes, las generaciones precedentes. La piedra de toque está en las tareas del porvenir contra las cuales tiene que medirse la promoción naciente. Los jóvenes del 28 habían recibido por mandato de su propia gesta y por imperativo del proceso histórico, la misión de construir una nueva Venezuela. Ese quehacer, bastante exigente, no se satisfacía con descuidadas lecturas y ocasionales incursiones en los planos de la ciencia social. Los creadores tienen que hacerse, si ello es posible, a sí mismos en la más rotunda dedicación. Hasta ahora la historia no ha mostrado un solo ejemplo de constructores que no hayan empezado por sufrir la agonía de la curiosidad insatisfecha y de la formación titánica, en lucha por extraerle a la ciencia todos sus mensajes.

Las revoluciones que llevaron con dignidad esos nombres comenzaron en el silencio de las reflexiones y su estallido fue como la explosión acumulada de una conciencia hace tiempo madura. La cultura con que regresaron al país los dirigentes del 28 era buena para cimentar en ella a una Venezuela de principios de siglo, pero no frente a la Venezuela del petróleo ya labrada por el imperialismo y cuyas contradicciones exigían conocimientos más profundos y convicciones más arraigadas.

No hay excusa que salve de su negligencia a los hombres de esa generación. Para demostrarlo basta apelar al contraste que hacen ellos con un hombre que estuvo fuera de Venezuela en los mismos años hasta 1932. Cuando los universitarios de 1928 emigran al exterior, estudia en Londres un venezolano de pensamiento conservador que ha querido satisfacer su inquietud en los medios intelectuales de Europa. Allí se hace a una disciplina y capta lo mejor, es decir, lo más novedoso del capitalismo de su época. Y al retornar al país tiene ya un acervo de conocimientos sobre problemas económicos y sociales que le habrían permitido expedirse con maestría en cualquier país del mundo. Ha calado con cierta profundidad en las cuestiones económicas de Venezuela, sometiendo al análisis científico, ya adquirido en Europa, las estadísticas y datos del medio criollo. La población, la producción, el sistema tributario, el régimen monetario y muchos otros asuntos quedan esclarecidos, desde el

punto de vista de su teoría, para aquel hombre en gestación. Frente a Alberto Adriani —es el hombre que en Europa se lanza a las profundidades del estudio— ¡cuán mediocres resultan los líderes de 1928 que disfrutaron como él de las mismas posibilidades en el extranjero! Un ensayo de los muchos que escribiera Adriani —el de la moneda, el de la población o el de los transportes en Venezuela— tiene más sustancia, más mensaje y más colorido que los centenares de discursos y folletos que han lanzado los señores del 28 desde que fueron repatriados a la muerte de Juan Vicente Gómez.

La experiencia viva de los muchachos del 28 resultará a la larga agobiante para Venezuela. Algunos de ellos —los más influyentes— se domiciliaron en Colombia durante sus distintos exilios. La elección no pudo ser más desafortunada y no contribuyó a mejorarla el tipo de actividades que emprendieron en el hermano país. La Colombia de 1930 no era ya la cátedra de la política para nuestro continente. Otras naciones de la América Latina la aventajaban enormemente en desarrollo económico y en cultura intelectual. Brasil o Argentina llevaban treinta o cuarenta años de liderazgo económico. El Brasil ha avanzado tanto en sus relaciones capitalistas —frente a un medio feudal que aún subsiste— que ya para 1932 practica un keynesianismo de mejor estampa que el de Roosevelt. En el plano de las gestas políticas el México aún no degenerado por la sumisión y las

corruptelas servía de atalaya con mejor panorama subyacente para observar y anotar. Su revolución estaba atravesando en esos años una etapa de definiciones y las fuerzas creadoras que la desencadenaron conservaban la dirección e impartían el ritmo al progreso del país. Colombia, en cambio, andaba hundida en la politiquería de salón, en las combinaciones de camarilla, en la componenda inconfesable y en la magia electorera. Del heroico Partido Liberal quedaba un grupo de intelectuales aburguesados y de políticos inescrupulosos que hacían turno para servir a un capitalismo corporativo. El poder político había pasado a manos de los consorcios de Medellín y Bogotá que a través de dos oligarquías políticas administraban y explotaban al país. Democracia con indios sin tierra, con obreros exproliados sin misericordia, con “manzanillos” que fabricaban mayorías en elecciones fraudulentas. Borrachera oratoria de tipo grecolatino para entretenimiento de iniciados y grandes negocios a la sombra del poder. Revolución en marcha para beneficio de cuatro o cinco compañías mientras un pueblo escaso de alfabeto y de oportunidades era lanzado a destrozarse a sí mismo en absurdas guerras de desheredados godos contra desheredados liberales. Oligarquía que gozaba cuando Juan Mora, campesino liberal, mataba a Pedro Restrepo, campesino conservador. En ese medio político adquirió sus experiencias prácticas en un sector destacado de la

generación del 28. El arte de mentir, simulando gran firmeza, la técnica de los “manzanillos”, el oficio de los “lagartos” y la doblez de los “lentejos”, constituían los rasgos de la Colombia de esos años. Mucha palabra sonora y muchas realidades tristes. Un país donde Alberto Lleras era considerado revolucionario y a Diego Luis Córdoba —formidable “manzanillo” del Chocó— se le adjudicaba la reputación de un Lenin. Esa politiquería de redacción de periódicos y esa martingala de mitin para embojar campesinos pasó sin beneficios de inventario, como escuela admirable, al cerebro de los hombres del 28 adentrados en la Colombia que va de 1930 a 1940. Colombianizar a Venezuela, es decir, insuflarnos las ideas y las técnicas de una democracia con traje vistoso, pero de sucio trasfondo, ha sido por ello una de las hazañas de los hoy ya envejecidos líderes de 1928. Las engañifas demagógicas, la palabrería y el abuso de un pueblo demasiado tolerante fue lo que importamos en esos exilios sucesivos que los señores del 28 pasaron en el vecino país.

Es explicable que Venezuela haya acatado y seguido, con apasionamiento intenso, a los líderes de 1928. El gomecismo creó un vacío profundo en Venezuela. Fueron veintisiete años de castración espiritual en que el país vivió de espaldas al mundo, metido en la elemental barbarie de los chácharos. Gómez corta rudamente la evolución política de Venezuela. Las ideas se detienen

en nuestras fronteras, impermeables murallones de aislamiento y terror. Nacer, crecer, reproducirse y morir son las únicas actividades de los venezolanos en aquella larga travesía. Aparece una cultura mediocrísima, de abogados litigadores y de curas de misa y olla, que llena las elementales necesidades de una sociedad oprimida. Los hombres más eminentes de la época —aquellos que se quedaron en Venezuela para servir de testigos al desastre— retroceden intelectualmente al pretérito. En Filosofía leen a Balmes, un curita español que pone en prosa un poco mejor los preceptos de la doctrina de Ripalda. En Literatura tienen que quedarse en Zola los muy atrevidos y en Víctor Hugo los que suspiraban por el romanticismo. El derecho es el de Domini y Sanojo, viejo de sesenta años, suerte de marchita cartilla para principiantes. La economía y la sociología son ciencias desconocidas en la Venezuela de 1935, pues Charles Gide, el apóstol de la primera en nuestras universidades y Bouglé, el teórico de la otra, han dejado de tomarse en serio desde hace mucho tiempo en Europa. La política no existe como actividad creadora. Lo que en la Venezuela se llama política consiste en adular al Benemérito —saqueando si es necesario a los positivistas como hace Vallenilla— o en cumplir sus órdenes. En 1934 aparece una especie de radiografía de lo que era la política en Venezuela. La escribe, de su puño y letra, el mismo Juan Vicente. Son las

recomendaciones para Rafael Paredes Urdaneta que viaja a Mérida a ejercer la presidencia del estado. Los muchachos de la universidad andan alebrestados, dice el Benemérito: “Anjá, pues nómbrelos secretarios de las jefaturas civiles y de los juzgados. No olvide terminar el cuartel de Tovar. El puente de Ejido que se repare. Póngale un espía a Hugo Parra”. Así escribe Gómez. El Boletín del Archivo Histórico de Miraflores ha recogido ese pliego de instrucciones. La mejor síntesis de la pobreza, cretinismo y borreguismo de lo que se conocía con el nombre de política.

Los líderes del 28 dicen en 1936 algunas verdades que suenan a descubrimientos portentosos en los oídos de aquella Venezuela increíblemente atrasada y pacata que sale del vientre de Gómez, buda paridor de piernas cruzadas sobre su lecho de Maracay. Jóvito Villalba y Rómulo Betancourt —ellos sintetizan a su generación— hablan en la tribuna de John D. Rockefeller recordando lo que han leído en un libro de Bertrand Russell titulado *Libertad y Organización*. Rockefeller terrorista que vuela los trenes de sus rivales hasta ganar el monopolio del petróleo en los Estados Unidos. Es el dueño de la Standard aquí llamada Lago Petroleum Corporation. Tiene empresas en todo el mundo y una de ellas, la más próspera, es la que opera en Venezuela. El petróleo es una sustancia muy importante en la guerra y en la paz. La guerra del 14 fue ganada por el petróleo. Lo dijo

Lord Gurzon. Y en la Paz, su consumo es uno de los mejores índices del progreso de un país. Las compañías petroleras explotan el petróleo y nosotros le pagamos para que se lo lleven. Así razonó Gumersindo Torres en 1930. Venezuela produce 300.000 barriles diarios de petróleo y al país le corresponde una regalía del 8 % en algunos casos o de un bolívar por metro cúbico según distintas leyes, pues el régimen de los hidrocarburos no es uniforme. Las concesiones fueron ganadas a base de chantaje y están viciadas de nulidad. Con esas muletillas que no profundizaban ninguno de los aspectos del petróleo se manejaron los líderes del 28. Evidentemente impresionaron a una Venezuela que ignoraba todos los aspectos ligados con la explotación y comercio del petróleo. A su lado nadie tenía otras cosas que decir. Sus rivales en aquellos días de 1936 eran los caudillos ya valetudinarios o escritores como Pocaterra y Gallegos que tenían treinta años de atraso ideológico porque a su formación, muy a comienzos de siglo XX, no agregaron casi nada en el exterior. Frente a los generales golosos que regresaban del exilio, con setenta años a cuestas, y a escritores que se quedaron en el modernismo de Rubén Darío, los jefes de la generación del 28 aparecían como genios de la política.

Fue Juan Vicente Gómez, al paralizar la vida intelectual y política de Venezuela, quien colocó a la generación del 28 en el papel que ha jugado dentro del proceso

ideológico y social de la Nación. Si Venezuela hubiese tenido una evolución distinta, con una lucha social sin traumas ni estancamientos, los tribunos universitarios que fueron al exilio habrían desempeñado una misión menos providencial. Posiblemente les hubiera tocado desempeñar las funciones de auxiliares en la marcha de generaciones que desde el punto de vista intelectual significaron mucho más que ellos. Hay que imaginarse a un Rómulo Gallegos, a un José Rafael Pocaterra o a un Andrés Eloy Blanco en un país exento de pesadillas gomecistas. A ellos les hubiera asignado la historia responsabilidades de conducción que jamás cumplieron porque la interrupción de nuestro proceso los aisló y en cierto modo los arideció como políticos. Un Pocaterra que no hubiese sentido la necesidad de emigrar para salvarse del manotazo gomecista, un Andrés Eloy Blanco sin prolongados calvarios de cárcel y confinamiento y un Gallegos sin paréntesis casi interminables de magisterio silencioso eran los hombres —guías del ascenso para un país de normal desarrollo—. Y un Adriani que no hubiera regresado del extranjero a sumergirse en la anodina calma de una hacienda, privado de tribuna y de laboratorio para sus experiencias de economista, encarnaba para Venezuela el más robusto hito humano en el tránsito hacia la modernización. Porque Venezuela era un desierto sobre el cual había pasado el simún de la ferocidad gomecista, pudo la generación del 28

convertirse y conservar por tanto tiempo el carácter de protagonista en su drama colectivo.

La generación del 28 entroniza en Venezuela, por espacio de veinte años, la confusión ideológica y la impotencia política. Su obra más característica es aquel año de 1936, derrochado en manifestaciones llenas de desorientación, en campañas absurdas y en conciliaciones increíbles. Era el momento de liquidar a Juan Vicente Gómez —que seguía viviendo en el gobierno de su sucesor— pero los señores del 28 derrocharon inútilmente todo el esfuerzo de las masas. Agitando muletillas sin sentido —“la ley es el refugio de los incapaces y solo los reumáticos apelan a ella”— prodigaron al pueblo una borrachera de demagogia como no se había visto en el país. Con frases extraídas de Mirabeau o de Dantón, suerte de quincalla oratoria que entusiasmó a las multitudes, pero sin llevarlas a un combate claro y concreto, vieron pasar los días hasta que López Contreras mejor estratega que ellos los aplastó de un manotazo. Permitieron que se reuniera el congreso gomecista y luego, para curarse de semejante error, desataron una huelga general que solo podía conducir a la derrota. Del error de derecha pasaron a la desviación de izquierda que es siempre la manera que el oportunismo político tiene de lavar sus pecados. Agitaban, a veces con un acento obrerizante que enardecía pero no señalaban ningún camino transparente. En ese vaivén

de 1936, llevados por el oleaje de su propia demagogia, entre recursos de tribuno liberal y gestos de anarquista, fueron consumiéndose. Para Venezuela transcurrió el momento en que realmente fue posible, hasta 1958, la tarea de destruir el viejo Estado gomecista para edificar un Estado popular que exaltara a la dirección colectiva a hombres de las grandes clases productoras de la Nación.

Ese confusionismo exaltado de 1936 —la época más contradictoria y frustránea que el país haya vivido— es consecuencia de la impreparación e irresponsabilidad de los jóvenes exiliados. Ninguno de ellos había pensado qué hacer en Venezuela cuando Gómez cayera o se muriera de viejo. La elemental pregunta acerca de las condiciones del país, de sus contradicciones sociales, de las clases existentes y de sus intereses concretos, del tipo de Estado que había aparecido durante el gomecismo y de los problemas inmediatos que reclamaban solución no fue respondida por ellos con la seriedad que la historia siempre demanda en el remolino de sus crisis. Era claro, para cualquier estudioso, que en Venezuela había surgido, dentro del gomecismo, un Estado que controlaban desde el exterior las compañías petroleras y al cual prestaban solícito concurso el alto comercio caraqueño y el clan del Benemérito, monopolizador de la tierra. Y era asimismo indiscutible que en el país se venía formando, a guisa de contradicción dialéctica, un proletariado denso en los campos petroleros y en las

ciudades de algún desarrollo, una clase media de cierta significación y una burguesía nacional de penosa existencia. Juntar esos elementos progresistas con presteza para darles un programa que respondiera a sus intereses y alumbrara los caminos de la Nación y con todo ello plantearse la destrucción del Estado gomecista, constituía la tarea urgente e inaplazable. Pero los líderes no hicieron en el exterior un estudio medianamente serio de las clases sociales venezolanas, de sus problemas específicos, del grado de descontento existente bajo la costra del gomecismo y de la táctica que se imponía al derrumbarse la dictadura. Y llegaron a improvisar penosamente. Desde el primer momento estrenaron un izquierdismo ultrajacobino que dividió el frente popular cuya acción cohesionada hubiera permitido la disolución del Congreso y la formación de un nuevo gobierno y, lanzados a la impotencia, entonces se llevaron el pañuelo a la nariz para dejar que el parlamento de Gómez siguiera sesionando. Después tuvieron la bizarra idea de proponer un conflicto religioso —como si Venezuela estuviese en 1870— que desvió hacia los jesuitas la atención de las masas y aisló a las izquierdas en medio de un ascenso nacional. López Contreras apenas necesitaba esperarlos “en la bajadita”, que le llegó pronto al zamarro general. Fue un año de exhibicionismo tribunicio, de poses ultraizquierdistas, de bolcheviquismo verbal, todo mezclado con actitudes

oportunistas en la práctica. Año en que Venezuela pro-
rroga la cadena gomecista. Allí está el monumento
a una generación.

La inmadurez de esa nueva Venezuela —porque
biológica e ideológicamente esa era la Venezuela que
nacía— es tan meridiana que los hombres del 28 no
presentan en muchos años un programa diáfano que
sea alternativa al orden gomecista prolongado bajo
López Contreras. Obran con remiendos —vigencia
de la Constitución, libertades públicas, etc.— que no
significan ninguna contraposición de fondo frente al ré-
gimen. Reencauchar al lopecismo con algunos retoques
es en el fondo la plataforma de los prohombres del 28 ya
convertidos en dirigentes clandestinos después de 1936.
En el aspecto económico, las izquierdas de esa época
no van más allá de lo que deja Alberto Adriani como
ministro de hacienda. El Banco Central, el impues-
to sobre la renta, la orientación del comercio exterior
y la tributación a las compañías petroleras que Adriani
recomienda o impone, representan un programa más
lúcido, penetrante y avanzado que el de aquellos fla-
mantes líderes escondidos. Esa ceguera política llega
a tales extremos que ocho años después de la muerte de
Gómez el partido Acción Democrática —forjado por
uno de los líderes esenciales del 28— pregona como
gran reivindicación el artículo 21 de la Ley de Arancel
de Aduanas que Adriani dejara como testimonio de su

labor de administrador. En la emergencia de una guerra a aquel partido no se le ocurría nada mejor que apelar a una disposición legal que para casos muy concretos creó la previsión de un ministro. Haciendo reparos a las iniciativas gubernamentales o sugiriendo accidentales reformas, los hombres del 28 ya evidencian en la Venezuela postgomecista toda su estrechez ideológica y su deficiente formación intelectual.

Al proceder así —aun los más lúcidos entre ellos— obedecían a la mezcolanza estrepitosa de su formación. En el fondo eran liberales barnizados de marxismo. En un país sumamente colonizado por el imperialismo, con elementos capitalistas importantes en su interior, a mitad de camino entre el subdesarrollo y la plena realización económica, plantearon el dilema entre dictadura y democracia que ya era viejo en los tiempos de Juan Bautista Alberdi. Una emancipación frente al imperialismo, una reforma agraria concreta, un estímulo a las clases productoras del país y la creación de un ámbito socialista en la economía, todo con un Estado accionado por fuerzas distintas, era la tesis correcta en 1936. Ya en aquel año nuestra economía estaba más desarrollada, a consecuencia del impacto que la de todas las naciones asiáticas y africanas que veinte años más tarde inician sus experiencias de democracia nacional o de socialismo. El dilema de democracia o dictadura en abstracto cuadraba en el siglo XIX para sociedades que

no tenían otra alternativa que el desarrollo capitalista. Era evidente que en 1870 o aun en 1900 la América Latina no vislumbraba otra manera de liberarse que estimulando francamente al capitalismo autóctono. Como voceros de una burguesía mercantil que anhelaba pasar a las manufacturas actuaron los ideólogos de la democracia representativa. Pero en 1936, con una Venezuela que ya poseía excedentes considerables y proletariado denso en algunas de sus zonas vitales, hablar de dictadura en abstracto o de democracia en abstracto era ponerse de espaldas al juego de la historia. El gran dilema de Venezuela —ya en 1936— era el de oligarquías o pueblo, el de imperialismo o Nación, el de clases productoras y clases parasitarias. Los métodos para llevar al poder y mantener allí a los expoliados o a los productores podían variar, con arreglo a las circunstancias, pero lo esencial era el dilema. Si una dictadura se apoyaba en las clases mayoritarias y con ellas desarrollaba al país era mucho mejor que una democracia palabrera que con “slogans” disfraza su ineptitud esencial y su cobardía ante los poderosos.

Es sintomático que la generación del 28 solo haya producido dos obras políticas, ambas emanadas de la pluma de un hombre que casi no ha actuado en la política. El doctor Carlos Irazábal es el único teórico que en esa generación nos deja una labor intelectual susceptible de traspasar las fronteras de su época. “Hacia

la Democracia” y “Venezuela Esclava y Feudal”, constituyen la sola creación que en el terreno ideológico y de la investigación social nos ha legado la generación de las boinas. A ellas pueden agregarse algunas páginas de Joaquín Gabaldón Márquez. Lo demás son folletos intrascendentes, libros de recopilación de artículos, panfletos mitinescos y alocuciones oficiales. Hay en la generación del 28 escritores de brillo como Arturo Uslar Pietri y Miguel Otero Silva, pero sus trabajos se han realizado en el campo de la literatura. Uslar solo biológicamente pertenece a esa generación pues no ha tenido nada en común —desde el punto de vista ideológico— con los dirigentes de 1928. Y Miguel Otero Silva abandonó hace varios lustros la política para dedicarse al más tranquilo oficio de hacer versos y novelas. Uslar y Otero son los dos talentos esclarecidos que le quedan a esa generación, por lo menos en el campo de las letras. En Uslar la novela y el cuento alcanzan nuevas dimensiones de realismo y profundidad. En Otero aparece el primer intento de captar para la novela el drama de la Venezuela petrolera. Son ellos dos contribuciones meritorias a la cultura venezolana, aunque políticamente Uslar Pietri encarna un conservatismo muy de la clase alta y Otero se fatigó de ser revolucionario.

La generación del 28 lleva treinta y tantos años ejerciendo una especie de tutelaje sobre la vida venezolana.

Pero ya se agotó hasta su capacidad de simulación. Nada tienen que ofrecerle ya a Venezuela. Ningún sector joven o progresista, realmente, entre los muchos que forman la Nación espera algo de ellos. Su democracia se ha revelado ineficaz, desde 1945, para resolverle a Venezuela sus grandes problemas. Se han malgastado casi veinte años en un estéril juego de esperanzas baldías y de ilusiones destrozadas. La generación del 28 logró mantenerse en la cúspide de los acontecimientos por espacio de varias décadas porque el país tardó en madurar. Hoy, ya en vendimia de desarrollo, Venezuela no les acuerda la menor emoción. Pueden sostenerse algunos años más en el vaivén de la demagogia y en el canapé de esa democracia petacona que han creado para exclusivo goce de sus hombres. Pero serán sombras del pasado. Treinta y tantos años dominando la escena, acaparando adhesiones, despertando fervores y defraudando a un pueblo que creyó en ellos. Es una falta de respeto a Juan Vicente Gómez que con toda su trágica grandeza apenas nos oprimió durante veintisiete años.

XV. EL TÁCHIRA DESCIENDE

Malos tiempos comienzan para los tachirenses en 1929. Ha estallado una crisis económica mundial que habría de tener irreparables consecuencias en la riqueza regional. Si a Venezuela no le afectó sensiblemente aquel sismo económico porque ya el petróleo amortiguaba las ondas adversas, el Táchira vivirá la hora más sombría de su historia. La crisis descubrió, al trasluz de los hechos, el profundo divorcio existente entre una Venezuela minera más o menos apta para enfrentarse a las dificultades del mercado mundial y una Venezuela agrícola a cuyo desamparo contribuiría la inepticia y la voracidad del gomecismo. Esa contradicción aplastaría al Táchira sin que el dedo del Benemérito se moviera para aliviar siquiera el calvario de una región en nombre de la cual gobernaban y despotizaban sus hombres al país.

Como toda crisis económica, la de 1929 castigó con mayor intensidad a los productos agrícolas.

Dos circunstancias obraron entonces en tal dirección. Los productos agrícolas provienen de pequeñas y medianas unidades desparramadas por todo el mundo y se carece, en algunos de ellos, de la posibilidad de adaptar las cosechas al nivel de la demanda. Mientras el monopolio, del cual salen los productos industriales, restringe sus operaciones cuando el mercado se debilita, las fincas agrícolas siguen manteniendo el mismo nivel pues entre ellas es hipotético todo acuerdo de regulación de actividades. En los países de capitalismo avanzado, la crisis de 1920 abatió más el precio del trigo que el de las mercancías industriales de mayor consumo. Las pequeñas granjas siguieron lanzando al mercado, aún en plena crisis, tanta cantidad de trigo como en los tiempos de la prosperidad. La industria, en cambio, trató de ajustarse a la realidad de la demanda con el expediente de los despidos de trabajadores que disminuyen los costos y permiten restablecer el equilibrio entre gastos e ingresos de las empresas. Las grandes compañías fabriles de los Estados Unidos que pudieron proceder conforme a ese canon de descenso dirigido de la producción eludieron la caída de la tasa de beneficio hasta el peligroso límite de la desaparición. Los agricultores tuvieron que sobrellevar el problema de los excedentes sin mercado que significaron terribles pérdidas que con frecuencia llegaron a las proporciones del desastre. La relación de intercambio entre los productos agrícolas

y los productos industriales giró contra aquellos y desde esos años la actividad rural confronta una crisis de la cual no ha podido escapar.

Para los países latinoamericanos el problema era aún más grave. La agricultura de plantación, a la cual pertenece el café, se caracteriza por su extrema rigidez. Las plantas tienen en ella un ciclo vegetativo de varios o muchos años. Un período de siembras intensas conduce a un aumento de la producción que se prolonga en el tiempo, inflexible a los cambios ocurridos en la demanda. Para ajustar el volumen de las cosechas al marco de un mercado en descenso no quedaría otro remedio que cortar los arbustos en plena capacidad de producción. Eutanasia económica como algunos la han llamado. Ningún país ha llegado a esos extremos de barbarie contra su propio patrimonio. La superproducción, que es la otra alternativa tiene un costo tanto más alto cuanto mayores sean los volúmenes de las cosechas. Ese costo es la baja vertical de los precios hasta encontrar un fondo en el cual la demanda efectiva sea capaz de absorber la producción. Los géneros procedentes de las plantaciones tropicales —café, cacao, azúcar, etc.— caen con vertiginosa rapidez en esas coyunturas de crisis porque la igualación de la oferta y la demanda resulta escabrosa.

Pero hay otros fenómenos que se agregaron en 1929 para impartirle a la crisis del café el eco de una

bancarrota. En las proporciones de esa crisis el remedio más o menos efectivo para evitar el colapso de los precios radicaba en el almacenamiento de fracciones importantes de la producción de café. Una política de compras de excedentes y de precios garantizados por los gobiernos aliviaba la situación en la medida en que la oferta mundial guardara el tono de la demanda descoyuntada. Esa actitud exigía, como es natural, cuantiosos fondos para la adquisición de sobrantes. Los países latinoamericanos carecían de arbitrios ociosos, en sus bancos y en sus cajas de ahorro que permitieran la culminación de la tarea. Distinto era el caso de los Estados Unidos cuya economía sí disponía de recursos. Apoyándose en los depósitos bancarios y en los fondos sobranceros, el gobierno de Roosevelt pudo financiar las compras de excedentes de trigo sin crear un proceso inflacionario. Varios años de déficit pasaron para la economía norteamericana de entonces sin la carga del alza de los precios internos. En América Latina, la imitación de Roosevelt había deparado una inflación galopante pues para comprar las cosechas era indispensable emitir moneda, hinchando así el poder real de compra más allá de las posibilidades objetivas de la producción. En Estados Unidos el gasto deficitario se dirigía sobre una producción, industrial que podía elevarse. En la América Latina no existía, tampoco, ese amortiguador.

Además, los países latinoamericanos necesitaban divisas a cualquier costo. Sus industrias ya producían en cierta escala, utilizando enormes cantidades de materias primas importadas. Y el desarrollo de cualquier tipo, que constituía una manera de enfrentar a la crisis, imponía la adquisición de máquinas en el exterior. Para hacer accesibles las divisas del desarrollo y hasta las del mantenimiento de un mínimo de actividad económica era indispensable lanzar al mercado internacional los productos de que dispusieran así fuese a precios irrisorios. Sobrevino una gran liquidación de valores agrícolas —en forma de productos— que se colocaron a precios escandalosamente bajos, a veces por debajo de su costo unitario. La guerra comercial entre el Brasil y Colombia se agudizó en esos años en que toda tentativa de pacificar las relaciones entre los dos países resultaron fallidas. Colombia y Brasil se empeñaron en una competencia ciega que humilló hasta lo inverosímil los precios del café ya de suyo muy afectados por la crisis.

El café recibió más que cualquier otro producto el impacto de la caída de los precios. La carga de doscientas libras que se cotizó a 320 bolívares en 1928 —ochenta pesos de ocho reales— llegó a valer apenas 32 bolívares en 1933. Con la excepción del trigo y del cacao, muy azotados también, no hubo un artículo que fuese tan lesionado como el café. Noventa por ciento de disminución es algo catastrófico para una mercancía.

Entre tanto, ninguno de los productos industriales que se importan acusó tan marcado descenso. La resultante fue un saldo de pobreza en las zonas cafetaleras del mundo como jamás lo había registrado la historia. Una hora de trabajo en las plantaciones de café llegó a reducirse virtualmente a cero, medida en poder adquisitivo, pues las mercancías industriales, al descender más lentamente, evaporaban el valor del esfuerzo agrícola. En esas condiciones se desenvuelve para los productores del grano la crisis de 1929.

El Táchira recibe el golpe en el pecho. La economía regional dependía entonces, casi totalmente, del café. Y el cultivo de ese fruto ya venía atravesando por una crisis solapada que los acontecimientos de 1929 llevarían a la superficie. Entre todos los países productores era Venezuela y con ella el Táchira, quizás el menos apto para enfrentarse a aquella prueba. Las últimas plantaciones en gran escala databan de 1910 cuando la flojedad de los precios desanimó a los colonos e inmigrantes que llegaban todavía a sus laderas. La reanimación que trajeron la guerra del 14 y la prosperidad que siguió a 1923 no se tradujo en una renovación de plantaciones. Casi todos los propietarios retuvieron sus ganancias del auge, conservándolas en oro o las invirtieron en actividades distintas al café. Al aflorar la crisis, el Táchira dependía de plantaciones ya viejas —con veinte años de existencia las más recientes— cuya productividad

tendía a declinar. En los años de la prosperidad, altos precios y demanda favorable en el exterior, no se advirtieron las debilidades ocultas en el sistema de la producción tachirense. Fue necesaria la caída de los precios para que los propietarios midieran la profundidad de su descenso. La ley del establecimiento del precio en el nivel inferior de costos, cuando media la libre competencia entre países y la oferta supera a la demanda, comenzó a operar contra Venezuela. Mientras en el auge capitalista los precios se fijan alrededor del empresario de costos más altos porque así lo permite la firmeza de la demanda, en la depresión es el producto de costos más bajos porque su ineficiencia le deparaba otra posición. El lugar privilegiado lo ostentaban ya el Brasil, Colombia y Centro América cuya caficultura aprovechó la prosperidad de los años de 1920 para renovarse y expandirse.

El trabajo, medido en unidad de producto, había declinado durante esos diez años en el Táchira. Cada vez resultaba más difícil para el trabajador cafetero llegar a los promedios de rendimiento que fueron característicos de épocas anteriores. Unas plantaciones envejecidas que producían menos por hectárea condenaban al trabajo a ese papel descendente. La posición de la caficultura como fuente de valores sociales recibía un severo impacto. Es decir, el trabajo tendía a ser menos productivo socialmente hablando. La baja de los

precios colocaba a los propietarios del Táchira en una alternativa. Bajaban violentamente los salarios o soportaban las pérdidas reduciendo sus ahorros preexistentes. Escogieron el primer término de la alternativa, naturalmente, llevando los salarios a límites realmente monstruosos. Remuneraciones de 0,75 por día se registraron en aquella época. Así pudo rotar el capital agrícola durante esos duros años. La caficultura reintegró sus costos en detrimento de una población trabajadora que, aislada y sin tradiciones de organización, debió aceptar el sacrificio. Aun en esas circunstancias de devaluación aguda del trabajo, los costos sociales resultaban prohibitivos. Es fácil imaginarlo. Pese a las bajísimas remuneraciones, un trabajo que obraba sobre siembras envejecidas era menos productivo que el de otros países donde la productividad del hombre conservó niveles más altos. La paradoja de salarios de hambre y carestía de los costos sociales —que en el fondo reflejaba un subempleo notorio— se vivió en la caficultura venezolana con una gravedad sin precedentes.

A esas circunstancias reales —de decadencia e ineficacia— se agregaron ciertos factores financieros de decisiva gravitación. Los propietarios del Táchira apelaron, durante el auge, a cierto endeudamiento de alguna significación. Para la construcción de casas en sus fincas o la refacción de sus oficinas de beneficio obtuvieron préstamos con garantía hipotecaria.

No hay elementos de juicio que nos permitan calibrar la magnitud del fenómeno. Pero es lo cierto que el pasivo de las fincas representaba un renglón acusado en 1929. Esas hipotecas se pactaron a corto plazo y con tasas de interés casi leoninas. En la etapa del auge, con precios alentadores, los propietarios pudieron servir los intereses y amortizaciones. Al sobrevenir la depresión, el servicio de la deuda se les hizo imposible. A duras penas equilibraban su presupuesto de gastos corrientes. Esa carga de capital debía quedar necesariamente aplazada. Comenzó la gran liquidación de la pequeña burguesía cafetera del Táchira. El comercio y la banca en cuyas manos estaban las acreencias decidieron ejecutar judicialmente a sus deudores del café. Centenares de fincas pasaron a manos de un comercio abusivo y usurero que acaparó las mejores tierras de vertiente. En pocos años se constituyó una especie de latifundio dirigido desde la ciudad en el cual los mayordomos designados por el comercio executor reemplazaron a los antiguos dueños arrojados de sus fincas. El ausentismo, la explotación indirecta por un comerciante o banquero que no tenía ningún nexo con la agricultura acentuó la decadencia de la caficultura. Las haciendas fueron administradas con desidia o simplemente abandonadas. Ni siquiera encontraron los comerciantes el expediente de vender a terceros aquellas propiedades pues en las condiciones de crisis nadie adquiriría tierras

cafeteras. El desplome económico y el retroceso social —del capitalismo agrario al latifundio— fueron las consecuencias más penosas de ese proceso que aún hoy rige en el agro tachirense.

La actitud colombiana frente a la crisis mundial hizo más precarias todavía las condiciones del Táchira. Frente a la caída de sus precios de exportación, los colombianos procedieron a devaluar su moneda y a implantar el control de los cambios. La devaluación ayudaba a las exportaciones de café, cuya demanda es elástica, pues abarataba los costos internos en función del ingreso internacional que podía conseguirse. El productor colombiano obtenía más pesos por cada saco de café exportado. Como los trabajadores agrícolas no tenían fuerza para mantener o elevar sus salarios, que constituyen el costo esencial en una economía cafetera, los beneficios de la devaluación iban totalmente a los propietarios de fincas y a los comerciantes exportadores. El control de los cambios creó para el peso dos cotizaciones, la del mercado oficial y la del mercado negro. En las relaciones con Venezuela era esta última la que prevalecía. Así, en relación con el bolívar, la devaluación colombiana resultó mucho más intensa. La tabla de la cotización entre las dos monedas se alteró profundamente. Antes de iniciarse la crisis, el bolívar valía 0,20 de peso. En 1933, nuestra moneda ya había llegado a 0,50. Como el nivel interno de precios en Colombia

no subía en la misma proporción, pues no existían allá condiciones inflacionarias, el poder adquisitivo del bolívar se expandió en el mercado de Cúcuta.

Todo el tráfico mercantil cambió de dirección. Los productos colombianos se abarataron en Venezuela y los productos venezolanos se encarecieron en Colombia. El contrabando empezó a adquirir proporciones inusitadas. En pocos años vació el Táchira sus reservas monetarias en una constante exportación de oro y divisas hacia el vecino país. Precisamente cuando mayor liquidez necesitaba la economía tachirense para afrontar la catástrofe del café, las realidades de los costos comparativos con Colombia la privaron de sus recursos monetarios. Ya en 1934 la situación del Táchira era agobiante. Las actividades comerciales se paralizaron en ramas esenciales. Las telas, el calzado, algunos géneros alimenticios y otros renglones de gran consumo se compraban casi exclusivamente en Colombia. A los automóviles y otros artefactos de importación se concretaron las grandes operaciones del comercio local. Los escasos dólares que la caficultura seguía produciendo pasaban a Colombia para financiar allí las adquisiciones de productos de ese país. Virtualmente, el Táchira pasó a una economía de subsistencia, sin excedentes capaces de reanudar el ciclo de las inversiones en su desarrollo. El café servía apenas para vivir con artículos de procedencia colombiana. El proceso tenía un aspecto favorable para la región.

De no haber mediado la presencia del contrabando colombiano el nivel de vida del pueblo tachirense habría caído mucho más. Una crisis económica mundial sin el paliativo del producto colombiano barato hubiera sumido en la miseria insondable a las masas consumidoras de la región. Pero a cambio de eso la anemia económica cerraba toda posibilidad de prosperar. Se trocó la vida más o menos llevadera por un estancamiento absoluto. Ese fue el precio.

El Benemérito general Juan Vicente Gómez —era obligatorio llamarlo así en público— miró con indiferencia criminal la suerte de sus conterráneos. Durante todo el proceso de la crisis mundial las manos de su gobierno estuvieron cruzadas a la altura del vientre en actitud de quietismo absoluto. No adoptó ninguna medida en beneficio del café y ni siquiera permitió que se aireara la menor inquietud. Fue una condenatoria sin apelación y sin el clásico y venezolano “derecho a pataleo”. Pocas veces en nuestra historia se registró semejante inercia. Pero nada es sorprendente en la vida política. Las razones de Gómez se explican con transparencia a tantos años de su gestión administrativa. En primer término, la defensa del país o de una de sus regiones importantes frente a una crisis mundial era demasiado complicada para aquella satrapía de generales latifundistas y de doctores palaciegos que fue el gomecismo. Ninguno de los hombres del gobierno

tenía el menor conocimiento sobre las proporciones de la crisis, sus causas y los posibles remedios para paliarla siquiera. Unos ministros que en el mejor de los casos habían leído el *Derecho Civil* de Planiol carecían de la cultura, la información y la agilidad que exigía una crisis tan pavorosa. Si en Estados Unidos, con todo su instrumental técnico del capitalismo, Hoover se cruzó también de brazos esperando la llegada de los mecanismos automáticos de la “libre empresa” y así llevó al país al borde de la insurgencia. Y en Alemania Bruening creyó asimismo que la crisis era una de tantas cuya duración no pasaría del tiempo indispensable para que obraran las fuerzas de la recuperación. ¡Cómo no iba a resultar incomprensible para el pastoril equipo de Gómez —donde apenas había algún sociólogo atrasado como único representante de la inteligencia— aquel fenómeno insólito! Si a Hoover le pareció que el capitalismo tenía remedios espontáneos, a Gómez seguramente se le ocurrió que esa crisis era cosa de los “musiúes”, que sabían lo suficiente para detenerla si les placía hacerlo frente al mundo. Cuando casi todos los países de la América Latina ensayan distintas fórmulas —control de los cambios, devoluciones, créditos oficiales, tratados bilaterales, etc.— la Venezuela de Gómez no mueve un dedo durante aquellos seis años de calvario que van de 1929 a 1935. El primitivismo

a que ha llevado al país ese régimen vacuno se pone de manifiesto en esa irresponsable pasividad.

Pero en el caso concreto del Táchira, Gómez tenía motivos para desdeñar la defensa de sus conterráneos. Ya en 1929, el general Juan Vicente tiene sus mejores pertenencias en el centro de la República. Del Táchira conserva La Mulera y Bramón, dos haciendas cafeteras que nada valen en comparación con otras empresas de su imperio personal. El benemérito general tenía una posición peculiarísima en su doble papel de jefe y productor. Sus industrias —papel, azúcar, aceites comestibles, beneficio de ganado, telas, etc.— gozaban de un monopolio interno que nadie osaba desafiar. Sus empresas de servicios públicos —electricidad, teléfonos, acueductos— disfrutaban de invicta ventaja en el país. La crisis económica mundial apenas las toca, pues el arancel aduanero defiende a las industrias de la competencia extranjera y en los servicios el monopolio es de carácter natural. Siendo el único o casi el único empresario industrial en determinadas ramas, el general presidente puede abrigarse contra el frío de la depresión moviendo hacia arriba los aranceles. Durante los años de la crisis el pueblo venezolano estuvo pagando a las industrias de Gómez el tributo de unos precios exageradamente altos en relación con los niveles internacionales. Fue un impuesto indirecto que el caudillo de diciembre recogió —junto con otros industriales— en aquella

época de aflicción nacional. Impuesto sobre el hambre cuyo pago demandaba un sacrificio especialmente penoso. Dentro del país, esa estructura monopolística de una industria repartida entre Gómez y dos o tres firmas más, creó una distorsión gravísima de precios y alteró profundamente la relación de intercambio entre el campo y la ciudad.

En primer término, ese monopolio industrial de Gómez y sus amigos contribuyó a acelerar la repartición del ingreso nacional contra los intereses de los trabajadores. Habían caído los salarios en todo el país. El poder de compra del pueblo se reducía así en proporción directa al abatimiento de los salarios. Pero los precios industriales se mantuvieron o sufrieron una baja casi imperceptible. Las industrias monopolizadas por Gómez y otros empresarios elaboraban ya entonces algunos géneros de amplio consumo popular. El obrero y el campesino venezolano de aquellos tiempos apenas consumían telas de manufactura nacional. El divorcio en las curvas de salario y del precio, significaba una elevación de las condiciones de explotación para el pueblo. Aumentaba el costo de la reposición de las energías gastadas en el trabajo y al mismo tiempo se envilecía el valor de este quedando, como saldo, un ascenso a la plusvalía absoluta. Los años de la crisis mundial fueron de empobrecimiento para el grueso

de los consumidores y de gigantescas ganancias para el presidente de la República.

A este proceso de deterioro no escapó la agricultura frente al grupo de industrias monopolizadas por el clan de Gómez. Habían caído los precios del café —y los de casi todos los géneros agrícolas— pero los productos elaborados en las industrias monopolizadas mantenían sus cotizaciones. Los hacendados del café —y sus peones, naturalmente— consumían casi exclusivamente productos nacionales.

En tales condiciones era obvio que la posición del café perdía solidez en el mercado. En 1929, una libra de café compraba metro y medio de tela de algodón. En 1933 apenas adquiría un cuarto de metro aproximadamente. El dominio del poder que permitía mover los aranceles y las ventajas monopolísticas de que disfrutaba el Benemérito, le permitieron jugar su papel en la ruina de la agricultura y señaladamente en la del café. Si hubiesen mediado otras condiciones en la industria nacional de aquella época, la divergencia de precios no habría sido tan grande. Y las actividades agrícolas hubieran podido defenderse con mejores posibilidades de subsistencia. A la caída internacional de los precios —de suyo gravísimo— sumó el general Gómez la voracidad impune de sus industrias.

El Gómez de 1929 ya no tiene sus principales intereses en el café. Para él, los negocios de Maracay

y Caracas —fábricas, mataderos, centrales azucareros, etc.— son muchísimo más importantes que las fincas tachirenses. Era bien claro el cuadro de su situación como empresario del monopolio. Gómez tenía dos alternativas en la crisis mundial. Si favorecía al café —en el cual solo conservaba unas haciendas— afectaba automáticamente sus intereses de industrial, terrateniente ganadero y dispensador universal de servicios públicos. Si robustecía sus ganancias industriales, lesionaba al café. No había términos medios en el dilema. El Gómez de aguda visión para los negocios —siempre fue un buen comerciante— prefirió sacrificar el café en el altar de sus preferencias de empresario y terrateniente del ganado y de la caña de azúcar. Los años de la crisis en que su gobierno se enfrasca en el más absoluto quietismo se explican, fundamentalmente, por esa contradicción entre el Gómez cafetero y el Gómez industrial y agricultor de otros rubros.

Para favorecer al café, en aquel trance, el gobierno debía devaluar el bolívar o establecer un tipo de cambio diferencial que permitiera a los ya ineficaces productores venezolanos mejorar su ingreso aún en las peores condiciones de depresión. Con un tipo de cambio alto para el dólar el precio interno del café se restablecería y sobrevendría una tonificación de la capacidad adquisitiva en el gremio de los caficultores. Pero esa medida, que hubiese sido lógica si Venezuela hubiera

sido todavía un país agrícola, disminuía las entradas petroleras. Si estas descendían, el poder adquisitivo de la comunidad nacional y del gobierno en particular, tendían a caer con la misma velocidad de la devaluación. El consumo para las fábricas de Gómez habría sido menor y las dificultades del fisco se harían mucho más intensas. Olvidarse de la caficultura significaba, en tales circunstancias, la actitud lógica de un avaro tan incorregible como siempre lo fue Juan Vicente Gómez. Así se condenara a la decadencia irremediable a medio millón de venezolanos que vivían directa o indirectamente de las actividades cafeteras. La cachaza de aquel hombre que ni siquiera abre los ojos mientras la crisis carcome a su estado natal es la consecuencia de la vinculación del gobierno a intereses y a fuerzas distintas a las que movían al Táchira.

Ya Gómez estaba enfeudado al imperialismo petrolero. Una política de defensa del café —sin afectar con ella a otras ramas aún más vitales de la economía— demandaba una cierta lucha contra las compañías petroleras. Porque el financiamiento de subsidios de cambio para el café y el sostenimiento del crédito y de la ayuda técnica para los caficultores solo podían hacerse mediante la afectación de la riqueza petrolera. Las compañías tenían que solventar los gastos sociales de aquella política de rescate o preservación de la rama cafetera. Obligarlas a ello era gravarles su tasa de beneficio lo que

no se logra sin enfrentarse a ellas. Gómez era el último entre los hombres que podía pensar en semejante solución. Además, si actuaba así, el benemérito condenaba a la disminución a las muy suculentas ganancias que sus industrias y tierras cañeras o; ganaderas le estaban produciendo mientras el país se arruinaba. Para paliar la tragedia del Táchira, Gómez necesitaba suicidarse como tirano petrolero. Y ese general zamarro no era un personaje de Shakespeare para quitarse la vida en gesto de inmolación ante el ideal. Hasta tanto sus haciendas del centro, sus fábricas y sus empresas de servicios públicos dieran las mejores utilidades y las petroleras le dispensaran su ayuda. Gómez no se preocupaba del Táchira. Que se hundieran su., paisanos si a camino de ello crecía su riqueza y se consolidaba su poder político.

Los acontecimientos de la crisis de 1920 —en los que se rompe la prosperidad del Táchira por espacio de veinte años— demuestran que el régimen presidido por Gómez ya nada tenía que ver con lo que fue hasta 1920 su principal y casi única fuerza de sustentación. El régimen se ha emancipado de su base regional porque ya cuenta con intereses internacionales y nacionales mucho más vastos para sostenerse. La Venezuela de los predomios regionales entronizados primero en el latifundio y asistidos más tarde, cuando irrumpen los andinos, por un capitalismo mercantil, ha desaparecido definitivamente. Ya en 1929 estamos frente a una

Venezuela donde la clase principal que apoya al gobierno es la alta finanza internacional y luego, como acólitos, el comercio importador y un latifundio dominado por Gómez. El fenecimiento económico del Táchira —a esos extremos llegó la decadencia en los años de Gómez— fue una resultante de la nueva correlación de fuerzas en el poder que envolvió en la indiferencia al gobierno nacional de la época.

Violentado por la crisis y por la molición de un gobierno incapaz de hacer algo, el Táchira va pasando a la oposición, o mejor, al descontento militante. Ninguna región había sido más herida por aquella catástrofe económica porque el café, su rubro esencial, fue la víctima propiciatoria de la depresión universal. No resulta extraño, para quien recuerde esos fenómenos desnudos, que el Táchira haya sido en los últimos años del régimen gomecista el firme baluarte de resistencia y foco pertinaz de conspiración contra Gómez. El Táchira rural, azotado como ninguno por la crisis, era un hervidero de esperanzas y un pozo de rencores presto a estallar en esos años de 1934 y 1935 en que la recesión universal se hace aún más aguda en Venezuela a consecuencia de las medidas monetarias, adversas al café, que el gobierno de Gómez implanta en el llamado Convenio Tinoco. Bajo el silencio del gomecismo y sin que la Venezuela de más allá del Zumbador se dé cuenta, los tachirenses del campo organizan sus

viejas herramientas de lucha en el Partido Liberal, el de Castro y Peñalosa. Aunque parezca increíble —o mejor, insólito— el campesino del Táchira restaura un partido que ya estaba putrefacto y olvidado en el resto del país. Sigilosamente se reconstituyen en las aldeas los viejos directorios liberales, con sus compadres y sus juramentos. Lealtades marchitas renacen a la sombra de la conspiración. Por las aldeas pasa, distribuido por los directorios, el ventarrón de las hojas clandestinas que se editan en Cúcuta donde la colonia de exiliados nunca deja de ser numerosa. Del directorio campesino a la cercana ciudad y desde esta al refugio de Olivares en Chinácota se teje una red subrepticia. Sin que casi nadie lo sospechara, el Táchira rural va poniéndose en pie a la espera de la oportunidad para levantarse contra Gómez.

Ese ambiente de organización clandestina, que tiene en el campo tachirenses su gran resorte, crea un clima de audacia en la ciudad de San Cristóbal que era inusitado en la Venezuela de Gómez. Sea porque el Benemérito no se atreve a aterrorizar a una región que, después de todo, es la suya o por otros factores subjetivos, lo cierto es que San Cristóbal conquista una relativa libertad frente al régimen que no registran las demás ciudades de Venezuela. Mientras en el resto del país se habla en voz baja, guillotinando palabras en el susurro, en San Cristóbal las murmuraciones cobran aire desenvuelto.

Se habla paladinamente contra el gobierno. Recuerdo nítidamente, porque fue mi primer contacto con la política, haber oído en 1935 conversaciones desenfadadas que eran agudas críticas a Gómez. Tenía yo entonces once años y presencié en el bufete de mi padre a decenas de agricultores que eran sus clientes expresarse sin ningún disimulo sobre la crítica situación del Táchira y la necesidad de ponerle remedio mediante un movimiento conspirativo. No se cerraban los postigos ni se tomaban muchas precauciones para proferir semejantes cosas. Ni siquiera la elemental de echar a un niño que las escuchaba. Esos hombres reflejaban, al proceder con tanta osadía, una atmósfera existente en la ciudad. Porque el descontento era unánime y había encontrado formas organizativas, muy elementales, las gentes rompieron la barrera de la discreción. Cada agricultor que llegaba a aquella oficina de mi padre, junto con la escritura para el juicio de linderos o los recibos para el cobro de bolívares, soltaba sobre la mesa su torrencial espíritu de insurgencia. El Táchira era un reducto del antigomecismo. Y lo era en el campo y en la ciudad.

El movimiento cultural disimulaba, sin mucho apuro, ese sentimiento de beligerancia política. Desde el liceo Simón Bolívar los estudiantes publicaban descarados contrabandos ideológicos bajo la máscara de la “inquietud cultural”. Trabajos sobre la huelga de las bananeras en Colombia o el significado de la pregonada

reforma agraria de Alfonso López, sobre Roosevelt y su política económica en los Estados Unidos o sobre los frentes populares que aparecían en 1934 fueron insertados por una inocente revista apellidada *Nautilus* que los muchachos del liceo editaban bajo las barbas severas de don Carlos Rangel Lamus. Todo un mundo en el que había huelgas y partidos, controversias de ideas y pugnas de los obreros por organizarse y triunfar, se reflejaba en aquella modesta revista que en otra ciudad del país habría sido cerrada previa detención de sus redactores. Las autoridades del Táchira dejaron circular a *Nautilus* con mayor o menor libertad algún tiempo. Fue en esas páginas donde surgió, limpio de voz y erguido de valentía, el espíritu de Leonardo Ruiz Pineda con cuyo sacrificio pagaría el Táchira la deuda de Juan Vicente Gómez. Por un Gómez bárbaro quedará sembrado en la historia nacional como su antítesis, este Ruiz Pineda, caracol de lirismo revolucionario y penacho de audacias. La efervescencia del liceo era tan grande que sus profesores acogían la rebelión.

El viejo Carlos Rangel Lamus, director del liceo, era una curiosa mezcla de prusianismo pedagógico, con calabozos en su colegio y penas severísimas para las infracciones y de jacobinismo muy a la francesa. En su liceo regía un sistema militar de arrestos y sanciones para las faltas de disciplina, de desfiles y ejercicios castrenses en los patios e himnos patrióticos entonados

a diario. El vozarrón del viejo Carlos y sus admoniciones quemantes —en sus diatribas contra los alumnos indisciplinados había la brillantez polémica de Juan Vicente Gómez, y la profundidad mental de Fermín Toro— cruzaban el liceo como si bajaran de los páramos. Pero al mismo tiempo el señor Director elogiaba a Robespierre, hacía el panegírico de las libertades y proclamaba la democracia como el mejor régimen del mundo. Eso sí, una democracia donde desaparecieran el bochinche y la improvisación y cuyas libertades fuesen la medida del respeto recíproco entre los hombres. Para que el país pudiera tener una democracia —y no estos gobiernos bárbaros— el bachiller Carlos Rangel Lamus había implantado su peculiar sistema pedagógico de palos y arengas. Era tan temido y respetado al mismo tiempo en su región, que se atrevía a hablar mal de Gómez en público y jamás vaciló en enfrentarse a los presidentes de estado cuando estos le invadían su falansterio educacional. Aquel liceo, que en el fondo era un vivero, tenía que representar un foco de agitación en la Venezuela atrasada de la época.

Fue en ese liceo donde oí hablar, siendo yo un niño, sobre problemas que después serían la pasión de mi vida. En la escuela anexa al liceo, donde yo estudiaba, asumió Cátedra de Gramática y de Historia, un hombre que después rompió su luminoso talento en barrancos de alcoholismo consuetudinario. Rafael Oliveira,

“El Márquez” de la bohemia caraqueña, era entonces un joven de ojos apasionados y palabra fácil. Parecía en su cátedra un orador que se hubiese extraviado en una escuela. Ya se le veía en el cansancio de la cara la huella de las aficiones bohemias que lo matarían más tarde como intelectual. Pero entonces conservaba intacta la lucidez de su cerebro. Muy estrecha le quedaba aquella gramática —“el arte de hablar correctamente un idioma cualquiera”— y a ratos se escapa hacia el mundo de sus convicciones políticas. El profesor Oliveira nos contaba cómo en otros países existían libertades para criticar al gobierno y formar partidos, para luchar y hasta para sublevarse. No es así en Venezuela, era su conclusión inevitable. A tanto tiempo de aquellos días, corría el año de 1934; quiero rendirle un tributo un poco sentimental a ese bohemio empedernido que sacrificó en la copa un extraordinario destino. Porque Rafael Oliveira habría sido un escritor ejemplar o un político brillante si las borracheras no astillan su rica cultura. Hoy, fantasmal y casi demente, me sigue inspirando ese respeto que se profesa a quien puso en nosotros la primera chispa de una inspiración.

Todo ese bagaje de sueltas preocupaciones y de soterradas rebeldías lo recoge y anima el “Salón de Lectura” donde los comerciantes y profesionales descontentos montan su cátedra. Aquel comercio arruinado por el contrabando colombiano y aquellos profesionales de

clínicas y bufetes medio desiertos imparten al “salón de Lectura” en las postrimerías del gomecismo un acento de beligerancia inusitada. Por su tribuna desfilan conferencistas que van poniendo el dedo en la llaga de muchos de los males venezolanos. Cuando era obligatorio referirse al país en términos encomiásticos y a Gómez con humildad, aquellos expositores descubren las lacras sociales y políticas de la Nación. Médicos que hablan de la bajísima tasa de natalidad, de las enfermedades que prosperan porque hay un absoluto abandono sanitario y de la ruina biológica del pueblo, suben la tribuna del “Salón de Lectura”. Allí resonó la voz de Alberto Adriani quien habló, sacudiendo pacaterías, del significado que para la economía mundial tenía la planificación socialista en la Unión Soviética. El primer venezolano que en una institución pública analiza el plan quinquenal de los Soviets, sus presupuestos teóricos, sus formas organizativas y sus técnicas es Alberto Adriani cuando pasa revista a la situación internacional del momento. Y en ese mismo ámbito del “Salón de Lectura” alguien menciona dos palabras que no se habían escuchado en Venezuela: reforma agraria. Desde un punto de vista conservador y capitalista, pero sin eludir ciertos problemas básicos del campo el doctor Amenodoro Rangel Lamus —ligado a Gómez por lo demás— alude a esas dos palabras que han jalonado la inquietud del país en épocas posteriores. San Cristóbal vive así sometida

a tres movimientos que la empujan hacia la oposición a Gómez. El descontento campesino, con su rústico Partido Liberal en plan de resurrección, la inquietud estudiantil con liceo y tribuna periodística y el clamor de una burguesía urbana que se sentía estrecha en el cementerio gomecista se juntan y resuelven en la efervescencia de San Cristóbal.

El Táchira era el teatro de una vasta conspiración, quizás la más completa entre las que se forman contra Gómez. La reserva primordial del movimiento estaba en los campesinos liberales que al lado del directorio amontonan armas y trazan planes para operar sobre los pueblos vecinos llegada ocasión. No hubo un solo villorrio del Táchira donde esa conspiración, dirigida desde Cúcuta, no tuviese sus ramificaciones. Cinco, seis y hasta diez hombres juramentados en cada aldea, en nombre del Partido Liberal de Castro, eran el contingente presto para la insurgencia. Miles de campesinos ya enrolados existían en la región hacia 1935. La seguridad parlanchina de los murmuradores abrevaba en ese fondo de rebeldía rural. El jefe del liberalismo restaurado en el Táchira era el general Régulo Olivares que desde su refugio colombiano acechó durante dos decenios la oportunidad de movilizar a sus conterráneos para la lucha contra el gomecismo. La cadena de los comités agazapados llegaba hasta las manos del caudillo proscrito. Era una imponente maquinaria que disponía

en el Táchira rural de hombres, armas, mística y determinación. La crisis económica del café y la pachorra inepcia del régimen habían logrado transformar en semillero de descontentos fáciles a un campesinado que por espacio de largos lustros fue leal a Gómez y a los suyos. La supervivencia en el Táchira del Partido Liberal, ya desaparecido en el resto de Venezuela, respondió a una necesidad organizativa que fuese el cauce para esa angustia aldeana. Como el país no tenía otras fuerzas políticas era forzoso para los campesinos del Táchira en la hora en que se disponían a cambiar el “menudo por la morocota” apelar al viejo nombre y recordar a su jefe exiliado que en las frondas cafeteras de Chinácota atisbó su momento enfundado en esa calma hindú que siempre fue su característica más acusada.

La conspiración del Táchira contra Gómez, que era un fenómeno manifiesto y casi descarado, encontraba en las ciudades de la región el concurso de las simpatías y del apoyo. Numerosos profesionales y comerciantes conocían los planes conspirativos y los auspiciaban mediante la difusión del descontento. Las conferencias públicas y la campaña agitativa que sostuvo la Cámara de Comercio de San Cristóbal, quien se atrevió a insertar un artículo polémico de Alberto Adriani en su revista ocasional, tenían una clara finalidad de subversión. Dentro del gran torrente de la insurgencia en ciernes los estudiantes debían caldear los medios

intelectuales hasta tenerlos predispuestos. Es el sentido que asumen, juzgadas a tanta distancia, las páginas en que se contrastaba la inercia de Venezuela frente a la crisis con la expeditiva energía que la burguesía colombiana derrochó para eludir las peores consecuencias de aquella catástrofe mundial. Presentarles a los tachirenses un ejemplo vecino que sirviera de termómetro para medir la incapacidad petrolizada del gomecismo era el propósito que perseguían los estudiantes de revista en ristre. Virtualmente todo el Táchira sensible o medianamente educado estaba enrolado en la conspiración cuando promediaba el año de 1935. Como en los días del 99, ningún círculo digno o audaz escapó a aquel movimiento que llevaba sus manifestaciones hasta el propio palacio de gobierno del estado donde el doctor Rangel Lamus —secretario privado del presidente— conocía los planes subversivos y les prestaba el contingente de ciertos servicios.

¿Por qué no estalló aquella conspiración que tenía como pocas posibilidades de crearle a Gómez un serio conflicto? La explicación está en los nexos que los completados adquirieron con figuras prominentes del régimen a quienes decidieron ganar para su empresa y en el esfuerzo por darle a ese movimiento proyecciones realmente nacionales que implicaba, para su culminación, la búsqueda de los descontentos de otras regiones del país. Los conspiradores del Táchira consiguieron

ganarse al general Eleazar López Contreras, ministro de Guerra de Gómez que por fin decidió enganchar en una causa de insurgencia contra su jefe de veintisiete años. Entre Olivares y López medió una larga historia de relaciones en esos años cruciales de la crisis mundial. Cuando en el Táchira se armó la insurgencia y el general López optó por pensar en el desplazamiento de Gómez, surgió la necesidad de fijarle fecha al pronunciamiento. Desde el Táchira se propuso que se escogiese algún día de mediados de 1935 para una rebelión que partiera de las guarniciones dominadas por los hombres de López en el ejército y de las aldeas y ciudades donde el movimiento poseyese fuerzas y resolución. Pero el alma leguleya y calculadora de López sugirió otra solución. Ese bachiller en uniforme —con más códigos en la cabeza que armas en el brazo— sabía que los días de Gómez ya estaban físicamente contados. Mientras más se aplazara la decisión mayores posibilidades de una sucesión pacífica tenía el ministro de Guerra y hombre de confianza del Benemérito. Para un general pretendidamente legalista como él —aunque su legalismo hubiese aceptado torturas y carcelazos arbitrarios— era indispensable encontrar un pretexto que justificara su insurgencia después de tantos años de servicial pasividad ante el dictador. La Constitución, siempre preciosa para los oportunistas le dio la fórmula. El 19 de abril de 1936 vencía el período de Juan Vicente Gómez.

Si el dictador pretendía prorrogarse en el poder —lo venía haciendo desde 1908— su ministro de Guerra invocaría la Constitución —la siempre virgen y siempre violada— para levantar al ejército. Esa fue la fecha que los conspiradores, ya vinculados a López, aceptaron a la postre. Cuando Gómez fallece de viejo, los planes se le dan a López sin mancha de traición hacia su mejor amigo y sin sobresalto de riesgos militares en la toma insurreccional del poder. En el Táchira —y en Mérida, así como en otros estados— se quedarían los fusiles y machetes de los campesinos esperando la ocasión de asaltar los poblados. La conspiración estaba tan avanzada en el momento del deceso de Gómez que, en algunos pueblos, como Tovar de Mérida, había más de un centenar de máuseres y millares de machetes distribuidos a grupos bien organizados y con misión concreta el día en que se escucharan, sobre el sudario de la paz gomecista, los disparos de la rebelión ciudadana. Muriéndose, Juan Vicente Gómez frustró esta última conspiración y lo hizo en beneficio de su delfín de charreteras, aquel general que ya dispuesto a traicionarlo seguía fingiéndole fidelidad filial. Será López quien aproveche en poder y en recursos el esfuerzo de esa conspiración.

El estado de ánimo del Táchira era tan elocuente y su insurgencia habría sido tan vertical que los acontecimientos de la muerte de Gómez lo probarían con

irrefutable claridad. Gómez fallece el 17 de diciembre. Y dura varios días en capilla ardiente, en medio de un país absorto por la sorpresa y paralizado por el saldo de terror. Pero el 21 de diciembre San Cristóbal realiza la primera manifestación popular que registra Venezuela desde los viejos días de 1914. Una gigantesca masa humana, virtualmente todos los 25.000 habitantes que poblaban la ciudad, se dirige hacia el palacio de gobierno con el clásico grito de Bolívar en la boca: libertad. Desde las ventanas del palacio vomitan los fusiles sobre la inerme multitud. Caen las víctimas de la metralla y las paredes reciben la salpicadura del civismo mártir. Retroceden las masas, sorprendidas por la brutalidad del ataque e impotentes para responder pues no llevan armas. Pero desde las esquinas de la Plaza frente a la cual se levanta el Palacio, densos grupos contestan con otro grito: asesinos. Centenares de hombres que no quieren retroceder más allá de las esquinas propicias a la defensa de la vida, se clavan como bandera de desafío. Asesinos, siguen gritando como martilleo. Desde el palacio salen casi brincando las descargas que rebotan en las paredes sin encontrar cuerpos incautos para su cosecha de muerte. El pueblo sigue allí, agazapado tras las esquinas y disperso en las calles adyacentes al palacio hasta donde no pueden llegar las balas. Los esbirros del gomecismo están acorralados, aunque tengan las armas. Minutos de tensión corren en esas cuatro esquinas

donde la voz de las masas sitia a los asesinos del fusil impune. Los acorralados del palacio pueden salir a la calle, dispuestos a salvarse cosiendo a la muchedumbre con sus disparos a quemarropa. Esa posibilidad significaría una hecatombe. Desde la boca de los zaguanes o adosados a las paredes, centenares de hombres siguen allí gritando sus consignas. Si salen los asesinos para la escapada temeraria del plomo contra la gente, se morirá en el deber. Pero el desenlace no es tan atroz porque el ejército interviene contra los gomecistas. Movidos por la solidaridad que despiertan las víctimas o porque estaban implicados en la conspiración que dirigía López Contreras, los jefes del batallón acantonado en la ciudad rodean al palacio de gobierno y allí apresan a los asesinos.

Esa manifestación inició el despertar del país. San Cristóbal y Maracaibo fueron las primeras ciudades en levantar la cabeza a la muerte de Gómez. En San Cristóbal se constituyó una junta cívica que detentaba prácticamente el poder. Con sus miembros actuó Régulo Olivares cuyo prestigio en la región se veía incrementado por su tenaz oposición a Gómez y por su ejemplar honestidad de caudillo. A Olivares le sigue en ese momento todo el estado Táchira. Civiles y militares en la región le reconocen tácitamente como el cabecilla y guía de más prestigio. No se sabe hasta dónde habría llegado Olivares si decide en San Cristóbal presionar

a López Contreras en aquellos mismos días a encabezar desde el Táchira una insurgencia. Posiblemente el general López habría tenido que ceder ante esa arremetida monolítica que contaba con masas y tropas para ser temible y con ideas claras para seguir el rumbo justo. Pero estas especulaciones no pertenecen a la historia. Lo que sí está en la historia y a ella hay que asignársele es la actitud de aquel pueblo de San Cristóbal que precedió a Caracas en la manifestación y en la protesta a raíz de la muerte de Gómez. No sería la primera vez, en nuestra historia contemporánea, que a San Cristóbal le corresponda ese papel. Más adelante, en el girar de los acontecimientos venezolanos, más de un grito y de un movimiento rebelde saldrá de esa ciudad desconcertante que es a la vez conservadora y revolucionaria, católica y librepensadora, tradicionalista y renovadora pero que tiene, precisamente por contradictoria, la virtud de darle sorpresas a Venezuela. En 1935 ella tuvo el honor de lanzarse, antes que ninguna otra ciudad, a arrebatarse las calles a ese centinela frío y desalmado a quien Gómez puso el gorro del terror para amedrentar a una Nación.

XVI. PRIMERA INSTANCIA PARA EL GOMECISMO

A tantos años de su muerte, el general Juan Vicente Gómez sigue siendo el fantasma de la vida venezolana. Su nombre se invoca como sinónimo de algo terrible y oscuro que inspira miedo o aposenta la parálisis en el alma. En la historia de ciertos países hay figuras que llegan a identificarse con ese folklore del terror hasta encarnarlo como prototipos. Para los ingleses, Ricardo III es el símbolo de la revuelta, del crimen y de la ambición. Época sombría que tiene su representación en el rey paranoico cuyas usurpaciones abrieron espita de sangre. Los rusos confunden a Iván el Terrible con la tortura, el abuso y el capricho. Ombligo de la opresión, el monarca se perfila en la historia rusa como el gestor de una rolliza vida de vandalismo y conquista. Venezuela ha visto dividida su historia en dos esferas. Gómez se interpone entre ambas. Antes de la irrupción del Benemérito nuestra barbarie era como una catarata

que a saltos fue descendiendo por las vertientes de la dinámica social. Con Gómez, esa misma barbarie se empoza y casi se congela en la inmovilidad de tres décadas. El terror había sido caída de agua, turbulenta pero rápida en la historia venezolana. El machetazo al agonizante, la violación de la viuda en presencia del cadáver de su marido, la mutilación infame, cuadros de una guerra civil que parecía a veces contienda entre animales. En la larga travesía del gomecismo el terror se fija como una obsesión cayendo gota a gota sobre las llagas del dolor nacional. En las guerras civiles fue estruendoso y refulgente, como el agua traspasada por el rayo de luz, en el gomecismo se vuelve callado como tictac de insomnio. Ese prolongado período de tiranía ha hecho de Gómez el tótem de lo trágico en Venezuela. Su época va perdiendo los perfiles y sobre ella apenas cabalga la figura del Benemérito, arrebujaado en el sudario de la leyenda. Con solemnidad o con pavor, casi en términos susurrantes muchas personas evocan aún a Gómez. Instintivamente, los venezolanos rinden al viejo caudillo ese testimonio que merecen en las aldeas hindúes los tigres más carniceros, el de ser nombrados en voz baja o con tácita admiración. El tajo de Gómez en nuestra historia es un trauma que aún amella los fillos del alma venezolana y deshace los nervios colectivos. La ciencia social tiene el deber de arrojar a Gómez de ese santuario de la superchería para analizarlo, con

cabal claridad. Acabar con el ensalmo, sentenciando al personaje y a su época, es una de las tareas que tiene planteadas la inteligencia venezolana. Abajo Iván el Terrible, han dicho los rusos recientemente. Abajo Gómez, debemos repetir nosotros. Y para que vibre el grito es preciso arrojar en aquellos tiempos de terror goteado sobre la caverna de la inmovilidad nacional todo el potente haz de la penetración científica. Una sentencia de primera instancia para Gómez constituye inaplazable esfuerzo de esclarecimiento y liberación.

Para juzgar a Gómez, en el balance de sus veintisiete años, nuestra generación está extraordinariamente calificada. Las ciencias sociales contemporáneas nos entregan ahora una serie de instrumentos que no tuvieron los hombres del pasado. El análisis económico ha perfeccionado sus conceptos convirtiendo a la sociedad en cuerpo susceptible de ser sometido a disección. Las estructuras económicas y su cambio por el efecto de ciertos factores pueden ya apreciarse con toda exactitud. Existen ahora criterios objetivos para medir el progreso o el retroceso de las sociedades como si fuesen seres humanos a los cuales se les aplica el metro y el peso. La demografía, la higiene social, la sociología y la psicología social han marcado tan formidables saltos que han dejado de ser catálogos más o menos farragosos para transformarse en armas de acción del esfuerzo humano. No es difícil llegar a la reconstrucción

del gomecismo, como si estuviésemos esclareciendo un crimen complicado, mediante la utilización de ese repertorio científico desarrollado en los últimos veinte años. Mientras los hombres de otras generaciones tenían que generalizar —moviéndose a través de esquemas demasiado amplios— o se veían obligados a refugiarse en un subjetivismo indocumentado, frente a nosotros yace un montón de hechos y disponemos de laboratorios sociales para clasificarlos e interpretarlos. Pero nuestra generación goza de la ventaja de haber llegado a la edad de la conciencia cuando ya el cadáver de Gómez se deshilachaba en su pudridero de Maracay. No fuimos víctimas de sus policías ni palpamos directamente el terror que emanaba de su cuerpo de fiera. Nada nos constriñe a ser sus detractores sistemáticos o sus ensalzadores arrodillados. Con severidad de agraviados —pues todo venezolano digno lleva cicatrices abiertas por el gomecismo— podemos guiar nuestro juicio inspirándonos en la objetividad científica. Nuestra situación respecto del hombre de Maracay es un poco semejante a la de Sarmiento cuando evocó, para lapidarlo, el tránsito de Facundo Quiroga. El libro del gran maestro, apasionado pero preciso, liberó el alma argentina de las devociones traumatizadas a la sombra del caudillo muerto.

En los veintisiete años del gomecismo se estanca el desarrollo de la población venezolana. Como lo

apuntaron algunos de los estudiosos de esa época, el incremento vegetativo neto jamás excedió del nueve por mil. Era en la América Latina de aquellos tiempos uno de los más bajos. Si se exceptúa al Paraguay, aún afectado por el desastre de su guerra contra la Triple Alianza que le diezmó a sus hombres, no existía otro país en el continente que exhibiera tan pobre tasa de crecimiento demográfico. A lo largo de la etapa gomecista la población nacional aumenta apenas en cuatrocientos mil habitantes. Cuando se efectúa el censo de 1936, Venezuela tiene casi la misma masa demográfica que en los tiempos de los últimos censos del siglo XIX. El fenómeno resultaba claro. Para doblar la población se necesitaba, a la tasa indicada, un período de ochenta y tantos años. La magnitud de ese estancamiento puede preciarse recordando, simplemente, que según la ciencia social se considera normal la duplicación del acervo demográfico de un país en un lapso de veinticinco a treinta años. Venezuela debía tardar un espacio de tiempo dos veces y media más dilatado en el esfuerzo de alcanzar el doblamiento de su población. La consecuencia era el retardo de nuestro país en la América Latina. Países casi despoblados cuando estalla la guerra de Independencia —como Chile y Argentina— encierran dos veces más pobladores que Venezuela en 1936. Hasta en los tiempos de la oligarquía conservadora nuestra población creció con mayor intensidad que

en este paréntesis del gomecismo. Entre el amanecer del siglo XX y 1936, Venezuela desciende en la escala continental como corolario del estancamiento demográfico del gomecismo. Hacia 1900, nuestro país casi se parangonaba con Colombia, el Perú o Chile. El día en que entierran a Gómez casi le hacemos compañía a Bolivia en el foso de las naciones menos densas. Si en términos absolutos la población se estancó, en el plano de las realidades relativas ella retrocedió, pues otras naciones latinoamericanas al progresar nos arrojaron a la retaguardia demográfica.

El retardo demográfico es la resultante de varios factores adversos que el gomecismo exacerba hasta la pesadilla. Durante el gobierno de Gómez, el empobrecimiento de la población campesina que entonces formaba los dos tercios de la masa de habitantes, tenía que conspirar contra la fecundidad y la supervivencia. Por la obra combinada del latifundio y de las crisis agrícolas que sacuden al mundo a partir de la Primera Guerra, el campesino venezolano ve disminuir sus ingresos. La tierra marca una declinación en sus rendimientos físicos —consecuencia de los abusos de una agricultura extensiva impuesta por el latifundio— y el valor de los productos rurales desciende en el barómetro de las cotizaciones. Entre tanto, otros dos factores se agregan al calvario campesino. Pacificado el país en el terror, los conuqueros y pisatarios tienen que aceptar el peso

de la elevación de la renta territorial que favorece a los latifundistas. En el reparto de un producto descendente —por el cansancio de tierras mal explotadas— la porción del campesino es menor. Por otro lado, los precios de los artículos industriales que el campesino consume se mantienen en altos niveles o descienden menos que los géneros agrícolas. La transferencia de ingresos desde el campo hacia la ciudad coadyuva a empobrecer a unas masas rurales ya de suyo esquilgadas. En tales condiciones, era imposible que el campesino pudiera conservar la vida a las criaturas que salían de ese horno biológico que ha sido su rancho. Angelitos para la muerte era lo que parían las madres campesinas.

La incuria sanitaria en que Gómez mantiene al país aporta su cuota de muertes para amarrar los pies de Venezuela en su marcha demográfica. En veintisiete años, Venezuela no da un solo paso positivo por el camino de la salud pública. Ni en el orden sanitario, *strictu sensu*, ni en el plano asistencial, se agrega nada a lo que ya conocíamos desde los tiempos de la oligarquía conservadora. La inercia del gobierno es tan grande que el paludismo va ganando, porque la pobreza de los habitantes abate la valla que significa la vigilancia y el esfuerzo del hombre, inmensas áreas donde antes encontró resistencias. Parches enteros del mapa nacional se convierten en lugares prohibidos donde el hombre huye ante la enfermedad invicta.

Eso ocurría en la Venezuela de Gómez cuando el mundo había encontrado remedios y técnicas para prevenir y curar el paludismo. Mientras al régimen gomecista veía el desplome sanitario de regiones enteras de Venezuela, en otras latitudes del planeta se desalojaba a ese flagelo con victoriosa superioridad. Italianos, ingleses y norteamericanos erradicaron la malaria de superficies malditas con obras de ingeniería sanitario o con medicamentos adecuados. La anquilostomiasis y la disentería, la anemia y otros males minaban también, sin resistencia ninguna, la salud del campesino. El abandono total era la norma en los campos. Las ciudades no estaban en mejores condiciones sanitarias o asistenciales. Los hospitales de Gómez fueron simples refugios de inválidos o de ancianos, suerte de pudrideros humanos donde se recogía a los que debían morir a la buena de Dios. La tuberculosis, la sífilis, y otros flagelos, amén de las enfermedades infantiles, diezmaban la población urbana. En una época en que las naciones más atrasadas —y hasta las colonias— tenían departamentos de sanidad con cuerpos de expertos, redes de hospitales y campañas preventivas de distinto tipo, la Venezuela de Gómez apenas disponía de organismos que ya existieron en la colonia. El atraso venezolano fue tan grande que hacía contraste con lo que ocurría en Trinidad. Pese a su condición de colonia, la vecina Antilla realizaba campañas de desecación

y prevención de la malaria, de tratamiento en masa de enfermedades tropicales y de mejoramiento de las condiciones sanitarias ambientales en el campo cuando Venezuela veía morir en sus hospitales, como en la Edad Media, a gentes que se marchaban entre rezos de monjitas y resignación cristiana.

El país contaba con recursos para solventar los programas de rescate sanitario. A partir de 1925 el presupuesto venezolano excede al de Colombia, cuya población era dos veces mayor que la nuestra. Ni siquiera en los años de la depresión mundial de 1929, las rentas fiscales caen estrepitosamente, fenómeno que sí afecta a otros gobiernos latinoamericanos. Pero el benemérito general destina los ingresos fiscales a financiar sus órganos represivos y a atesorar dinero por aquella su teoría de avaro de que “quien guarda encuentra”. El presupuesto de sanidad es casi el último en el escalafón administrativo. Colocado a larga distancia de los presupuestos de defensa, relaciones interiores, hacienda o relaciones exteriores, el de sanidad apenas alcanza para pagar a algunos médicos y mantener abiertos los refugios de inválidos que se llamaban con el pomposo nombre de hospitales. Las posibilidades perdidas por el gomecismo se evidencian comparando sus últimos diez años, de finanzas más o menos holgadas, con el período que va de 1935 a 1945. Desde la muerte de Gómez hasta el 18 de octubre de 1945, las entradas

del Estado no crecieron de manera muy vertiginosa. Y aparecieron, en cambio, necesidades que el Benemérito siempre desdeñó. Sin embargo, el Estado realizó una impresionante tarea sanitaria hasta el punto de elevar a cerca de 30 por mil la tasa de desarrollo demográfico. Diez años bastaron para acabar con el estancamiento de la población. Ese esfuerzo lo realizó un fisco que disponía casi de los mismos ingresos que en la época de Gómez —esa fue la realidad hasta 1942— y sobrellevaba cargas sociales mucho más exigentes. La supina barbarie de Gómez quedaba al desnudo.

En los veintisiete años de Gómez, la economía venezolana sufre las más profundas transformaciones que se hayan registrado desde la Independencia. El sector petrolero, inexistente hasta 1923, entra a ocupar el 40 % del producto territorial bruto a lo largo de los años que culminan en la desaparición del tirano. Ese crecimiento formidable del producto petrolero imparte al desarrollo aparente de la economía venezolana un ritmo sin paralelo en el mundo occidental. La masa de valores que engendra Venezuela crece todos los años con tasas que eran bien superiores al 10 %. La depresión de 1929 cortará este ritmo de ascenso, pero ya en 1934 el petróleo ha logrado conjurar las peores consecuencias de aquella catástrofe y vuelve a trepar en las columnas de cifras restableciendo su marcha imperativa. Es posible que entre 1925 y 1936 el producto territorial

bruto de Venezuela se haya doblado. Esta realidad traduce una hazaña pues en aquellos años, cortados por una depresión universal, ninguna economía capitalista ostenta progresos reales. Recuérdese que los Estados Unidos necesitan diez años para recuperar los niveles que alcanzó su producto nacional en 1929. Los récords de desarrollo implantados por Venezuela en esa década son la consecuencia de la aparición del petróleo y de las aptitudes que esa substancia demostró para resistir el efecto de las depresiones cíclicas del capitalismo. El petróleo no solo empuja a cadencia acelerada a nuestra economía, sino que se convierte en el patrón de todos los valores. De él dependen el comercio exterior, el nivel de la demanda interna, la amplitud de las entradas fiscales y el grado de la acumulación. El volumen de la producción petrolera y los índices de cotización en el mercado internacional, amén de la participación fiscal y social del país en el producto de esa riqueza, se instituyen en varas que determinan el funcionamiento de toda la economía venezolana. El centro de la vida nacional se desplaza, por vez primera desde el descubrimiento, del campo a los pozos petroleros.

El auge del petróleo tiene su compensación en el estancamiento y decadencia agrícolas. Ya en 1936, la agricultura apenas representa el 20 % de nuestro producto bruto. En los años que precedieron al *boom* petrolero, su participación había llegado al 40 %.

Durante los tiempos postreros del gomecismo ningún rubro de la agricultura exhibe el menor progreso. Algunos llegan a descender y otros bordean la desaparición física. La agricultura —señoreada por el latifundio con escasas muestras de penetración capitalista— era el sector venezolano menos calificado para resistir el impacto del petróleo. No había en ella la elasticidad social ni la capacidad económica que son indispensables, como piedra angular, en todo esfuerzo de adaptación a circunstancias cambiantes. En el proceso de desarrollo económico, una rama de producción que no puede introducir prontas reformas en su estructura perecerá cuando intervienen nuevos y poderosos factores. La agricultura venezolana estaba incapacitada para responder al petróleo elevando su productividad con lo cual compartía los frutos que el progreso técnico inherente a las nuevas explotaciones extractivas iba a insuflarle al país. El primer efecto del petróleo en nuestra economía era la ascensión de la demanda efectiva como consecuencia del alza de los salarios percibidos por la población que emigró a los campamentos y de las nuevas disponibilidades del fisco. Si una rama de nuestra economía aspiraba a beneficiarse de esa circunstancia necesitaba aumentar su producción para copar la naciente demanda. Pero la agricultura adolecía de la rigidez del latifundio. La demanda engendrada por el petróleo hubo de satisfacerse con productos importados.

Así comenzó la emigración de campesinos a la ciudad. Ese fenómeno no fue en la Venezuela de Gómez —y en la de tiempos posteriores— el fruto de un progreso técnico captado por la agricultura y que se traducía en disminución de los requerimientos de mano de obra sino el corolario del auge en la ciudad de actividades comerciales y de construcción sostenidas por el flujo petrolero. El contraste en los niveles de productividad, que condenaba al lugar más bajo a una agricultura atrasadísima impuso la decadencia acelerada al campo venezolano. Fue tan intenso ese fenómeno migratorio que ya en 1936 de la región andina pasaron a otras áreas de Venezuela más de 35.000 personas. En 1941, el flujo migratorio se situará en las 50.000 personas. Ayuna de capitales y debilitada de brazos, la agricultura del período gomecista desciende hasta ocupar la posición más modesta en nuestro producto bruto. Diez años de explotación petrolera han sido suficientes para privarla de la eminente posición que venía disfrutando desde la colonia. El remesón petrolero era demasiado fuerte para que lo soportase una rama económica de tan arraigados vicios.

Los cambios profundos que sufre el producto bruto de Venezuela —y la incidencia sobre nuestra economía de fuerzas extranjeras— alteran drásticamente la balanza de pagos y el comercio exterior del país. Hasta 1920 nuestra balanza de pagos arrojaba una cuenta

de mercancías ligeramente favorable o, en ocasiones, adversa, una cuenta de servicios que era desfavorable y una cuenta de capitales casi insignificante. Con el saldo favorable de la cuenta de mercancías pagamos los servicios de flete, utilidades y seguros. La cuenta de capital servía para el financiamiento, a través de las casas alemanas, de las actividades agrícolas de desarrollo o subsistencia. Las importaciones siempre se ajustaban al volumen de la exportación por el mecanismo de las regulaciones automáticas del patrón de oro. Si había algún desajuste, la deflación del oro en el país se encargaba de corregirlo. Al disminuir el oro como consecuencia de unas importaciones que excedieron a las exportaciones, la caída de la demanda efectiva obraba como elemento de igualación con saldos de desempleo o interrupción del crecimiento. La balanza de pagos del petróleo será siempre distinta. Su cuenta de mercancías arroja signo favorable en proporciones insólitas. Ya para 1930, las exportaciones venezolanas exceden en más de cien millones a las importaciones. La diferencia entre ambas cifras se explica por la significación que empiezan a asumir los beneficios petroleros. La cuenta de servicios se torna, en virtud de esa circunstancia, abrumadoramente adversa al país. Y la cuenta de capitales, subalterna en los tiempos del café y el cacao, entra a adoptar el papel de regulador de última instancia en el proceso de nuestro desarrollo. Son los capitales que

invierten anualmente las petroleras el factor dinámico del crecimiento y aun del gasto nacional.

Es interesante, a guisa de aportación en este balance del gomecismo, analizar más de cerca la vinculación entre el comercio exterior y el papel de los capitales extranjeros en el proceso de la economía nacional. El petróleo imparte a la economía de Venezuela un carácter importador que jamás asumió en los tiempos del café. Como consecuencia de la alta productividad del petróleo nuestra moneda adquiere, cuando la industria se consolida en los años de 1930, una dureza excepcional. Con ello se le entrega a las mercancías extranjeras una auténtica prima. Nos convertimos en compradores de trabajo extranjero, convertido en artículos. Como los beneficios de la compañía siempre han sido altísimos —alrededor del 40 % de sus capitales— ha mediado tradicionalmente una enorme diferencia entre el valor de las exportaciones y el de las importaciones. A pesar de la vocación importadora creada por el dólar barato, la capacidad productiva de la industria petrolera es tan formidable que sus pozos han enviado al mercado exterior contingentes superiores, en valor, a los que ha podido reintegrar nuestra economía mediante las importaciones. Para franquear el obstáculo que interponen los dividendos de las compañías, elevando las importaciones más allá de ese límite objetivo, el país ha utilizado los capitales extranjeros. El flujo de

las inversiones ha permitido financiar, en parte, el gasto corriente en el extranjero. Así, hemos cambiado riqueza nuestra, que esos capitales explotan irreparablemente, por chucherías europeas o norteamericanas. Venezuela lleva cincuenta años transformando su subsuelo en automóviles, refrigeradores y radios. Porque financiamos nuestras importaciones con la cuenta de capital de la balanza de pagos, la economía nacional se ha tornado en algo movedizo y frágil y su futuro se ha recargado con las tintas de lo trágico. Esa monstruosa deformación comenzó en los años de Juan Vicente Gómez y aún persiste en nuestra vida.

A Juan Vicente Gómez lo presenta cierta literatura nostálgica como campeón de la agricultura, bajo cuyo imperio la tierra venezolana germinó tanto como las campiñas de la leyenda cristiana cuando las miraba San Isidro Labrador. Gobernante paternal, campesino indomable, corazón capaz de enternecerse ante el ruido de la leche cayendo sobre el cántaro en mañanita de ordeño. Así se ha descrito a Gómez. Nadie como él en generosidad y preocupación por la agricultura. Formador de haciendas, modernizador de cultivos, protector de las artes agrícolas el general Gómez era una Ceres con pantalones que llevaba en la mano la simbólica espiga para invitar a los venezolanos a una cruzada por la tierra. Pero es precisamente durante el gobierno de este agricultor cuando decae más la Venezuela rural.

Los veintisiete años de Gómez constituyen el sudario a la agricultura patria. Ni las guerras civiles con sus generales rapaces consiguieron tanto éxito, en el camino de la ruina agrícola, como este caudillo que se crio entre cafetales y vacas. Hacer el balance de la agricultura en esos años es casi escribir un epitafio.

Empecemos este viacrucis por el café entre cuyos rumores creció la infancia de Juan Vicente Gómez. Cuando el futuro Benemérito asume el poder, Venezuela es el segundo productor mundial del grano. Su capacidad de producción se sitúa por encima del millón de sacos anuales. En 1923, sin haber aparecido el petróleo, el país apenas cosecha 800.000 sacos. Ya Colombia lo ha relegado al rango de tercer productor mundial. Los precios son bastante remuneradores. Los empuja hacia arriba aquella recuperación que sigue a la crisis de postguerra. Sin embargo, la producción marca inequívoca tendencia descendente. La sucesión de los años traerá realidades aún más amargas. En 1929 —que apareja la culminación del *boom* de postguerra— apenas salen de las haciendas del país 700.000 sacos. La posición de Venezuela en los rangos internacionales del café se hace crítica. Debemos ceder el tercer lugar en el ranking mundial de productores. El descenso sigue imperturbable. Los años de la crisis universal no harán sino precipitarlo. Cada año rinden menos los cafetales de Venezuela. La suma global de las exportaciones se achica

sin remedio. Cuando fallece el tirano, solo cosechamos medio millón de sacos. Y ya ocupamos el quinto lugar entre los productores del grano. Juan Vicente Gómez encuentra una industria cafetera aún próspera y la entrega, al inmovilizarse en el lecho de muerte, herida ya de descomposición. Rapacidad, egoísmo, ceguera e incapacidad, todo mezclado en esa caldera trágica que fue el gomecismo, explican este descenso cafetero, soportado, tolerado, y casi aplaudido por el Benemérito. Se necesitaba ser Juan Vicente Gómez, es decir, un bicho inerte e impenetrable, para ver cómo a través de los años que van de 1914 a 1923 decae la industria cafetera sin tomar ninguna providencia, esbozar ningún remedio ni establecer ninguna reforma que pudiera devolverle su vitalidad. Ni siquiera porque entonces el café constituía la médula de nuestra economía movió sus brazos el general Gómez para inyectarle al café las energías que va perdiendo ostensiblemente. Más tarde, con la irrupción petrolera, el señor presidente perderá hasta el interés en ese sector de nuestra actividad agrícola pues el chorro prodigioso de los yacimientos lo adornecerá en cánticos de prosperidad.

La retrogradación del café en Venezuela es tan intensa que parece un desmoronamiento. Los niveles de eficiencia de la industria lo revelan con nítida elocuencia. En 1914 las plantaciones venezolanas rendían una producción de cuatrocientos kilogramos por

hectárea. Era una de las más altas del mundo. Solo en años posteriores, al trasladarse al café la revolución técnica de los abonos, del manejo eficiente de suelos y del cruce de distintas variedades en busca de especies de elevados rendimientos, las plantaciones han llegado a promedios de seiscientos y setecientos kilogramos. En aquella época subsistía aún en casi todo el mundo el tipo colonial de la caficultura extensiva que encontraba en suelos de reciente incorporación al laboreo agrícola un apoyo formidable. Venezuela, con sus tierras de vertientes cuya virginidad apenas había concluido a fines del siglo XIX, era un excepcional baluarte de esa clase de producción. Y pudo mantenerse a la vanguardia del planeta. Pero con la Primera Guerra Mundial cambia drásticamente el panorama cafetero. Sobreviene la superproducción y con ella se impone la reducción de los costos. Aparecen los grandes adelantos que impulsados por los centros de experimentación —Sao Paulo, en el Brasil y Chinchiná, en Colombia— hacen del café un cultivo científico. El gomecismo ignora crasamente esa transformación. Ni en los tiempos anteriores al petróleo, hasta 1923, ni en los que siguen, el gobierno siente la menor preocupación por instaurar o propiciar semejantes experiencias. Cuando concluya el régimen de Gómez, las plantaciones del país apenas rendirán una producción de 250 kilogramos por hectárea. El envejecimiento de las plantaciones, el cansancio de

los suelos y las prácticas rutinarias de limpia y poda han colocado a Venezuela en el último lugar desde el punto de vista de la eficiencia. Ni Haití de pobreza proverbial tiene una cafcultura menos eficiente que la nuestra. Y todo ello ocurre a ciencia y conciencia de un gobierno dirigido por quien recibía de sus panegiristas el título de héroe del trabajo. Del primero al último lugar en menos de treinta años. En ese escuetísimo hecho está la síntesis del desastre, tolerado por un Gómez impenetrable y vandálico.

La producción cacaotera sigue más o menos la misma tendencia del café. Cuando asume el poder Juan Vicente Gómez, las cosechas de cacao se encuentran en niveles parecidos a las del período conservador del 1830. El siglo XIX fue de estancamiento de aquella riqueza, azotada de guerras, de latifundio y de plagas. Es una proeza que el cacao no haya desaparecido, ante tan calamitosas dificultades, de la escena nacional. A lo largo de los decenios las plantaciones hacen el milagro de conservarse. Gómez inicia su gestión con una producción que no dista mucho de los mejores años de comienzos del siglo XIX cuando el cacao conoce su esplendor. Pero los veintisiete años de gomecismo serán más ruinosos que todo el tropel de guerras y disturbios. En las postrimerías de 1935, la cosecha venezolana de cacao es notoriamente inferior a su antecesora de 1908. Sobre este rubro de nuestra agricultura cayeron, en

drástica combinación, varias calamidades casi irreparables. El cacao proviene, en buena parte, de las regiones húmedas de Barlovento. Cercanas a Caracas, esas regiones han sido vastos reservorios de mano de obra para la absorbente capital de Venezuela. El ejército de trabajadores que necesitaba Caracas en su industria o en sus construcciones urbanas siempre se formó en aquellas aldeas barloventeñas de pródigos brazos. El fenómeno de la migración comenzó en los años finales de la década de 1920 y frente a él no tuvo el régimen la menor sensibilidad. Era el momento de intentar una renovación de los métodos de trabajo en las plantaciones, para mejorar su eficiencia y elevar sus remuneraciones. Pagar mayores salarios a los trabajadores subsistentes y doblar el rendimiento de los árboles constituía una lógica respuesta a los movimientos de la mano de obra, explicables y aun convenientes, hacia los centros urbanos. La inercia oficial y el sistema latifundista debilitaron la producción de cacao cuando la migración se hizo intensa. Despojados de sus mejores brazos y sin aliciente ninguno, el cacao fue languideciendo. En el año en que muere Gómez, el volumen de la cosecha se sitúa en la mitad de lo que fue un siglo antes. El proceso del fatalismo económico en el cual sumió Gómez a la agricultura tradicional, había succionado las fuentes vitales de esa rama de nuestra riqueza. Las explotaciones extensivas, sin técnica ninguna, tenían que debilitarse

si su fuerza de trabajo declinaba. Créditos oportunos y un alza de salarios auspiciada por el gobierno eran medidas de compensación que no estaban más allá de las posibilidades económicas ni del marco político del régimen. Se trataba sencillamente de aplicar a nuestro medio experiencias que el colonialismo de Londres implantó en la Costa de Oro desde la Primera Guerra Mundial. Pero el régimen de Gómez fue más renuente e incapaz que el colonialismo europeo. En los veintisiete años del gomecismo se liquida literalmente el cacao. Lo que encuentra Venezuela al morir el dictador son despojos ya secos.

El caso de la ganadería es el mejor retrato de la estulticia, rapacidad y ceguera del gomecismo. Para cualquier observador medianamente ilustrado, era obvio que Venezuela podía convertirse en gran exportador de ganado si obraba sobre sus recursos naturales para proyectarlos hacia el pastoreo. El país tenía una vieja vocación ganadera que casi nació con la bota andariega de los conquistadores. Durante la colonia fuimos proveedores calificados del mercado mundial de cueros y ese papel lo perdimos solo en el momento en que la pampa argentina comenzó a vaciar sus riquezas. Las guerras civiles, el latifundio y la molición de cien años fueron estancando la ganadería. Pero a principios del siglo XX, extintas ya las candelas de la guerra civil, se abría ante el país la perspectiva de restaurar esa riqueza.

Los tiempos auguraban éxitos para los exportadores de carne. Europa y los Estados Unidos tendían a elevar sus importaciones para alimentar una densa población urbana que en la década de 1920 obtuvo buenos salarios y numerosas oportunidades de trabajo en una economía capitalista estabilizada. Venezuela tenía la ventaja de su situación geográfica, a corta distancia de Europa y Norteamérica, para intentar el restablecimiento de sus exportaciones ganaderas. La crisis del café y del cacao —aquejados los dos de sobreproducción— era un incentivo para llevar hacia el ganado los esfuerzos productivos del país. Un estadista de mente despierta habría visto hacia 1920 esas posibilidades. Era el ganado la riqueza de relevo para compensar y superar las vicisitudes de las plantaciones de café y cacao.

Pero el gomecismo se convierte en langosta que aridece y destruye la riqueza ganadera. El Gómez de las pesas de Cúcuta se transforma, cuando se adueña del poder, en un voraz tragador de leguas sabaneras. Como en batallas perfectamente planificadas, sus regimientos de compadres y agentes asaltan la propiedad en los Llanos construyendo a venderle al Benemérito. A precios irrisorios, pues la amenaza implícita en las ofertas de Gómez aterra y paraliza, el general se apodera de valiosos hatos. En cada estado adquiere Gómez el mejor hato para asentar allí la piedra de sus excursiones ganaderas. Su rapacidad no se siente satisfecha. Como

si hubiera leído las tesis de los economistas sobre las ventajas de la concentración vertical, el Benemérito se apodera de los potreros de ceba a lo largo de las rutas que traen los novillos desde San Fernando hasta la capital. Las puntas de ganado pernoctan o se recuperan del cansancio del viaje en potreros del señor presidente. Quien rehúse pagar las tarifas de ese servicio se expone a ver morir sus mautes a orillas de los caminos, sedientos y enflaquecidos. Y cuando concluye el penoso viaje es el matadero de Gómez y sus amigos el único que puede beneficiar y ofrecer el ganado a los consumidores. Desde el ható hasta la pesa de distribución, la carne es una epopeya de Juan Vicente Gómez. Así se atrinchera y llega al esplendor el más formidable monopolio que haya visto el país. En los tiempos postreros del gomecismo, los dueños de hatos en Apure y el Guárico prefieren vender sus bichos a puerta de corral y a precios exigüos para que el general se encargue de su movilización y beneficio. La voracidad de Gómez, ofreciendo precios inverosímiles que no pueden rehusarse, absorbe para sí el grueso de la plusvalía ganadera. Y liquida un emporio que en otros tiempos pareció marcar el destino de Venezuela. Vender a como dijese el Benemérito o ver a sus mautes agonizando en los polvorientos caminos era el dilema de los ganaderos. Ese sistema de succión debilita tanto la actividad pecuaria que en 1935 Venezuela tiene menos bovinos que en la guerra de

Independencia. Los veintisiete años de Gómez son más trágicos para la ganadería que el siglo de guerras que transcurre entre 1810 y 1902. Durante la era de los conflictos armados la ganadería logró mantenerse estacionaria. Bajo Gómez se desmoronará.

La quiebra agrícola es tan ostentosa que Venezuela se perfila, desde 1926, como importadora en gran escala de artículos alimenticios para los cuales hay posibilidades de producción en nuestro medio. Las listas de aduana registran adquisiciones de huevos, queso, leche, maíz, caraotas y arroz. Hasta ocho millones de dólares llegan a costarnos esas importaciones en cierto año de la era gomecista. El fenómeno es una consecuencia de la contradicción creciente entre la demanda incrementada por el petróleo y la oferta estacionada por la rigidez agrícola. El país tiene que satisfacer sus crecientes necesidades en el exterior. El despilfarro de la renta petrolera que financia esas importaciones absurdas para un país que cuenta con tierras aptas, arranca desde los ya lejanos inicios de las explotaciones de hidrocarburos. El capital que fluye de los pozos se convierte en géneros agrícolas cuando el circuito monetario se cierra en las importaciones. De esa manera se volatiliza el excedente líquido a disposición del país que con el petróleo llega a niveles inusitados si los medimos con los raseros de la Venezuela pastoril que precedió al gomecismo. Con la irrupción del petróleo el excedente real de la economía

—es decir, aquella porción de la cual puede disponer Venezuela— se incrementa verticalmente. Surgía así la posibilidad de verter hacia el desarrollo de la economía subyacente enormes sumas que habrían encontrado pródigas oportunidades. Pero la inercia gomecista hará que ese flujo de recursos se evapore en las compras de alimentos que no puede aportar una agricultura en proceso de liquidación. Cuando muera Gómez, Venezuela tendrá todo el aspecto de una factoría colonial. Lanza su petróleo al mercado internacional y allí adquiere hasta los artículos más elementales. Es el régimen que años más tarde tendrán el Kuwait y la Arabia Saudita. Pero mediando entre Venezuela y sus imitadores árabes la significativa diferencia de poseer nuestro país tierras, población y recursos variados con los cuales es posible construir una economía equilibrada. Mientras los países árabes citados son dos desiertos de monotonías fundidas bajo el horno de un calor asfixiante, Venezuela ofrece numerosas riquezas, animadas por una larga tradición de trabajo emprendedor. El colonialismo lo inauguran aquí las petroleras bajo la bendición complaciente de Juan Vicente Gómez.

El desarrollo industrial se interrumpe bruscamente bajo el gomecismo. Cae así una tradición de espíritu empresarial conque algunos sectores de la burguesía criolla engalanaron al país a fines del siglo XIX. Aún dentro de las asfixiantes condiciones del caudillismo

postfederal, hombres como Ricardo Zuloaga, en Caracas, los Branger, en Valencia, y los Belloso, en Maracaibo, han implantado fábricas y abierto al desenvolvimiento industrial cierta perspectiva clara. En los años de Crespo se instalan algunas tejedurías que generalizan entre los campesinos el dril venezolano. Surge una incipiente industria farmacéutica. Se implantan las cervecerías y aparecen las primeras fábricas modernas de calzado. El artesanado avanza firmemente y al rayar el siglo XX tiene gérmenes que auguran su transformación en industria manufacturera. El Benemérito tiene el mérito de haber tronchado esas tendencias, paralizando la esfera industrial de nuestra economía. Durante las tres décadas de su gestión solo se establecen en Venezuela las fábricas en las cuales él tiene directa y codiciosa participación. Los mataderos, los ingenios, la fábrica de papel y la planta textil y de aceites de Maracay, pertenecientes a don Juan Vicente, constituyen los únicos indicios de desarrollo industrial en aquella época. Son los años en que comienza la industrialización de la América Latina. Colombia acuna la industria textil con menos recursos que Venezuela. Sin divisas, importando el algodón y adeudando el dinero de las instalaciones, los colombianos pueblan de tejedurías el área de Medellín entre 1920 y 1935. Entre tanto, Venezuela se adormece “bajeadá” por la “tragavenados” del gomecismo. Para Gómez es preferible

que el país importe sus productos industriales, hasta los más insignificantes, salvo en aquellos renglones en que el jefe del gobierno siente tentada su voracidad. Así despilfarramos veinte años en los cuales el panorama de nuestros hermanos de la América Latina sufre ciertas modificaciones profundas. El retraso industrial venezolano, aún evidente, se fragua en aquellos años. Si el petróleo hubiese coincidido siquiera con un buen gobierno burgués, la diversificación económica del país habría asegurado vigencias. Porque el auge del excedente líquido, bien encauzado, tenía que forzar el robustecimiento industrial. Era un fenómeno de gravedad casi automático. Elevada y diversificada la demanda interna como consecuencia del gasto del gobierno y de las compañías petroleras bastaba interponer una pared arancelaria y lanzar unos estímulos crediticios para que esas fuerzas promoviesen una cadena de iniciativas industrializadoras. No era necesario instaurar una complicada política de controles de cambio muy prolijos ni de manipulaciones monetarias y presupuestarias ayudadas por ágiles operaciones en el exterior como ocurrió con otros países de la América Latina. Dos o tres medias tajantes de protección hubiesen cumplido el papel de carburador para el chispazo del desarrollo industrial. Gómez retarda, al ahogar esas perspectivas, el auge manufacturero del país durante varias décadas. E implanta una escuela de inercia y sordera frente al

tema que el país solo corrige cuando expira la década del 1950.

El período gomecista anuncia para Venezuela el calvario de su educación. La cultura sufre un retroceso espectacular que nos reduce a la condición de país ignaro un poco cortado a imagen y semejanza del Benemérito. En 1935, el país tiene 300.000 niños aproximadamente en edad escolar. A los establecimientos educacionales apenas asisten 100.000. La diferencia entre ambas cifras es el aporte cuidadoso que el gomecismo hace al analfabetismo, cultivado y estimulado desde las esferas oficiales. Tan marcado abismo explica el auge del analfabetismo en los años del predominio gomecista. Al cerrarse la vida del Benemérito, Venezuela tiene una proporción de analfabetos que llega al 80 %. Nos colocamos así en la categoría de esos países africanos y asiáticos donde el alfabeto seguía siendo, hace veinte años, un artículo exótico. Entre tanto Colombia acoge seiscientos mil niños en sus escuelas y reduce al 50 % su proporción de analfabetos. Y eso lo hace un país más modesto en recursos monetarios. En 1900 Venezuela y Colombia estaban en iguales condiciones educacionales. En 1935 nuestra inferioridad es vergonzosa. Tres décadas han sido suficientes para que la Venezuela del petróleo que cuenta con arbitrios materiales importantísimos se devalúe en semejantes magnitudes. En el presupuesto del Estado, los gastos de educación durante

la época de Gómez se ven relegados a los últimos lugares, haciéndole compañía a los de sanidad, también insignificantes. Mientras el Benemérito llena de cuarteles a Maracay, convirtiéndola en rústica Versalles de su dominación, se cierran las escuelas primarias y los niños venezolanos tienen que vagar sin horizontes. En plena depresión universal, el Benemérito construye cuarteles en toda la República, pero no se le ocurre destinar dos o tres millones a abrir unos cientos de escuelas. La indigencia educacional, solo superada a partir de 1936. disemina la incultura.

En el plano de la educación secundaria las realidades no son menos abrumadoras. El país cuenta cuando muere Gómez con seis siete liceos y una docena de colegios federales que albergan una población estudiantil de tres o cuatro mil muchachos. Son los viejos institutos que vienen de la época postfederal con algún añadido de ocasión que las ciudades le arrancan al jefe del Estado. No hay un laboratorio ni un gabinete de experimentación y los profesores tienen que memorizar sus explicaciones de física o de química, como si el país hubiese vivido en los tiempos anteriores a Galileo o a Newton. Es una educación estrictamente medioeval, de raciocinio y deducción, que no se apoya en la rica veta de las experimentaciones. Algunos palabreros que retienen unos conocimientos teóricos para repetírselos mecánicamente a los examinadores.

Pedagogía abstracta, sin responsabilidades ni utilidad. Las universidades signen el mismo patrón. En su panorama apenas existen las viejas facultades precapitalistas. derecho, medicina, ingeniería, farmacia y odontología. Estudios que ya brillaban en la Edad Media, hechos sin experimentación ninguna, es lo que ofrece la universidad venezolana. El gomecismo abriga a Venezuela del progreso extraordinario que las universidades de todo el mundo logran a partir de 1918. Las nuevas Facultades —economía, veterinaria, química, etc.— son ignoradas en nuestro medio. Y dentro de las viejas Facultades, los descubrimientos y las nuevas técnicas pedagógicas pasan inadvertidas en ese país embrujado que es la Venezuela de Gómez, suerte de castillo de Elsinor con sombras, pero sin Hamlet. Doctores para razonar mediocrementemente es lo que surgen de aquellas universidades. Los contados profesionales que alcanzan otra dimensión son los que salen del país a empaparse de la fecunda humedad que inunda al planeta. Y cuando regresan a Venezuela tienen dos caminos. O sumirse en la mediocridad del medio. O aislarse en muda protesta de la inteligencia constreñida.

Juan Vicente Gómez castró a Venezuela. Fue su peor crimen. Aún lo pagamos en mediocridad, en improvisación y en tragedia. Fue el tirano del terror. El miedo llegó hasta los huesos de los venezolanos en aquel largo reinado. La representación del Estado cobró un

brillo siniestro. Un policía o un soldado se convirtieron en símbolo de lo torvo y lo temible. “gobierno sabe a diablo.” Así razonaban los hombres y mujeres del país. A diablo, exactamente, sabía el gobierno gomecista. Por los caminos de la leyenda fue diseminándose por el país la historia de los colgados en las cárceles. de las largas prisiones, de los grillos y de la agonía miserable. Hasta el rancho más apartado llegaba el eco de la brutalidad. Y los nervios se inhibían, sumisos ante aquella perspectiva de ferocidad homérica. El gobierno de Gómez se conduce como ocupante. Armados frente a una población que temen, los esbirros del Benemérito están siempre dispuestos a disparar y a aplastar en las cárceles. Así se incubaba el miedo colectivo. Una nación acomplejada de parálisis, herida en su alma, con unos costurones de sobresalto, es lo que sale de las manos tremendas del ensalmador muerto. El país no se atreve, durante muchos años después del fallecimiento de Gómez, a enfrentársele a los gobiernos por muchas que sean sus arbitrariedades. Será el 23 de enero de 1958 el que entierre por fin la herencia de miedo de Juan Vicente Gómez. Tiranía estéril que no deja ningún bien y nos lega en cambio un mundo de males. Veintisiete años perdidos por la Nación. Período de estancamiento y retroceso que se despilfarra en la anemia de la decadencia y en la parálisis del terror. Es la dictadura más inútil, más estúpida, más animal que haya registrado

la América Latina. Porfirio Díaz intentó siquiera industrializar a México y dorarlo en el brillo de la cultura positivista. Portales disciplinó a Chile y le dio una extraordinaria organización burocrática. Nuestro Guzmán Blanco agitaba y hasta hacía el ridículo con sus manías de grandeza. Gómez roba tierras, pone grillos, preña mujeres y guarda dinero. A eso se reduce su tiranía. Allí no hay ideal ni pretexto ni doctrina siquiera artificial. Es la dictadura de un jayán.

Los remedios heroicos solo se aplican en medicina en ocasiones excepcionales y se suspenden cuando cesan las causas que los impusieron. La historia tiene para ellos las mismas leyes. Una política draconiana que se sobrevive implica siempre la posibilidad de crear amargos trastornos. Es el precio obligado que han de pagar las sociedades. El terror que no sabe ser momentáneo, estrictamente limitado a las circunstancias que lo desencadenaron, es un légamo de maligna fertilidad. Quizás sea necesario distinguir entre dictadura y terror. Aquella puede perdurar mucho tiempo, cuando responde a fuerzas sociales que a través de ella aspiran a impartirle derroteros creadores a las sociedades. El terror, es decir, las formas extremas de la coerción, han de restringirse a períodos muy circunscritos. Aun las dictaduras más progresistas se deforman y contradicen su esencia si prolongan el terror más allá de los linderos de una dolorosa emergencia. Cuando se

infringe esa ley la sociedad cae en una parálisis de fuerzas ahuyentadas, inertes que frenan el progreso y hacen del estancamiento la norma inevitable. Si la dictadura que ejerce el terror tiene signos regresivos, la tragedia es aún más horrenda. El país que la sufre es un inmenso cementerio de quietud invencible. Es la opresión sistemática para el retroceso.

La Venezuela de 1910 exigía un régimen fuerte que contrariara las tendencias anárquicas que el caudillismo había sembrado en la vida política. Era casi inevitable una dictadura para erradicar aquellas baronías sobrevivientes que, sin el menor signo progresista, frustraban la acción de un gobierno nacional. La destrucción de esos feudos y la organización del país sobre bases más coherentes y nítidas planteaban una energía que excedía los límites de un gobierno liberal. Ningún país puede reconstruirse, después de las tormentas intestinas, sin pagar ese precio. Pero esa dictadura debía apoyarse —como pudo hacerlo Castro— en los sectores más avanzados e integradores de la Nación. Las clases medias urbanas de todo el país, el comercio que no se hallaba ligado a los intereses europeos, los artesanos y los campesinos eran entonces las clases alegradoras. Sobre ellas resultaba posible erigir un orden sólido. Frente a la reacción conservadora y al eterno afán de desquite de los caudillos, se imponía el terror. Una política de rigor excepcional, que barriera los obstáculos

hasta que la Nación absorbiese los gérmenes de dispersión y encontrara el camino para una marcha sostenida. Gómez encarnó desde el primer momento el peor tipo de dictadura que pudiera haberse concebido y fue desenvolviéndose hacia el terror con la segura lentitud de una serpiente. Liquidó, es cierto, los últimos vestigios del caudillismo, que ya había sido herido mortalmente en La Victoria, pero ahogó desde el primer momento en sangre a las gentes más ilustradas, capaces y progresivas del país. Aplastadas las supervivencias del pasado y cortado en flor el porvenir quedaron libres las cosas para que el terror elemental se prolongara como agonía por espacio de veintisiete años. En definitiva, el factor que sostiene a Gómez y le permite ejercer un terror felino, es la destrucción de ciertos viejos resabios y la anulación de las nuevas fuerzas que ya apuntaban en nuestra sociedad. Sobre ese monstruoso vacío va a montarse un invicto terror.

En el orden espiritual es donde se palpan con mejor nitidez las consecuencias de aquel terror prolongado como pocos en nuestra historia. Porque dictadura y terror se confunden en las manos de Juan Vicente Gómez. Ese terror de veintisiete años engendra en el espíritu venezolano unas características de pertinaz deformación. La literatura será una de sus manifestaciones más trágicas. La literatura criolla adquiere dos rasgos bajo el imperio de este sultán casi analfabeto.

Es, ante todo, una literatura de panegíricos. Los mejores sociólogos de la época —que eran también floridos escritores— fabrican para Gómez el techo árabe de teorías que justifican su dictadura. En otros tiempos, también signados por la autocracia, se ejercía el mando en nombre del Partido Liberal o de un nacionalismo contradictorio como fue el caso de Cipriano Castro. Los exégetas del régimen subían hasta Juan Jacobo Rousseau para encontrar el cimiento en que pudiera descansar el despotismo. Con Juan Vicente Gómez, el poder se resume en el Benemérito, suerte de intérprete, tótem y ángel de la guardia de un país huérfano. Y ese Benemérito tiene virtudes inmanentes, casi panteístas. Es el producto de la historia, la culminación de una vieja vocación nacional que aguardó siglos para realizarse. Gómez estaba, para los sociólogos que lo adornaron, en el fondo de las cosas, fluyendo en las aguas del Orinoco desde la remota noche de los caciques vencidos bajo el temblor de las estrellas. La sangre aborígen y las aguas leonadas, que se mezclaron bajo el mandoble del español, pusieron a correr un torrente de tragedia y rebeldía que habría de engendrar, en lecho tortuoso, a esta criatura que vino a pacificar a Venezuela con la energía de sus sangres atesoradas. Toda la creación intelectual del país durante los años del gomecismo tiene un sello apologético. Se escribe, se piensa, se falsifica y se enreda para levantarle el pedestal al tirano. Los sociólogos

y literatos que permanecen en el país son las Vestales de un culto genuflexo. Hasta los cínicos cuyas alabanzas comenzaron siendo oficio de piratas terminaron creyendo en la infalibilidad y en la maestría de aquel prototipo de gobernante. Y desataron las potencias de su suspicacia para acorrallar y castigar a quien guardara la discreción de no plegarse al coro de los suplicantes. No elogiar a Gómez, aunque no se le atacase, era ya un pecado para aquella literatura postrada. El panegírico es la forma obligada de toda teoría científica o de todo género literario que se geste en la Venezuela-potrero de Juan Vicente Gómez.

Es una literatura estancada. Científicamente, la Venezuela oficial se adhiere al positivismo y lo perpetúa como imagen sagrada cuando ya en el mundo nadie cree en las virtudes de aquel sistema de pensamiento. Desde finales del siglo XIX, la burguesía abandonó ese catálogo de generalizaciones más o menos superficiales y vulgares que es el positivismo. Ya en los años de 1890, la Francia y la Inglaterra imperialistas habían olvidado a Augusto Comte y a Herbert Spencer con la misma rapidez de quien se desprende de un objeto pasado de moda. Vallenilla y Arcaya toman a una Europa desueta y con ella se lanzan a labrarle a Gómez la piedra filosofal que transforme su régimen de terror en necesidad patria. En nombre de teorías que conocieron su momento estelar hacia 1850, dos

intelectuales venezolanos de voluntad palaciega imponen una dictadura espiritual a sus compatriotas. El positivismo, prolongado como dogma, pudo subsistir en aquellos países latinoamericanos que lo favorecieron con la protección del despotismo. No es por azar que esa teoría conoció su más espectacular vigencia en el Perú del civilismo siempre ansioso de espadas, en el Brasil de los mayordomos convertidos en presidente por los “fazendeiros” más crueles y en la Venezuela del general Juan Vicente Gómez. Solo disfrutando del monopolio sangriento, donde no hubiese posibilidad de debate, podía mantenerse un sistema ideológico tan deleznable. Puesto que a Arcaya y a Vallenilla les amparaba la impunidad de quien acapara la escena, fue factible que ellos pontificaran durante tanto tiempo. Sus digestos de medias verdades, de observaciones empíricas y de mezcolanzas caprichosas impresionaron a una Venezuela que por encerrada y aterrorizada había perdido su cultura y su capacidad de juzgar. Veintisiete años hablando de la “constitución real”, de la necesidad de disciplinar al mestizaje, del cesarismo democrático y de otras simplezas impresionantes, ataron a la literatura venezolana a ese botalón junto al cual se acurrucó Juan Vicente Gómez.

Si a ese terror elemental no le interesaba ensanchar los horizontes del pensamiento —abriendo Facultades de economía, agronomía o veterinaria o creando

escuelas técnicas— tampoco militaba en su campo la renovación intelectual que profundiza los viejos caminos. En los veintisiete años de Gómez no surge ningún movimiento creador en nuestras letras. La poesía se mantiene anclada en los arrecifes del modernismo rubendariano. Una poesía de cisnes, de príncipes exóticos y de piedras preciosas que brillan en el fondo de los manantiales encantados lanza sus fulgores desde las páginas de los periódicos. Allí alterna con los madrigales para las hijas del jefe o los acrósticos en homenaje a los prohombres de la Rehabilitación. Se necesita que Juan Vicente Gómez expulse del país a algunos poetas o los lance a las cavernas humedecidas del castillo de Puerto Cabello para que los aires de la renovación poética penetren en la Venezuela acordonada. Para salpicar de barro justiciero a aquella poesía de encargo que escriben los aedas oficiales, las cárceles y el exilio vomitan versos punitivos y de pesadilla en que el surrealismo parece como esos objetos vistos a través de las aguas. Surrealismo contorsionado, que se deforma bajo las aguas de la opresión, de una Venezuela cautiva que no renuncia a sus manifiestos, aunque los ponga en verso. La dictadura poética, forma agresiva del estancamiento, conduce a la explosión de las nuevas escuelas cuando desaparece Juan Vicente Gómez y la aduana literaria se desploma. El afán surrealista que cubre las letras venezolanas en 1936 es el desquite de la inteligencia

contra veintisiete años de prohibición táctica. Nuestra poesía tiene que expandirse a saltos porque durante tres decenios ha de portarse como escolar cuyos deberes se trazan en la imperiosa cartilla.

La novela venezolana se desenvuelve en la protesta. Es una novela del destierro que se escribe a distancia con el dolor de la patria metido en el corazón. Páginas punitivas, para sancochar en fuego devorador a los personajes del sainete criollo, como las que escribe Rufino Blanco Fombona. Páginas ácidas, de intención mordaz, que se le escapan a José Rafael Pocaterra. Y páginas densas, palpitación de Venezuela y de su angustia, que le florecen a Rómulo Gallegos sobre el corazón aridecido de nostalgia. La novela marcha hacia un realismo vivido a través de ese calvario de exilios y persecuciones. Realismo de la sátira que aprisiona a los títeres de la tragedia nacional para levantarlos sobre un altar de burla. O realismo crudo para el pueblo que es testigo mudo y la víctima propiciatoria de las deformaciones venezolanas. Es una nueva antigomecista que sirve de teoría para orientarse en los hechos sociales o de panfletos en la lucha contra el dictador. Porque la novela oficial —prosternada como la poesía— vive en una especie de botica de caprichos. Es una novela artificiosa, de personajes evadidos que miran a la Venezuela mulata con cierto refinamiento agresivo de seres que tuvieron la desgracia de nacer en un pobre país. Literatura

para que las gentes abominen a Venezuela y sueñen con marcharse o vivir al margen de la sociedad. Una novela muy útil para los propósitos de aplastamiento social que persigue el gomecismo. Entre más intensa sea la evasión de los inquietos mejor pavimentados quedarán los caminos para la marcha de la dictadura. El criollísimo pugnaz es la contrapartida de ese borceguí novelístico que pretende detenernos en una escuela de cadentistas. De no mediar la reacción vigorosa de Pocaterra y Gallegos, la novela venezolana habría sido lo más mediocre y conformista en la América Latina de esos veintisiete años a lo largo de los cuales se extiende sobre nuestro país la piel de serpiente del gomecismo.

Cuando desaparece Juan Vicente Gómez los venezolanos se llevan las manos a los ojos para cerciorarse de que no sueñan. Parece que hubiesen nacido en ese momento. Son duendes que regresan de un viaje etéreo por regiones donde las cosas pierden sus dimensiones. Son ámbulos que despiertan, exiliados en el tiempo que encuentran a su perdido país y quieren tomarlo. Todos tienen la sensación de que el tiempo se ha detenido. Viven en 1935 —ha ocurrido la Revolución Rusa, gobierna Hitler en Alemania, los Estados Unidos desfallecen bajo una crisis terrible y el mundo se asoma a abismos insondables— pero en Venezuela no ha repercutido ninguno de esos acontecimientos. Casi se diría que el país es el mismo de 1910 y sus habitantes,

lanzados al limbo de la inmovilidad, lo encuentran absurdo. Gómez detuvo los relojes venezolanos. Fue el más siniestro milagro que se haya hecho contra la historia en América Latina. Si exceptuamos al hipocondríaco doctor Francia con su Paraguay tapiado por el celo conventual del dictador no hay otro país donde un hombre consiga atajar por tanto tiempo el desenvolvimiento de los procesos históricos. Los venezolanos que viven el momento de la muerte de Gómez se sienten un poco sobrevivientes de algo anacrónico, de cosas que no son del presente porque se quedaron estacionadas como noria tenebrosa. Pero una vez más las apariencias engañan. Bajo la superficie de los objetos y de los seres aparentemente inmóviles bullen las fuerzas de la vida, siempre expansivas. Aquella Venezuela que parece la misma de Guzmán o de Castro —solo faltan las calesas y los uniformes multicolores— tiene clases sociales que han crecido, silenciosas, bajo el sudario de la paz gomecista. Pasado el desconcierto del instante inicial, esas clases se lanzarán a la pelea. Y la rueda de la historia, clavada por las manos de Gómez, tornará a girar con violencia. Atrás queda la tumba del tirano —el aparatoso mausoleo morisco donde sus familiares depositan los despojos del hombre— y hacia adelante avanza una Nación que retomó el camino.

Epílogo

EL 18 DE OCTUBRE

El 21 de diciembre de 1935, cuando Maracaibo y San Cristóbal escuchan los primeros disparos sobre sus multitudes, Eleazar López Contreras es un delfín acechado. Una pregunta debió taladrar su mente. ¿Aceptaría el país aquel cambio casi monárquico de jefe a heredero hecho sobre la cama en donde se ha extinguido la pesada vida de Juan Vicente Gómez? López Contreras es un afanoso lector de textos de historia. Entre los generales del gomecismo es quizás el único en quién despuntó una cultura esmerada. Sabe el ministro de Guerra, ahora presidente, que Venezuela es un país de vientre espasmódico. Como el Caribe, nuestro país desencadena sus tormentas en medio de esas calmas de índigo que no parecen presagiar nada peligroso. Y como el Caribe, sus vientos mecen las cosas hasta aventarlas en la danza de las furias elementales. La Venezuela de esos días postreros de 1935 bien podía vomitar su indigestión

de veintisiete años. El pueblo que admitió la terrible lápida del gomecismo estaba allí, en las plazas públicas, encrespado de despertar. Era otra historia la que entraba a adueñarse del país. López Contreras tiene la intuición de que ha empezado a actuar un nuevo factor en la política venezolana. Y no sabe cuál es el rumbo que tomarán las fuerzas gigantescas ocultas tras de él. Son las masas, las olvidadas de treinta y tantos años en que la política es cuestión de generales o de doctores, que ahora vienen rugiendo en huracanes de plaza pública. El presidente que acaba de juramentarse sobre el cadáver aún tibio de su jefe desaparecido recuerda sus lecturas de la Revolución Francesa. Los girondinos y sus primeras jornadas parlamentarias, los jacobinos, la Comuna de París, el terror. No se sabe adónde llevan esas masas cuando sueltan sus ímpetus. Los síntomas de diciembre pudieran transformarse en crisis. Hay en la dinámica de las masas renacientes una tendencia expansiva que pronto encuentra estrechos los moldes del nuevo orden. La política se plantea entonces en el terreno de los desafíos. O se quebranta a martillazos represivos el ascenso de las multitudes. O el orden se pulveriza en la disolución de la derrota. En ese dilema podía estrangularse la Venezuela de 1935 y el señor presidente lo sospecha.

En la sociedad venezolana obran en esos días factores de transformación que la muerte de Gómez libera

poderosamente y entran a descomponer, como ácido, la corteza del orden. El primero de ellos es el cambio cualitativo que se ha operado en las masas populares bajo el silencio gomecista. La aparición de dos industrias, el petróleo y las construcciones urbanas ha transformado en proletarios a campesinos que hubieran continuado en sus conucos desflecando esperanzas. Ya en los campamentos del Zulia se aglutinan más de diez mil hombres tras las tablas desvencijadas de sus barrios salpicados de mene. De las casas a las plazoletas y de allí hasta los reductos de la represión —donde se esconden policías y “guachimanes” — hay un itinerario que las masas recorren con sobresaltada unanimidad. El petróleo es poderoso pero vulnerable. Una mano puede paralizar la complicada estructura que tiene su sistema nervioso en las estaciones distribuidoras de la energía eléctrica. La huelga es otra posibilidad que cabrillea, como “mechurrio”, en el firmamento del petróleo. Son masas disciplinadas por el horario, por la técnica y por la concentración las que ahora se mueven en aquel escenario de cocales y torres metálicas. Si la inquietud de los trabajadores petroleros cobra acentos de indignación la economía nacional quedaría yerta. El destino del país está en cierto modo en las manos de esos diez mil venezolanos que llevan casco protector y lucen músculos recios como tronco de guayaacán. Detener la economía habría sido imposible en los

tiempos de la agricultura, dispersa y primitiva en un ancho territorio. Ahora es empresa relativamente fácil para multitudes que pudieran encabritarse contra aquel orden de sepultura. López Contreras presiente que en los obreros del petróleo va a tener adversarios tenaces, lúcidos y siempre peligrosos. Con ellos, las masas dejan de ser un agregado amorfo para convertirse en pelotón coherente que sabe combatir o podría crear situaciones conflictivas. Ya en diciembre de 1935, los “mechurrios” han devorado, como si fuesen grandes asadores, el cuerpo de los “guachimanes” más odiosos. Escena bárbara, ciertamente, pero de explicable aparición. Es el primer choque concreto entre la masa naciente y el orden que la humilló.

En Caracas ha hecho acto de presencia, sobre el dinero del petróleo, una industria de la construcción que trabaja en gran escala y utiliza máquinas desconocidas en los tiempos de la Venezuela pastoril. Las urbanizaciones empiezan a planearse en proporciones de gran ciudad, con ansias de engullirle al valle sus alfombras de verdor, para transformarlas en avenidas. Centenares y millares de hombres se juntan en la empresa de nivelar y construir. La Florida, el Conde, Los Rosales dejan de ser nombres de la Caracas de acuarela, con quebradas y pastos, para adquirir resonancias de barriada. Están construyendo esas urbanizaciones millares de campesinos ahora domiciliados en los huecos

de las quebradas o bajo el arco de los puentes. Es un proletariado explosivo que tiene la vena levantisca de los campesinos del machete y la inquietud social del obrero. Esos dos elementos, mezclados por la química de los procesos sociales, imparten al obrero caraqueño de la construcción en 1936 el carácter de vanguardia del proletariado. Y al lado del jornalero que tiene colocación en las construcciones, se hacían también los desempleados que la crisis de 1929 no ha permitido absorber. Ya Caracas tiene sus lunares de rancherías, atalayando el valle desde sus cerros. Aquellas laderas poéticas que algunos románticos aún cantaban a fines del siglo XIX, exhiben el costurón de callejuelas y la viruela de sus ranchos. Muchos de sus hombres no han encontrado trabajo y la vista les danza en incitaciones el día en que desaparecido Gómez se escuchan los primeros gritos. Trabajo fue una de las consignas que junto con la de los derechos democráticos cabalgó sobre el valle de Caracas en los postreros días de 1935. La voceaban centenares de gargantas agobiadas de desempleo. La Venezuela del petróleo ponía ya en aquellos años lo que sería su pincelada más trágica, el desempleo en masa. Y de esos desempleados brotaría el fuego más vivo de la lucha. Albañiles, desempleados, textiles. Allí se ubicaban los mejores destacamentos de un proletariado que ya contribuye con una conciencia clara y distinta al auge de la lucha social en la madrugada de 1936.

La negación del orden gomecista tiene en los petroleros del Zulia y en los constructores, desempleados y textiles de Caracas su más activo agente. Es el principal factor de transformación que actúa en aquella sociedad recién liberada de su catalepsia. Esos obreros tienen ventajas para el combate político que al estratega que hay en López Contreras no pueden escapárseles. En pocas horas se movilizan hacia las calles y plazas. Sus nexos de producción, bajo el maquinismo capitalista, les imparte una agilidad perentoria. Parecen un ejército de buida disciplina. Esa característica permite la manifestación inesperada, la huelga fulminante, la resistencia terca. El proletariado transforma, desde 1936, el panorama de los partidos en Venezuela. Su presencia logra disipar, desde que la voz de los barrios se escucha en las asambleas, el amorfo radicalismo de las clases medias. Los métodos de movilización pronta y de conciencia aguerrida que el proletariado desenvuelve en sus luchas penetran en las organizaciones políticas y allí sostienen su duelo con las formas anárquicas y dispersas que son propias de la pequeña burguesía. Hay una naciente metodología proletaria que pide organización, programación y seriedad en las acciones y cuya lucha con el tumulto de las clases medias constituirá un vivo duelo a lo largo del año 36. No tardará mucho en imponerse la coherencia y la claridad del proletariado y de allí vendrá ese rasgo

de los partidos venezolanos que aún bajo sus ideologías liberales o simplemente progresistas se asemejarán mucho a las organizaciones monoclasistas de Europa. La clase obrera, temprana adversaria del orden gomecista reencarnado en López Contreras, será también la gran fuerza de disciplina en los partidos heterogéneos que surgen desde la desaparición del tirano. Si ella es la más compacta y despierta de las clases populares su influencia se marcará inevitablemente, aunque las direcciones de los partidos sean pequñoburguesas.

El ascenso de masas de 1936, iniciado frente al catafalco de Gómez, tuvo una unanimidad sorprendente. Desde Caracas hasta los más remotos villorrios, una serie de ondas concéntricas va recorriendo el país. Venezuela vuelve a aquellas jornadas de 1810 en que toda la Nación, excitada por las cuerdas de una sensibilidad muy herida, comparece al escenario de sus responsabilidades. Las manifestaciones cunden bajo el sol de los trópicos. El orador improvisado que dice cosas abstractas o se descuelga por el gajo de los latiguillos se convierte en el personaje del momento con efecto taumatúrgico sobre unas multitudes aún ingenuas. Se abren los clubs políticos y aparecen los gremios. Masas adormecidas o asustadas ayer se vuelcan hacia esos locales a discutir todos los temas y a proponer todas las iniciativas. Se vive un cuadro muy parecido al de la Revolución Francesa en el que no dejan de escindirse

las gentes en girondinos y jacobinos. Todas las noches, con los primeros destellos que lanzan los bombillos del alumbrado, se explayan las puertas del club y allí entran abigarradas muchedumbres a polemizar o a trabajar. No hay pueblo de Venezuela que, bajo el mote de Comité, Asociación, Liga o Junta, según los gustos y el grado de cultura política, no luzca esas organizaciones de pueblo entero donde se hacinan las masas en una hora de ilusiones colectivas. De esos locales, enfervorizados por las noches bajo el manantial caliente de los discursos, salen las manifestaciones, los actos de protesta, las solicitudes, la presión sobre los organismos de nuevo gobierno. El pueblo conquista su derecho a organizarse casi por acto de espontánea soberanía. Y gana las calles por decisión, casi gubernativa, de esos Comités que concentran en sus manos el prestigio y el ascendiente sobre las masas. Los Comités deciden sobre sanciones a los agentes del gomecismo, sobre reformas en el ámbito local, sobre el apoyo a las grandes iniciativas que se toman en Caracas y empiezan a capacitar a sus gentes encendiendo su linterna de discusiones y conferencias. La gente es heterogénea pero el entusiasmo desborda poderosamente y la hora exige congregarse y enfervorizar por encima de todo.

Tras el biombo de esos Comités que aparecen en todos los pueblos y ciudades de Venezuela se oculta, como símbolo del ascenso de masas, una dualidad

de poder. Gobiernan dos entidades que obedecen a distintos intereses y persiguen, aún sin saberlo antagonicos fines. El Comité es la entraña de un poder popular, muy calcado en las tradiciones españolas de 1808, que recoge la voz del común y trata de filtrarla en las arenas de una naciente disciplina. Allí se decide sobre cuestiones que afectan el orden de las poblaciones y ciudades. La sanción colectiva a los personajes del gomecismo, autorizada por los Comités es como una sentencia que el Derecho consuetudinario del pueblo formula para resarcir la larga humillación. Sobre el viejo reducto de los Concejos Municipales penetra la voz del Cabildo Abierto en lengua de multitudes que piden ejidos, trabajo y otras reivindicaciones primarias. Más de un concejal gomecista hubo de firmar, bajo apremio de gritos, ordenanzas que afectaban los privilegios de sus conmlitones. En las formas de un poder popular incipiente siempre está presente la exigencia de la defensa. Cuando las masas se compactan y aún bajo el imperio de organizaciones elásticas empiezan a movilizarse con fines de reivindicación, el zarpazo del enemigo preocupa y sobresalta. Es necesario oponer a ese riesgo el dique de la previsión. Aparece entonces la milicia o la guardia cívica que es el instrumento predilecto de esas reacciones unánimes de pueblo. En la Venezuela de 1936, desde la capital hasta los municipios más recónditos, se ensayó la promoción de guardias

cívicas para conservar las conquistas logradas en los primeros choques con el orden gomecista. Hombres armados de escopetas o de revólveres, con sus brazaletes característicos, recorrían las calles en actitud equívoca pues no se sabía si eran colaboradores o enemigos de las policías oficiales previamente depuradas. En esas guardias estaba un núcleo de poder popular.

Pero el jefe civil, agente del gobierno regional, sigue detentando una suma de poder que no sabría calibrarse exactamente. Contemporizador o agresivo, ese funcionario asumirá en 1936 una postura contradictoria. A veces actúa como brazo ejecutivo de los Comités cívicos y les presta el concurso de su diligencia oficiosa. Pero a ratos ensaya la represión y marca nítidamente la diferencia de intereses que lo enfrentan a la voz de los Comités. Transige en momentos de elevación unánime de las masas que solo podría atajarse al precio de mucha sangre. Más tarde reprime si las circunstancias le permiten dividir al pueblo, encontrando en algunas de sus esferas el apoyo que necesita. Se torna bondadoso y comprensivo cuando la ofensiva popular arrecia. Recupera su terreno si sospecha que en la población se distienden las cuerdas de la vigilancia. Pero jamás entrega los atributos ni la fuerza de su poder. No corta tampoco sus vínculos con determinados núcleos que, aun militando en el movimiento cívico que surge a la muerte del tirano, manifiestan su medrosidad conservadora

o su propósito de desquite contra los exaltados. Entre los Comités, símbolo indiferenciado del despertar popular en 1936, y los jefes civiles se trenza un drama serpenteante de marchas y contramarchas, de engaños y entendimientos, de reconciliaciones y rupturas. Es la ley fatal de las dualidades de poder que vendrán a transformarse en cosa uniforme y clara cuando uno de los adversarios logre una victoria perdurable.

El ascenso de masas de 1936, fue quizás uno de los más completos que haya registrado Venezuela. No solo se extendió sobre toda la geografía nacional —electrizándola dramáticamente— sino que ganó a todas las capas de la población. Desde los artesanos de informe conciencia hasta la pequeña burguesía local, imbuida a veces en el mensaje de los jacobinos franceses, cada colectividad vibró integralmente en una especie de mecánica del despertar político. La Nación vivió una de esas horas en que su conciencia se sublima, galvanizada contra la inercia por el romanticismo y el radicalismo desigualmente mezclados. Los venezolanos se sentían nuevos, como si pudieran alcanzar en esa hora un destino que estuvieron guardando en la vigilia trágica del gomecismo. Afloraba esa ley de toda dinámica social que conduce a la efervescencia cuando cesa la pasividad. Se habían soltado las amarras y un afán de velocidad recorría al país. Entre los factores que trabajaron contra el orden gomecista ninguno

más explosivo que este cuya presencia en 1936 animó y modificó profundamente el panorama nacional, aunque no haya logrado producir cambios seguros.

Frente a esa insurgencia de multitudes, el aparato represivo del gomecismo se siente perturbado y desconcertado. Las manifestaciones de Caracas —animales por el proletariado— ponen en las calles a decenas de miles de personas, encabritadas por una mística inaudita. Avanzan como río por las estrechas calles de la entonces un poco provinciana capital de Venezuela. Adelante flamea el tricolor de la Patria y atrás la selva de los gritos, ensordecedores y categóricos, como parto gutural de una multitud recién desempolvada. Nunca los hombres del gomecismo —que continúan integrando los cuerpos represivos— han visto tanta gente. Ni se han enfrentado a una tan definitiva voluntad de pelear. Ya el 14 de febrero, el plomo que se suelta desde los balcones de la gobernación de Caracas encuentra hombres que caen desafiantes de consignas, cambiando por la muerte la fuga cobarde ante el enemigo. Los fusiles del orden gomecista tienen que teñir de rojo sus bocas. Y sus hombres miran en las paredes, escritas por unas manos temblorosas de muerte, las letras en las cuales la sangre de los que ya son mártires pide el castigo para el crimen. Es Caracas entera la que pone esas letras y las repite, en voces de desafío a lo largo de sus calles. “La Sagrada”, el batallón represivo del gomecismo

y los cuerpos policiales estaban acostumbrados a “rodar” borrachos o a arrestar a media noche a aisladas personalidades que el gobernador Velazco ha escogido para el holocausto cívico que ha de pagarle la ciudad. Pero este cuadro de miles y miles de resueltas gentes que prefieren poner florones de sangre en su pecho a retroceder frente a la amenaza es totalmente nuevo para ellos. Por primera vez en tantos años, “La Sagrada” no se siente segura de sí misma. Aquella gente invicta sobre la cobardía, podría levantarse y con su puño de martillo, multiforme, aplastar el cráneo de estos hombres que el gomecismo ha enrolado en un cuerpo de barbarie elitesca. El miedo de las fuerzas represivas es un factor que conspira contra el orden porque lleva la gota de la descomposición a la espina dorsal, endurecida hasta lo pétreo, del gomecismo sobreviviente. Hay un estupor visible en los “chácharos” que pierden su expeditiva capacidad para moverse cuando las primeras jornadas —y la del 14 febrero señaladamente— evidencia la fuerza de las multitudes. López Contreras se muestra conciliador y permeable en esos momentos. Sabe que los cimientos represivos de su gobierno están infiltrados por la duda. Para detener a esas multitudes que le reclaman, habría que someterlas a la parálisis del baño de sangre. “La Sagrada” tiene demasiado temor para que se le encomiende una tarea de semejantes proporciones. Negociar es la actitud que asume el zamorro

general. El orden gomecista recula cuando en Miraflores el poder de la calle —que lleva profesores y estudiantes en su vanguardia— y el poder de las bayonetas discuten al arrimo del vocerío, que se estrella contra las paredes. En ese instante las bayonetas no tienen mano segura y optan por entenderse astutamente con aquellos viejitos de la universidad o con aquellos líderes recién repatriados que no saben el poder que tienen tras de sí e ingenuamente le aceptan a López Contreras sus condiciones. El parpadeo de los cuerpos represivos fue un minuto culminante en la historia venezolana en que los estudiantes de 1928, ahora elevados a la categoría del caudillaje popular, fracasan como estrategias de la Política. Los vence un viejo general que demuestra más talento, penetración y habilidad que ellos. Así el orden gomecista queda amnistiado.

El ejército de Gómez sufre, tras el impacto que ello produce en sus filas un proceso de rápida diferenciación. Ya Juan Vicente intuía que los oficiales de escuela constituían un sector escasamente sumiso al cual había de mantener alejado de las responsabilidades supremas. Bajo el manto de la paz gomecista aquellos oficiales egresados de las academias militares aceptaron su relegación o ensayaron conspiraciones que conocieron el fracaso y el tormento. Pero era evidente que la separación de la oficialidad en dos esferas —los de escuela y los viejos chopos de piedra— constituía la realidad

más acusada de aquel ejército. Cuando surge el país a expresar sus aspiraciones, la diferenciación se patentiza más allá de los convencionalismos de la disciplina. Maracaibo y San Cristóbal ven, estupefactas, cómo los batallones del ejército hacen causa común con el pueblo para silenciar los reductos de los gobernantes gomecistas. Frente a esos cuerpos hay oficiales que han hecho pasantía por escuelas militares y tienen una sensibilidad más aguda que la ya embotada de quienes se formaron en el campamento o en la represión. En ese gesto de armas levantadas contra la iniquidad sangrienta se vuelca una conciencia que venía madurando penosamente. Pero el fenómeno no va a circunscribirse a esas dos ciudades. En todo el país se perfilan actitudes disímiles en los cuerpos militares. Junto con el ascenso nacional, la posición de los oficiales de escuela encuentra bases para fortalecerse e influir. Algunos de ellos asumen el mando de las unidades fundamentales y en el Ministerio de Guerra llega su hora, tras la larga oposición que han sufrido. Los peores cachorros del gomecismo, aquellos esbirros disfrazados de militares por un Juan Vicente que no se siente seguro ni de su sombra, tienen que salir al exterior. La romería de los Tarazonas —coronel por milagros de alcoba— perfora aduanas y puestos fronterizos en busca del refugio extranjero. Su ausencia deja el vacío propicio a los otros, que han esperado casi veinte años para ocupar

los puestos que su preparación les habría discernido en circunstancias menos dolorosas para Venezuela. Esa diferenciación militar, agudizada por una emergencia nacional, colocaba otro factor de transformación en la vida del país. Frente a un ejército de capas ascendentes era más difícil para el orden gomecista sobrevivirse sin modificaciones profundas. Hombres como Celestino Hernández, José Mora Contreras, Márquez Iragorry, Medina Angarita o Esteban Chalbaud Cardona aportaban una manera distinta de enfocar el proceso venezolano. Sobre sus legatarios semianalfabetos, ahora devaluados, ellos ponían una voluntad de diálogo con la Nación. Sus dudas, refrenaban el aparato represivo que hubiera caído desde el primer momento sobre multitudes que después de todo comparecían a las plazas absolutamente desarmadas.

Pero frente a los factores de transformación —encarnadas en las masas cuya dirección ejercían el proletariado y las clases medias— la Venezuela gomecista dispuso de ciertas fuerzas que a la postre estabilizarían a aquel sistema y salvarían al régimen de su disolución en las aguas de la protesta nacional. El primer factor de estabilización se simboliza en la manera pacífica, tranquila, casi automática como pasa el poder de las manos desfallecidas de muerte de Juan Vicente Gómez a las manos ansiosas y calculadoras de Eleazar López Contreras. En el silencio de una casona —entre

familiares compungidos o acechantes— el ministro de la Guerra toma el gobierno. Y el aparato gomecista le presta —con sus excepciones— el inmediato homenaje de la fidelidad. La larga tradición de obediencia funciona en las vértebras del servicio burocrático, civil, o militar. Tanto los presidentes de estado como los jefes de guarnición acatan aquella sucesión. Las ramas disidentes del gomecismo —el primazgo bárbaro de Eustoquio y los suyos— ceden o son liquidadas con pronta facilidad. Mientras el país va incorporándose a la lucha, aún pesado de reminiscencias y temores, López Contreras conserva los mandos. No hay la menor alteración ni trastorno ni retardo en aquel relevo de generales en el poder. Las fuerzas antigomecistas no penetran en el recinto del poder. Hasta bien avanzado el mes de enero de 1936 siguen a la cabeza de sus feudos o en otras regiones menos conflictivas para ellos, algunos de los prohombres que durante veintisiete años han azotado al país. López Contreras pone a girar la rueda de la onomástica gomecista. José María García, Pérez Soto, León Jurado, cambian de sede en las reparticiones administrativas de la República. Pero siguen siendo agentes del orden, cabezas de gobiernos regionales, representantes de la administración nacional. Es un gomecismo viajero, que altera sus sedes de mando, pero lleva intacto su aire de torpeza, crueldad y rapacidad. Aquel aparato obedece las instrucciones de

López Contreras como si el nuevo presidente hubiese sido su jefe de siglos. Después de todo, el ministro de Guerra no puede ser enemigo de los generales que rotan en las presidencias de los estados. Un hombre que pasó los veintisiete años de Gómez en las guarniciones de la República, haciendo guardia sumisa, no podía resultar sospechoso para el régimen prorrogado el 17 de diciembre de 1935. Una solidaridad tácita, que se sobreponía a los matices en los cuales pudieran discrepar la cromática del gobierno, unificaba a quienes a pesar de todo fueron amamantados por la misma ubre histórica. López Contreras movilizaba a una maquinaria unificada, disciplinada y dócil. En una crisis que no surgió repentinamente —solo el 14 de febrero tendrá el régimen su primer encuentro serio con las masas— ese factor constituye una ventaja de primera importancia.

La masa popular tiene instinto y disciplina, pero carece de una conciencia exacta de sus enemigos y de los intereses que debe golpear. Sabe movilizarse —cuando el proletariado la empuja y la pequeña burguesía pone su acento jacobino— hacia las calles y enarbolar los gritos adecuados. Tiene la agilidad que le demanden los acontecimientos. Cada día es más compacta porque sobre ella va derramando su experiencia y su seriedad un proletariado de vida endurecida por las fábricas. Pero la identidad del objetivo se le esfuma en una gaseosa de consignas generales y de aspiraciones

platónicas. Las multitudes jóvenes —lo eran las de la Venezuela en 1936— siempre confundirán los aspectos exteriores o más odiosos del poder mismo. Para ellas, el opresor es el directo agente del orden. El policía que ofende y reprime, asume en la conciencia de las masas el sentido de lo fundamental. Algunas veces alcanza la misma jerarquía el gobernante más odioso. Ellos son para el pueblo la encamación del enemigo. Y contra ellos levanta su brazo la indignación de las muchedumbres. Mientras la venganza se entretiene cazando a pobres hombres, que muchas veces fueron esbirros por degradación, los grandes responsables se escapan y los intereses que sustentaron a un gobierno salen intactos de la prueba. En 1936, las multitudes caraqueñas cayeron sobre el hueso de los polizontes del gomecismo, hasta mondarlo totalmente, pero dejaron indemne el aparato que había contribuido a instaurar el terror en Venezuela. La disolución de la policía y de los cuerpos de vigilancia secreta y la expropiación por las masas de los latifundios y pertenencias de Juan Vicente Gómez fueron dos tareas que a ningún líder se le ocurrió vocear para que el pueblo saliera de su elemental y limitado acto de retaliación. La misma policía de Gómez —depurada de tres o cuatro sicarios— siguió custodiando el orden en Caracas bajo la mirada benévola de jefes que venían de servirle al Benemérito por espacio de varias décadas. Cuando pase la marea

del romanticismo efusivo, aquella policía será custodia de la agresión contra las masas.

Como en toda etapa en que la ofensiva de un despertar político olvida elementales requisitos de precaución, la Venezuela de 1936 oscilará entre la condescendencia de las autoridades en momentos de apremio para ellas y el rigor del desquite, que será perdurable en la hora y punto de las circunstancias propicias. Los cuerpos represivos amnistiados por el pueblo ceden, asistiendo al carnaval de su propia y calculada benevolencia para que el péndulo vaya más lejos en el retorno de sus métodos de dureza. *Reculer pour mieux sauter*, como reza el conocido latiguillo francés. Así ocurrió en la Venezuela de 1936, tan semejante a la Francia de 1848 donde esa gradación de una victoria popular incompleta a un retroceso pavoroso se da en una serie de escenas agitadas por huracanes de velocidad cinematográfica.

Los líderes políticos, contribución de las clases medias al comando del movimiento popular, aceleraron la estabilización del régimen en aquellos momentos de prueba decisiva. Agitaron intensamente como pocas veces lo ha hecho en Venezuela un grupo de hombres. Eran la versión criolla de Mirabeau, con garganta brillante para las frases, imaginación de florero con retoño de consignas y exposición permanente de teorías y gestos. Organizaron las primeras filas del movimiento popular, hicieron contacto con amplias masas, fueron

escuchados y seguidos por unas multitudes ávidas y a alguno de ellos le fue consagrado más de un voto de misticismo romántico. Pero carecieron en absoluto de sagacidad táctica, de claridad estratégica y de solidez teórica. La fuerza popular se disipó, inútil, en sus manos. Parecía que necesitasen el respaldo de las capas explotadas de la población para lucirse y regodearse con él. Fue un narcisismo revolucionario que a la postre aridecería el esfuerzo de las masas. Todo el año 36 estuvo tenso el arco de la ofensiva popular, más allá del cansancio y de la decepción. Y los líderes terminaron por astillarlo sin conseguir ninguno de los objetivos que perseguían instintivamente las masas. En los momentos culminantes de las sucesivas campañas del pueblo no supieron los dirigentes lanzar las consignas justas y martillarlas hasta verlas impresas en la realidad. Si el gobierno refulaba, allí se quedaban esos hombres, danzando en la cresta de sus frases. Cuando el ímpetu popular decaía levemente entonces enarbolaban las consignas más absurdas, por irrealizables que pudieran surgir de un cerebro dirigente. Volvían a la carga, porque la presión popular era inagotable y en la nueva culminación el objetivo se les escapa entre salvas de frases. Así estuvieron ensayando durante todo el año 36. El régimen acumulaba, entre tanto, las fuerzas que necesitaba para la confrontación final. Porque aquel escenario no podía perdurar indefinidamente. López

Contreras les opuso una táctica de usura. Los dejaba cobrar impulso y accedía a algunas cosas secundarias. Al bajar la marea intrigaba o reprimía, alternativamente, para descomponer y dividir las filas populares. Los líderes fueron desgastándose, en la aridez de una agitación sin desenlace concreto. Cuando López Contreras los juzga impotentes descarga su manotazo. En ese momento, todas las reservas del movimiento popular, hasta el proletariado petrolero, han consumido sus energías. La victoria del gobierno es completa. Una noche cualquiera, los venezolanos escuchan un decreto que extraña del país a 47 líderes. Es el acto final de una absurda trasposición de la Revolución Francesa en que los personajes no salen de Mirabeau, pues si hubiesen llegado a Danton o a Robespierre el cazurro general de Queniquea no alcanza a rubricar aquel decreto.

El régimen que se estabiliza —venciendo hábilmente los factores de transformación— es muy bonapartista. No puede regresar al gomecismo puro porque han ocurrido sucesos que pusieron a las masas en el centro de la arena. Las conquistas del 36, aunque secundarias, ya dejan una huella nítida y abren un cauce hacia adelante. Se ha producido un trauma en la historia nacional que torna imposible la restauración integral del gomecismo. El propio López Contreras —hay que reconocerlo— tampoco intentó retornar al gomecismo cuando legalizó los partidos y expulsó a los líderes en 1937.

El mundo subjetivo de ese general —más aficionado a los recursos de la leguleyería que a los métodos de la crueldad— se compaginaba con las realidades objetivas del país. De ese encuentro, en el momento de la victoria del régimen contra el movimiento popular, surgió un bonapartismo legalista que imponía ciertos límites a la represión y auspiciaba algunas reformas económicas y administrativas. Como en el Primer Imperio Francés, en la Venezuela de López Contreras se persigue limitadamente, sin llegar a excesos monstruosos. Y se intenta la organización moderna del aparato estatal venezolano. A López Contreras corresponde dotar al Estado de un conjunto de instituciones y de prácticas más o menos coordinadas que ya eran una necesidad hacia 1920 y el gomecismo, por su estupidez aldeana, retardó varios lustros. El Banco Central, la Contraloría, el régimen del comercio exterior, las normas monetarias y de crédito, las facultades universitarias de mayor utilidad técnica, la reforma educativa, la reorganización del sistema fiscal son iniciativas en las cuales se embarca el régimen desde que su zarpazo contra la izquierda le permite el respiro. Se instituye un orden económico en el cual pueda prosperar el comercio importador y que deje al mismo tiempo crecientes beneficios al fisco. Trasladar el provento petrolero al comercio para traducirlo en géneros importados que satisfagan una próspera demanda nacional —es época de aumento de salarios

y de producción en los campos del petróleo— y fortalezcan la economía del erario. Allí está todo el secreto de las medidas que López Contreras ordena. Un tipo bajo de cambio para captar el zumo a la renta petrolera y devolver en divisas a las naciones consumidoras del combustible líquido el producto de ese beneficio monetario. La presión de las masas por el aumento de los salarios —el gobierno no puede matar totalmente el movimiento sindical— y la elevación de los gastos del gobierno, tiemplan la demanda e imparten una técnica expansiva a la economía venezolana. Comienza el gran auge de las construcciones que se imponen para alojar a la creciente cauda de personas que abandonan el campo para participar en esta racha petrolera así aprovechada. En 1941, más de 50.000 personas dejan la región andina, signo y testimonio de esa dinámica nueva, de absorción urbana que va dominando al país. La factoría petrolera que envía aceites al exterior y recibe todos los artículos que necesita por la vía del comercio de importación se redondea a través de la política de organización fiscal y monetaria que emprende López Contreras cuya modernización administrativa es su mejor aporte al desenvolvimiento nacional.

Ese régimen —traspasado a Isaías Medina Angarita en 1941— confronta su gran crisis con la Segunda Guerra Mundial. Para que no más revolucionario de nuestro siglo— perdonase al régimen de no más

revolucionario de nuestro siglo— perdonase el régimen de Castro y Gómez, transformado por sus herederos, se necesitaban dos factores que no podían darse en la Venezuela de Medina Angarita. El primero era la evolución del régimen hasta negar sus propias bases de sustentación, disolviéndolas y enterrándolas. Medina Angarita era —a su pesar ciertamente— el heredero de Juan Vicente Gómez. Hombre bondadoso y cordial, con un misticismo democrático de buena ley, no supo escapar empero a las consecuencias que le deparaba el origen de su régimen. Reformó la fachada del Estado, pero no llegó a los cimientos. Parece que la timidez o la falta de visión le impidió golpear a quienes habían sostenido aquel régimen —aún atrincherado en posiciones claves— para apoyarse en los estratos ascendentes que desde 1936 ocupaban la vanguardia del país. Ya en 1941, el movimiento popular del país tenía mejores organizaciones, más clara conciencia y vínculos más poderosos con las clases progresistas de la Nación. Medina Angarita pudo descansar plenamente en esa fuerza. Pero ello implicaba un precio, la ruptura con los hombres de presa que desde el gomecismo se mantuvieron en el ejército y en los círculos más influyentes de la sociedad. Hasta ese desarrollo lógico no llegó el presidente Medina. Y al quedarse a medio camino, porque él democratizó algunos aspectos de la vida nacional, decretó su caída.

El otro instrumento que hubiera abrigado al régimen contra la acción corrosiva que venía del exterior se concretaba en un retorno violento al pasado. Una dictadura férrea, de las clases más parasitarias de la Nación, hubiese retardado posiblemente la liquidación del sistema político instaurado en 1899. Pero ese recurso encontraba dos factores que lo excluían. Ya el país había andado cierto tiempo por los caminos del desarrollo democrático para dejarse colocar una superestructura dictatorial. El movimiento popular logró avanzar en los años de López Contreras, desafiando las dificultades leguleyas que el presidente remachó sobre el tablado de la acción política. Era menos extenso, pero más sólido que en 1939 cuando Medina Angarita asciende al poder. Enfrentar abiertamente esa fuerza significaba una temeridad cuando en Europa se iniciaba el ascenso victorioso de los pueblos ante el nazismo. El propio presidente carecía de vocación por el rigor. Menos autoritario que Cipriano Castro, infinitamente menos primitivo que Gómez y mucho menos socarrón que López Contreras, Isaías Medina Angarita fue entre los mandatarios tachirenses el exponente de la generosidad personal y de la campechanía criolla. Con dotes subjetivas tan esclarecidas, luz de corazón, como dijo de él Arturo Uslar Pietri, era el de menores condiciones para el ejercicio de una dictadura autocrática.

El régimen andino sucumbe el 18 de octubre de 1945. Ese día concluye para no levantarse jamás, la hegemonía regional del Táchira. La crisis que venía gestándose en las profundas cavidades del régimen afloran a la superficie y devastan aquella armazón en pocas horas. Era un sistema que se había sobrevivido, más allá de su utilidad o de sus títulos, por espacio de varias décadas. La Guerra Mundial y las fuerzas internas que venían ascendiendo desde las galerías más entrañables de la sociedad venezolana debían abatirlo y el 18 de octubre sonó la campanada inexorable. El país aún no logra esclarecer un juicio sobre ese acontecimiento. Varios lustros han arrojado su limo sobre el lecho de la historia y aún no germina el criterio objetivo, científico que ubique a esa fecha, con toda su carga de significación, en los estrados del desarrollo nacional. El 18 de octubre hubiera ocurrido, inevitablemente, en la Venezuela de aquellos años. Así hay que decirlo con tajante franqueza. Resulta pintoresco, para quien tenga de la historia un concepto científico, ese lamento de cítara con que algunos se duelen del 18 de octubre. El país no tenía medios de conjurar esa ruptura del orden constitucional y el propio presidente Medina —al margen de la estima personal que inspire su figura— contribuyó a agrietar el terreno en que se movía su régimen. En una situación en que se abrían paso contradicciones cada vez más resonantes,

sin amortiguador de reformas audaces, el estallido de la fuerza era la válvula de escape. Lamentarse porque el movimiento insurgente —que no fue revolucionario— destrozó un hilo constitucional es una simpleza de monaguillo.

Pero los jefes del movimiento insurgente resultaron inferiores a las tareas que la circunstancia les reclamaba. El momento era propicio, como ninguno, para ensayar un cambio profundo en las estructuras de la sociedad venezolana. Estaba planteada una revolución, con brusco desplazamiento de clases en el poder. Pero los cabecillas de la rebelión —civiles y militares— actuaron como albaceas aprovechados del orden lanzando al cesto de la traición el encargo tácito de la historia. Todos los factores que gravitaban sobre el escenario venezolano favorecían la implantación de un nuevo sistema en el país. Pocas veces el marco de una situación ha sido tan estimulante. En el plano internacional se vivía un minuto de insurgencia de pueblos. Sobre el caliente despojo del nazismo. Europa germinaba en un esfuerzo revolucionario.

No quedaba en ese continente vestigio alguno de los imperialismos agresivos. Los vencedores —Inglaterra y Francia— vibraban de miedo ante el empuje de sus propias masas, aquerenciadas de barricadas. Los vencidos —Alemania e Italia— eran fruta podrida con fecunda comezón de insurgencias populares.

Los Estados Unidos vivían aún su primavera roosveltiana, guardado el garrote de las expediciones de infantes de marina. Amanecía en Asia, victoriosa, la marcha de los pueblos hacia su liberación. China, Vietnam, India, eran multitudes inermes o armadas, implantando gobiernos revolucionarios frente a las barbas chamuscadas del imperialismo japonés. El señor Traman recordaba sus tiempos de mercachifle para negociar, lleno de traicionera astucia, con los abanderados de la rebeldía asiática. Hasta la América inmóvil de dictaduras y latifundio, sentía convulsiones de parto. Varios gobiernos autocráticos fueron derribados durante la guerra sin que Washington pudiera socorrer a sus pupilos apurados. Con el trágico epílogo de los agresores fascistas llegaba para el planeta la hora del ascenso de masas, de los cambios revolucionarios, del acorralamiento de un imperialismo pecador que había sojuzgado naciones y empobrecido multitudes. Para los pueblos de Asia, África y América Latina aquella coyuntura llamaba a liquidar todos los imperialismos, los democráticos y los totalitarios, sin distinguir entre los que combatieron a Hitler o los que llevaron a la cúspide asesina al maniático de Berchtesgaden. Las banderas conquistadoras, ayer invictas, comenzaban a replegarse, asustadas de vergüenza y sorprendidas por el vigor de la insurgencia popular.

En el ámbito nacional, el movimiento del 18 de octubre era propiciado por una Venezuela fatigada

de soportar dictaduras, de sostener camarillas, de sentir el oprobio. Como en 1899, el país aspiraba a algo nuevo. La savia ascendente no cabía ya en los vasos de aquel régimen estereotipado que más parecía una esfinge maldita que una palanca de acción colectiva. El desbordamiento era la única solución. Desde las raíces más profundas de la nación venían alientos insurgentes que encabritaban los espíritus. Todo era, en esos momentos, un deseo de brotar y renovarse. El movimiento insurgente apenas resultaba la expresión política de ese sacudimiento nacional. Los cabecillas del 18 de octubre tradujeron el estado emocional de las masas sin sospechar ellos mismos la hondura del descontento. Se vivía dialécticamente un proceso de auge nacional cuyas determinantes se escondían en los pliegos recónditos de la sociedad venezolana. En las ciudades, las clases productoras habían roto con el orden imperante. Tras aquella pausa de las primeras medidas del gobierno de Medina —con su tímido reformismo— se esfumaron las esperanzas. La posibilidad de cambiar la correlación de fuerzas dentro del régimen imperante se hizo vana y fue arrojada por el país al desprecio en que vegeta lo inaccesible. Para los trabajadores urbanos y para las clases medias, la evolución hacia formas superiores de organización política y de justicia social quedaba radicalmente cerrada por la pusilanimidad de Medina. Se presentía la ruptura del orden con ese

instinto de los pueblos fecundados por la inconformidad militante. La violencia de los conflictos que se desataron en vísperas del derrocamiento de Medina eran una radiografía del proceso de inflamación colectiva. Coadyuvando a abrirle cauces al desbordamiento, el rumor golpista ponía explosiones de interrogante en el panorama de la República. Hasta los campesinos parecían renunciar a su siesta de cincuenta años para incorporarse a unas luchas de imposible ventilación dentro de las estrecheces del régimen. Varias comarcas de Venezuela habían registrado protestas campesinas que amenazaban al señorío latifundista. Se incubaba una revolución muy recia en la cargada placenta de Venezuela. El futuro solo traería rebeliones, pobladas, resistencias que serían tanto más cruentas cuanto más impermeable resultara el orden a la exigencia de las clases productoras descontentas. Los explotados no querían vivir ya más tiempo bajo aquella situación. Y los explotadores andaban comidos de discordia, casi impotentes para darle caución a un régimen sobrevivido en el tiempo. Era un cuadro revolucionario, con todos los elementos de renovación y pugna que hacen estallar la corteza de las sociedades. Los dirigentes del 18 de octubre se adelantaron, con su gesta golpista, a un desarrollo que iba a ser mucho más enérgico si las cosas siguen discurriendo por el cauce insuficiente del régimen andino. Un 18 de octubre producido meses

o años después, habría arrollado los cimientos mismos del orden. Posiblemente asustados por esa perspectiva los señores del Alto Mando conspirativo precipitaron su actuación. En la historia venezolana, como ya lo veremos, ellos son los grandes abortadores. No tanto por haber abreviado la insurgencia, escogiendo una fecha en que el pueblo no podía lanzarse con fuerza total a la pelea, sino por el curso reformista, vacilante y apaciguador que impartieron al gobierno surgido del derrocamiento de Medina Angarita. Allí está su pecado. A la luz de la dialéctica de la historia su crimen no fue el de derribar a un régimen constitucional sino el de traicionar desde el poder al gran movimiento de la Venezuela explotada sobre el cual sobrenadaron, apoderándose de lo ajeno, esos expertos en el escamoteo.

El primer gran objetivo del nuevo régimen era la transformación de la estructura agraria de la Nación. Un simple decreto, entregando en propiedad la tierra que labraran los campesinos en precario —como conuqueros o aparceros— sintetizaba la faena que entonces pedía la Nación. La masa rural ya estaba despertando de su letargo y en muchas aldeas de la República existían jornaleros o conuqueros que ostentaban una clara conciencia de clase. Para ellos la lucha de las ligas campesinas —iniciada en 1936— debía culminar en la conquista de la tierra. Existía una vanguardia campesina, lúcida y heroica, que garantizaba la ejecución

de un decreto de expropiación automática de las tierras trabajadas en precario. Y una masa de medio millón de campesinos que habría obtenido con ese decreto beneficios inmediatos del nuevo régimen. Se satisfacía así, sin retardos, al grueso de los explotados que en aquella época residían en el campo. Un decreto de ese tipo acorralaba a la peor de las clases explotadoras, la del latifundista, y desmoronaba la estructura tradicional de la producción agrícola. Se emancipaba al grueso de las masas desposeídas del campo con un expeditivo plumazo que es el signo de las revoluciones.

Pero el gobierno se dedicó a contrariar, aplazar, falsificar y desorientar los anhelos de las masas campesinas. El señor Betancourt descubrió que una Reforma Agraria es cuestión de técnica. Se necesita un catastro de tierras —que la Unión Soviética todavía no tiene— fue una de sus primeras afirmaciones desde el poder, cuando trasladó la demagogia del diario *El País* al despacho ejecutivo de Miraflores. Mientras los agrónomos y agrimensores no establecieran la superficie y calidad de los suelos de Venezuela era peligroso entregarles la tierra a los campesinos. Los catastros duran decenios cuando las naciones tienen la fortuna de poseer técnicos en proporciones de cosecha. En otras circunstancias se hacen interminables, en una especie de noria de generaciones. El artífice del empirismo reclamaba, como requisito previo para la Reforma Agraria, la realización

de una empresa técnica de ambiciosos contornos. En la historia ninguna reforma agraria ha aguardado cálculos de agrónomos y medidas de topógrafos para ocupar sus derechos. Pero el habilidoso estratega del escamoteo que hay en Betancourt, interpuso ese obstáculo caprichoso en un esfuerzo por apagar con retardos la impaciencia justiciera de las masas. Pensaba él que dos o tres años serían suficientes para desinflar el globo hinchado de las reivindicaciones campesinas. Hasta que los técnicos dictaminaron —pariendo una Ley Agraria con maquillaje— mediaba un dilatado lapso que permitía todo género de maniobras. Es la esencia del reformismo pequeñoburgués. Sus hombres se apoyan en las masas, las cortejan y las irritan para transformarlas en aguerrido pelotón de empuje. Pero desde el poder, cuando la ingenua confianza de las multitudes los ha encarado con el éxito, se deforma el impulso inicial. Las masas sirven para aplaudir en los mítines. Nunca para asegurar el cumplimiento de los programas. Tres años discurrieron desde el 18 de octubre hasta que se dictó una Ley Agraria. Un período de tensiones y negociación, de concesiones a medias y de frustración en que Betancourt fue ganando tiempo frente a los impacientes de su propio partido. A la postre, la Ley Agraria sancionada por el Congreso resultaría más conservadora que la de Medina Angarita. La intervención apaciguadora de Betancourt impuso al partido esa capitulación.

Un torrente de palabras demagógicas, lanzadas sobre muchedumbres campesinas que iban en camiones a los mítines adecos.

El partido Acción Democrática —coartado por sus jefes máximos— apeló a la politiquería demagógica para sustituir con un consuelo engañoso la traición a la Reforma Agraria. Se inició la empresa de corrupción más grande de que tenga memoria la Venezuela contemporánea. El Banco Agrícola y los gobiernos regionales se dedicaron a entregar miserables créditos de doscientos bolívares que eran engaño para el hambre del campesino. Esos créditos no satisfacían ninguna necesidad ni resolvían ningún problema. El consumo se expandía con ellos en la compra de aguardiente o alpargatas. La producción quedaba intacta, pues las sumas acordadas no alcanzaban ni para sembrar una hectárea de maíz. Pero el campesino se convertía en por-diosero del partido. Era la compra de conciencias con fines electoreros. Al “fuerte” de las Cívicas Bolivarianas con el cual se agenciaron los votos bajo el gobierno de López Contreras se superponía esta gigantesca estructura de créditos lanzados con afán de subasta en todas las aldeas de la República. La popularidad adeca en los medios rurales fue el producto de este monstruoso fraude. En el ánimo de las masas atrasadas la granjería del crédito interesado caló fácilmente. Después

de todo, doscientos bolívares servían para una borrachera en la cual se olvidaba el reclamo de la tierra.

El campesino fue convirtiéndose en parásito del poder. Hasta la producción descendió porque el aliciente de crédito compensaba de las cosechas más modestas que se obtuvieran. El movimiento del 18 de octubre que debía conducir a las masas rurales a la conquista de la tierra solo sirvió —porque Betancourt temía al latifundio— para entronizar un predominio electorero sin precedentes en el país. Esa fue la Reforma Agraria de los “revolucionarios” del 18 de octubre. Por miedo a destruir al latifundio, los señores dirigentes supremos torcieron hacia la martingala. La desmoralización del campesinado fue la resultante. Los adecos no dirigieron a una clase social. Crearon una clientela como lo hacen los “manzanillos” colombianos o los caudillos de México. El choque directo con el terrateniente se obvió desviando hacia la apetencia satisfecha y hacia la compra en gran escala, el ansia de justicia de los campesinos. Los créditos fueron —y aún lo son— el precio que el campesino paga a la inconsecuencia ideológica de los líderes de A.D.

En 1945 Venezuela estaba en los umbrales de un desarrollo veloz. No se necesitaba tener la perspicacia de un profeta para adivinar que sobre el país obrarían las fuerzas del crecimiento con recia persistencia. El petróleo iba a ser el lógamo en el cual se asentarían

la reconstrucción del mundo devastado y el empuje de los continentes proscritos. Nuestras exportaciones aumentarían con celeridad sostenida. Un torrente de ingresos, jamás soñado, caería sobre el cofre de nuestro gobierno y, por los mil vasos capilares de la permeabilidad económica, llegarían a las esferas de la producción y el comercio. La postguerra era una época de briosa expansión económica, con un capitalismo que podía aplazar su crisis, renovando el utilaje industrial, satisfaciendo la demanda diferida y animando el comercio internacional. Esas cosas fueron anticipadas por la crónica de los economistas occidentales. Ya en 1943, Lord Keynes tocó dianas de alerta sobre el peligro de una inflación desencadenada, al concluir la guerra, por las presiones de una demanda sin frenos. Un largo debate se empeñó en los Estados Unidos y en Inglaterra acerca del cuadro que ofrecería el desarrollo mundial cuando hartados de muerte los cañones silenciaran sus rugidos. Venezuela, productora de petróleo, sería manadero para la alimentación de las máquinas que en Europa y Estados Unidos aguardaban el momento de volver a las faenas de paz. El alza de los precios —fenómeno inevitable después de las guerras suscitadas por el capitalismo— contribuiría a potenciar el valor y rendimiento de nuestros yacimientos.

Para un movimiento realmente revolucionario, la conquista del poder en 1945 exigía la adopción de

medidas que contribuyeran a emancipar a Venezuela de la coyunda petrolera. Era indispensable establecer junto a la estructura productiva creada por las compañías anglosajonas, una empresa nacional de petróleos que explotara, refinara y vendiera en todo el mundo los hidrocarburos de las reservas fiscales. Impedir que las compañías abastecieran ellas solas la formidable demanda internacional, constituía un deber de previsión y defensa. En el aumento de las exportaciones tenía que participar, prorrateando cuotas, la empresa nacional. Una serie de tratados de reciprocidad con países vecinos podía asegurar colocación oportuna para los crudos producidos directamente por el esfuerzo de los venezolanos. Pero Acción Democrática y sus socios militares no habían ido al poder a disminuir los privilegios del imperialismo. El régimen pretendidamente revolucionario se enfrascó en una política de elevación de impuesto, que era justa y oportuna, mas sin colmar las exigencias del nacionalismo en aquella hora. Tonificar la participación del Estado en el producto de la industria era postulado de equidad y conveniencia. Sin embargo, ese instrumento fiscal no resultaba tan importante —como factor de rescate a largo plazo— frente a la penetración directa del Estado en el negocio petrolero. Lograr mayores proventos de la industria, por la vía del impuesto, fortificaba ciertamente a la economía nacional, pero dejaba intacto el módulo de

producción establecido por el imperialismo en el país. La creación en 1945 de la empresa nacional petrolera habría significado un golpe de inusitada magnitud para el monopolio angloyanqui del aceite. En diez o quince años —combinando fuertes inversiones de capital con una política comercial inteligente— la empresa del Estado habría alcanzado tanta robustez como los consorcios extranjeros. Las bases de una nacionalización quedarían así echadas por el camino de una emulación inequívoca. El gobierno pretendidamente revolucionario soslayó tal esquema para embarcarse en la demagogia del alza de impuestos —justos pero insuficientes— con lo cual pervirtió por mucho tiempo la conciencia del nacionalismo militante. Los grandes avances que logró el imperialismo en nuestra economía a partir de 1945 —y de los cuales somos las víctimas propiciatorias— derivan de esa calculada ceguera de los prohombres del 18 de octubre. Sin competencia ni rivalidad, sin amenaza ni control, las compañías expandieron intensamente sus actividades, empujadas por los vientos de la firme demanda que soplaría sobre el petróleo hasta 1957. El nacionalismo de media ala del 18 de octubre —oficio de demagogos y recurso de cobardes— impartió ese curso absurdo a nuestra evolución económica.

Cualquier observador medianamente avisado pudo suponer, en 1945, que la racha petrolera hacia la cual

se encaminaba el país iba a robustecer exageradamente a la alta burguesía venezolana, transformando sus concepciones y modificando su posición en el panorama nacional. Los ingentes recursos que vendrían del petróleo pasarían, en una economía liberal como la de Venezuela, a las manos de importadores, banqueros e industriales criollos cuyas empresas atendían la demanda de nuestros pobladores. Un aumento del ingreso nacional se traducía en alzas de las importaciones, siendo insuficiente la producción nacional para colmar las exigencias derivadas de aquella circunstancia. El consumo de géneros industriales y el de productos agrícolas crecería con mayor velocidad que el propio ingreso por las conocidas leyes que gobiernan la elasticidad de la demanda. En un país subdesarrollado, la demanda de ciertos productos fabriles y de alimentos completos sube velozmente cuando el ingreso aumenta con firmeza. Ese fenómeno era el de la Venezuela de postguerra donde, a tales razones estructurales, se sumaba la demanda diferida durante la Guerra Mundial. El torrente petrolero cada vez más vigoroso, tenía que reflejarse en un crecimiento sostenido de la actividad económica de la burguesía. Una expansión bancaria sin precedentes, una dilatación obsesiva del comercio de importación y cierto desarrollo industrial y agrícola resultaban los corolarios más probables de la febril carrera del petróleo hacia arriba. Venezuela iba a tener,

por vez primera en su historia, una burguesía fornida, con capacidad para convertirse en factor específico de poder. El módulo de desarrollo económico propiciado por el petróleo libre tendía a auspiciar las actividades mercantiles y manufactureras en detrimento de las ramas tradicionales de la economía nacional. Ese fenómeno resultaba provechoso para el país, pero a condición de que se impidiera el robustecimiento de la burguesía para que el Estado no encontrara el freno objetivo que significa ese estrato cuando se fortalece demasiado en un país subdesarrollado.

El camino para impedirle a la burguesía un crecimiento peligroso estaba en la creación de un sector estatal de la economía que cumpliera las principales exigencias del desarrollo industrial y agrícola. Iniciar la industria siderúrgica y de construcciones mecánicas, implantar la petroquímica, desenvolver otras industrias con dinero del Estado y a través de empresas oficiales de carácter reproductivo. Todo un cuadro de planificación estatal que partiera de los grandes agregados de la economía para precisar metas y señalar medios. En otros países subdesarrollados se estaban intentando esas experiencias frente a dificultades mucho más formidables que las de una Venezuela con recursos seguros y problemas políticos relativamente tenues. Ya el mundo había descubierto los sistemas de medición del producto bruto que permitían darle a una economía estatal la

necesaria base técnica. Era entonces posible calcular los incrementos futuros de la demanda, sobre la base de ciertas hipótesis de crecimiento, y adoptar los planes de desarrollo industrial que colmaran, con productos del país, los requerimientos de la economía. El fisco atravesaba, cuando llegaron los adecos al poder, por una situación de recia bonanza que permitía financiar cualquier desarrollo de la industria estatal sin apelar a empréstitos extranjeros o imponer a la población del país un aumento de la carga tributaria.

Pero el flamante régimen del 18 de octubre hizo exactamente lo contrario. Fundó la Corporación de Fomento para llevar el crédito del Estado hacia los cofres de la burguesía. El nuevo organismo dedicó sus esfuerzos, hasta la caída del régimen octubrista, a financiar los proyectos industriales o agrícolas de los empresarios privados del país. En tres años puso a circular entre ellos la más formidable suma que hasta entonces se había distribuido en Venezuela. La burguesía marcó un impulso decisivo. Casi todas las fábricas establecidas en ese lapso encontraron sus fuentes de capital en el órgano crediticio del Estado. No se implantó ninguna empresa estatal. Ni se planeó un desarrollo articulado del sector público de la economía. Los burgueses guardaron los “reales” que habían ganado durante la guerra porque el gobierno, munificente y servicial, les aportaba fondos sin tasa ni fatiga. Llegando a lo inverosímil

en un sedicente régimen de izquierda, la Corporación de Fomento instauró algunas fábricas menudas y las traspasó, ya asentadas, a empresarios capitalistas. El Estado se tomó la molestia de planearlas e iniciarlas, con todo el riesgo que ello supone, y cuando ya eran una segura realidad, las vendió a unos burgueses que obran siempre a mansalva. El 18 de octubre inaugura en Venezuela la etapa del crecimiento burgués. Los industriales privados, los comerciantes y los banqueros, que durante todo el régimen andino habían sido potencia de tercer orden en la vida nacional, se convierten en el eje de los factores nacionales de poder. Ellos y el imperialismo serán hasta el presente el sustento del gobierno y la máquina succionadora de la sociedad. Su prosperidad, que llegaría al clímax bajo Pérez Jiménez, es producto de la obsequiosidad de los líderes del 18 de octubre. La Revolución de 1945 fortalecerá a las clases poderosas y debilitará a las clases explotadas. Es su balance más cierto. Perdonó a los latifundistas y pervirtió a los campesinos. Enriqueció a las compañías petroleras y a la alta burguesía nacional. Y repartió migajas entre la clase obrera para calmarla. Es su medalla histórica.

Pero el peor daño que infirió a Venezuela aquel régimen fue el de las oportunidades perdidas para implantar un desarrollo independiente. Los revolucionarios de “boquilla” —como el pueblo los llama— se empeñaron en reforzar las cadenas de la subordinación nacional.

El señor Rockefeller recibió el auspicio oficial para constituir todo género de empresas en el país. No bastó el conocimiento de los grandes intereses ya poseídos por ese reyezuelo de las finanzas neoyorkinas en la esfera del petróleo venezolano. Con entusiasmo frenético se le invitó a penetrar en la agricultura y el comercio. El Estado se asoció a sus empresas y solo faltó que la Corporación de Fomento financiara sus nuevas actividades. Nuestra cancillería se constituyó en comité de gestión para toda clase de inversiones extranjeras. La consecución de un contrato para la colocación de capitales en el país se aclamaba, con banderolas de éxtasis, en la prensa oficiosa. El progreso de Venezuela se medía por el número de proposiciones recibidas en los organismos del Estado. Era la prueba del crédito del país y de la confianza de los capitalistas del exterior. El señor Betancourt, cuando fatigaba los micrófonos de las emisoras, exhibía como supremo emblema de su régimen la adhesión que le tributaban las altas finanzas internacionales y la reaccionaria burguesía criolla. Su regodeo casi alcanzaba, en esas ocasiones, las proporciones del trance místico. El país-baratillo, puesto al alcance de la mano codiciosa del exterior, ganó perfiles de cosa consagrada en esos años. Lo que vino después no fue sino la consecuencia de la metafísica de la entrega que tuvo sus pontífices en los dirigentes del 18 de octubre. Se gobernó en función de la Creole y de

cuantos intereses extranjeros quisieran convertirse en postores de la nación. Solo en los tiempos de Juan Vicente Gómez había presenciado Venezuela una religión de la hipoteca nacional tan acabada como la que entronizaron los insurgentes del 18 de octubre.

El movimiento del 18 de octubre prodigó, eso sí, elecciones, mítines y congresos. Consagró la democracia representativa como filosofía del Estado. En las condiciones venezolanas de aquella época, ese tipo de democracia era un instrumento al servicio de las clases dominantes y una forma de estancar y frustrar lo que ha podido ser un movimiento revolucionario. Las masas fueron desviadas de sus verdaderos objetivos en una borrachera de plaza pública. Jamás se ha hecho tanta demagogia en la historia nacional. Los oradores prometíamos —hablo en primera persona porque participé en ese carnaval— las más grandes reformas. Éramos unos revolucionarios temibles en la tribuna. Todo fueron palabras tan vanas como un grano seco. Pero entre tanto, las masas se enardecían y creían que el país llevaba un rumbo revolucionario. Así contribuyó el radicalismo pequeñoburgués a la traición a los intereses populares. Mientras más ardientes fueron los vocablos del mitin más profunda sería la alienación del pueblo. Sobre ese mecanismo se montó el fraude. Implantar una democracia representativa en un país donde era perentorio desarraigar a ciertas clases

parasitarias, equivalía a arrumbar la revolución. Porque la democracia representativa es, en un país subdesarrollado, el mejor instrumento en manos de los poderosos. Ellos tienen la prensa, la radio y ahora la televisión. La libertad en abstracto, con su cauda de elecciones, no es otra cosa que una oportunidad espléndida que se otorga a esas clases para desorientar el sentimiento popular. Algo así como un arma que se le entrega al enemigo para que obre y ataque. Fue lo que aconteció en la Venezuela octubrista. Los periódicos gomecistas, correosos de desvergüenza, posaron como mártires frente a un gobierno que lejos de tocarlos había tendido a favorecerlos. Esos periódicos constituyeron un intocado frente, con atributos de impunidad, que mucho trabajaron para auspiciar el golpe del 24 de noviembre. Los partidos de la derecha, facultados para actuar irrestrictamente, aportaron su capital para la comandita del golpe. Mientras el pueblo perdía posiciones, debilitado por un gobierno cobardón y demagogo, las oligarquías gozaban su democracia representativa. La superestructura de elecciones y farsa respondía a una infraestructura de vasallaje colonial y oblación a la oligarquía.

El régimen andino cayó el 18 de octubre. Nadie lo ha reemplazado en la historia nacional. Pudo haber ocupado su lugar, perennemente, aquel movimiento de civiles y militares que derribó a Medina. Pero allí no había un solo revolucionario. Ni siquiera un estadista

que implantara un régimen burgués avanzado. El 18 de octubre fue una mezcolanza de jacobinismo pequeño-burgués, demagogia, desorden e incapacidad. Todo sin excluir la entrega a los intereses más odiosos del extranjero. Duró el gobierno el tiempo necesario para que las clases más favorecidas por sus desvaríos pudieran unirse orgánicamente a fin de licenciar aquella catarata de oratoria castelariana que constituía una potencial amenaza por las incitaciones que hacía al pueblo. Y vino la dictadura que fue el mismo gobierno, pero podado de sus jacobinos. El mismo gobierno porque lo sostuvieron las mismas clases que el 18 de octubre benefició escandalosamente. Solo que coartó el derecho a organizarle farsas cada cinco años a una Venezuela ingenua.

El régimen andino será reemplazado, definitivamente, cuando el pueblo de Venezuela asuma el poder. Entre tanto veremos gobiernos provisorios. Dictaduras o democracias, para el caso es lo mismo, que alternarán en la explotación de las masas venezolanas. No habrá diferencias entre un magistrado surgido de las urnas y otro que llegue al poder sonando las espuelas de la usurpación militar. Así oscilará la vida venezolana, empujada por la provisoriedad histórica. Hasta que llegue un régimen enérgico, intransigente y valeroso que haga justicia a las clases populares y emancipe a la Nación de la coyunda extranjera. Ese día fenecerá la etapa de aquellos sesenta hombres que, entre serranías

y valles, llegaron al Capitolio para establecer la hegemonía regional más larga que recuerde nuestra historia. El nacionalismo de Cipriano Castro —frustrado y doliente— encontrará legatarios dignos en los hombres de un pueblo que tomen la decisión de ser libres.

CUARTEL SAN CARLOS
HOSPITAL MILITAR, MAYO JUNIO DE 1964.

Los andinos en el poder
digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Octubre de 2023
Caracas – Venezuela





Domingo Alberto Rangel (Mérida, 1923 – Caracas, 2012). Escritor y dirigente político venezolano. Además de Doctor en Ciencias Políticas, periodista y profesor universitario. Fue miembro del partido Acción Democrática (AD) y posteriormente se desligó de este partido para fundar el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en 1960. Fue un severo crítico de los gobiernos autocráticos y su obra es básica para entender los vaivenes de la historia de Venezuela. Entre sus obras destacan: *La invasión de mister Ford* (1975), *Opulencia y pobreza: la Faja del Orinoco, el petróleo y la agricultura* (1977), *La caída de los Estados Unidos y sus consecuencias internacionales* (1989) y *Un socialismo para el siglo XXI* (2003).

Esta obra es un análisis, maravillosamente escrito, sobre el auge, desarrollo y posterior ocaso de la casta de caudillos andinos que gobernó Venezuela durante casi medio siglo. Un recorrido apasionante por la historia contemporánea de Venezuela, desde el gobierno de Cipriano Castro, instaurado tras la Revolución Liberal Restauradora en 1899, hasta el derrocamiento de Isaías Medina Angarita en 1945. Este libro de Domingo Alberto Rangel no hace sino constatar, partiendo de un basamento historiográfico muy preciso, como estos caudillos andinos, principalmente el Benemérito Juan Vicente Gómez, fueron construyendo un país a trancazos, muchas veces. Se hallan aquí algunas claves que nos ayudaran a desenmarañar la madeja caótica que es nuestra historia contemporánea.